

Escena del Lienzo de Tlaxcala de (segunda mitad siglo XIV). Copia realizada en 1773 por Manuel de Yáñez sobre el original que poseía todavía en el siglo XVIII el cabildo de Tlaxcala

Ser La Malinche Fue Su Destino.

Manuel Pontigo Alvarado.



Ficha de catalogación:

CR863

P816s

Pontigo Alvarado, Manuel

Ser la Malinche fue su destino / Ismael Manuel

Pontigo Alvarado. --1ª. ed. -- Cartago:

Pontigo A., 2009.

420 p.

ISBN 978-9968-9634-6-6

1. LITERATURA 2. COSTA RICA

3. NOVELA

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicado a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© I. Manuel Pontigo Alvarado.

Cartago Costa Rica. Teléfono 2552-3618.

e-mail: m_pontigo_a@yahoo.com

ISBN: 978-9968-9634-6-6

Para:

Mi amada y paciente esposa Delfina.

Nuestros hijos: Manuel Esteban; Julio Alberto; Carlos Arturo; Marcelo.

Para nuestras nietas y nietos con la ilusión de que en cualquier lugar y momento tengan siempre presentes sus raíces.

En especial para las mujeres que han sido utilizadas como moneda de cambio.

Prefacio.

El humano es la única especie que aprende desde el lenguaje escrito. Esta particularidad, en ocasiones divinizada, ha sido aprovechada para ventajosamente para influir negativamente sobre individuos menos instruidos.

Por las consecuencias, parece ser más simple adoptar lo que otros opinan, aceptar ser adoctrinados, que mirarnos al interior y analizarnos en el ámbito esencialmente humano desmitificado. Los infortunios, en todo tipo de ámbitos que a grandes rasgos suelen resumirse en el fatalismo de la frase: “Si algo puede salir mal, saldrá mal.” Se aceptan sin meditarlas, por imposibles o poco probables que parezcan justificados por postulados científicos como La Ley de Murphy (Edward Aloysius Murphy, 11 de enero de 1918 - 17 de julio de 1990).

Sin restar méritos a la capacidad negociadora de Hernán Cortés, es poco probable que con 11 naves, 518 infantes, 16 jinetes, 13 arcabuceros, 32 ballesteros, 110 marineros y unos 200 indios y negros como auxiliares de tropa, con 32 caballos, 10 cañones de bronce y 4 falconetes, derrotaran a un potencial ejército de medio millón de avezados guerreros dispuestos a morir. Las crónicas minimizan la consecuencia de la alianza de los españoles con grupos contrarios a los aztecas. Los primeros enfrentamientos de los extranjeros y disidentes de la triple alianza debilitaron a los aztecas, poco tiempo después, las enfermedades transmitidas por los extranjeros diezmaron a los originarios americanos sin distinción de filiación.

A la llegada de los españoles Mesoamérica abarcaba desde los ríos Pánuco al noreste, Sinaloa al poniente y la península de Nicoya en Costa Rica al sur, con una población estimada en veinte millones de personas.

En esa época, la leyenda de Ce-Acatl-Topilítzin-Quetzalcóatl de los toltecas se trastocó de manera que los aztecas confundían al héroe tolteca con el dios benefactor Quetzalcóatl, llamado y reverenciado como Kukulkán por los

mayas. Reforzada por la leyenda propia referente a la maldición de Malinalxoch o Malinalxochitl, una diosa hermana de Huitzilopochtli, ambiciosa sacerdotisa y hechicera con poderes para controlar a los animales. La leyenda dice que durante el periplo de los aztecas desde Aztlán al valle del Anáhuac, Malinalxoch junto con un grupo de devotos se opuso a Huitzilopochtli. Por esta traición, Malinalxoch fue abandonada durante la noche junto con sus seguidores que siguieron un camino distinto estableciéndose finalmente en Malinalco en el actual Estado de México. La sacerdotisa, para vengarse mandó a su hijo Copil a atacar a los aztecas que continuaban su periplo. Los aztecas lo mataron y aventaron su corazón muy lejos cayendo en el lugar que después se convertiría en Tenochtitlan. Al enterarse Malinalxoch los maldijo diciendo que extranjeros venidos del oriente a rescatar el corazón de su hijo Copil matando a los aztecas para recuperar Tenochtitlan. El pueblo azteca en su sincretismo unió ambas leyenda atribuyéndole nombre y función al Héroe Tolteca mitificado como Quetzalcóatl.

Entonces se había entronizado una clase social conocida como los *pipiltin* o *pilli*, grupo integrado por elementos de los *Calpolli*, o grupos familiares con relaciones comunitarias sujetas a divisiones territoriales, una unidad administrativa que funcionaba como una corporación que controlaba distintos ámbitos de la vida económica, social y religiosa del pueblo mexicana. El otro grupo importante lo formaban los *macehualtin* considerados de categoría inferior, aunque mantenían relaciones comunitarias estaban sujetos a poder bélico de los *pipiltin*. Las guerras entre los *Calpolli* eran frecuentes y cruentas hasta llegar a una estabilidad relativa cuando se estableció una triple alianza integrada por México Tenochtitlan de formación azteca, Texcoco de formación tolteca-chichimeca y Tlacopan de formación residual chichimeca. Las dos primeras naciones detentaban cada uno dos quintos del poder, y el quinto restante lo tenía Tlacopan cuyo *Huei-Tlatoani* se inclinaba según se moviera en poder. La fracción México

Tenochtitlan estaba gobernada por el *Huei-Tlatoani* Moctezuma; en Texcoco el poder lo compartían dos hermanos leales a Moctezuma: Cacamatzin o Cacama y Coanacoch, hijos de Netzahualpilli. El medio hermano Ixtlixóchitl, apoyado por los *macehualtin* de Texcoco y Tlaxcala acérrimos enemigos de los aztecas conspiraba contra sus medios hermanos y los aztecas.

Es en esta coyuntura política, social, religiosa y sincrética es donde se desarrolla la trama de ésta novela.

Manuel Pontigo Alvarado.
Autor.

La Despedida.

—Abuelita ¿me regala de lo que está cocinando? —un joven de unos veinte años entraba sigilosamente a una casa y pedía, en tono cariñoso a una mujer mayor que se afanaba cocinando unas tortillas sobre el comal de barro.

—¡Muchacho, me vas a matar de un susto! ¡Igualito que tú abuelo! —le respondía al joven que le plantaba un beso muy cariñosos en la mejilla tomándole la cara con las calurosas manos. Después tomó una tortilla recién cocinada, le esparció sal la enrolló haciendo un taco apretado que alargó al nieto.

—Vengo a despedirme abuelita, mañana, parto a mi primera misión. ¿El abuelo Iz?

—En la otra habitación —indicó la señora al tiempo que apresurada recogía las tortillas que quedaban en el comal —ve a verlo, acabo con estas tortillas y los alcanzo.

En el recinto, cerca de una ventana que daba al poniente, un hombre de baja estatura, moreno, de pelo hirsuto, de musculoso torso pulía con un trozo de piel de venado y cera de campeche un arco que había elaborado con la madera fibrosa de una palmera de los altos de la Sierra Nevada.

—Abuelito ¿cómo has estado? —saludó el joven.

—Aquí, haciendo lo que se necesita.

—Usted no para, si no tiene que hacer se lo busca —el cariñoso joven alababa una de las actitudes característica del abuelo —habrá escuchado que mañana parto a mi primer misión —en ese momento entraba la abuela secándose las manos en un lienzo que traía atado a la cintura buscando asiento junto a su esposo, pasando su brazo por el antebrazo

I. La Despedida

del esposo, manera que tenían el matrimonio para juntos poner atención.

—A donde te envían —pregunto el abuelo.

—A la costa de oriente, con el objetivo es expandir el Imperio hacia el sur cubriéndola hasta la frontera con el imperio Maya.

—Es una misión difícil y de mucha responsabilidad. Con toda seguridad te pidieron sigilo como si fuera secreto de estado —afirmaba el señor con la intención de que su esposa tomara en cuenta que lo que iba a escuchar tenía que quedar entre estas paredes.

—Así es, tata Iz, por eso vine a verlos ya me despedí de mí mamá. Necesito recibir los concejos del Gran General Amincatlaloc, el gran cazador Iz —la comunidad lo conocía con el nombre que él mismo se adjudicó cuando de niño se salvo milagrosamente de un rayo, con el segundo lo llamaba la familia pues cuando nació su mamá Papalotzin lo comparó con una lágrima de obsidiana. El muchacho se refría con el primer nombre a la época en que comandó, a la orden de su hermano Netzahualcóyotl los ejércitos acolhuacanos que recuperaron Texcoco de los usurpadores azcapotzalcas y con el segundo a sus dotes de hombre de familia.

—Los dejo para que conversen de cosas de hombres —se excusaba la señora para darles libertad sabedora de que a su esposo no le agradaba referirse a aquella época de violencia, el recuerdo de muchas vidas que se vio obligado a cercenar le daban nostalgia que lo amorriñaba, en ocasiones por varios días.

—¡Acompáñanos mujer! toma en cuenta que puede ser la última vez que hablemos con Cuauhtliuil —el esposo puso frente a frente a su mujer Chipicatonali con la realidad que se negaba a aceptar cada vez que alguno de sus nietos llegaba con encomienda parecida, ahora le resultaba más doloroso pues se trataba del más cariñoso de todos.

—Y que le puedo decir que no sepa. —Con sentimientos encontrados Chipicatonali, quería quedarse para disfrutar más

al nieto y al mismo tiempo alejarse para que no la vieran llorar el dolor de la partida.

—Abuelito, en el calmécac, hay cursos completos dedicados a sus hazañas, empezando por la retirada cargando a tú hermano Netzahualcóyotl por la cañada, cuando mataron a Ixtlixóchitl el papá de Tío Coyote, todos los albazos que infringieron muchas bajas a los azcapotzalcas y sus aliados ¡el orgullo no cabía en mí pecho!

—¡Ha Muchacho! Si ya te lo contaron, para qué te lo repito. Uno tiene que hacer lo que debe hacer aunque no le guste. La gran *Tlatoani* Papalotzin, nos encargo a tú Tío Coyote aunque en ello nos fuera la vida, ahora viejo entiendo a mamá Papalotzin que antepone la vida de su hijo mayor incluso a la nuestra, ahora tú emprendes una aventura para cumplir una de sus claras visiones. Tú tía abuela Coatlali y yo le cumplimos. Por cierto, ya te despediste de ella.

—De allá vengo.

—Ya te habrá contado.

—¡Que va! Para eso es más reservada que usted. Lo que me recomendó fue: “amar a la vida. Es la única recomendación que puedo hacerte. Para la Señora Chicomecoatl, nuestra madre tierra, cada cosa, mineral, vegetal o animal, tiene un lugar en el universo. El único que parece no saberlo es el hombre que destruye sin razón y sin sentimientos. Eres como un aguilucho parado a la orilla del nido dispuesto a titarse al vacío a enfrentar su destino. En cuanto hace su primer vuelo ya no podrá regresar al nido, sus mismos padres se lo van a impedir. Estará solo pero vigilado y cuando llegue el momento buscará a su pareja con la que fabricará y compartirá un nuevo nido para vivir juntos para siempre”.

—Usted y mi abuelita, mi tía y el tío Huitzilihuitzin son como esas águilas imperiales que han hecho pareja para vivir siempre juntos. Tío Abuelo Coyote, tuvo muchas esposas. ¿Qué es lo correcto?

—Varias razas han llegado a esta tierras en tres invasiones: la que llegó por el sur cuando explotó el Xitle, la

tolteca-chichimeca, ahora la mexicana y esperamos una más que vendrá del mar oriente encabezada por los descendientes de Ce Acatl-Topilitzin-Quetzalcoatl. Cada una de estas razas aporta su sangre y su cultura. Los chichimecas y mexicas aceptan que un hombre tenga varias mujeres, así era su cultura y así la transmiten a sus hijos en pactos de sangre. La ley de los antiguos maceguales, sólo permite una esposa; yo seguí la ley de mis primeros abuelos. En el calmécac habrás conocido a todos los hijos de tú tío Netzahualpilli.

—No abuelito. Es imposible, son muchísimos.

—Y a los parientes de Tlaminca y Tequexquinahuac.

—¿De los hijos suyos y de Coatlali? a todos.

—Esa es una diferencia de peso cuando quieres crear un imperio en donde necesitas que el calpixque de turno pertenezca a un *calpolli* que sea leal definitivamente es más seguro si los une la sangre.

—¿Quién te manda? ¿Cacamatzin o Coanacoc?

—En una ceremonia muy secreta me entregaron este bastón de mando que tiene el del anciano Netzahualpilli con este códice que me proclama señor de los poblados que adicione el Imperio Cuando me nombraron dijeron que fuera ha hablar con tío Ixtlixóchitl para que me orientara.

—¿Qué te dijo Ixtlixóchitl?

—Platicamos mucho, desde temprano, parece que en Tepetlaoxtoc no hay mucho que hacer, todas las instrucciones se las dio al jefe de la Guardia quién salió a hacer las diligencias. Para la tarde, después de un delicioso almuerzo me presentó a cinco jóvenes de mi edad y me dijo: “Aquí tienes a tú guardia de corps. Estos son descendientes de Totocahuan y Cozamat —señalando a dos garridos jóvenes —aquéllos legendarios héroes que murieron con el Gran Abuelo Ixtlixóchitl cuando lo atacaron las huestes de Tezozómoc. Sin pensarlo pondría mi vida en sus manos y espero que les des la misma confianza, te llevas lo mejor de mi guardia personal... Y me pueden hacer mucha falta”. Les pedí que se fueran a despedir de sus familias pero no me querían dejar solo. Al fin

los convencí. No me siento bien con una escolta de jóvenes de mi edad.

—Ya estás sintiendo lo que es tener poder, de primero que te quita es libertad —sentenciaba el abuelo —así que aun estás a tiempo de renunciar o pedir otra misión.

—No tata, creo que puedo manejar el poder sin sacrificarme ni sacrificar a los míos —respondió firmemente el joven.

—¡Tatas, Tatas! ¿Por donde andan? —se escucharon voces desde la puerta.

—¡Aquí en la estancia —respondió el abuelo, también a voces —Es Huitzilitzin el hijo menor de Cotlalopec, parece apurado...¿Qué querrá?

—¡Aquí estás! Te anduve buscando —exclamó el recién llegado enfrentando a Cuauhtliuil —¡Yo me voy contigo! —afirmó determinado.

—¿Qué te vas conmigo...? ¿Vas a vender o a comprar? Pregunto Cuauhtliuil.

—Si me aceptas en tú misión ¡me voy contigo! De consejero.

—¡Válgame *Monoyocoyani*! Ahora son dos hijos los que se nos van —exclamó con voz angustiada desde la cocina Chipicatonali.

—¡Claro que acepto! Quién mejor que tú tío... ¿no tendrás problemas?

—Cuando fuiste a ver a tío Ixtlixóchitl yo no estabas, te acababan de asignar la guardia. Hable con él y me costó convencerlo, me recalaba “a mí quién me va a ayudar” pero al fin accedió diciéndome: “sigue los pasos de tú padre y oye el corazón de tu madre y me dio un bastón de comando” me insistió mucho en que tú —refiriéndose al sobrino —llevas el mando del grupo, de eso estoy bien claro.

—¿Ya le dijiste a tú mamá? —inquirió el abuelo. —¡Eres su pequeño!

—Sí Tatas, pareció que lo sabía, me dio un abrazo y un beso diciéndome al oído “las historias se repiten”. Me preguntó

que iba a pasar con mí familia, le respondí: en cuanto me coloque vengo por ellos, mientras se los encargo, si no es molestia.

—Tú mamá ya es mayor, no deberías cargarle trabajo —sentenció el Tata.

—Esta bien hijo, si esa es tú decisión y tú mamá no puede, nosotros le ayudamos con Yoyolin y los chamacos —tercio la Nana.

—Ven como Coatlali no está sola, ustedes le ayudarán.

—Tengo una duda —dijo el Tata —Huitzilitzin, eres seis soles mayor que Cuauhtliuil y además su tío, respóndeme con el corazón: ¿Estás dispuesto a obedecerlo? Y no me refiero porque lleva mayor jerarquía, sino por que estás convencido que es el indicado para esta comisión.

—Estoy convencido, he aprendido a profundizar en los sentimientos de los hombres, él tiene el juicio y don para mandar. No huyo o escapo, si eso le preocupa tío. Voy en busca de un destino.

—Mis años de experiencia me permiten dárles un consejo —habló con mesura el abuelo. —Cuauhtliuil ¿cuánto tiempo pasaste para atrapar a un gorrión con la mano?

—Como dos años y medio —respondió el joven.

—Entonces ¡la historia que cuenta mamá es cierta! —intervino incrédulo Huitzilitzin.

—Son ciertas, pero temperamentos como el tuyo Huitzilitzin no están hechos a esperar dos años y medio para atrapar un gorrión con las manos. A ¿quién crees que le regalaba los pajarillos que atrapaba?

—¡A mamá! De pequeño me contaba: “Iz se acostaba debajo de los ahuehetes con unos granos de maíz en las manos sin mover ni un músculo para que los pajarillos se acercaran a comer, cuando se descuidaban, zaz, cerraba la mano, los atrapaba y me los llevaba pues me daba mucha alegría verlos volar”; de pequeño traté varias veces tirado bajo algún árbol, pero me desesperé.

—Hijo déjame seguir para que el consejo les sirva. ¿Y cuando agarraste a tú primer gorrión, que sentiste? —preguntó a Cuauhtliuil.

—Abuelito, el primer pájaro que atrapé fue un verdugo, ya me estaba desesperando pues los gorriones no llegaban hasta la mano. Al verdugo lo engañé usando un par de escarabajos vivos que até a mis dedos. El pájaro se descuidó jalando a los escarabajos que no podía llevarse y que ¡cierro la mano! El fregado casi se me escapa, son forzudos y aguerridos. Me le quedé viendo, lo revisé todito, todito, desde el pico bigotón hasta las patitas garrudas, le arranqué una pluma remera y lo solté.

—Este es mi consejo: sean pacientes esperando el momento y no sacrifiquen vidas cuando haya otra salida. — Con parsimonia, el abuelo se levantó y dirigió a la pared en donde colgaba sus enseres de caza, descolgó un hermoso arco, su carcaj, y una bolsita de cuero. Entró a su habitación regresando con otra similar. Dirigiéndose a Huitzilitzin le dijo: —Para esta decisión tan de improviso no estaba preparado. Toma hijo, este es mí arco y carcaj, ha muchos años que ha estado conmigo. Es el arma del cazador, deberás dispáralo cuando no haya otra forma de resolver las cosas. Toma estas piedras de espíritus que usó mi padre hasta el día que murió, se que Papalotzin tú gran abuela lo aprobaría, que la sabiduría que acumularon de aquel hombre bueno e inteligente te guíen en las decisiones que habrás de tomar, nunca las he abierto y te ruego que no lo hagas para que conserven su poder. Para ti Cuauhtliuil Mí Águila del Amanecer, prepare este arco y carcaj, más pequeño, tira corto pero es más apropiado para las selvas en que van a andar, requiere de más fuerza y habilidad. Toma las piedras mágicas que escogí en mi iniciación — Amincatlaloc, vació el contenido en su mano tomando piedra a piedra que entregaba a Cuauhtliuiln explicando las razones de su elección: —una lágrima de obsidiana por Papalotzin quién me bautizó como Iz, un pedazo de pedernal que significan control del fuego y las emociones, y un ópalo por aquél rayo

que se compadeció de mí. —Regresó las gemas a la bolsita de cuero que pasó por el cuello del joven Águila del Amanecer.

Cuauhtliuil se sacó del cuello una bolsita similar de color más claro, tomando la mano del Abuelo, vació el contenido diciéndole:

—Una lágrima de obsidiana por el hombre que me enseñó a cazar; un pedazo de pedernal porque con él aprendí a atemperar mi carácter y un ópalo porque mi destino es el mar. Así Tata no queda desamparado, me llevo su espíritu y le dejo el mío que son uno. —Chipicatonali, lloraba haciendo un esfuerzo por hacerlo silenciosamente, a Colibrí Veloz se le atravesó un tarugo en la garganta, el abuelo y el nieto se abrazaban fuertemente.

Iz tenía que pensar en otra cosa para que a él y a su nieto no les ganara el en agua en los ojos, cambiando radicalmente de tema preguntó a su nieto: —¿Y que va a pasar con Iztayahui?

—Saliendo de aquí voy a verla. Le ofreceré compromiso y vendré por ella cuando me haya ubicado.

—La quieres para esposa o para concubina.

—¡Para esposa abuelo! Así me han enseñado y seguiré la costumbre de nuestros mayores.

—Por lo que dices ella no lo sabe.

—No abuelito, ahora es que le hablaré, hemos conversado pero no hay compromiso. Ya se nos hace tarde —dijo incluyendo al nuevo compañero —Huitzilitzin los acompaña mientras hablo con Iztayahui.

—Chipicatonali, ve a llamar a Iztayahui y te fijas quién anda rondando, el viento me ha traído voces desconocidas. No deben tener malas intenciones pero hace rato que vigilan la casa —pidió Iz a su esposa.

—*Coltzin* Amincatlaloc ¿cómo es que el viento té habla? —preguntó admirado Huitzilitzin.

—¡Simplemente escuchándolo! —pero también me dice cosas que entran por la nariz, o por la boca, o tocándome el cuerpo, o como presentimiento, o todas las cosas juntas. Vas a

vivir muy cerca de Cuauhtliuil en situaciones en que sus vidas dependen de la habilidad para apreciar lo que la naturaleza comunica, ya pronto lo aprenderás.

—¡Eso no es nada! ¡Puede predecir la lluvia por el rumor de las ranas o sapos en sus madrigueras. ¿Por qué crees que se autonombró Cazador del Rayo? Después te cuento, o que te lo explique el abuelo mientras hablo con Iztayahui.

Una grácil joven de escasos quince años entraba a la habitación precedida de la abuela. Respetuosamente saludo a todos empezando por el del jefe de la casa quién le dijo: —Iztayahui aquí Cuauhtliuil —señalando con la mirada al nieto —quiere hablarte. Ya te enterarás y no te aflijas, nosotros hablamos con tus papás. —Iz le daba importancia a su esposa cuando el asunto en cuestión era familiar, contrario a la costumbre generalizada de ignorar a la mujer. —Pasen a la recámara de Chipicatonali y siéntanse con la confianza que la situación requiere.

La joven pasó recelosa a la otra habitación seguida de Cuauhtliuil quién le dijo para calmarla: —Mí abuelito está un poco sentimental porque mañana salimos, mi tío y yo en nuestra primera misión y porque piensa en usted.

—¡En mí! ¿Por qué? —habló extrañada la muchacha —a caso yo me voy a ir con usted.

—De eso quería hablarle —anticipo el joven —desde pequeños, cuando la veía jugar con sus amigas llamó mi atención y creo que no le soy indiferente. Todo el tiempo que pase en el calmécac me moría de rabia al pensar en que pudiera corresponder a otro. Cuando venía al pueblo, preguntaba a mis hermanas por usted y me llenaba el alma viéndola hasta mi próxima salida franca. Últimamente hemos conversado siempre acompañados, o por sus hermanas, o por sus amigas, o por sus papás y no he encontrado la ocasión de decirle que me gustaría que aceptara ser mi esposa.

—¡Dios santo! —exclamó la joven —no va a querer que me valla con usted.

—¡No por dios! Eso sería lo último que le pediría. ¡Como la voy a enfrentar a lo desconocido! Le suplicaría que considere un compromiso formal y sin fecha definida para que sea mi esposa. No se cuanto tiempo me lleve, si vivo y considero que ya no correrá peligros vendré a pedirle a sus padres que me la entreguen por esposa en un pacto de por vida en donde todo lo que tenga será suyo, si usted así lo decide. Como escucho al abuelito, el respalda mi compromiso y concertará con sus papas lo necesario. ¿Usted que decide?

—¿Siempre es así de intempestivo?

—¡Me considera intempestivo! cuando mi cariño la viene pastoreando desde que mudó los dientes.

—¿A caso yo lo sabía? Además de intempestivo es timorato.

—¡Válgame, mal empezamos! Pues sí, la inseguridad que no me acepte me hace ser imprudente, pero ya no tengo tiempo. Debe decidirlo ahora, iré lejos a zonas peligrosas y no me haría nada de bien estar pensando a quién le dará su cariño, además me empujaría a cumplir prontamente las metas para venir por usted y me acompañe hasta donde el destino nos abra la puerta. Probablemente viviremos lejos de esta tierra. Es seguro que el *Huei-Tlatoani* me hará su calpixque. Esto significa que debo quedarme en la ciudad en que me nombre. Ese es mi probable destino y es lo que le ofrezco.

—Siendo ya calpixque tendrá que aceptar otras esposas, como todos lo hacen —sentenció Iztayahui.

—No soy como todos, el único pacto de vida que haré será con nuestra familia. Nunca la rebajaré a pelear por un lugar en la casa o en la cama, usted será la única.

—Vea a su tío Netzahualcóyotl y a nuestro *Huei-Tlatoani* Netzahualpilli, cuantas esposas he hijos han tenido.

—Sólo vea a los hijos de Amincatlaloc y Cuautlalope, todos se han unido bajo la ley antigua.

—Déme tiempo para meditarlo.

—Tiempo es lo que me hace falta, mañana al medio día salimos, así que quisiera que en esta habitación me de una respuesta.

—¡Me está presionando!

—Le digo la verdad.

—Y por qué no se queda y vivimos en este país.

—No sería el compañero que usted merece. Debo cumplir mí destino a la orilla del mar, y se lo ofrezco con todo mi amor.

—Tata Amincatlaloc qué le dijo.

—Muy poco, pero me hizo guardián de sus espíritus.

—El *coltzin* le dio sus piedras de espíritus.

—Sí, y le di las mías. Si lo quiere ver así, los espíritus que han guiado a Amincatlaloc nos guiarán a nosotros.

—¿Cómo que nos guiarán? ¡Se los entregó a usted!

—Si me acepta, serán de los dos.

—Verá Cuauhtliuil, yo también me enamoré de usted desde que fue a su iniciación a la que nuestras familias fueron juntas. Cuando salió del templo traía un resplandor alrededor de su cuerpo que lo hacía ver mayor, desde entonces lo he amado, trataba de ocultar mis sentimiento para que no se fuera a burlar de una mocosa macegual pretendiendo al sobrino de un jefe de un poderoso *calpolli*. Claro que lo esperaré cuanto sea necesario. Me duele dejar Tlamica y a mis familiares pero acepto unir mi destino al “Águila de la Mañana” si me promete que seré su única *zohuatl*.

—¡Le prometo que será mi única mujer y compañera! Que el espíritu de Papalotzin, la gran *Tlatoani*, madre de Iz me reclame si miento.

—No meta a su mayor abuelita, con que usted me lo prometa es suficiente. “¿Cómo si no lo conociera?” —terminó la frase con un murmullo hablando para sí.

—¿Qué dijo?

—Nada. Y abreviemos que se le hace tarde.

El joven se sacó la bincha e iba a desprender la pluma de águila que le dieron al graduarse en el calmécac e identificaba

como oficial primero, para entregársela a Iztayahui en señal de compromiso. La joven lo interrumpió.

—¡No me dé ningún símbolo! Su palabra es casi suficiente.

—¿Y que falta para que sea suficiente?

—¡Esto! —la mujer tomó la cara del joven entre sus recias manitas de campesina inmovilizándolo y plantándole un apasionado y torpe beso en la boca. El joven la abrazó impulsivamente y respondió con la misma pasión pero con besos más torpes. De improviso la joven se retiró, tomándolo de la mano lo llevó afuera de la habitación diciéndole a Iz:

—Tatas Amincatlaloc y Chipicatonali, pueden hablar con mis papás para que me dejen vivir en esta casa hasta que me vaya con mi esposo Cuauhtliuil, si no les estorbo.

Chipicatonali se levantó de la estera con la agilidad de una quinceañera, abrazando a la pareja y plantándole un sonoro beso a la muchacha le dijo: —¡Claro que sí hija mía! Si lo prefieres así. Aunque Cuauhtliuil no te obligaría.

—¡Me obligo yo! No importa que todo el mundo sepa que me comprometí con su nieto, ya me deberán considerar como su esposa —mucha determinación para una adolescente.

—Hijos, deben partir —anunció el abuelo, los van a abordar un par de jóvenes que están rondando la casa hace un buen rato, vayan preparados, no se los dejen acercar ni ustedes los vayan a emboscar, no son de aquí cerca, yo diría que vienen del rumbo de Tepetlaoxtoc. No les digo más y váyanse.

Los jóvenes recogieron sus arcos y carcaj, dieron besos a los abuelos, Hutzilitzin se adelantó para dar espacio a que su compañero se despidiera de su prometida quién lo acompañó hasta unas retamas en donde se despidieron con un apasionado beso.

Hutzilitzin esperó poco, se terciaron a la espalda el carcaj, destensaron los arcos enredando cuidadosamente la pita en un extremo y se prepararon para ser abordados por extraños. Al dar la vuelta hacia la casa una voz recién conocida llamó su atención: —Señores, el *Tlatoani* Ixtlixóchitl nos encomendó

llevarlos a su presencia en la residencia de Amanalco. Esperamos que no opongan resistencia.

Huitzilitzin se mantuvo en tensión y dispuesto a defenderse hasta que Cuauhtliuil le dijo: —Nos están apresando los oficiales de la escolta que nos acompañarán en nuestra comisión.

—¡Porque diablos no se presentan! —regañó Huitzilitzin.

—Seguro así se los ordenaron. Alguno de ustedes díganle a mí tío cuál fue la orden del *Tlatoani* —solicitó Cuauhtliuil al la pareja que los detenía.

—¡Que buscáramos a nuestro capitán y lo lleváramos a su presencia... ¡Por las buenas o por las malas!

—¿Hubieran sido capaces de someterlos? —preguntó Huitzilitzin.

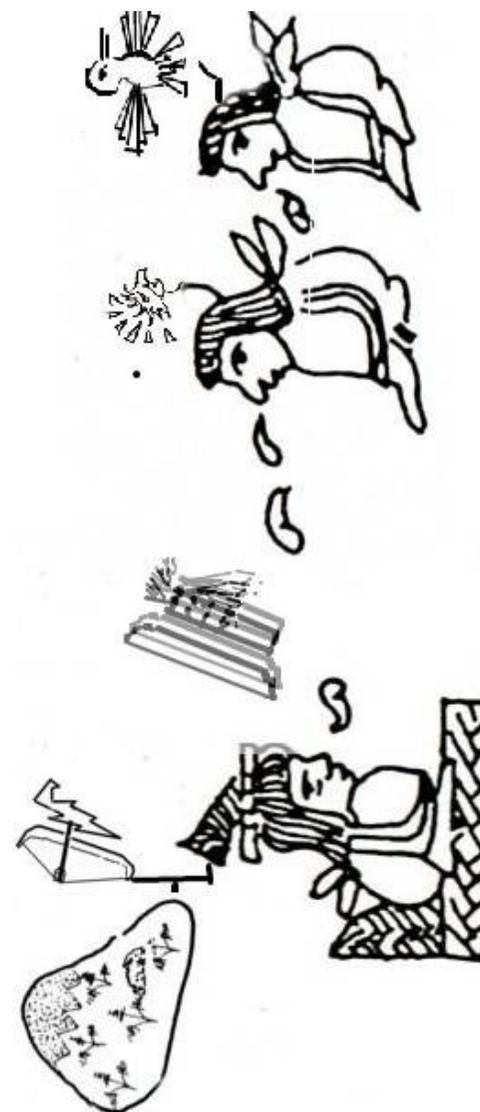
—No se si hubiéramos podido someterlos, por como toman el arco se ve que no son legos en la batalla. Si les aseguro que estamos dispuestos a perder la vida por cumplir la orden.

—¿No es cierto que hace dos días el *Tlatoani* los comisionó como patrulla a la orden de este capitán? —les dijo Hutzilitzin refiriéndose a Coauhtliuil.

—Es cosa de jerarquías y la comisión empieza mañana. Si la orden nos la diera pasado mañana, ya como miembros de su patrulla no sería acatada. Pues estaríamos bajo órdenes directas del capitán —señalando con un movimiento de cabeza a Cuauhtliuil.

—¡Qué complicada es la milicia! —exclamó Huitzilitzin —vamos a ver al primo *Tlatoani* —acentuando, lo de primo.

A la salida de Tlaminca se les unieron los otros tres oficiales de la patrulla saludando a quién comandaba la misión. Hasta Amanalco pasando por Tlaixpan no les llevó más de media hora a un paso en que se retaban los acompañadores y los acompañados.



El Abuelo Amincatláloc entrega a su nieto Cuauhtliuin y sobrino Huitzilitzin los arcos.

La Misión.

Un par de guardas apostados en la entrada del palacio de Amanalco reconocen a la gente de la patrulla franqueándoles la entrada conduciéndolos hasta los aposentos de Ixtlixóchitl. El *Tlatoani* había ordenado una cena muy bien presentada.

—Los esperaba más temprano, la comida se ha puesto tiesa de tanto calentar —reclamaba el Señor a los jóvenes de la patrulla. — ¿En donde los encontraron?

—En casa de Amincatlaloc —Cuauhtliuil respondió por su equipo haciendo ver Ixtlixóchitl que los oficiales de la patrulla no eran responsables —nos entretuvimos oyendo sus sabios concejos y...—meditaba sí lo que iba a decir era conveniente —formalizando mi compromiso con una señorita vecina.

—Eso quiere decir que no podrás establecer pactos de sangre con algún principal de las tierras que agreguen a la cofradía obligándote a efectuarlo por otros medios.

—Si señor, es correcto.

—Que bueno que llevas a Huitzilitzin, te servirá enormidades para estos casos. A mí me van ha hacer mucha falta sus apreciaciones y acertados concejos. En política ningún consejo está de más y los comentarios deben ser apropiados y juiciosos, hay que andar adelante de los contendientes.

Estas advertencias las expresaba un mozalbete no mayor que Cuauhtliuil que por ser hijo de Netzahualpilli y una dama chichimeca, no era muy aceptado por la jerarquía azteca quienes mostraban una marcada preferencia por sus medios hermanos Cacamatzin y Coanacoc cuya madre era azteca. A estos, el *Huei-Tlatoani* los envió a vivir con los suegros a

II. La Misión.

Tenochtitlan, manteniendo, de esta manera, tranquilos a sus aliados aztecas quienes influirían para que llegado el momento alguno de ellos fuera elegido *Huei-Tlatoani* de Acolhuacan con el beneplácito de los *Calpolli* aztecas. Ha estas alturas, Netzahualpilli estaba muy preocupado por el poder que los aztecas querían recuperar después que su padre Netzahualcóyotl se hiciera señor de los atzcapotzalcas inclinándolos un quinto más hacia Texcoco, mediante el terror constante que causaba su poderío militar e impuestos en personas para ser esclavizados por señores *pipiltin* aztecas en la producción y construcción de Tenochtitlan que se erguía a pasos agigantados con el trabajo de esta económica fuerza laboral. En espera de una oportunidad para quitarse la cada vez más incómoda alianza con los aztecas, Netzahualpilli se guardaba un as bajo la manga manteniendo a Ixtlixóchitl como su calpixque al norte del país en Tepetlaoxtoc, poblado estratégico por la importancia económica de ser estación obligada para conecars con los poblados del importante país que cimentación tolteca-chichimeca de Tlaxcala, cuya posición geográfica entre las costas del mar oriente y el Valle de México lo convertían en un punto estratégico, sí los presagios de los oráculos se cumplían.

Dando tiempo para degustar los primeros platillos Ixtlixóchitl preguntó — ¿Qué les dijo el *coltzin* Amincatlaloc?

—Referente a nuestro encargo, muy poco. Se concretó a preguntarle sobre la cacería de pajarillos que le enseñó a realizar utilizando como única arma o trampa las manos y algo de comida —respondió Huitzilitzin adelantándose a su sobrino.

—Mí abuelo, Netzahualcóyotl —abundo Ixtlixóchitl —nos relataba que su gran capitán Amincatlaloc, cuando era un niño cazaba pajarillos con las manos haciéndose el muerto por mucho rato, también me dijo que él nunca tuvo la paciencia. La anécdota siempre me ha parecido una exageración.

—Le puedo afirmar que el abuelo “Coyote Furioso” tenía razón, Amincatlaloc cazó pajarillos con la mano que regalaba a mi mamá. La técnica y otras cosas se la enseñó un sabio

anciano chichimeca de vivió en Tlaixpan —replicaba Huitzililtzin.

— ¡Yo he cazado pajarillos con esa técnica! —Confirmaba Cuauhtliuil —Coyote Furioso no le dijo mentiras.

— ¿Por qué ustedes dos llaman a mi abuelo “Coyote Furioso”? Su verdadero nombre era “Coyote Hambriento” —preguntó Ixtlixóchitl.

—Por escucharlo de a mi mamá y a mi tío —respondió secamente Hitzililtzin cortando de esta manera más preguntas sobre el tema que podrían resultar embarazosas. La verdad sobre la relación de sangre materna entre Netzahualcóyotl, Amincatlaloc y Coatlatlope, muy pocos la conocían.

—En otra ocasión que tengamos más tiempo me lo explicas —replico Ixtlixóchitl, al notar que su consejero evadía el tema.

— ¿Van a llevar arcos en lugar de lanzas? —interrogó Ixtlixóchitl al ver las armas de los jóvenes.

—Las dos cosas —respondió Cuauhtliuil —el arco terciado a la espalda no estorba y la lanza se puede usar de ayuda al caminar y en defensa cuerpo a cuerpo, aunque, como sabe, un arco chichimeca bien utilizado es mucho más efectivo para ganar batallas que lanzas y macanas. Su uso se ha visto menospreciado porque los aztecas lo consideran un arma despreciable pues deja más muertos reduciendo por esto sus esclavos. Por cierto *Tlatoani*, por favor ordene que a mis hombres se les entregue un buen arco tlaminicano.

Los cinco jóvenes asignados como guardia de corps de Cuauhtliuil estaban sentados en el piso sobre unas esteras colocadas en el otro extremo de la habitación terminaban sus alimentos disponiéndose a solicitar permiso para retirarse.

—¡ Cozamatl! —voceó Inxtlixóchitl hacia el grupo. Uno de los jóvenes se separó tomando su lanza, caminó unos pasos y se cuadró ante el *Tlatoani*. —¡Ordene que les entreguen arcos tlaminicanos, carcaj y flechas! Y pueden retirarse.

Los jóvenes se cuadraron ante la mesa principal prestos a retirarse. El *Tlatoani* confirmó con una seña de la mano. Los

jóvenes marcialmente voltearon a la derecha caminando hacia la salida cuando una voz los detuvo:

—Un momento —dijo Hitzililtzin con autoridad —se sus nombres pero el capitán no —refiriéndose a Cuauhtliuil. —Me permito renombrarlos señalando en primer lugar a Totocahuan diciéndole: —mientras no hagan méritos para el capitán y para todos serán simplemente: *Cente, Ome, Yei, Nahui y Macuilli*; cuando realicen méritos para ser recordados, el mismo capitán les dará sus nombres definitivos, y estará prohibido usar otros.

Los jóvenes como estatuas movían discretamente los ojos buscando alguna expresión de protesta en sus compañeros, pues se les había despojado de sus nombres para identificarlos por simples números. De ahora en adelante deberían llamarse como; uno, dos, tres, cuatro y cinco, aun entre ellos. Cuauhtliuil extrañado miraba alternativamente a Hitzililtzin y a Ixtlixóchitl que permanecían inmutables. Los recién bautizados volvieron a solicitar autorización para retirarse dirigiéndose ahora, a su capitán quién los autorizó con una seña de la mano.

—¡Les digo que este hombre me va a hacer falta! —reconoció Ixtlixóchitl a su antiguo consejero después que los oficiales de retiraron —con cinco palabras has hecho que el comando del grupo pase de la autoridad superior, o sea yo, a la de su capitán y actual comandante.

Cuauhtliuil empezaba a conocer y admirar a su tío y segundo comandante. Sin previo aviso Ixtlixóchitl abordó en el tema de la reunión diciendo: —Tanto para los aztecas como para los toltecas-chichimecas es conocida la profecía del gran héroe Tolteca Ce-Acatl-Topililtzin-Quetzalcoatl, del que se cuenta, que en una balsa de tule desapareció en el horizonte del mar oriente prometiendo regresar, él o sus descendientes, cuando su pueblo lo necesitara. Por alguna razón que aun no acabo de descubrir, los augures de los señores aztecas afirman que Quetzalcóatl, escuchen bien Quetzalcóatl arribará dentro de poco tiempo a las costas del oriente para arrebatarnos su imperio. Los aztecas cultos saben que se espera a un hombre,

pero la gente del pueblo lo asocia con el dios. Considero que la llegada de ese héroe tolteca pone preocupación en los aztecas y esperanza en los chichimecas. Los primeros se preparan para que el imperio, en realidad dos quintos del imperio les sea arrebatado; nosotros, y hablo de los que estamos en esta habitación, debemos prepararnos para que cuando Ce-Acatl-Topilítzin-Quetzalcoatl, sus descendientes o quienes sean aparezcan siguiendo al Sol, nos los ganemos para la causa del imperio tolteca-chichimeca y terminar de una vez por todas con los abusos de los aztecas. Su misión concreta es establecer una alianza indisoluble con esos supuestos descendientes de Quetzalcóatl. Esta alianza debe efectuarse de manera tal que los señores aztecas no sospechen y además confíen en que el convenio los incluye bajo el tratado de la triple alianza. De los Tlacopan, cuyo origen, también es chichimeca pero opuesto a la causa acolhuacana, esto es a Texcoco, yo me encargaré cuando llegue el momento

Tres jóvenes, confabulaban para borrar del imperio gobernado por la triple alianza Tenochtitlan, Acolhuacan y Tlacopan, a los aztecas y azcapotzalcas, usando sus mismas armas, la psicológica mediante un oráculo que auguraba el fin de una era azteca y los medios inhumanos que utilizaban para entronizarse.

—Entenderán que por mí mismo soy incapaz de llevar a fin este plan —aclaraba Ixtlixóchitl —soy la voz y manos de alguien más poderoso. Si nuestro objetivo es descubierto, este mismo poderoso los apresará y liquidará para cubrirse las espaldas.

—Cuauhtliuil, en el calmécac fuimos muy buenos amigos, después notaste, indiferencia y hasta rechazo de mi parte. Así lo planeo una poderosa maquinaria política que desde hace mucho tiempo fue orientada para que fueras elegido para esta misión. La decisión de Huitzilihuil en acompañarte nos hizo dudar por un momento, sin embargo, los poderosos, consideraron que los hados estaban de nuestra parte, pues sabe de las capacidades políticas e intelectuales heredadas del

antiguo consejero de Netzahualcóyotl, Huitzilihuil, tú padre Huitzilitzin. —Ixtlixóchitl le llamó Cuauhtliuil, sin relajar la jerarquía, los jóvenes se trataban como compañeros cadetes en el calmécac, eso fue cuando tenía como doce años.

—No miento si te digo que fuiste elegido desde tú nacimiento y no por tus méritos que no son pocos. No lo digo para que te envanezcas, sino para que aceptes con humildad el designo de los dioses. Para bien o para mal, los augures predicen que una descendiente tuya, unirá su sangre con un descendiente de Ce-Acatl-Topilítzin-Quetzalcoatl para forjar una nueva y poderosa nación. Sería preferible que fuera varón, pero sobre el designo de los dioses, los humanos no tenemos ingerencia. En el Teocali así se han determinado. Como lo escuchan —Ixtlixóchitl continuó sus revelaciones —lo que es un augurio de muerte para los aztecas, es una ilusión de vida para nosotros, los toltecas-chichimecas. Cuauhtliui y Huitzilitzin no está por demás que les exija que esta revelación deberán mantenerla en secreto, ni sus familiares más íntimos deberán conocerla.

—La misión se facilitará consolidando el Imperio Tolteca-Chichimeca a lo largo de la costa del mar oriente, desde el río Pánuco por el norte hasta unirse con nuestros aliados los mayas en el río Mezcalapa al sur. La misión no es fácil y deberán cumplirse en poco más o menos treinta años tiempo en que se predice el arribo de Quetzalcóatl o sus descendientes a las costas del país Maya.

—Me estás diciendo —replicó Cuauhtliuil —¿qué en treinta años debo tener una heredera casadera?

—Una heredera exactamente, así que el tiempo apremia. Busquen por todos los medios —continuó Ixtlixóchitl —convencer a los *Tlatoani* de los poblados de la costa, a que se alíen al Acolhuacán, esto requiere de habilidad bélica y política. Esto podría implicar acciones militares aplastantes y sanguinarias, seguida de una paz ordenada y benévola. Pero les repito, es preferible que se llegue a compromisos negociados políticamente, las batallas siempre llaman atención a la codicia

II. La Misión.

de terceros y les insisto ¡nadie deben saber de nuestro proyecto! Deberán convencer a los pobladores que ser aliados del Acolhuacan los protegerá de la barbarie de los aztecas o de pueblos vecinos sojuzgados por estos para cumplir, y esto tienen que recalcarlo, sus exigencias esclavistas, que será siempre un argumento de mucho peso a nuestro favor. Entre más pueblos se adhieran a la causa, más y mejores argumentos para que nuestro *Huei-Tlatoani* negocie con Tenochtitlan y Tlacopan cuotas de poder. No tendrán que lidiar con calpixques aztecas o tlacopanos, la zona es tolteca-chichimeca, pero siempre habrá incondicionales a los mexicas, en esta situación deberá evitar una confrontación bélica que eventualmente nos enfrentaría a nuestros cogobernadores. En estas condiciones, o cuando se suponga una ligera preferencia por aztecas o tlacopanos la negociación deberá ser política. Y en el último de los casos, aislarlos mediante un proceso de leal acercamiento con los poblados vecinos. Sigán las rutas de los comerciantes, siempre serán las más seguras, cuando un pueblo se integre como un calpixcato, deberá mantenerlo bien comunicado, esto significará establecer días específicos de mercado para que las caravanas de comerciantes se muevan desde un pueblo al otro custodiadas por nuestros soldados, idealmente un día determinado periódicamente. Los comerciantes, por este servicio deberán entregar en pago el *ome-macuilpoalli* (dos tantos de cien) de la mercancía, y correr con la preparación y alimentos de la patrulla. Rutas seguras significa para los comerciantes, caminos protegidos de las gavillas de bandidos y patrullas encubiertas de soldados contrarios. Presten atento oído a las conversaciones de los comerciantes; que los calpixques intervengan y decidan equitativamente en las discusiones de estos que en su mayoría tratarán de bienes, por tanto, de fácil decisión. Entérense en cuál pueblo los comerciantes son objeto de abusos por los calpixques y autoridades, en estos casos, apresen al calpixque, confisquen sus bienes, degrádenlo a *tlaimaite* y envíenlo de tributo directo a Netzahualpilli con la acusación de abuso

II. La Misión.

deshonesto, que como saben, es un delito muy penado. Castiguen a los comerciantes que eleven el valor de los bienes, si es vecino del pueblo, adviértanle una sola vez, si reincide confisquen sus bienes; si es extranjero, confisquen la mitad de su mercancía y que las patrullas avisen de su actuación en todos los pueblos para desterrarlo, no nos interesan los comerciantes abusivos. Me parece que Huitzilitzin puede encargarse del trato comercial y Cuauhtliuil de impartir justicia. Sean estrictos pero justos con los oficiales y soldados; que mantengan sus armas en perfecto estado; que nunca estén ociosos, ejercítenlos para las batallas; a los más indisciplinados pónganlos a realizar trabajos de ingeniería militar, especialmente construir caminos y cuarteles. Los militares no deberán abusar de los civiles so pena de perder sus beneficios; si reinciden degrádenlos a *meyeques* obligándolos a cumplir el *cente-tlacatl* (trabajo comunal por dos años). Si desertan o huyen durante una batalla, degrádenlos a *tlaimaites* y envíenlos al *Tlatoani* sin importar si son acolhuacanos o locales. No ejecuten a ningún militar o civil por mayúsculo que sea el delito, la justicia la hará el *Huei-Tlatoani* de Acolhuacán. Un militar nunca deberá embriagarse aunque la festividad lo permita, la primera vez se le amonesta, la segunda se aplica el *cente-tlacatl* y la tercera se degrada a *tlaimaite* enviándolo al *Tlatoani*. Los capitanes podrán gozar de un viaje a su país con escolta cada cinco años, siempre que sea posible, se les proporcionarán los *tlaimaites* para trasportar los bienes que haya acumulado; también, si así lo desean, podrán llevar a sus familias y pertenencias, en todos los casos los gastos correrán por cuenta del calpixcato.

—No hagan leva, ofrezcan beneficios en bienes o tierras para que, los jóvenes de los pueblos asociados entren con agrado a servir en el ejército como un medio para que las familias cumplan con el *Cente-tlacatl*. Den entrada a todo el que lo solicite sin importar la clase social a la que pertenezca siempre que no este cumpliendo alguna pena judicial, si cumple los requisitos a él y a su familia se les tratará para

II. La Misión.

siempre como macegual. Si cae en batalla, su familia recibirá una parcela de tierra de la comunidad para que la explote sujeta al *cente-cempoalli* que son los impuestos usuales para los maceguals. Estos soldados estarán sujetos a un capitán acolhua que les irá proporcionando según vayan requiriendo. Los naturales pueden llegar a capitanes por méritos y gozar de los beneficios que tienen los acolhuas, esto quiere decir que pueden llegar a ser pilli con todos los beneficios que esto significa. En fin, necesitamos un ejército bien alimentado, ordenado, eficiente y contento. Esa será tu labor Cuauhtliuil. Van a adentrarse en terrenos desconocidos, según dicen, de clima muy húmedo, donde abundan enfermedades y fieras que no conocemos. Por esto, es muy importante que elijan muy bien a sus guías y chamanes. Patrullas extraviadas y hombres enfermos no sirven a la causa. Debo advertirles sobre las leyes y la religión. En el Acolhuacán ha funcionado mantener dos leyes, la desarrollada por los naturales y aplicada por un concejo del pueblo y supeditada a la otra para los tolteca-chichimecas, que aplica el *Huei-Tlatoani*. Algo similar debe aplicarse en los calpixcatos, mientras no quebranten una ley tolteca-chichimeca, permitan que los pueblos apliquen las propias. Lo mismo será para la religión, no interfieran ni pretendan cambiar sus creencias. Cuando el desarrollo de un calpixcato lo amerite o el concejo del pueblo lo solicite, se enviará a su solicitud maestros o sacerdotes con sus familias. Los niños maceguals desde los ocho años, podrán asistir sin distinción de sexo, al *Tlamantlicali* un logro del abuelo Netzahualcóyotl como obsequio a la mamá de su capitán general, ¿cómo es que se llamaba? —dirigía la pregunta a los jóvenes quienes respondieron al unísono:

—Papalotli.

—Los impuestos son necesarios para mantener al imperio operando. He conseguido de Netzahualpilli, que por cinco años los calpixcatos de reciente ingreso al Acolhuacán apliquen todo el *cente-cempoalli* al desarrollo del mismo, esto incluye las construcciones de defensa bélica, vías de comunicación y los

II. La Misión.

Tlamantlicali, después se tomará el *ome-cempoalli* usual. Deben aplicar el impuesto del *cente-tlacatl* a cada familia con al menos un hijo varón trabajando para que la comunidad de esta manera se fortalezca, así mismo para evitar la vagancia, estos recibirán trato de *mayerques* con trabajo remunerado. Los borrachos y revoltosos sin distinción de sexo, deberán cubrirlo como castigo con trato de *tlaimaites*. No tengo más que agregar —terminó con alivio Ixtlixóchitl diciendo: —Los lineamientos son muy parecidos a los que se aplican aquí, en Acolhuacán. No creo que tengan problema para recordarlos.

—Las diferencias son claras —replicó Huitzilitzin sin contradecir a Ixtlixóchitl.

—Terminemos la comida con tranquilidad, bebamos un poco. Si ya se despidieron de sus familias les aconsejo que duerman aquí y mañana temprano se van a Tepetlaoxtoc, junto con su patrulla, ya está todo dispuesto para su partida. La advertencia final: de hoy en adelante no saldrán a ningún lado sin escolta aunque no les agrade, nuestra causa se soporta en ustedes y a ella le pertenecen. El capitán *Cente* como le nombraste —dijo Ixtlixóchitl dirigiéndose a Huizilihuín — conoce todos los movimientos para preparar una caravana de comerciantes y caminantes. Yo llegaré alrededor del medio día para darles la salida y entregar públicamente los bastones de presentación.

Ixtlixóchitl despachó a toda la servidumbre, solos y sin pendientes, los tres amigos departieron alegremente hasta bien entrada la noche en que se retiraron a sus dormitorios.

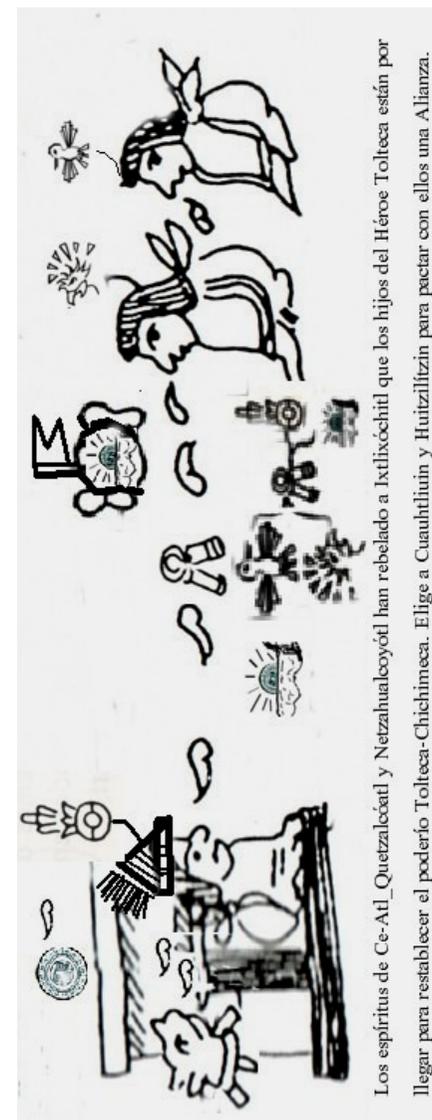
Una sana vida de campo acompañando a su abuelo en sus labores y su misma naturaleza hacían de Cuauhtliuil una persona madrugadora de un despertar inmediato y activo aunque se hubiera dormido poco e incluso pasara en vela parecía nunca estar cansado. Se levantó poco antes de que lo hiciera la patrulla, se bañó a jicarazos con agua fría, envuelto en un lienzo llamó a su compañero más dado a gozar de lecho diciéndole:

— Hutzilitzin, ya va a amanecer, es hora de que te levante y alistes, el agua está deliciosa.

El joven se levantó soñoliento, sin entusiasmo se dirigió al temascal para bañarse con abluciones en la pileta que servía como escurridero tomando agua de unas tinajas destinadas a guardar el agua fría para las abluciones posteriores al baño ceremonial. En cuanto metió la jícara a la tinaja se dio cuenta de lo helado del agua, que por los comentarios de Cuauhtliuil supuso atemperada, con toda la de fuerza de voluntad que era capaz se sometió las abluciones de agua helada que cumpliendo su oficio lo despertó completamente.

Ya dispuestos a marchar salieron del aposento, una niña que ya pintaba para ser una hermosa mujer les avisó: —el *Tlatoani* nos advirtió que les tuviéramos listo el desayuno previniéndonos de que su sobrino el más joven era muy madrugador. ¿Si es su deseo, acompañarme?

Los jóvenes regresaron a dejar sus escasas pertenencias al aposento siguiendo a la joven hasta la estancia en donde una mesa de patas cortas estaba repleta de alimentos. Los jóvenes con el apetito de su edad dieron parte de las viandas. Poco antes de finalizar, *Cente* se presentó a dar parte diciendo: — Estamos listos —dos de los oficiales ya portaban las pertenencias de los capitanes. Dando las gracias a los espíritus de los alimentos y a las personas que los prepararon los jóvenes iniciaron la ruta a su incierta aventura.



La Partida.

A paso montuno marcado por Cuauhtliuil entró la patrulla a la vacía plaza de Tepetlaoxtoc.

—¿Qué pasa Cente? Llegamos muy temprano —pregunto Huitzilitzin con la respiración un poco agitada por la competida caminata.

—Si señor, es aun muy temprano. Vayamos a la casa de la guardia —aconsejó el joven oficial.

Llegaron a la entrada de un austero y amplio edificio que hacía las veces de cuartel. —¡Aquí la patrulla del capitán Cuauhtliuil pidiendo entrada franca! —Informó con voz de mando Totocahuan, el ahora teniente Cente.

—No los esperábamos tan temprano. El oficial les acompañará ante el jefe —respondió el interpelado señalando a su compañero.

—¡Síganme! —Respondió el guardián con el tono seco del militar que cumple una orden. Se adentraron en el edificio hasta un aposento austeramente amueblado diciendo a los capitanes —esperen un momento mientras localizo al jefe — abriendo la puerta y mostrando un poyo a los jóvenes. Los oficiales de la patrulla esperaron firmes en el patio. Al momento entró con paso marcial un hombre de edad madura presentándose y diciendo a los jóvenes capitanes: —Llegaron muy temprano, apenas estamos preparando a los acompañantes. El jefe de ellos estará aquí en unos instantes.

III. La Partida.

No tuvieron que esperar, un hombre de mediana edad con atuendo de *mayerque* acomodado se paraba en la puerta pidiendo permiso para entrar.

—¡Pasa! —ordenó el jefe. Dirigiéndose a los capitanes — le presentó Initlacua conocido por su habilidad para preparar banquetes con un poco de cualquier tipo de comida, será su jefe de asistentes nombrado ex profeso por el *Tlatoani*. Es muy trabajador y servicial, hasta hora el encargado del abastecimiento del palacio de Ixtlixóchitl.

El recién llegado miró de reojo a Hutzilitzin quien habló con mordiente incredulidad: —¡Con que usted va a ser NUESTRO ABASTECEDOR! —dijo Huitzilitzin, seguro que Ixtlixóchitl desconocía algunas otras habilidades del proveedor.

El jefe sorprendido miró con fiereza a Initlacua quien también era conocido como Tlacuache, por su habilidad de echar para su saco cualquier cosa, según él, mal acomodada preguntándole con tono sentencioso: —¿Qué le hiciste al *Tlatoani* Huitzilitzin?— El Tlacuache turbado empezaba a balbucear una justificación, pero se adelantó Huitzilitzin, dirigiéndose al jefe:

—No importa jefe, si Ixtlixóchitl lo eligió como proveedor de nuestra patrulla habrá descubierto en este tunante más HABILIDADES de las que yo he sufrido de su parte. De una vez queda advertido: en cuanto lo descubra en una tlacuachada va a sufrir las consecuencias de la justicia y te darás de santos si quedas rebajado a *tlaimaite* juzgado.

Initlacua quiso justificarse pero fue interrumpido por el jefe diciéndole sentenciosamente:

—Grave ha de ser lo que le hiciste al capitán. Así que mejor no digas nada y atente a la advertencia del señor. Le encargaré a Totocahuan que te respire en la nuca e informe a los *Tlatoani* cualquier tlacuachada que hagas. Ve por tú gente para que salgan de una vez.

—¿Si los señores necesitan algo más en que les pueda servir? —interrogó a los capitanes.

—Tres juegos de arcos, carcaj y suficientes flechas para mis oficiales —pidió El Cuauhtliuil —y que sean de Tlaminca o chichimecas.

—Señor, sus oficiales llevan el mejor escudo, cuchillos de obsidiana, las mejores lanzas y buenas macanas, creo que los arcos serán un estorbo.

—Aunque lo sea, lo han de llevar —concluyo el capitán.

El jefe salió a dar las órdenes pertinentes.

Ya solos, Cuauhtliuil preguntó a Huitzilitzin: —¿De donde conoces al Tlacuache? ¿Y qué te hizo?

Huitzilitzin le contó: —Recién llegado a este calpixcato mataba el tiempo un día de plaza caminando entre los puestos. El taimado Tlacuache se me acercó haciéndome conversación. Es muy ameno, conversador, simpático y descarado, al grado de atreverse a hablarte sin solicitar autorización. El tunante se me acercó muy zalamero, “señorcito, disculpe el atrevimiento, no le interesaría una capa lindamente bordada para atajar el frío de este invierno”. No le hice caso para quitármelo de encima, pero insistió “jefecito, cómpreme la tilmita, es muy fina, seguro le queda como mandada ha hacer”. Pues sí, la tilmita, era una capa de muy buena calidad, bien terminada y me sentaba como mandada ha hacer.

—¿Se la compraste?

—Se la cambié por la que traía y un tejo de plata. El taimado me pedía además, la cadenilla con la que aseguraba la prenda y casi me convence. Muy satisfecho de la compra me puse la capa carmesí ajustándola con la cadenilla; parecía un príncipe. Terminé mi paseo y regresé al palacio a continuar una reunión interrumpida con Ixtlixóchitl, muy orondo con mi capa nueva. Apenas entre me dijo “¡qué bonita capa, en donde la compraste”. En el mercado, le respondí inocentemente. “Y ¿te salió muy cara?” nuevamente me pregunto. ¡No, mi capa vieja y un tlaco de plata! Le respondí. No me preguntó más, pero me veía con una cara de incredulidad burlona.

—Cuando está de vena, Ixtlixóchitl es muy insidioso— apuntó Cuauhtliuil.

—¡Y que me lo digas! Ya me tenía escamado y de mal humor. Entonces llamó a un guarda diciéndole algo en tono tan reservado que no alcancé a escuchar. Pasados unos momentos entro el guarda casi arrastrando por el brazo y propinándole enérgicas sacudidas a Initlacua. Nuestro proveedor, al verme cambió de rojo colérico a blanco cera. Ixtlixóchitl en tono burlón le preguntó “Tlacuache: ¿conoces al *Tlatoani*? Es mi nuevo consejero”. Debe haber sentido que se le caía el *maxtle*, estuvo por negarse, pero Ixtlixóchitl me vio tan indignado y encolerizado que de una buena vez le dijo. “Regrésale lo que le sacaste por la capa”. “¿Pero señor? A usted le entregue el monto por lo que me encargó venderla ¡juno le hace la lucha” le respondió. Una mirada severa lo obligó a desenrollar un atado, regresándome la capa. ¡Hijo de su abuela! Me hizo ver como tonto; si no hubiera estado en presencia de Ixtlixóchitl, lo apaleo. El jodido había sacado suficiente de otras cosas que le mandaron vender para quedarse con la capa, que al final decidió venderme. Ixtlixóchitl lo castigó severamente, creo que lo mandó a azotar, no porque lo deseara, sino porque tenía que aplicar la ley al abuso de confianza calificado que dicta esa pena. Nuestro amigo le tiene mucha confianza, sabe que en el trasiego de las mercancías algo se le queda, pero dice: “lo que consigue para el palacio cubre con creces lo que se queda en su saco”. El *Tlatoani* me aconsejo diciéndome “Hitzilitzi, el Tlacuache es muy leal, te puede ser de utilidad en el futuro. Por la capa no te preocupes te asienta muy bien, es bonita y su precio ha sido cubierto”. Después de esta recomendación le regresé la capa vieja, el tejo de plata ya estaba en la bolsa de Ixtlixóchitl.

—Así fue como conocí al Tlacuache ahora nuestro proveedor. Para Ixtlixóchitl ha sido una persona muy útil para espiar los chismes de los comerciantes que son el correo del país y los de la servidumbre de las casas acomodadas para enterarse de las intimidades de sus patrones. ¡Sí te digo Cuauhtliuil!, mucho interés tiene Ixtlixóchitl en esta misión

para entregarnos a su proveedor, espía y comunicador: el macegual Initlacua.

Regresó el jefe del cuartel anunciando: —Capitanes, sus órdenes se han cumplido, se han entregado los tres juegos de arcos para sus oficiales y el personal de ayuda, dos *tlaimaites* para cada integrante de la guardia un *mayerque* para cada uno de los capitanes e Initlacua como jefe de estos. Todo el grupo estará comandado por Totocahuan al que llaman ustedes Cente.

Los jóvenes capitanes se despidieron marcialmente del jefe. A la salida del recinto, se encontraron con un ordenado grupo de personas. Los oficiales en cuanto lo vieron tomaron su lugar en una fila, atrás de ellos los *tlaimaites* con compactos atados de poco más o menos veinticinco kilogramos con ropa, dos juegos de armas y un escudo, los *mayerques* a un lado de los oficiales con un atado del mismo peso, armas de mejor calidad y los arcos que les regalo el abuelo Iz.

—Señores, asistentes —hablo con voz de suficiencia Cuauhtliuil dirigiéndose a *mayerques* y *tlaimaites* que de momento no comprendieron que se referían a ellos — entreguen los escudos y las macanas, —la orden se ejecutó prontamente. —Señores oficiales, entreguen a sus asistentes las lanzas y tomen un arco y un carcaj con una carga completa de flechas, un trozo de piel de venado y una porción de cera de Campeche. De hoy en adelante, esa será su principal herramienta de trabajo, cuídenla, quiéranla y aprendan a manejarla con eficiencia.

—Con su permiso señor capitán —habló uno de los *mayerques* dirigiéndose a Cuauhtliuil —no encontramos flechas para este arco —mostrando el que el abuelo Iz regaló a Huitzilitzin.

—Con su permiso señor Cuauhtliuil —interrumpió Tlacuache, —ya mandé un propio para conseguir las por tierras chichimecas. Y me atreví a sugerir que fueran a casa de su abuelito Amincatlalc para que ayudada a localizarlas pues no son muy comunes. También me permití cambiar a un asistente de los capitanes por otro de Tlaminca de una familia que se

dedica a fabricar arcos, para que enseñe a los compañeros a fabricar flechas y el mantenimiento de los arcos.

—Bien hecho Initlacua, espero que siga previendo necesidades —validó la iniciativa el capitán Cuauhtliuil.

El Tlacuache mostró una cara de satisfacción, mientras Huitzilitzin miraba a su compañero haciéndole una discreta señal con las cejas, como recordándole el reciente comentario acerca del jefe de asistentes.

El grupo apresurado pero con movimientos precisos reacomodaron las cargas, los asistentes llevaron los sobrantes a las bodegas. En pocos momentos la formación estuvo lista para la revisión que realizó Cente. Al terminar informó: —Señores, todo está listo.

—De la orden de partir —con esta acción, Cuauhtliuil definía la cabeza de jerarquía como jefe de oficiales.

Al entrar en la plaza causaron un rumor de inquietud pues usualmente las patrullas de protección eran más numerosas. Cente desplegó a sus hombres, quienes sin necesidad de instrucciones tomaron diferentes rumbos acercándose a los grupos preguntando a los comerciantes su nombre, el tipo de mercancías y el destino final. Los *tlaimaites* permanecieron de pie al cuidado de los bultos colocados a un lado. El Tlacuache, como abeja entre flores se perdió entre la multitud acercándose a uno, conversando con otro, intercambiando saludos y artículos. Hacia el medio día, el grupo se rehizo a la vera de sus capitanes quienes se habían acomodado bajo un fresno observando la diligencia de sus oficiales y lo abigarrado de la caravana.

Después de que los oficiales conversaban con los comerciantes, estos enviaban a los cargadores necesarios con sacos y atados que entregaban a un grupo de oficiales en una esquina de la plaza. Esto incluía parte del pago por la protección, el resto, lo aportarían durante el viaje como bastimento para la patrulla. Por el lado del palacio de Ixtlixóchitl apareció un cortejo precedido por el calpixque de Netzahualpilli que portaba una capa preciosamente adornada,

similar a la que había vendido el Tlacuache a Hutzilitzin. Precedía a un anda con un trono para el *Tlatoani*, ricamente adornado pero vacío que Ixtlixóchitl no usaba aunque tenía que llevar para cumplir con lo que el protocolo exigía para su calidad. Un rumor de respeto, admiración y hasta un poco de veneración corrió entre los comerciantes acompañada de una ceremoniosa genuflexión. El cortejo se situó en la cabecera de la plaza en donde un personaje de la corte anunció: —El *Huei-Tlatoani* de Tepetlaoxtoc —al que siguió una aclamación de la multitud.

—Señores comerciantes —inició su perorata Ixtlixóchitl —con seguridad han notado que la escolta es pequeña con respecto a la que usualmente los acompaña. Sin embargo, está formada por lo más granado de nuestro ejército quien los protegerán de los ataques de las gavillas y patrullas disfrazadas de bandidos de los enemigos del país. Partan con la confianza que yo mismo he depositado en estos hombres.

Después, un sacerdote ante el silencio de la multitud que respetuosamente inclinaba la cabeza, invocó a los dioses la protección para los viajeros sahumando y pidiendo protección a cada uno de los puntos cardinales.

Al terminar, Ixtlixóchitl bajo a donde permanecían firmes los oficiales de la patrulla. Dirigiéndose a Cuauhtliuil le saludó tocándole el hombro entregándole ceremoniosamente un bastoncillo ricamente detallada con el símbolo de *Huei-Tlatoani* de Acolhuacán, Netzahualpilli que le había solicitado la noche anterior y otro, menos ostentosa con su símbolo del *Tlatoani* Ixtlixóchitl a Hutzilitzin que los acreditaban como sus embajadores plenipotenciarios. Hutzilitzin se quedó viendo con admiración su bastoncillo de mando, no le cabía duda que el poder hace milagros, la obra de arte que significaba el labrado e incrustaciones de oro, plata y piedras preciosas se había elaborado en muy corto tiempo.

Ambos agradecieron la joya, el símbolo que les otorgaba poder absoluto de calpixques y embajadores de importantes gobernantes. Los jóvenes lo guardaron en el *maztle*. Dos

atléticos individuos que portaban una maletilla atada a la espalda se separaron del grupo parándose atrás de los capitanes.

—Estos son los correos —anunció Ixtlixóchitl —llevan códigos para el señor Cacamaxtli *Huei-Tlatoani* de Tlaxcala. —Acercándose a los jóvenes hablándole con voz muy baja le dijo: —Y para tú padre Cuauhtliuil quién los espera en ese país preparando la primera misión para el grupo. —Después hizo una seña a Initlacua para que se acercara. Con una deferencia que no se usaba con los macegales, Ixtlixóchitl formalizaba la encomienda del proveedor, tal vez para que prevaleciera su interés por sobre las diferencias que pudieran quedar entre Hutzilitzin e Initlacua. Ixtlixóchitl bajó del podio dirigiéndose majestosamente hacia su palacio seguido de la regia cohorte de acompañantes. Cuando se perdieron al dar vuelta en una esquina la caravana con todo se puso en movimiento:

Los comerciantes comprobando bultitos entre sus *maztles*, los *mayerques* girando instrucciones a sus séquitos de portadores, quienes asistían a sus compañeros para aupar pesados bultos a la espalda hasta que el cargador de ixtle quedaba apoyado firmemente en la frente. Lentamente, el grupo se fue haciendo una fila flanqueado, de trecho en trecho, por alguno de los oficiales al que seguían sus asistentes. Al frente Cente, a media columna Cuauhtliuil con un *mayerque* y en la retaguardia Hutzilitzin. El que no apareció fue Initlacua quién se había adelantado con dos de los *tlaimaites* asignados a los capitanes para preparar la llegada en la próxima estación.

Entrada la tarde entró la caravana de comerciantes a las afueras de Apipilhuasco, generalmente la primera estación cuando las caravanas tenían la importancia de ser encaminadas por el calpixque de Tepetlaoxtoc quién solía dar la salida hacia el medio día. Empezaron a formarse grupos de conocidos que se acomodaban alrededor de una fogata en la que se cocinaba o calentaba los fiambres para la cena que, generalmente, hacían en grupo sentado alrededor del hogar. En otras lo hacían los *tlaimaites* después de servir a sus señores. La patrulla lo hacía

por parejas, dos oficiales cenaban y descansaban mientras los otros dos hacían guardia acompañados de sus asistentes. Los capitanes hicieron un recorrido por la caravana, conversando con los comerciantes y atendiendo a sus solicitudes, se escuchaban insistentes preguntas sobre el destino final de la caravana, pues únicamente les habían cobrado la protección hasta Tlaxcala. Estos daban excusas, asegurando que se les daría protección hasta el lugar que hubiesen contratado siempre que estuviera dentro de la federación acolhuacana. Ya entrada la noche, se dirigieron al sitio en donde les informaron acostumbraban pernoctar las patrullas, bien conocido por los asistentes *mayerques* quienes como sombras de sus capitanes, no se despegaben, siempre atentos a cualquier solicitud. ¡OH Sorpresa! Initlacua estaba terminando de acomodar los utensilios para la cena de los señores. Más sorpresa fue el banquete de succulenta codorniz preparada en salsa de jitomate, pulque y chile chipotle con tortillas de maíz azul. Del opíparo banquete, los capitanes comieron frugalmente, según lo recomendado cuando se está en campaña.

—Initlacua reparte el sobrante entre los oficiales y ustedes. Y te felicito por la deliciosa codorniz. Has hecho honor a tu nombre *In-tlacualli* —felicitaba Cuauhtliuil a su recién conocido proveedor. —Más tarde nos buscas para concretar las obligaciones de tú trabajo.

Los capitanes conversaron sobre los sucesos de día, y sobre todo, en el inesperado banquete, por cierto, muy abundantes en los pastizales de la zona que daban el nombre al pueblo. Ya adelantada la noche se presentó Initlacua anunciándose: —Ya terminé el trabajo del día. ¿De qué querían hablarme?

—Deseamos, o mejor dicho quiero saber cuales serían tus obligaciones con la patrulla —interrogó el capitán Cuauhtliuil.

—Le he servido a Ixtlixóchitl el calpixque de nuestro *Huei-Tlatoani* Netzahualpilli como proveedor desde que llegó a Tepetlaoxtoc. He estado al servicio de palacios casi desde niño donde me acomodó mi padre que se dedicaba al comercio.

Como a los dos días Ixtlixóchitl preguntó al mayordomo de la casa sobre alguna persona que le hiciera algunas compras personales. Estaba cerca y sin querer... —Initlacua tomo un respiro para pensar muy bien su discurso, dando un giro completo a sus pensamientos, continuó de la siguiente manera: —¡Capitanes, vamos a pasar mucho tiempo juntos y es preferible que no me ande por las ramas! Cuando un servidor del palacio se transforma en invisible, es decir: aunque le miren no le ven, aunque le oigan no escuchan y aunque los toquen no lo sientan, quiere decir que es un excelente y confiable empleado pero no pasará de eso. Mi vida en palacios me ha enseñado a ver, escuchar y sentir todo lo que pasa a mí alrededor, para esperar el momento apropiado y utilizar en beneficio propio todo lo visto, escuchado y sentido. En cuanto llegó Ixtlixóchitl al calpixcato procuré mantenerme cerca de él para aprovechar la ocasión y subir algunos peldaños en la categoría de servidumbre. Un día ordenó al mayordomo de la casa “búsqume alguna persona para que vaya a Texcoco a conseguirme unas cosas” ahí estaba la oportunidad, me acerqué y pidiéndole disculpas al mayordomo le dije “señor, si a usted le parece y el mayordomo da su autorización, yo puedo hacerle la diligencia”. Como pensé, preguntó al mayordomo “¿te parece qué este descarado servirá?” Mi señor, le dije adelantándome al mayordomo, no desconfíe de su servidor, me siento capacitado para ir a donde me mande y hacer lo que usted pida. “¡Lo que yo quiera!” exclamo como para probarme. Le respondí: “lo que usted quiera siempre que no sea ofender a los dioses o la memoria de mis antepasados”. Seguramente le caí bien pues ya no preguntó más y me hizo el primer encargo. Me fui ganando su confianza haciendo las cosas, al parecer del señor Ixtlixóchitl más que bien. Y así hubiera seguido si no se me atraviesa en la plaza el señor Huitzilitzin.

—¡Tú fuiste quién se atravesó en mi camino! —intervino retador el capitán.

—Quién haya sido el atravesado ya no importa pues estamos juntos en esta aventura ¿o no?

—¿Cómo es eso de que estamos juntos en esta aventura?
—interrogó el capitán Cuauhtliuil incrédulo de la familiaridad con que los trataba el tal Tlacuache.

—Con todo respeto mi capitán —respondió el Tlacuache recalcando la jerarquía —le mencioné que para progresar hay que ver, escuchar y sentir. Vengo en esta misión porque me conviene. Espero salir de sirviente de palacio a algún cargo más honorable y con buenas ganancias. No me interrumpa y déjeme contarle —se adelantó a la intervención del capitán Cuauhtliuil. Sé quiénes son sus familias y a ustedes los conozco lo suficiente para saber que no son de los que se dejan vencer.

—¿Cómo dices que nos conoces? Y te jalas el chasco vendiéndome una capa de Ixtlixóchitl sabiendo que recién entraba a su servicio —interrogó incrédulo el capitán Huitzililtzin

—Las cosas no siempre salen como se planifica. Cuando le ofrecí la capa había considerado las consecuencias, basado en la utilidad de los servicios que le estaba proporcionando al señor Ixtlixóchitl. Me iba a ganar una fuerte reprimenda para acallar la indignación del ahora capitán Huitzililtzin, pero ganaría algo a cambio.

—¿Te mando azotar? —preguntó apesadumbrado el joven.

—La verdad, no.

—¡Yo escuche la orden!

—El castigo llegó hasta amarrarme al bramadero, cuando apareció otro guarda dando marcha atrás a la orden. Me mando llamar dándome la orden terminante de no hacer negocios con el personal del calpixcato. Si cometía otra indiscreción me azotaría el doble de lo legalizado.

—Así que te tituló como indiscreto y no como tunante.

—Así fue señor —respondió el Tlacuache. —Regresando a la conversación, les digo que conozco a su familia, en especial al Gran General Amincatláloc —refiriéndose a Cuauhtliuil —y a su señora mamá, la dama Coatlali ahora dirigiéndose a Huitzililtzin —mucho más por las platicadas que

tenía con mí bisabuelo quién me decía, que le enseñó los trucos de la cacería al Gran General Amincatláloc y la captura de los pajarillos que le regalaba a su hermanita Coatlalopelitzin, gozando juntos el darles la libertad, esto cuando iban al Tlamantlicali de Tlaixpan —hasta este momento empezaron a tomar en serio la confesión de Initlacua.

—Me dije “algo se trae entre manos el señor Ixtlixóchitl y tal vez el *Huei-Tlatoani* Netzahualpilli cuando eligen al *Tlatoani* Cuauhtliuil, el nieto que más se parece al Gran Capitán Amincatláloc para una patrulla de caravana macizándola con lo más granado de los tenientes del calpixcato” además de algunas comisiones muy confidenciales que me encargó . Un día cualquiera y en el momento apropiado, deslicé a los oídos de Ixtlixóchitl, así como quién no quiere la cosa: “Al *Tlatoani* Coauhtlihil le va ha hacer falta un buen proveedor”.

—Me echo una mirada furibunda, pero a los pocos días me mando llamar diciéndome “preparate que te vas de proveedor con el capitán Cuauhtliuil”. Y me advirtió es: “peligrosa y posiblemente no regresen”. Entendí que si la cosa iba bien no regresaríamos porque quedaríamos, o al menos el capitán como calpixque de Acolhuacán en alguna ciudad; y si iba mal por que estaríamos muertos. Ya no tenía escapatoria, me estaba dando una orden. Para bien o para mal, mi apuesta para el futuro estaba jugada. Hasta ayer que me presentaron a los capitanes me enteré que el capitán Huitzililtzin formaba parte de la patrulla y con mando. Por eso digo que se me atravesó y también le pido, que por bien de la comisión y con todo el respeto que me merece el hijo del gran sabio Huitzilihuitzin, consejero de *Huei-Tlatoani* Netzahualcóyotl, que por favor, olvide lo de la capa.

—No te preocupes Initlacua, eso pasó y lo pondremos en el olvido, mucha es nuestra responsabilidad para gastar nuestra atención a nimiedades de personalidades —respondió el capitán Huitzililtzin.

III. La Partida.

—Ya sabemos que nos conoces y de tus ambiciones, pero ¿cuál es tú trabajo en esta comisión? —preguntó nuevamente el capitán Cuauhtliuil.

—Yo te contesto por él —intervino Huitzilitzin —tiene puesta una máscara de proveedor, pero su verdadera misión es de espía y emisario. Dime si me equivoco —retó a Initlacua.

—No señor, no se equivoca, esa era mi función en el palacio de Ixtlixóchitl y si me lo permiten, esa será en esta comisión.

—De acuerdo, reportas al capitán Huitzilitzin.

—Antes de retirarme quisiera informarles de los principales comentarios que hacen los comerciantes.

—Dinos:

—Los comerciantes son muy fijados, se han dado cuenta de lo reducido de la patrulla pero de lo escogido de sus integrantes, pues los tenientes han tenido por si mismos, a su cargo cuidar de caravanas. Además, nunca o casi nunca mandan a un capitán salido del calmécac de Texcoco y menos a dos a proteger caravanas de comerciantes. Esto les ha hecho pensar que van en comisión cuyo objetivo es ampliar las fronteras al comercio, que es lo que les interesa. Algunos de ellos ya me han preguntado y por supuesto que no les he dicho nada porque no lo sé; otros me ofrecen dádivas que entregarían a mi familia en Tlaixpan para que les avise de los pueblos que esperan adicionarse; otros más, se han ofrecido a proporcionarme información sobre algunos pueblos que ya han visitado que no son calpixcatos de algún señor de México. Para mí, a estos son a los que hay que ponerles atención.

—Otra cosa que es importante. Los comerciantes utilizan como herramienta de convencimiento el obsequio de mercancías, o cohecho, deben entender que para mantener mi papel de proveedor, debo aceptarlo. El señor Ixtlixóchitl me permitía compartirlo a partes iguales, este mismo trato podría hacerse a tercios.

—Nos estás comprando —reclamó airado Cuauhtliuil.

III. La Partida.

—Sería incapaz. Estoy pidiendo que me digan que hago con el cohecho que me ofrecen. ¿Lo regreso al calpixcato?

—No Initlacua —respondió Huitzilitzin —que tú parte la entreguen integra a tú familia, no sabemos como acabará nuestra comisión y tienes derecho a velar por ellos en caso de que desgraciadamente te maten, lo de Ixtlixóchitl se le respeta. Lo que no vamos a aceptar es que te descases y lo aceptes entregado de mano y menos a nombre de alguno de nosotros. Está claro, y si Cuauhtliuil está de acuerdo —éste asintió con la cabeza.

—Capitanes, con su permiso me retiro, debo preparar la salida de mañana. Pero antes les sugeriré que se dejen nombrar como generales para distinguirlos de los capitanes del cuerpo de guardias, ese merecimiento se los ha otorgado Ixtlixóchitl, ya así los están nombrando.

—¿Qué te parece nuestro proveedor El Tlacuache? —preguntó Huitzilitzin a su compañero una vez que este se retiró.

—Un tipo osado que nos puede ser de mucha utilidad. ¿Será fiel?

—Según lo apreciaba Ixtlixóchitl, podría decirse que muy confiable. Sin embargo, anda entre la riqueza y puede hacerse ambicioso.

—Yo creo que su ambición va más allá de lo material, me parece que anhela poder.

—Si lo merece y nuestra comisión es exitosa, habrá que encontrar la manera de dárselo para evitar que termine hecho un corrupto por conseguirlo.

—Con su permiso mis capitanes —se presentaba con actitud marcial Cente.

—Si capitán—respondió Cuauhtliuil.

—Sin novedad en la jornada —el joven oficial entregaba el parte del día.

En Tlaxcala.

Aunque los comandantes estaban ansiosos por iniciar su misión, no podían acelerar el paso normal de la caravana para no crear sospechas o no cumplir con el pago por la vigilancia de los comerciantes, aun cuando por la zona que caminaban no había gavillas de bandidos ni las temibles patrullas de aztecas, pues el control lo compartían los chichimecas de Tlaxcala y los tolteca-chichimecas de Texcoco. De Apipilhuasco pasaron a Apizaco, Calpulálpán, Apan y otros pueblos en donde los comerciantes desplegaban sus mercancías en los tianguis. Algunos se regresaban en las caravanas que hacían en recorrido inverso concurriendo el mismo día de plaza en los diferentes poblados importantes; otros esperaban algunos días para seguir intercambiando mercancías; algunos pocos se movían a su propio riesgo; otros más, se incorporaban a la gran caravana para seguir hacia nuevos destinos.

Los comandantes estaban aprendiendo los intrínquilis del comercio, lo que ocurría en el tianguis del día era lo de menos, los verdaderamente trascendente ocurría después, pues los comerciantes debían poseer una habilidad en el trueque de miles de artículos, pues muy pocos tenían un valor tipo común que pudiera utilizarse como base de cambio, por ejemplo, el grano o la pasta de cacao, las plumas de algunas aves exóticas, los granos para simiente de algunas semillas como el maíz de Chalco, los tejos de plata y oro y algunas piedras preciosas. En estos pueblos, la mayor oferta y demanda la ocupaban los granos, seguida de las aves de caza vivas o su carne seca al sol

IV. En Tlaxcala.

y ahumada, herramientas de trabajo agrícola, la mayoría muy voluminosas y que debían transarse en el mismo pueblo o en los pueblos vecinos hasta conseguir cargas poco voluminosas. Los comerciantes que regresaban debían intercambiar lo que habían comprado por productos que pudieran venderse en los pueblos de las márgenes del Lago de Texcoco, los comerciantes hacían el viaje hacia la periferia, intercambiaban los productos de las ventas por mercancías que interesaran a los pobladores que encontrarían en las sierras como ropa abrigadora y en la costa como carne seca. Muchos comerciantes pasaban años intercambiando productos hasta conseguir bienes valiosos de poco peso y volumen que comerciarían en los grandes tianguis de los pueblos del Valle de México.

La principal fuerza de transporte eran los *tlaimaites*, individuos de la clase social más baja o transgresores de la ley despojados de sus privilegios, quedando como poco más que esclavos vigilados por las autoridades militares de las grandes urbes y las patrullas, o entregados por un pago a comerciantes, en la mayoría de los casos durante toda la vida, por la comida, ropa y con suerte algún bien poco ostentoso. No era raro que un comerciante se hiciera acompañar por un número grande de cargadores y vigilantes propios para transportar alimentos que se convertían, en las ocasiones en que la naturaleza era adversa a la agricultura, en bienes muy valiosos.

A medida que nuestra caravana avanzaba, se adentraba en una zona privilegiada para la producción del *tlayolli*. Sus habitantes compraban tequezquite, una sal mineral que se agregada al agua del nixtamal dándole exquisitez a las tortillas; y semillas de maíz de alta calidad como la producida en Chalco. La zona era conocida por la producción de diferentes variedades de maíz y las sabrosas y variadas tortillas, en consecuencia sus pobladores eran conocidos como los productores de tortillas (en náhuatl *Tlaxcalli*).

En siete productivas jornadas de la caravana, con sus preciosas ilusiones envueltas en lienzos que cambian de manos

tras dilatados acuerdos de precios y valores hizo su entrada en Tlaxcala, un bastión tolteca-chichimeca, dolor de cabeza de los aztecas y aliado de mucho peso de los acolhuas de Texcoco.

Los capitanes que entraron encabezando la caravana descansaban en una esquina de la plaza bajo un frondoso pirú en espera de sus oficiales que venían en la retaguardia. A media mañana se presentó *Cente* con los oficiales faltantes tomando formación de revista. Los comandantes se levantaron acercándose al grupo con actitud marcial. El capitán Cuauhtliuil habló con talante de mando: —Oficial *Cente* escoja a dos hombres, acérquese al palacio de Tlaxcala y avise que llegó la patrulla a nuestro cargo —el capitán entregaba uno de los bastoncillos que les había dado Ixtlixóchitl —y pida audiencia para mañana por la mañana. No entregue la insignia a nadie, muéstrela únicamente a personas de mando y nos vemos en este sitio mañana al amanecer o antes si se amerita.

Cente se dirigió a *Yei* y a *Nahui* mandándoles acompañarle al palacio de Cacamaxtli, el *Huei-Tlatoani* de Tlaxcala. Cuauhtliuil espero a que los comisionados se perdieran al volver en una esquina ordenando a los oficiales y asistentes: —Capitán Macuilli, ordene romper filas y avise que están francos y que nos veremos al amanecer en este mismo sitio.

Los capitanes se acomodaron nuevamente bajo el árbol en espera del proveedor. Aun cuando la patrulla había cumplido su compromiso con los comerciantes, Initlacua cobraba algunos adeudos pendientes y recordaba otros compromisos. Por sus habilidades Ixtlixóchitl los había nombrado recaudador del *ome-macuilpoalli* para el mercado de Tepetlaoxtoc y de algunas caravanas. Cuando este se presentó encabezando un abigarrado grupo de cargadores, unos proporcionados por los comerciantes, otros asignados directamente al proveedor y otros asignados a la patrulla que había convencido de ayudarlo con la recaudación a cambio de un tanto para ellos. Durante el trayecto el Tlacuache estuvo mandando grupos de cargadores con mercancías hacia Tepetaoxtoc y recibiendo nuevos en

reposición. Los capitanes no dejaban de sorprenderse gratamente con las habilidades del tlacuache, pues les aseguraba el bastimento de la patrulla, aunque tuvieran que hacerse de la vista gorda dejando pasar por alto flagrantes violaciones, por ejemplo ésta de utilizar personal asignado a la oficialía arguyendo miles de justificaciones. En época de jauja, hasta la pisoteada clase social de los *mayeques* y *talimaites* tenía derecho a hacerse de alguna extra.

—Initlacua —llamó el capitán Cuauhtliuil. Cuando estuvo cerca le solicitó: —Vea alguna hostelería en que nos pueda acomodar para pasar la noche y ojala tuviera temascal para quitarnos el polvo del camino y el cansancio.

—Precisamente me apalabré con un comerciante de esta ciudad que viene de regreso quién me ofreció, por un cómodo precio, habitación, alimento y sustento —respondió Initlacua con su natural eficiencia. —Parece hombre acomodado, seguro cuenta con uno o más temascales —haciendo que dudaba un poco, como era su forma de iniciar una petición les preguntó a los capitanes: —¿estaría bien que me acomodara en la misma hostería? o busco otro alojamiento.

—Claro que te puedes acomodar en la misma casa, eres pieza importante del grupo —afirmó Cuauhtliuil para que en lo sucesivo no hiciera preguntas en el mismo sentido.

—Vamos pues, respondió Initlacua —ordenando a su gente que los siguiera. Adentrándose en la ciudad por una zona habitada por maceguals acomodados hasta una casa de mampostería rosada llamando a voces “Ha de la casa” en el dintel de una puerta que se mantenía abierta. Al momento se presentó una dama con tipo de ama de llaves quién, echando una sagaz mirada el séquito avisó de una buena vez: hoy es día de plaza y estamos llenos, no podría ofrecerle habitación y no cabe toda esa gente.

—Señora —insistió Initlacua —por favor avise al amo que Initlacua solicita hospedaje, para sus capitanes acaolhuacanos.

—¡Ya le dije que no hay habitaciones! —respondió la mujer con enfado.

IV. En Tlaxcala.

—Le repito que quienes buscan alojamiento son dos capitanes de Texcoco en comisión para visitar al *Huei-Tlatoani* Cacamaxtli, su señor de este país. No nos moveremos de aquí hasta que hable con su señor.

De mala gana, la ama transigió en ir a avisar a su señor sin dejar de farfullar “estamos llenos, yo no se en donde los van a acomodar”. Al poco rato, apareció el dueño de la casa con una vestimenta señorial.

—Señores— habló dirigiéndose a los capitanes —como le habrá informado el ama, estamos, gracias a los dioses llenos, Pero haciendo un esfuerzo, a los señores los puedo acomodar, si ellos aceptan, en una habitación dentro de la casa en donde pueden hacer uso del temascal. A usted amigo Initlacua en la habitación sobrante que usa la servidumbre y a su gente en el patio.

—A nosotros nos parece bien —hablo el capitán Huitzilitzin a quién le empezaba a pesar la caminata.

—Por mi gente no se preocupe —apostilla Initlacua — están francos, tienen bienes para cambiar cosas que les calienten cuerpo y alma.

—Pasen ustedes —invitó el comerciante a los capitanes — prepara la habitación de los quetzales —ordenó a la ama. —Mí familia y yo acabamos de usar el temascal que estará caliente. Si no les importa esperar un poco para poner las piedras en su punto y asearlo, estará a su disposición a la brevedad.

—Esperaremos —respondió Huitzilitzin —los jóvenes siguieron al ama.

—Si me muestra la habitación para que mi gente guarde su cargamento —pidió Initlacua. —El señor asignó a un joven de la servidumbre que los guiara, indicándolo por los maneras que se trataba de un dilecto amigo. Initlacua y su tropilla precedidos por el joven guía se perdieron dentro de la casa.

El ama condujo a los Capitanes hasta una sencilla pero amplia habitación con piso de argamasa y adornada con pinturas de quetzales preguntándoles en tono afable muy

IV. En Tlaxcala.

diferente al usado apenas unos momentos antes: —Prefieren cenar antes o después del baño.

—Antes —respondió Cuauhtliuil —así damos tiempo a que el temascal coja su punto.

El ama disculpó su retiro informándoles —Llamen si necesitan algo —en un momento llegará su comida. Ahí tienen —señalando con la mano —una canasta con frutas y un cantarito de agua de chía con sus jarritos para entretener al hambre.

Los jóvenes mataban el tiempo conversando sobre las experiencias recientes siendo interrumpidos por la llamada de una voz de mujer joven que solicitaba permiso para entra a la habitación desde el dintel de la puerta.

—Pase usted —fue la respuesta.

Dos agraciadas señoritas entraron a la habitación seguidas de un joven que colocaba una mesita de patas cortas al centro, y sobre esteras dos pares de mullidos cojines bordados. Las jóvenes, colocaron un chiquigüite con tortillas de maíz rojo, unas cazuelita con varias mezclas de sal, salsas martajadas de diferentes tipos de hierbas y chiles. Varias cazuelas y utensilios de madera. Una de ellas salió de la habitación para regresar acompañada del asistente que portaba cuidadosamente un anafre con ascuas y la joven unos jarritos tapados con hojas de mazorca de maíz y un comal de barro. Acomodó el comal y en un extremo colocó los jarrillos, la otra señorita recalentaba las tortillas. Una de las muchachas salió de la habitación acompañada del asistente, ambos regresaron con una jofaina, un jarro con agua tibia, unos albos paños de algodón y unas hierbas aromáticas.

Una de las jóvenes acercó la jofaina a Cuauhtliuil y ofreció un puño de hierbas mientras el sirviente vertía agua en un hilo sobre las manos que el joven enjugaba y frotaba con las hierbas, al terminar le entregaban un paño para secarse. Después hicieron lo mismo con Huitzilitzin quien aprovecho para lavarse la cara y espantar el cansancio. Invitaron a los jóvenes a tomar asiento sobre los cojines a la par de la mesita.

Una de las señoritas tomó un pellizco de hiervas y se lavo las manos en la jofaina que el asistente llevó fuera del recito, después cogió un jarrito del comal, le quitó las hojas y vertió su contenido en una cazuelilla dándose a la tarea de deshuesar y desmenuzar una carne oscura de ave guisada en una salsa de tomate, cebolla, hierbas aromáticas y chile pasilla. Revolvió gentilmente el contenido que vertió en otra cazuelilla que colocó sobre un tapetillo de tule en el centro de la mesa, junto a esta, un chiquigüite con las tortillas recalentadas envueltas en un paño. Los jóvenes que extasiados y la boca hecha aguas, observaban las maniobras de la señorita quién les invitó: —Serían tan amables los señores.

Los jóvenes se acercaron a la mesita y reverentemente agacharon la cabeza, estaban rezando a los espíritus de los animalitos y las plantas el haber cedido su vida para alimentarlos, costumbre de familia que les habían legado sus antepasados.

—¡Huitzilitzin! El agradecimiento a las señoritas que prepararon los alimentos —el aludido tomó una tortilla, cortó un pedazo con el que hábilmente fabricó una cucharilla con el que tomó una porción del guisado. Lo saboreó intensa y despaciosamente, cortó otro pedacillo de tortilla que se metió a la boca y masticó muy pausado; a su amigo le dolían las glándulas que salivaban copiosamente. Huitzilitzin repitió la maniobra tomando, ahora, un poco de más carne que volvió a masticar con una lentitud que exasperaba a su compañero. Terminando el bocado preguntó a la señorita que les servía —¿Es codorniz?

—Si señor es codorniz macho.

—Dígale a la cocinera y al dueño de la casa que el platillo está delicioso.

—Gracias señor, yo misma las preparé.

—Pues está riquísima; bien adobada y con picor exquisito a chile pasilla.

—Se ve que el señor si aprecia la comida.

—Y la cuchara de la cocinera.

—¡Ya terminaste! —una pregunta que más parecía orden salida de la aguatada boca de Cuauhtliuil.

—Hace rato que terminé los agradecimientos a estas señoritas —respondió en tono burlón Huitzilitzin.

—¡Entonces dime! Amigo; ¿Cuauhtliuil ya puede empezar a comer? Se está muriendo de hambre.

Las jóvenes mal disimularon la sonrisa que les provocó la salida del joven.

Antes de que se acabara el guisado, sirvieron unos frijoles bayos que revolvieron con una cucharilla de madera. Para terminar, unos tamalitos de amaranto con una caliente taza de chocolate. Las señoritas, volvieron a lavarles las manos entregándoles unos palillos de limonero remojados en agua de sal, verdes y afilados en una punta y chatos en la otra para asearse la boca. Las jóvenes haciendo una reverencia pidieron permiso para despedirse saliendo con rumor de faldas de la habitación. En seguida entró el muchacho que se encargó de retirar el anafre y los trastos aseando la mesa con una manta húmeda.

—¡Que sabrosura de comida! —Exclamó Huitzilitzin dándose unos golpecitos en el estómago mostrando satisfacción.

—A mí me hubiera gustado más si no tardas tanto en alagar a la cocinera. ¡Me parece que te gusta!

—¿Y qué si así fuera? De eso no ha de pasar.

—¿Y si ellas mismas nos asisten en el temascal?

—No creo, el comerciante parece un macegual decente.

—Recuerda que son tlaxcaltecas más hechos hacia lo chichimeca que nosotros.

—Además, por nuestro cargo asumiré que somos pilli sin compromisos con una sola mujer. ¿Les pediremos que se retiren?

—Sería una descortesía para el comerciante, ¡ve como nos ha tratado!

—¡Se le está pagando!

—No importa, no nos vamos a comportar como patanes.

—¡Para ti es más fácil pues ya tienes esposa! —advertía en tono sentencioso Cuauhtliuil.

—¡Pareces inocente! Ya llevamos en esto ocho días, tiempo suficiente para recargar ansias —replicó Huitzilitzin.

—¿Es cierto? Además ¿Eso no se gasta?

—¿Eres o te haces el inocente? Cuando se es joven bastan unos minutos y cuando más un medio día para tener nuevamente bríos —instruía Huitzilitzin a su sobrino, con recomendaciones que no iban exentas de malicia.

Lo dicho, se presentaron las dos señoritas con unos largos y albos paños colgando a cada lado de un brazo, un manojo de hierbas aromáticas y dos jícaras en el otro anunciando: — Señores, si gustan acompañarnos, el temascal está listo.

—Los jóvenes se sonrojaron al ver ciertas sus inquietudes, no obtente, su inseguridad no fue percibida por las señoritas, pues las carcajadas con la que habían acompañado la platica aunada a la opípara comida habían llenaron de rubor la cara de los Capitanes.

Se levantaros perezosamente siguiendo a las señoritas hasta el bochornoso recinto del temascal. Se detuvieron cerca de la entrada al baño de vapores acomodando los paños, las jícaras y el puñado de hierbas aromáticas en espera a que los Capitanes se quitaran los vestidos que no eran muchos: la capa, el maxtle, los caites, la vincha y el colgajo de la bolsita de cuero con las piedras ceremoniales. Lentamente, los jóvenes se fueron despojando de sus prendas entregándoselas a las señoritas que hábilmente colocaban en percheros. Excepto por el collar ceremonial los jóvenes quedaron desnudos. Las señoritas llenaron las jícaras de agua templada que vierten diestramente sobre el cuerpo de los jóvenes. Empapados se metieron al bochornoso recinto lleno de calor seco. Huitzilitzin se acomodó cerca de las piedras recalentadas diciéndole a su compañero: —Cierra el temascal.

Cuauhtliuil sacó la cabeza por la pequeña puerta buscando con la mano las puntas de los paños de tela e ixtle empapados para impedir que el calor escapara. Observó a las doncellas

desnudas preparándose para entrar al temascal. El muchacho con aplomo les dijo: —No es necesario que nos ayuden con las hierbas y los aceites, nosotros lo haremos.

Las doncellas se detuvieron con un suspiro de alivio, pues por muy apuestos fueran los jóvenes a nadie le gusta ser utilizado. Recatadamente se vistieron, tomaron las vestiduras de los jóvenes llevándolas a lavar para que estuvieran limpias al día siguiente.

Los jóvenes disfrutaron de las delicias de baño ceremonial, de los gentiles azotes que se daban con los manojos de hierbas de eucalipto introducidas como hisopos en agua helada, de los aromáticos aceites que frotaban sobre su cuerpo y que con el calor del vaporoso recito aromaban el ambiente y aumentaban la sudoración. Cuando las candentes piedras dejaron de responder con vapor a los hisopazos, con generosos jicarazos de agua fría tomada de una gran olla terminaron el reconfortante baño. Levantaron el pesado cortinaje de la entrada y se deslizaron desde el interior del temascal. Las doncellas, al sentir abrirse la puerta se levantaron de un salto quitando de esta manera la modorra producida por el duro trabajo del día, lo avanzado de la noche y una larga espera. Tomaron cada una los blancos y gruesos paños de algodón envolviendo con ellos el joven, atlético y bronceado cuerpo de estatuas vivientes de los capitanes. Estos se frotaban generosamente, primero el cuerpo y después la alborotada cabellera que salpicaba destellos de luces en gotillas de agua alumbradas por varias lámparas de aceite. Cuando quisieron vestirse, no vieron sus ropajes preguntando: —¿La ropa está en la habitación?

Una de las señoritas respondió: —La están aseando, estarán listas para mañana antes del amanecer.

Las doncellas tomaron otro juego de paños que extendieron con los brazos con la intención de envolver a los jóvenes. Estos, un tanto confundidos no entendieron la evidente señal, las más atrevida o coqueta de ellas movió la toalla a manera de abrazo y con la cara hacía evidentes señas

de cambiaran los paños mojados por los secos. Los jóvenes atendieron el ofrecimiento, dejando caer las toallas mojadas y ofreciendo las espaldas a las doncellas para que los arrebujaran con los cálidos paños secos. Se los acomodaron como capa dirigiéndose a la habitación. Las atentas doncellas los siguieron una recogió una paterna de madera de linolué con un elaborado jarrito de la misma madera que contenía aceites aromáticos.

Las jóvenes, comprendiendo que la única intensión de los jóvenes era reparar fuerzas, se detuvieron en la puerta ofreciéndoles: —Señores, aceites aromáticos relajantes para después del temascal.

Huitzilitzin tomó de las manos de las doncellas el aceite, les agradeció sus servicios indicándoles que ya no requerían de sus atenciones.

—¿Qué es eso de aceites aromáticos relajantes? —preguntó Cuauhtliuil.

—Tampoco soy partidario de estos afeites pero necesitamos dormir y estar frescos para mañana —respondió Huitzilitzin —tenemos la audiencia con el *Huei-Tlatoani* Cacamaxtli. Espero que tú papá esté presente.

—Esas fueron las indicaciones de Ixtlixóchitl. Yo esperaba encontrarlo en la plaza, pero no llegó. No sabe en donde estamos durmiendo. Así que seguramente nos espera a la entrada del palacio del Señor de Tlaxcala.

—Entonces sobrino ¡a dormir! Que mañana nos espera otro día de trabajo —recomendó Huitzilitzin apagando las lamparillas de aceite.

Antes del amanecer del nuevo día, Cuauhtliuil se despertó, esperó un momento a que los ojos se acostumbraran al tenue resplandor de una lamparita que quedó encendida en el corredor. Se ubicó dentro de la habitación, se levantó de la estera envolviéndose en el paño blanco que les dieron las doncellas después del baño, dirigiéndose a una de las lamparillas de aceite que tomó para encender otra del corredor. En la oscuridad tropezó con un cuerpo acostado en una especie de antesala de su habitación. El quejido de protesta fue la

respuesta del cuerpo de mujer, que azorada se sentaba apretando un lienzo contra el pecho preguntando: —¿Qué pasa, quién me lastima?

El barullo despertó a la otra doncella quien, prudentemente se mantuvo en silencio y sin moverse repitiéndose mentalmente “al final la ansiedad del joven pudo más que las buenas intenciones” suponiendo que alguno de los señores sucumbía a su naturaleza de macho.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó un tanto ansiosa, la doncella tropezada.

—¡No nada! —respondió un acongojado Cuauhtliuil no hacía otra cosa que pedir disculpas alargando la mano para sobar el sitio en donde había golpeado a la señorita. Con torpeza, en la oscuridad la mano tocó una parte tibia y suave retirándola como asaeteado por la mordida de una víbora. La doncella exclamó: —¡Déjeme que me lastima!

Cuauhtliuil aun más apenado, pedía reiteradamente disculpas.

La doncella, se levanto diciéndole en tono suavizado, por el miedo de perder el trabajo: —¿Qué se le ofrece al señor?

—Encender esta lámpara de aceite —respondió con voz profundamente apenada, mostrando una lamparita que con el jaleo había desperdigado el contenido sobre los involucrados.

—¿Nos hubiera llamado? —respondió la joven en el tono servil de quién sufre de miedo ancestral.

—¿No sabía que aquí dormirían? —respondió Cuauhtliuil en el tono ronco de quién, aun, tiene un nudo en la garganta.

—Señor, siempre lo hacemos con gente importante como ustedes.

—¿Duermen aquí? —dijo con incredulidad el joven.

—Desde que trabajo en esta hostería, esta ha sido la única vez que dormido aquí —respondió la doncella en tono agradecido —siempre estamos a lo que manden los huéspedes.

—¿A lo que manden? —preguntó incrédulo el joven.

—¡Si señor a lo que manden! —respondió la compañera en el otro lado del estrecho recinto —¿cuando decimos a lo que

manden! es ¡A todo lo que se les antoje hacernos! —con toda seguridad usted quiere aprovechar la oportunidad que no usó anoche —a pesar de todo, esto lo pronunció en tono sugestivo.

—Disculpen a mi compañero —intervino Huitzilitzin captando el azoramiento de su sobrino y evitar que el alboroto levantara a la casa y perjudicaría a las doncellas —les aseguro que nunca tuvimos la intención de aprovecharnos. Él acostumbra a madrugar y si dice que se levantó a encender la lámpara eso hizo. Ni él ni yo pensamos que ustedes se quedarían aquí a velar nuestro sueño, no lo hubiéramos permitido.

—Esto lo hacemos cuando nos mandan a servir a los huéspedes —respondió la joven más despabilada —si el ama se diera cuenta que no dormimos con ustedes, nos pondría mal con el señor de la casa, quién por menos de esto nos ha dado buenas azotainas.

—Además les pega. Nadie deja que abusen de uno sin protestar. Cuanta razón tenía mi abuela Papalotzin —se lamentó Cuauhtliuil —a las mujeres las tratan peor que animales. Les aseguro que su señor no volverá a abusar de ustedes.

—¡Por favor *Tlatoani*! No vaya ha hacer ni decir nada —imploraban lastimeramente las doncellas —ustedes creen que nos hacen un bien pero nos perjudican pues cuando no estén, el amo para no tener dificultades con ustedes nos correrá, y necesitamos del traje.

—Nos vamos pero no las abandonamos —reiteró Cuauhtliuil comprometiendo en la promesa a su compañero. —Debemos estar completamente seguros que ustedes son obligadas ha hacer este tipo de trabajos. Respóndanme con sinceridad y cada una por aparte.

—A mi no me gusta señor —respondió la más extrovertida, mi compañera se la pasa llorando varios días después de que algún hombre se porta agresivo o exige otro tipo de favores.

—Les repito: ¡el dueño de este negocio no volverá ha abusar de ninguna mujer que no quiera ser usada! —habló sentenciosamente Huitzilitzin. Para dar por terminado el asunto les preguntó —¿y nuestra ropa?

—Ahora mismo se las traemos —respondieron al unísono las doncellas. Una fue a recogerla y la otra a buscar al mozo para que llevara agua para el aseo matutino y disponer el desayuno para los, según la doncella, “raros señores” que atendieron por la noche.

Primero entró la joven acompañada del mozo con el cántaro, la jofaina y unas hierbas jabonosas. Los jóvenes se asearon manos y cara en espera de la ropa que no tardó. Se vistieron asistidos por las señoritas tomando sus arcos y carcaj para abandonar la casa. Una de las jóvenes les preguntó con extrañaza: —¿Es que no van a desayunar?

—No sabíamos que el desayuno estaba incluido —respondió Huitzilitzin que había tomado confianza con la doncella más despabilada —vamos a desayunar. Nos guía por favor. —Dejaron nuevamente los arcos.

Las doncellas encabezaron la fila hasta un recito que parecía construido como comedor, hasta una mesita de patas cortas sobre una gruesa estera que tenía cuatro cojines. Cuauhtliuil se sentó en el suelo y Huitzilitzin sobre dos cojines. Con buen apetito dieron cuenta de ensaladas de frutas, tamales con carne de *cuapitzotl* y atole de vainilla. Terminaron el desayuno, se asearon, se despidieron de las doncellas quienes los miraron irse con una sensación de tristeza, sobre todo la más avispada, posiblemente había sentido por una única vez el inalcanzable amor de su vida.

Más tarde de lo que pensaban dejaron la casa de un amable comerciante que no trataron. En la calle, Cuauhtliuil le reclamó a su compañero: —¿Cómo eres tan insensato para comprometerte? ¿Cómo vamos a cumplir la promesa que les hiciste? No vamos a estar aquí para defenderlas

—No vamos a ser desagradecidos, el comerciante nos trató muy bien para responderle de mala manera. Ya irás

entendiendo que cuando hago un compromiso, es que he pensado muy bien las consecuencias. ¿Qué es lo que más les duele a estos macegales comerciantes?

—No se —respondió Cuauhtliuil —debe ser el quitarles bienes.

—Eso es. ¿Y quién es él que mejor conoce a este comerciante?

—El Tlacuache —respondió con seguridad Cuauhtliuil.

—Exactamente, lo que nos ofrecieron anoche no es raro, la mayoría de los comerciantes que tienen hosterías ofrecen el servicio de acompañantes contratando a mujeres que se dedican a eso. El de anoche es más voraz que otros y por lo mismo, tendrá más miedo de perder lo que ha conseguido. O tal vez ha averiguado quienes somos y quiso congraciarse proporcionándonos “mejores carnes” en unas doncellas y.... Quién sabe si no fue una idea del Tlacuache.

—En cuanto tengamos oportunidad —continuó expresando su idea Huitzilitzin —tú le vas a preguntar si fue su idea y lo riñes si acertamos. Después le explicarás lo que pasamos con las doncellas indicándole explícitamente que deberá indicarle a su amigo comerciante que: “dejará de explotar a las doncellas o no se le dejará vender en Acolhuacán ni en ningún pueblo de la federación que esté bajo el control de la triple alianza”. Este castigo será peor que amenazarlo de muerte. Para el hombre que es exitoso en alguna actividad, la amenaza de impedirle hacer para lo que es bueno es un martirio mayor que la muerte, en otras palabras, este comerciante prefiere morir a dejar de comerciar.

—Tío, nunca hubiera pensado en esta solución, con toda razón Ixtlixóchitl te buscó como consejero. Ya me siento tranquilo contando con la sabiduría de mí compañero de aventura —alabó Cuauhtliuil.

Los jóvenes con paso presuroso llegaron hasta el cuartel, Cuauhtliuil preguntó a guarda con voz de mando: —Disculpe, podría llamar a algún oficial de la patrulla que llegó ayer por la tarde.

—¿Cuál de ellas? —respondió el guarda.

—¿Pues cuantas llegaron?

—Tres, una de Texcoco, otra de Zacatlán y otra de Xalapan.

—La de Texcoco —dijo Cuauhtliuil.

—No hizo falta, allí está uno de mis oficiales —respondió el capitán Cuauhtliuil —voceando a su primer oficial — ¡¡Cente!! ¡¡Cente!!

El oficial sin identificar su nuevo nombre tardando en volver el rostro hacia la entrada, en cuanto reconoció a sus capitanes se dirigió a ellos con enérgico paso cuadrándose de frente: —Buenos días Capitán Cuauhtliuil, Capitán Huitzilitzin ¡sin novedades!

—¿Qué sabe de Initlacua?—preguntó Cuauhtliuil.

—Nada señor, dijo que los buscará en el palacio.

—Bien, Cente manténganse preparados. Nos vamos hacia el palacio ¿cómo llegamos? —preguntó Coauhtliuil.

—No se pierden, la entrada principal está a la espalda de este edificio, la entrada para la casa del *Huei-Tlatoani* es dando vuelta a la derecha —iba describiendo a señas cuando cambió de parecer diciéndoles —mejor los acompaño.

Caminando a paso normal los tres conversaban trivialidades, cuando estaban por llegar a la puerta principal se les emparejó Initlacua saludando con voz reservada: —Capitanes, muy buenos días, buenos días Cente. Entraremos por otra puerta, por favor síganme.

—Puedes retirarte Totocahuán, manténgase preparados para salir en cualquier momento.

Initlacua los condujo a paso vivo, cómo quien no quiere ser observado, hasta un portón pequeño que no llamaba la atención, acercó la cara a la madera diciendo en voz baja pero clara: ¡Aquí, Initlacua!

Inmediatamente el portón se entreabrió dando paso al grupo que entró rápidamente. La persona que les había franqueado la entrada los condujo de un pasillo a otro hasta una habitación en la que estaba parado, en una esquina con

actitud meditante, un hombre de mediana edad, de cuerpo un tanto bajo pero poderoso, muy moreno con el pelo hirsuto, que volvió la cara hacia la puerta en la que percibió los apresurados y silentes pasos.

—¡Hijos, que gusto verlos! ¿Cómo les fue de viaje? —moviéndose hacia los recién llegados con los brazos extendidos abrazando efusivamente a los capitanes.

—Bien papá, sin contratiempos —respondió Cuauhtliuil.

—¡Que primo Ixtoc! Hasta cuando nos abrazas con cariño, se siente el poder de tu brazo, pareces más fuerte que el tío Iz.

—Posiblemente, pero menos sabio —respondió el hombre.

—Vamos a buscar al *Huei-Tlatoani* —dijo Ixtoc encaminándose a la cita —diríjense a él siempre como *Huei-Tlatoani*, no lo llamen por su nombre, considera que le rebaja categoría. Acércate Initlacua, también eres parte importante del grupo. Mientras avanzaban por los pasillos, Ixtoc recitaba instrucciones en voz baja pero audible:

—El señor de Tlaxcala accedió a proporcionar diez de sus mejores hombres siempre que sean tratados como oficiales, los encontrarán en la plaza mayor pues al medio día salimos, yo de comerciante y ustedes de patrulla en la caravana que va hacia Xalapa. Huitzilitzin y Cuauhtliuil ¿no nos conocemos! Nos comunicaremos a través de Initlacua eso es lo que le he dicho Cacamaxtli y que llevan la misión de ganarse pueblos para la causa tolteca-chichimeca en espera de nuestro reverenciado y esperado héroe Ce-Acatl-Topilítzin-Quetzalcoatl. Es obvio que espera beneficiarse, pero más, ser instrumento para facilitar la llegada de Quetzalcóatl y vencer con su ayuda a los aztecas. No se comprometan, si pregunta sobre la misión, háganle ver con gentileza que esos asuntos debe tratarlos con su igual Netzahualpilli, ustedes simplemente son mandados. Yo me quedaré con él ultimando detalles para el calpixque de Xalapa, a quién envía obsequios que deberemos proporcionarle para suavizar el trato. En la plaza buscarán a un hombre vestido de cuero a quién le preguntarán ¿Es el señor *Temoacatl*? El les responderá no, soy *Acatl*. Es un huasteco que se llama Ce-

Mazatl quién será su guía. Ahora síganme en los que yo haga —al acercarse dos guardias tlaxcaltecas con lanza y escudo, Ixtoc guardó silencio.

—El *Huei-Tlatoani* nos espera —les dijo con tono firme Ixtoc.

Los guardas franquearon el paso.

Con prudencia Ixtoc penetró a una habitación ricamente adornada con frescos, tapetes y elegantes muebles. Una voz desde el fondo dijo: —Señor Ixtoc, ya los esperaba.

—Disculpe *Huei-Tlatoani*, los capitanes Cuauhtliuil y Hutzilitzin se distrajeron admirando la maravillosa ciudad de Tlaxcala.

—Entonces quedan disculpados, Pasen ustedes.

—Al acercarse, Ixtoc hizo tres genuflexión de saludo, los acompañantes lo imitaron.

—Acérquense, cuéntenme, cuales son sus planes.

—Agrandar el imperio chichimeca —respondió Cuauhtliuil sabedor de que los tlaxcaltecas se sentían absolutamente chichimecas.

—Eso me gusta— respondió —sabrán que esta es la capital de los chichimecas.

—Si señor, estamos concientes de eso— hablo Huitzilitzin —diciéndolo apropiadamente, venimos a adicionar pueblos de la costa para hacer más poderoso el brazo de los chichimecas en la triple alianza que se tiene, con los aztecas y los tlacopeños. Entre los chichimecas, su señoría tiene un gran peso.

—¿Algo me tocará por eso? —preguntó maliciosamente el Cacamaxtli.

—*Huei-Tlatoani*, esos asuntos se tratan entre señorías, nosotros somos unos soldados mandados por el gobierno de Acolhuacán que no podemos, ni en sueños, aproximarnos a su señoría para hablar cosas de estado.

Ante tal respuesta el *Huei-Tlatoani* no supo que responder cambiando el giro de la conversación.

—He proporcionado diez de mis mejores hombres, perfectamente armados con macanas y lanzas como apoyo a la causa tlaxcalteca-chichimeca. Entiendo que usted capitán Cuauhtliuiln es el responsable del grupo —hablaba dirigiéndose al joven. —Yo esperaba una persona de más experiencia, sin embargo confío en Ixtlixóchitl, hijo de mi dilecto amigo Netzahuapilli. Por esto, los hombres quedan bajo su mando, leyes y reglas de su Señorío el Acolhuacán como muestra de mi buena intención. Y que la misión tenga éxito por bien de la federación chichimeca. Nuestros hombres los encontrarán en la plaza. Que el señor Initlacua se apersona en el cuartel para que se le asignen los *tlaimaites* y pida al jefe de la guardia lo que necesite.

Ixtoc quedó impresionado por la reacción del *Huei-Tlatoani*. Las negociaciones habían sido difíciles y hasta tirantes. Debió quedar impactado por el comando de Cuauhtliuiln y Hitziliuin, sobre todo la intervención de este último, para cambiar a una actitud de apoyo total, pues había insistido en asignar a un comandante propio para su gente ¡Se lo han ganado estos muchachos! pensó para sus adentros Ixtoc, la empresa navegará con buenos vientos.

Los jóvenes e Initlacua se despidieron con tres genuflexiones. Afuera del recinto los esperaba un guardia que los condujo hasta la salida.

—Me voy al cuartel a terminar los asuntos de la salida, no veremos en la plaza —se despidió Initlacua encaminándose a sus asuntos.

Los jóvenes se relajaron decidiendo dar un vistazo al poblado pues les sobraba tiempo.

En la habitación del palacio quedaron el Cacamaxtli e Ixtoc. El *Huei-Tlatoani* reanudó la conversación: —Ixtoc, el joven capitán Cuauhtliuil se parece mucho a usted. ¿No son parientes?

Ixtoc lo meditó profundamente. Decidió hablar la verdad ante la apertura del *Huei-Tlatoani*, su vida de emisario le había enseñado que la verdad era la mejor herramienta para negociar.

—A una persona tan inteligente —en esto no mentía —no se le escapa nada. Usted lo ha dicho, el capitán Cuauhtliuil es mi hijo, pero no esperaba que lo acompañara el mi primo el Capitán Huitzilitzin. Usted comprenderá que el sigilo es la manera más segura de llevar a cabo un misión como la que emprenden ese trío de muchachos, aquí incluyo a Ixtlixóchitl. Usted deberá reconocer que su actitud ante la misión cambió mucho.

—Tiene razón —apoyo el *Tlatoani* —la fortaleza de su hijo, la madurez de su sobrino y sagacidad de Ixtlixóchitl y permítame incluir la practicidad del Tlacuache hacen un grupo sólido. Y para que lo consolide, le recomiendo que hable con Ce-Mazatl, el mejor guía de la región, conoce como la palma de la mano toda la costa, desde el Pánuco hasta el país maya. Pídale al jefe de la guardia que los ponga en contacto.

—Muchas gracias por su recomendación —respondió Ixtoc —en cuanto salga me haré cargo ¿podría mencionar su nombre si hubiera necesidad? —dejaría que Cacamaxtli creyera que la contratación de Ce-Mazatl fue su recomendación. Quedaron los dos señores conviniendo los encargos que llevaría como su emisario al calpixque de Xalapan.

La coalición de pueblos de ascendencia tolteca-chichimeca había conformado un núcleo firme contra la constante amenaza de los aztecas. Tlaxcala se había convertido en un bastión que había impedido que el ímpetu imperialista de los aztecas se ampliara hacia el noreste utilizando una política que únicamente ofrecía, a cambio de tributos de bienes, protección contra con abusos aztecas, pueblo necesitado de esclavos para mantener con su trabajo el esplendor de Tenochtitlan, ya inservibles, utilizarlos como la materia prima para una pléyade de dioses sedientos de sangre que la clase monárquica en contubernio con la clase sacerdotal habían deformado.

En Tlaxcala se respiraba un ambiente de tranquilidad que la fue transformando en un punto de reunión de comerciantes y caminantes que se desplazaban por una amplia zona sin miedo

a ser asaltados por gavillas de bandidos o patrullas aztecas o chalmas, aliados de los aztecas, en procura de esclavos. El mercado siempre estaba plétórico de marchantes, comerciantes y personas con intereses en intercambiar bienes. En la plaza central, al menos dos veces a la semana se preparaban caravanas protegidas por patrullas de oficiales, la mayoría con destino a Texcoco para distribuirse por toda la rivera del los lagos, unas pocas se dirigían hacia el sureste y casi ninguna hacia el noreste, por esto, la que se preparaba para viajar hasta Xalapan causó expectación entre los comerciantes, mucha de esta provocada por comentarios hechos por Ixtoc a compañeros de oficio bien escogidos por sus dotes comunicadoras.

Hacia el medio día, un grupo importante de marchantes se disponía a partir en la caravana con destino a Xalapan. La mayoría tenía la intensión de llegar a sitios de la costa como Pánuco, Tamiohua, Cacahualtenco, Tajin, Nautlan, Misantla, Quiahuistlan hacia el noreste; Atizintlan, Catemaco, Quautachco, Cotaxtla, Cuatzacualco, Xaltipan, Comalcalco, Cintla hacia el sureste y por supuesto a los pueblos mayas, la aventura que implicaba para los comerciantes hacer estas rutas les aseguraba de buenas ganancias, pues los productos que llevaban eran escasos en esa zona y los exóticos que traerían de regreso tenían la venta asegurada. Al ver la multitud Initlacua se frotó las manos con avaricia, pues se había devanado los sesos sin encontrar solución para el abastecimiento de la patrulla que había crecido de manera importante con la anexión de los tlaxcaltecas, que no fuera la dádiva, el despojo, o la invención de tributos por los pueblos por los que pasaran, cosa que de ninguna manera aceptarían sus capitanes. Estaba seguro de que muy pocas personas estarían dispuestas a pagar por la protección militar en una zona en donde no se sabía de robos o asaltos.

Acostumbrado a valorar a las personas con una simple mirada le extrañó un sujeto bajito y flaco que dormitaba a la sombra de un árbol orillado en la plaza a quién suponía el guía

mencionado por Ixtoc; por más que lo observaba únicamente llegó a la conclusión que por su vestimenta parecía huasteco.

Poco a poco la patrulla se fue consolidando. Initlacua había salido con los oficiales tlaxcaltecas y sus *tlaimaites* que irían recogiendo el *cente-cempoalli* por la protección. Los oficiales acolhuacanos se quedaron a esperar arcos y carcaj para los oficiales tlaxcaltecas, quienes usarían sus armas tradicionales hasta que se les aprestara en el uso de las nuevas, la mayor dificultad que tenían era escoger entre un montón de arcos arrumbados en un cuarto de trebejos del cuartel, aquellos de manufactura tlaminicana o chichimeca en buen estado. Los capitanes llegaron después de su rápida visita por la ciudad. De inmediato trataron de ubicar a Ce-Mazatl para hacerse una idea sobre el guía y traductor que había elegido Ixtoc. A su paso, los comerciantes, atentamente les saludaban, muestra inequívoca de la aceptación que el par de jóvenes capitanes había causado en este gremio. Como a muchos, el porte de un hombre recostado en el tronco de un árbol, con una maletilla de cuero usada de almohada, les causo extrañeza, las dudas se acaban preguntando así que se dirigieron hacia el individuo con paso descuidado Cuauhtlihuil preguntó: —¿El señor Temoacatl?

—Acatl, su señoría —respondió el hombre poniéndose de pie preguntando a su vez de manera muy reservada pues Ixtoc no había podido informarle del otro comandante: —¿El capitán Cuauhtlihuil?

—El mismo —fue la respuesta —manténgase disponible pare tener una reunión y discutir su papel en esta comisión en cuanto el *Tlatoani* Ixtoc lo disponga, esperemos que sea hoy mismo por la noche.

—Esta bien señor, desde este momento estoy a su orden.

Los comandantes se retiraron y el guía volvió a su estado de indolencia casi vegetativo.

Los comandantes entraron de lleno al trabajo tratando de ubicar a sus oficiales, caminaron por entre la multitud sin ver a nadie más que a Initlacua que diligentemente pasaba de un comerciante a otro seguido de oficiales tlaxcaltecas y

IV. En Tlaxcala.

tlaimaites. La hora de la partida se aproximaba y los comandantes empezaron a inquietarse.

—Me voy para el cuartel y tú le preguntas a Initlacua —ordenó Cuauhtliuiln. Los comandantes se separaron y dirigieron a sus objetivos. Con paso vivo Cuauhtliuiln estaba por llegar a la entrada del cuartel cuando vio a sus hombres que salían en formación seguidos por los *tlaimaites* bien cargados con lo que parecían arcos y carcaj. Al estar frente a su comandante Cente detuvo la patrulla informando: —Listos para partir con los mejores arcos que pudimos conseguir en las bodegas del cuartel. El capitán tomo un tiempo para responder, si bien era cierto que ambos comandantes habían discutido sobre la necesidad de conseguir arcos y aprestar a los oficiales tlaxcaltecas en su manejo, no habían tomado ninguna decisión.

—¿Cómo están esas armas? —preguntó en comandante.

—Eso fue lo que nos atrasó, las armas son viejas, pareciera que nunca se han usado, muchos estaban inservibles pues tenían montada la cuerda, por esto tardamos mucho en seleccionar las que estaban en mejores condiciones —respondió el oficial.

—Mande paso ligero y hágase cargo de preparar la partida, ya se nos va haciendo tarde y no quiero entrar de noche a pueblos desconocidos, mande a un oficial tlaxcalteca de correo para que informe de nuestra llegada. Si desconocen el terreno no dude en consultarlos. No recibirá más instrucciones de mí hasta llegar a la próxima estación.

—A sus órdenes comandante —fue la respuesta de Cente —ordenando paso ligero a la patrulla.

Cuando el capitán llegó a la plaza, la multitud bullía por la ansiedad que produce la partida. Los tlaxcaltecas ya habían tomado posiciones esperando las órdenes del oficial al mando. Cuauhtliuil caminó hacia la punta de la caravana buscando a su compañero a quién encontró conversando con Initlacua. Saludó a su proveedor y ofreció disculpas anticipadas por tomar por el codo a su comandante alejándolo de la plática para preguntarle:

IV. En Tlaxcala.

—¿Mandaste al jefe del cuartel entregar arcos para los tlaxcaltecas?

—No, te lo hubiera informado o aconsejado. Yo creo saber quién fue: —¿Initlacua! Venga por favor —llamó con energía a su proveedor. Cuando se acercó le preguntó: —¿Mandaste conseguir arcos para la patrulla de tlaxcaltecas?

El proveedor intuyendo hacia donde iba la procesión respondió:

—Si señor, siguiendo instrucciones que me dio el *Tlatoani* Ixtoc antes de reunirnos por la mañana. Supuse que ustedes sabían.

—No, no lo hizo. Pero le agradecemos la iniciativa, esta carencia nos inquietaba, no se lo solicitamos por no ofender al *Huei-Tlatoani* que nos presumió sobre la calidad de sus hombres y armamento. Por cierto, que sabe del *Tlatoani* Ixtoc.

—Debe estar llegando a nuestra próxima parada. Su mayordomo me informó que salió muy temprano acompañado de su personal más allegado dejando el resto a mí cargo. Nos vemos más tarde, tengo muchas cosas que preparar. ¡Ha! También contacté a un guía y traductor se llama Ce- Mazatl, por si les interesa, lo invité a unirse a la caravana ofreciéndole un buen pago. Dijo que iría a la cabeza de la caravana, según él, para no perder la costumbre.

Huitzilitzin dirigió una mirada severa al Tlacuache pero no le dijo nada, al notarlo el proveedor preguntó: —¿Qué, estuvo mal?

Esta vez, Cuauhtliuil fue más sensato, a su amigo aun le quedaba un poco de rescoldo de la capa tranquilizó a su tío diciéndole: —Hermano, tendremos que lidiar con la iniciativa de Initlacua, esta vez nos ayuda a abrirnos un espacio con el guía, mientras lo vamos conociendo que piense que Initlacua es nuestro vínculo de comunicación.

—No me enojé, pensé lo mismo, pero no deja de irritarme la actitud irreverente del Tlacuache, pudo informarnos antes, pero que le vamos ha hacer, como dices, tendremos que lidiar con su iniciativa —comentó Huitzilitzin.

El Viaje a Xalapan.

Lentamente se fue poniendo en marcha la caravana de comerciantes, marchantes y viajeros regulares que se conglomeraron en la plaza desde tempranas horas, otros fueron apareciendo como una generación espontánea de caminantes que burlaban la vigilancia de los oficiales tlaxcaltecas para aprovechar la ventaja de viajar en grupo, esto provocaba que la fila semejava una inmensa serpiente que se desenrosca con parsimonia hasta el horizonte. Los comandantes, decidieron ir en la retaguardia acompañados de dos de sus oficiales que se impacientaban por la lentitud de la marcha, contrario a lo sucedió en la salida de Tepetlaoxtoc.

Se preguntaban ¿de donde había salido tanta gente? Puesto que muy pocas personas conocían su misión, y su destino próximo se definiría en Xalapan. Se les insistió en que desde hacía mucho tiempo no se habían presentado ataques contra los caminantes, en fin, que los caminos eran seguros. Ellos mismos no habían participado en la selección de la ruta, suponían que se había elegido por ser poco transitada para mantenerse lo más alejado de los poblados con calpixques leales a los aztecas, y qué por esto, Ixtoc y decidió iniciar la campaña en Xalapan.

El movimiento les despejó el mal humor de la espera conversaban y bromeaban alegremente, pensando que habría tiempo para hablar de su misión más adelante.

La ruta elegida presentaba muchas dificultades y las protestas de los caravaneros que generalmente usaban una ruta menos escabrosa no se hicieron esperar. Los comandantes

V. El Viaje a Xalapan.

empezaron a sentir en carne propia al entrar en el pantanal alimentado por las aguas de escorrentía de la sierra del oriente. Enfrentando un clima al que no estaban acostumbrados y a caminar sobre un barrizal que el paso de la multitud les dejaba, teniendo en ocasiones que hacer penosos rodeos entre charcos y túmulos de tule. El esfuerzo los fue enmudeciendo, las dificultades que se sucedían sin pausa a medida que avanzaban: los caites se hacían pesados por los pegostes de lodo; los mosquitos asaeteaban inmisericordes las partes del cuerpo expuestas; y el húmedo viento barrido de las montañas enfriado por el espejo de la laguna los exponía a los calambres. Pensaron en Ce-Matzal y su pesada vestimenta que lo mantenía seco y protegido de los piquetes de los mosquitos. Los capitanes tlaxcaltecas se preguntaban la razón por la cuál tantos comerciantes se unieron a la caravana, anunciada por la ruta difícil para, precisamente evitarlos, y por qué los habitantes de pueblos remotos de la sierra se colaban furtivamente. Un humilde macegual de un pueblo recóndito de la sierra, al verlos tan indefensos ante las saetas de los mosquitos se les acercó con respeto casi servil para recomendarles que se embadurnaran la piel con lodo podrido y una hierba que les regaló para contener el inmisericorde ataque. El lodo olía a podrido, pero la hierva al ser machacada y mezclada con el barro despedía un olor nauseabundo que los jóvenes achacaban al material podrido de la laguna.

Las penalidades se sobrellevan mejor si se comparte: un frugal pedazo de carne seca, un pedazo de tlacoyo relleno de frijol; una mano amiga que ayuda a levantarse después del resbalón; la intrascendente conversación del compañero caminante que comprende que en algunas circunstancias las jerarquías pasan a segundo plano, así los texcocanos aceptaban el trato campechano, pues nunca habían llegado tan lejos y empezaban a vislumbrar las dificultades que les esperaban.

Ya entrada la noche, los comandantes llegaron al campamento de la primera estación, al oriente del pantanal, a la vera de un arroyo de agua helada y en medio de un chiflón

helado que bajaba encañonado de las montañas barriendo a los mosquitos.

—Establezcan aquí el campamento, iremos a buscar al grueso del grupo para que los sustituyan —fue la orden del capitán Cuauhtliuil a sus exhaustos oficiales.

En la parte más resguardada del vallecillo, Ixtoc había levantado una gran tienda elaborada con pieles de venado, alrededor de esta se levantaron las pequeñas carpas de los oficiales y personal de servicio para la patrulla. Cente, fue al encuentro de los comandantes para dar el parte del día: —Señores capitanes —cuadrándose —sin novedades. El señor Ixtoc me pidió que en cuanto llegaran los llevara con él.

—Pues vamos —fue la respuesta.

Cente levantó las pieles de la entrada de la tienda para dar paso a los comandantes, anunciando: —Los capitanes Cuauhtliuil y Huitzilitzin.

—Pasen, los esperábamos —respondió Ixtoc desde el interior de la tienda.

—Señor —hablo Cente dirigiéndose a Cuauhtliuiln —solicito permiso para asearme y comer.

—Antes deberá programar las guardias y manténgase a la orden —le dijo el capitán Cuauhtliuiln. —El primer oficial se retiró con el obligado saludo.

Se acercaron los comandantes al grupo formado por Ixtoc, Initlacua y Ce-Matzal que estaba en el centro de la tienda, alumbrado por varias lamparillas de aromático aceite.

—Comandantes, esperaba una caravana grande pero no de esta magnitud —esta misma noche empezaremos a trabajar. Antes deberán asearse para acompañarnos a cenar. —Ixtoc hizo una pausa llamando por su nombre a uno de sus asistentes pidiéndole: —Lleva a los comandantes al temascal, el estar en campaña no es razón para no disfrutar de un relajante baño —dirigiéndose a los jóvenes en tono muy familiar.

Los sorprendidos comandantes siguieron obedientes al asistente quién los condujo a una tienda pequeña fabricada con la pieles de un animal muy peludo, fijada al piso con tierra para

impedir que el vapor y el calor escapasen del interior. Al frente, una viva fogata caldeaba pulimentadas rocas recogidas del arroyo. Durante media hora gozaron de las delicias del ritual baño, después de hacer las abluciones con la helada agua del arroyo pidieron ropa limpia al asistente. Este les entregó una vestimenta similar a la de Ce-Matzal, diciéndoles: —Las manda el *Tlatoani* Ixtoc. Huitzilitzin iba a protestar, pero pequeños abultamientos en un cuerpo que pasó casi desnudo el pantanal le hizo recapacitar aceptando colocarse el tipo de vestimenta que usaría el pequeño ejército invasor, incluyendo los asistentes, durante la campaña. De excelente humor, haciéndose bromas por las vestimentas de fino cuero agamuzado, los compañeros regresaron a la tienda. Huitzilitzin el más parlanchín de los dos anunció su entrada: —Ya estamos aquí bien aseaditos para engullirnos lo que quieran invitarnos.

—Pues no es mucho; ordenes de su papá y tío —se justificó Initlacua.

—Pues lo que tengan, el temascal me abrió el apetito —respondió Cuauhtliuil.

—Solo tasajo ahumado de *chichiton*, *tlascalli* morada y salsa de tomate con chile serrano —respondió El Tlacuache.

—Mientras no sea el de la casa —refiriéndose al perro —me hecho cualquier taco —aceptó Cuauhtliuil.

Después de que Ixtoc ofreció la cena a los espíritus de los perros, del maíz, ixtle, tomate y chile, acompañada con nutle, no tan bueno como el de Tepetlaoxtoc, el grupo fue dando cuenta del tasajo de perro, tortilla y salsa picante enjugada con tragos de pulque. Es pertinente indicar, que a los ejércitos en campaña les era permitido tomar pulque y si salían victoriosos hacerlo hasta la embriaguez siempre dentro de una ceremonia ritual.

Alrededor del itacate preparado por Tlacuache, conversaban de las anécdotas de la jornada, en las que abundaban los resbalones y nubes de mosquitos. Un postre de calabazate y un palillo de limón dieron por terminada la cena.

Empezaron la plática formal dirigida por el capitán Cuauhtliuiln.

—Señor Ixtoc, a donde cree conveniente iniciar nuestra campaña.

—Por su experiencia y conocimiento, el más indicado para opinar es Ce-Mazatl —respondió Ixtoc.

El guía, hablando con parsimonia preguntó con la intensión de que los presentes se ubicaran en el mismo tiempo y lugar: —¿Cuáles son las intenciones de nuestro grupo?

Cuauhtliuiln interrogó con la mirada a Ixtoc sobre la conveniencia de exponer en secreto, éste le respondió afirmativamente usando el lenguaje discretísimo de los gestos, desarrollado por la convivencia familiar.

—Hacer que todos los pueblos de la costa sean leales a la causa tolteca-chichimeca —fue la respuesta del joven capitán.

—Muy ambiciosa parece la campaña —habló sentencioso Ce-Matzal.

—Estamos concientes que es muy ambiciosa —el capitán iba a abundar en presagios y augurios pero se detuvo repitiendo: —Estamos concientes de que es ambiciosa, pero me parece que quiso hacerme entender: ¡muy difícil!

—Ambiciosa y difícil —repitió Ce-Matzal —el calpixque de Nautlan no tiene compromisos, es un hombre sabio y leal, pero ya anciano, muy probablemente lo suceda como calpixque su hijo mayor Cuauhpopoca, avaricioso y sanguinario, que con seguridad, no respetará los acuerdos y compromisos de su padre. Los totonacas de ese pueblo y los pueblos vecinos le temen.

—Ese anciano calpixque llamado Cuaixihtac es un respetado *Tlatoani* de Coatlinchán de las familias más antiguas de la vieja metrópoli, de cepa tolteca y conocido de mí abuelo Itzcoatl. En un pacto de sangres se caso con una mujer totonaca, hija del principal del lugar. Puedo afirmar sin temor a equivocarme su lealtad a la causa tolteca-chichimeca —intervino Ixtoc a favor del amigo.

—Iniciemos la campaña en Nautlan con una visita a Cuaixihtac aprovechando la amistad que tiene con Ixtoc. Al mismo tiempo, valoraremos el temperamento y pretensiones de Cuauhpopoca, entonces, se podrá tomar la decisión de confiar en él apoyándolo para que atraiga a otros pueblos o aislarlo rodeándolo de calpixques leales —comentó Huitzilitzin.

—Sin intención de influir en ustedes —insistió Ce-Matzal —la única alianza que entenderá Cuauhpopoca será con el poder. Si está pensando darle poder, es la persona indicada para sojuzgar a los pueblos vecinos. Un calpixque de segunda generación nacido en Nautlan. Hizo un viaje a Tenochtitlan y vino aztequizado, esto implicaría poco o ningún compromiso a las lealtades del padre. Según mi opinión sería más conveniente aislarlo ¿no lo cree así *Tlatoani* Ixtoc?

—Sin dudarlo, Cuaixihtac será nuestro mejor consejero —respondió Ixtoc.

—¿Cuánto tiempo podría mantener en capacidad de gobernar? —preguntó Huitzilitzin.

—¡Poco..., muy poco! —respondió con un dejo de tristeza Ixtoc.

—*Tlatoani*, no podemos arriesgarnos, a no ser qué... —el joven meditó un instante —¿Usted se entrevistó a solas con él para informarle del proyecto de manera personal. Como dice, será nuestro mejor consejero y su sincera opinión que sin duda estará llena de sabiduría, incluso podría orientarnos en la manera de actuar con Cuauhpopoca cuando lo sustituya.

—¿Qué le parece Ce-Matzal? —intervino Cuauhtliuil.

—Comandantes, dudo del juicio del anciano Cuauxihtac pero confío ciegamente en la sabiduría del *Tlatoani* Ixtoc —fue la terminante respuesta.

—Nuestra campaña inicia en Nautlan con la visita al calpixque Cuaixihtac —decidió Cuauhtliuiln. —El siguiente punto será decidir nuestra estrategia de arribo. Me parece que entre menos enseñemos, menos nos exponemos. Señor Ce-Matzal ¿Considera que Cuauhpopoca nos tienda alguna trampa?

—Será siempre preferible que no se sienta amenazado —respondió el guía.

—Si me permiten opinar —intervino Initlacua.

—¡Hable! —fue la firme respuesta de Cuauhtliuiln.

—Veámoslo desde este punto de vista: El *Tlatoani* Ixtoc, importante comerciante amigo del calpixque Cuauxihtac, trae saludos de *Huei-Tlatoani* Netzahualpilli, habrá que invertir en un obsequio digno a su investidura. Para su protección, el embajador viene acompañado de una pequeña patrulla comandada por su hijo y primo, todo queda en familia. He hablado con los comerciantes y algunos estarían interesados en llegar hasta Nautlan si se hace una caravana de regreso hasta algún poblado importante que los conecte con el sur.

—Ce-Maizal ¿Cuál sería ese pueblo? —consultó el comandante.

—Zempoalac —fue la respuesta. Meditando un poco continuo. —De la manera en que lo piensa Initlacua, la ruta sería Xalapan, Tlacuilolán, Zempoalac, Quiauhiztlan, Mizantla y Nautlan, todos ellos poblaciones importantes. Con buen clima lo más que se tardaría entre poblados serían tres días.

—*Tatah* ¿Qué le parece? —preguntó el capitán.

—Muy buen plan —respondió Ixtoc meditando sus siguientes palabras —el proyecto se mantiene dentro de la pantalla de la misión comercial de unos Acolhuas *pillin* permitiéndonos medir el potencial de negociación en cada poblado. Initlacua se encargaría de elegir a los comerciantes apropiados para solicitar una entrevista con los señores importantes de los poblados para explicarles el objetivo de la misión comercial. De esta manera, se conocería el interés de los jefes de los pueblos y valoraríamos su potencial de respuesta a un enfrentamiento bélico.

—Lo haremos así —concluía el capitán Cuauhtliuiln: —La misión irá comandada por Huitzilitzin, quién será para todos el capitán de la pequeña patrulla que acompaña al embajador del *Huei-Tlatoani* mexicana Netzahualpilli. Estará formada por cuatro oficiales Acolhuas y dos Tlascaltecas

armados de la manera tradicional, con lanzas, macanas y escudos. La última vez que estaremos juntos será en Xalapan, en donde Initlacua se encargará de correr la voz de que la misión se separa, *Cente* y tres oficiales más, el resto de los oficiales tlaxcaltecas y yo, guiados por Ce-Mazatl fingiremos regresar a tlaxcala, en cuanto sea conveniente nos separaremos para mantenernos emboscados, daremos un rodeo para adelantarnos a cada poblado y hacer planes de campaña en caso de ser necesarios; un Capitán y algunos oficiales tlaxcaltecas proseguirán con la misión comercial. El contacto, siempre en secreto, será Ce-Matzal con Initlacua o Ixtoc, o yo mismo si fuera necesario. Necesitamos ir preparando a los guerreros en la práctica de las batallas con arco y fabricando más flechas. Creo que ha sido una conversación provechosa, estaremos reuniéndonos todas las noches mientras llegamos a Xalapa para afinar detalles.

—No creo que podamos salir temprano —interrumpió Initlacua un poco temeroso de la reacción de su capitán a la contradicción. Sin dar tiempo a la réplica continuó —Mañana hay plaza, no se de donde o cómo se entera la gente, pero mañana por la mañana hay tianguis.

Al capitán le pareció descarada la intervención, miró incrédulo a Initlacua después, interrogante a Ixtoc. Éste le respondió asintiendo con la cabeza y un fulgor juguetón en el rostro. Sin perder la compostura dijo con voz de mando: — ¡Nos viene de perillas! Nos da tiempo para capacitar a los oficiales y dar gusto a los comerciantes. —Llamó con voz clara a su primer oficial que esperaba a la puerta de la tienda — *Cente* ¡Venga un momento!

—A la orden —fue la respuesta acercándose hasta cuadrarse.

—Avisé a la tropa que estén listo al amanecer, en el lugar que usted disponga. Vamos a entrenar el uso de los arcos y deben presentarse con nuevos los ropajes. Me busca en cuanto amanezca.

—A la orden capitán —fue la respuesta del primer oficial. Dando media vuelta se retiró a cumplir lo mandado para el siguiente día.

—Se da por terminada la reunión, a recobrar fuerzas para la jornada de mañana.

Se fueron despidiendo saludando al capitán. Ixtoc indicó con discretas señas a Huitzilitzin que quería hablar a solas con Cuauhtliuil, por esto le dijo a su compañero: —Te espero afuera, voy a hablar con el Tlacuache.

Ya solos Ixtoc hablo: —No se equivocó Ixtlixóchitl, has actuado como un hombre de experiencia. Noté que te sacó de lugar El Tlacuache.

—Me pareció descarada su intervención —respondió Cuauhtliuil.

—Digamos que atropellada —aclaró Ixtoc —o hubieras preferido enterarte mañana en la mañana.

—No, hubiéramos perdido un tiempo valiosos, que ahora lo vamos a ganar capacitando a los oficiales.

—El Tlacuache es imprudente, es en ocasiones atrevido, un poco pícaro, muy entrometido, en ocasiones abusivo, en suma, tiene muchos defectos pero a mí parecer posee dos cualidades que compensan todos sus defectos: es Leal y Servicial. Para muestra un botón, consiguió los arcos, puso a trabajar a nuestros oficiales, ya sabes, la educación castrense no les permite rebajarse a hacer trabajos manuales que no sean dentro de la campaña y menos ordenados por un civil, y consiguió los vestidos de gamuza en apenas un par de días.

—Tienes razón *tatah*, es un hombre muy útil para la causa. Espero que aprenda a expresar sus opiniones de manera directa, que no suene burlón o lastimero.

—Va a ser difícil, pero si te sirve para considerarlo, conozco a su familia y al mismo muchacho de toda la vida. Su abuelo, un chichimeca que vivió muchos años enseñó a tú abuelo Iz todo lo que debe aprenderse de la caza. Así que llevan en su pensamiento las enseñanzas y sagacidad del mismo hombre sabio. Tendré mucho contacto con él, trataré de

hacerle ver que a ti y a tú tío los vea como comandantes sin considerar la juventud. Aunque no te prometo nada.

—*Tatah*, trataré de tenerle paciencia. Su conocimiento intuitivo de las personas y la facilidad de hacerse el amigo nos va ser de mucha utilidad. De esto, estoy muy conciente.

—Bueno hijo ya es hora de descansar —palabras que acompaño tomando a su hijo del antebrazo acompañándolo a la puerta.

—*Tatah* ¿Qué sabe usted de Ce-Matzal?

—Poco, únicamente las recomendaciones del Cacamaxtli. También tendremos tiempo de conocerlo e irlo midiendo. Si te parece, lo hacemos por separado y después comentamos nuestra apreciación.

—Debemos incluir a Huitzilitzin, yo le informo.

—Para bien o para mal están juntos en esta misión. Entre ustedes, debe haber una igualdad de mando aunque tú tengas mayor rango. Debe haber un solo espíritu entre “Águila-Tempranera” y “Colibrí-Sabio”, mucho depende el éxito de este sincretismo de acción y juicio. Hasta mañana hijo, descansa ahora que puedes hacerlo.

—¡Ha padre! usted siempre tan positivo.

—Como dicen los Sabios Ancianos, al tempo que se encargue, y al tiempo le dejaremos el resultado de ésta plática —con estas palabras acompañó Ixtoc a su hijo hasta la entrada de la carpa despidiéndose de Huitzilitzin y Tlacuache que mataban el tiempo hablando trivialidades en espera de Cuauhtliuil. Salieron los dos capitanes a su carpa y el proveedor a sus asuntos, pues su trabajo parecía que nunca terminaba.

La conversación con su padre operó como bálsamo en el muchacho. La actitud positiva del padre que siempre le ha hablado con veracidad le llenó de confianza y optimismo. Se levantó con el lucero de la mañana con hambre de llenarse de mundo. Tomó un *maxtle* limpio que el asistente le había dejado junto a una capa y los ropajes de cuero encaminándose al arroyo para celebrar el nuevo día refrescado con las aguas que

se llenaban de frío de la montaña dando tumbos entre piedras y pozas. Regresó cuando el sol rayaba, de tan buen humor que fue a sacudir su pelo perlado de gotitas de agua heladas sobre el rostro de su compañero quién respondió de mal talante con una trompada, ya esperada por el bromista esquivándola hábilmente y dándose una fuerte palmada sobre el muslo haciendo creer a su amigo que lo había golpeado. Pasando de furioso ha preocupado le preguntó: —¿Te lastimé?

—¡Que golpazo me diste! —respondió Cuauhtliuil tomándose la parte derecha del rostro.

Huitzilitzin despertó desde que el amigo salió. Dormitó hasta su regreso y previno todo el acontecimiento. Así que el golpe fue dirigido con toda la mala voluntad de lastimarr, pero a la vez, confiando en que este, igualmente preparado bromista, lo esquivaría. La preocupación de Huitzilitzin se hizo verdadera pues Cuauhtliuil parecía lastimado. Se levantó acercándose para socorrerlo, pero cayó en cuenta que el golpe había sido dirigido a la mejilla izquierda y no sintió dolor en el puño, terminó por darle una fuerte palmada en la espalda reclamándole: —Payaso tramposo; la próxima vez que me levantes con una de tus bromas te asiento de verdad la trompada. —Ambos rieron de buena gana. Huitzilitzin observaba burlón a su compañero, que peleaba para enfundarse sus nuevos ropajes de gamuza; primero se los puso sin *maxtle*, después con este a la usanza tradicional con colgajos por delante y atrás que evidentemente se hacían un motete entre los estrechos pantalones, después se enrolló los colgantes en la cintura pero el pantalón no le entró. Entre resoplido y maldición terminó por cortar los colgantes de los que sacó un tira con la que se ajustó el resto del *maxtle*. Ya menos incómodo decidió partir en busca de sus oficiales diciéndole a su compañero: —Te espero donde *Cente*.

—¿Y donde es eso? —preguntó Huitzilitzin.

—Pues no lo se, lo voy a buscar y tú harás lo mismo —respondiendo con enfado por la incomodidad de las nuevas

vestiduras murmurando: —sólo pensar que tengo que usar esta porquería me pone de mal humor.

Huitzilitzin no entendió lo que rezongaba, pero decidió enterarse diciéndole en tono definitivamente burlón: —¡Vean señores! Tenemos aquí al mejor guerrero de la costa el valiente y poderosos Ce-Cuauhtli-Matzal —revolviendo los nombres.

—¡Pues tú serás Om-Huitzilli-Matzal! —respondió enfadado El “Águila-Venado-Uno” al “Colibrí-Venado-Dos” —y cuidado no te lo pones, mal aunque nos pese tenemos que dar el ejemplo a la tropa. —Tomó su arco y carcaj se encaminó a la salida con paso vivo, antes de abandonar la carpa le dijo a su amigo a manera de orden, a sabiendas de que a su comandante no le gustaba los baños con agua fría ni para salir del temascal —Por cierto, el agua del arrolló está heladita, apenas a punto para quitarte esa modorra que te cargas.

De mal humor pensaba en cómo iban a caminar por la montaña sin hacer ruido pues el vestido de piel de venado recién estrenado rechinaba a cada paso. Encontró a sus hombres formados para diana, un poco más abajo, al lado del arroyo. Se situó cerca de la formación para ver reunida su fuerza invasora; le parecieron pocos por eso debían ser entrenados a conciencia en tácticas de ataques por sorpresa y a distancia haciendo uso eficiente de lo arcos.

Se acercó *Cente*: —Buenos días capitán —saludándolo al estilo militar colocando el puño cerrado sobre el pecho —la tropa esta lista para la inspección.

El capitán revisó concienzudamente a la tropa. No encontró fallas graves a pesar de que ninguno había usado antes un traje de gamuza, salvo las consecuentes a las tallas de los vestidos que dadas las premuras no se pudieron conseguir a la medida. Al finalizar la inspección el capitán habló a la tropa arengándolos a capacitarse a conciencia en el uso de las armas, especialmente los arcos, les advirtió de los pesados entrenamientos que les esperaban en un clima bochornoso e insalubre al que no estaban acostumbrados ofreciéndoles la posibilidad de dejar el batallón sin ningún cargo.

—Señor primer oficial, dirija el entrenamiento.

A estas alturas ya se había integrado Huitzilitzin, vestido de gamuza en donde sobresalía el portentoso arco que le obsequió su tío Iz causando la admiración de los soldados cuando fue templado. El primer oficial tomó el mando dando la orden de paso veloz hasta un montículo de tierra llena de hojarasca apropiada para detener las flechas sin dañarlas. Estuvieron practicando el uso del arco. El más gratificado fue Huitzilitzin pues su arco triplicaba la distancia de tiro incluso el de Cuauhtliuil y con lo poco que había entrenado su puntería era insuperable. Hasta el momento se perfilaba como el mejor arquero de la patrulla.

Calculando el tiempo para asearse y hacer rancho el capitán detuvo el entrenamiento: —Tropa, se han comportado como deben hacerlo oficiales calificados. Vamos a desayunar y prepararnos para seguir nuestro viaje o regresar al entrenamiento, según las circunstancias que priven en los comerciantes. Cente, ordene romper la formación.

Los jóvenes liberados empezaron a comportarse como cervatillos, bromeando los texcocanos con los tlascaltecas sobre lo elegante que se veían con el nuevo vestido que lubricado con el sudor empezó a ajustarse a los diferentes cuerpos y dejar de rechinar.

Los comandantes tomaron juntos el camino de regreso. Hitzilhitzin con una sonrisa que le iluminaba el rostro.

—¡Que bárbaro! Huitzilitzin —inició la conversación Cuauhtliuil ya con su humor llano y conciliador característico — que buen arquero eres, ¿yo no lo sabía?

—Fue el arco — respondió Huitzilitzin —se amoldó a mí, parecía que la tensión era exacta para la fuerza de mi brazo. ¡Viste que potencia!

—¡Que sabio es Amincatlalc! —le responde Cuauhtliuil —sin menospreciar tú habilidad, supo en que manos sería más útil. Te metiste al agua —quiso enterarse el sobrino.

—No, no hubiera llegado a tiempo. Pero ahora si me place —sin más, entregó su preciado arco al sobrino y se tiró al agua

con todo y el traje de gamuza, acción que por fortuna no siguió la tropa pues el traje de gamuza no debe empaparse porque se torna pesado, se agranda y después se encoje rozando la piel. Después se iban a enterar por Ce-Matzal, que primero debía frotarse con unto de pecarí para suavizarlo e impermeabilizarlo.

Desayunaron, dieron vuelta entre los comerciantes que como anunció Initlacua, hacían buenas ventas intercambiando sus mercancías con productos que elaboraban los pobladores del pantanal, como tules, pieles de animales acuáticos, tamales de pescadillos, huevas de moscos, pobladores de las faldas de la sierra con cal viva, rajas de ocotes, resinas y buena cantidad de piedras preciosas sin tallar. Pasado medio día se dio la orden de partir, algunos marchantes se quedaron y otros se integraron.

Lo empinado y agreste del camino hizo que se avanzara poco en ese día. Para fortuna de Huitzilitzin, el guía Ce_Mazatl, al empezar la tarde se dio cuenta que el comandante traía puesto el traje de gamuza mojado. Acercándose le informó con preocupación: —Comandante, no se debe caminar con un traje de gamuza mojado, inmediatamente quíteselo.

—Y que me pongo, está muy nublado y hace frío.

—Siéntese mientras le llamo a sus asistentes y quítese el vestido.

Molesto, muy cansado por el exceso de peso y lo empinado del camino, el comandante, muy a disgusto empezó a quitarse el pantalón. Sus caderas y rodillas mostraban unas orlas escarlata que con el frío le empezaron a arder. Un poco después, llegó Ce-Matzal con los asistentes y Cuauhtliuil quién la preguntó: —¿Qué te pasa hermano? —el guía me informó que venías mal.

—¡Mal de qué! —respondió de mal talante Huitzilitzin

—Respóndeme ¿Te sientes mal?

—No, sólo cansado, la ruta es pesada.

—Bueno, aquí nos quedamos hasta que te arregles —ordenándole a un oficial que alcanzara a Cente y le indicara que no detuviera la caravana, que le darían alcance.

—*Tlatoani*, póngase esto en todo el cuerpo o al menos en donde sienta la piel ardida —Ce-Matzal le entregó una pomada que olía a azufre.

—¿Por qué no nos advirtió sobre estos incómodos trajes? —reclamó malhumorado Huitzilitzin.

—No me imaginé que se los pusieran inmediatamente —respondió el guía.

—Ya no discutas, ponte la pomada y vístete —atajó Cuauhtliuil el evidente malestar de su tío.

—¿Y que es esto que huele a podrido? —preguntó Huitzilitzin.

—Un remedio de unto de pecarí, azufre y resina de pino para las quemaduras —respondió Ce-Matzal.

—Ya póntelo para no alejarnos mucho de la caravana.

A regañadientes el comandante Huitzilitzin se unto la pomada sintiendo alivio inmediato.

—Parece bueno el unguento —agradeciendo la gentileza del guía.

—Receta de un brujo de Cintla.

—¿Conoce Cintla? —intervino Cuauhtliuil.

—De la costa, desde Tamiohua del país Totonaca hasta Tulun del el país Maya— respondió Ce-Matzal. Y me defiendo hablando la mayoría de las lenguas.

—“Nos va a ser muy útil” —pensó Cuauhtliuil, pero le respondió: —Eso significa mucho mundo caminado.

—Así ha sido capitán —respondió el guía con un tonillo de suficiencia.

—No se ve usted tan mayor.

—No soy tan mayor, empecé a rodar mundo muy joven, apenas adolescente.

—Debe haber sido duro.

—Pues, no y sí, dependiendo cómo se vea. Ha habido momentos muy difíciles y peligrosos, pero elegí una vida excitante.

—Ya nos contarás —le dijo Cuauhtliuil, pues su compañero ya estaba listo para partir. Un diligente asistente tomó el arco y carcaj del comandante. Este le hecho una mirada furibunda diciéndole: —Este arco y carcaj tan grande y pesado, todos lo debemos cuidar pero sólo yo lo cargo.

—Disculpe comandante, era para ayudarlo —respondió un tanto corrido el asistente.

—No se disculpe, no hizo nada mal. Si quiere ayudar, encárguese de acondicionar mí traje de gamuza para que pronto esté listo; pregúntele al señor Ce-Matzal que se debe hacer con él para que no absorba agua. Y vamos dando alcance a la caravana.

A paso ligero dieron alcance a la caravana poco antes de hacer campamento.

En cuatro jornadas más llegaron a Xalapan. Ixtoc presentó sus parabienes al calpixque tlaxcalteca que recibió regimiento a los comandantes.

Sin nada relevante que contar, la caravana llegó con diferentes personas pero la misma magnitud hasta Zempoalac.

Se Inicia la Campaña.

Como se había acordado, la patrulla se dividió desde Xalapan. El capitán Cuauhtliuil con los oficiales tlaxcaltecas excepto el primer oficial de estos que regresó a Tlascalla con una caravana de comerciantes. Cente, Ce-Matzal, un asistente de Initlacua y un grupo selecto de asistentes formaron el grupo de asalto. Hicieron correr la versión de que la mayor parte de la patrulla regresaría a Tlaxcala pues era innecesario mantener tanto oficial en una zona que no se consideraba peligrosa. Partieron de la plaza de Xalapan hacia Tlaxcala como parte de la caravana que protegía a los comerciantes que regresaban. Los acompañaron todo el día, a la mañana siguiente ya no estaban, regresaron a paso ligero hacia Zempoalac. Cuando Cuauhtliuil consideró prudente, la patrulla de asalto dejó las rutas usuales para internarse en el monte bajo la guía de Ce-Matzal con la consigna de llegar a Zempoalac dos o más días antes que lo hiciera la caravana de comerciantes para establecer el campamento, vigilar y planificar un plan de ataque si fuera necesario.

El capitán Huitzilitzin, Ixtoc, el segundo oficial Macuilli, Initlacua y oficiales tlaxcaltecas conformaron la patrulla salvaguarda de la caravana que emprendió una ruta que tocaría muchos poblados pequeños que usualmente no eran motivo de visita por los comerciantes, dando tiempo a la patrulla de asalto a capacitar aceleradamente a sus oficiales y llegar con tiempo suficiente para planear estrategias.

VI. Se Inicia la Campaña.

Los correos normales entre calpixques de las diferentes poblaciones habían enterado al de Zempoalac del arribo de una gran caravana de comerciantes que venían desde Acolhuacán, un poderoso país de la alianza mexicana. Acontecimientos de esta magnitud corren como reguero de pólvora, al grado de que muchos comerciantes zempoalacas y de pueblos vecinos decidían adelantarse a sus colegas para aprovechar buenos precios. El capitán Huitzilitzin no hacía nada por apurar a los comerciantes pues convenía a los intereses de la misión retardar la llegada, sin embargo, tanta gente en los caminos no pasaba inadvertida.

La intuición de Ce-Matzal anticipó estos acontecimientos haciendo que su grupo caminara mucho más hacia el norte alejándose de la ruta de la caravana, no obstante hacer un gran rodeo para acercarse costeando hacia el sur hasta alcanzar una ubicación conveniente para permitir la vigilancia del movimiento de tropas de Zempoalac. Para cuando hicieron campamento, la patrulla emboscada era un grupo eficiente, disciplinado, sagaz, curtido en la caminata en la selva tropical y muy capaz en el manejo del arco y otras armas.

La caravana de comerciantes hizo plaza en Zempoalac al atardecer. Al terminar de levantar las carpas, un grupo de notables se presentó en la tienda de Huitzilitzin para hacerle llegar la invitación, del calpixque tlaxcalteca de Zempoalac.

El jefe de asistentes hizo pasar a los notables enviando a un propio en busca del comandante e informarle que personajes importantes le esperaban en la tienda. Ofreció refrigerios a la comitiva, estos fueron gentilmente rechazados en consideración a que apenas se estaban instalando.

La entrada de la tienda permanecía abierta en espera del comandante. Un oficial se situó a la derecha de la misma franqueando el paso Huitzilitzin quien inmediatamente presentó sus calidades: —¡Capitán Huitzilitzin, comandante acolhuacano de la patrulla que resguarda a la caravana de comerciantes! ¿En que les puedo servir? Señores.

VI. Se Inicia la Campaña.

Los personajes se fueron presentando y el comandante guardando sus nombres y facciones en la memoria. El de más categoría dijo: —El *Tlatoani* Macuahuitl, Señor de Zempoallac se permite invitar a su señoría y las personas que decida a palacio de gobierno el día y hora que disponga.

—El comandante de esta patrulla agradece la invitación del *Tlatoani* Macuahuitl esperando que nos reciba al medio día de mañana acompañado del representante de los comerciantes su hijo y nuestro proveedor, seremos cuatro personas.

—Perfectamente, le recordaría que arregle sus compromisos para disponer de la tarde —recomendó el embajador.

—Lo tendré presente. Les podría ofrecer algún refrigerio —les invitó cortésmente.

—De ninguna manera, ustedes se están acomodando y más bien perdone nuestra intromisión, debe tener muchos pendientes que atender.

—Para ser sincero, si hay muchos asuntillos que atender cuando se llega a una plaza nueva. Pero esto no sería inconveniente, mí asistente se encargaría —insistió con sinceridad Huitzilitzin.

—Es muy amable, pero el *Tlatoani* nos espera con la respuesta. Tenga usted muy buenas noches.

El grupo de embajadores ricamente ataviados se despidió uno a uno del comandante.

—Parecen personas acomodadas y además sinceras; difícil combinación —pensó Huitzilitzin saliendo apresurado de la tienda acompañado del oficial. Había caminado unos pasos cuando un hombre vestido de gamuza se les emparejó llamándolo por su nombre: —¡Capitán Huitzilitzin!

—El oficial escolta cruzó la lanza interponiéndola entre su capitán y el extraño encarándolo.

—¡Que pasa Macuilli, tan pronto olvida a los amigos! —respondió el hombre dirigiéndose al quinto oficial de Tepetlaoxtoc.

VI. Se Inicia la Campaña.

—¡Ce-Matzal! —exclamo Huitzilitzin —que manera de presentarse.

—Discúlpeme señor, el capitán Cuauhtliuil me recomendó mantener el sigilo.

—La verdad es que no lo esperábamos. ¿Cómo está su grupo?

—¡Como cuchillo de obsidiana! —Respondió Ce-Matzal —a ustedes los noto nerviosos.

—Un poco, acabamos de recibir una invitación para presentarnos ante Macuahuitl el calpixque de esta ciudad mañana al medio día en el palacio de gobierno.

—El capitán Cuauhtliuil me envía a informarle que la patrulla de asalto está lista y dispuesta. Deberá buscarnos hacia el norte, a unos seiscientos pasos de la playa en las faldas de un pequeño otero.

—No hablemos más enséñele el camino a Macuilli e infórmele a Cuauhtliuil que mañana al medio día deberá estar presente como integrante de la caravana.

—Con él haremos llegar la respuesta de Cuauhtliuil.

—Me localizas en la carpa del señor Ixtoc o en la tienda de comando.

Ce-Matzal y Macuilli, se perdieron entre las tiendas de los comerciantes y el claroscuro del anochecer.

Huitzilitzin, después de girar órdenes se fue a la tienda del Ixtoc en donde lo esperaba una mesa bien dispuesta y sustanciosa comida. Sentados en lados opuestos conversaban Ixtoc e Initlacua de temas relacionados con el éxito comercial que hasta el momento había sido la caravana. A verlo entrar Ixtoc le invitó: —Ven primo, acomódate y sírvete un vaso de agua fresca. Estamos conversando del éxito comercial de la caravana. La mayoría de los comerciantes quieren continuar con nosotros hasta Nautlan.

Huitzilitzin no estaba acostumbrado a la tensión que provoca la responsabilidad de mandar tornándose un poco impaciente. Detuvo el tema de conversación propuesto por

VI. Se Inicia la Campaña.

Ixtoc diciéndoles: —Macuahuitl el calpixque de esta ciudad nos invitó al palacio para mañana al medio día.

—Allí estaremos puntualmente —respondió en tono afable Ixtoc.

—¿Sólo nosotros? O mandamos a traer a Cuauhtliuil.

—¿Qué opinas? —preguntó Ixtoc.

—Me parece que debe estar presente. De hecho, lo anuncié como tú hijo.

—¡Y es mi hijo! —respondió Ixtoc.

—Me inquieta que se ofenda al no darle el título de capitán.

—Tenle confianza, él te respeta y aceptará lo que le indiques. A mí me parece lo más sensato, como “hijo de papi” pasará desapercibido. Y hazte cargo que eres el jefe de la caravana.

—Eso pensé... ¿Pero él lo entenderá?

—Comprendo que estés preocupado, relájate, según hemos escuchado entre los comerciantes, la gente de los pueblos y lo que se puede percibir, nos están esperando con interés. No nos parece que haya peligro. Tú que crees Initlacua.

—Vea señor —refiriéndose a Huitzililtzin —ningún comerciante ha protestado por el costo del patrullaje. Han trocado con ganancias casi todo lo que han traído y llevan nuevos artículos que les proporcionan buenas ganancias. Lo que pude entender de los naturales, aun me cuesta el lenguaje de la costa, y de las conversaciones entre los comerciantes con respecto a los habitantes de estas poblaciones, es una buena disposición de este calpixcato de Tlaxcala.

—La verdad primo —se abrió Huitzililtzin —es que me siento muy presionado. No estoy acostumbrado al mandato militar y menos en una situación como esta.

—Tranquilízate y aprende a delegar. ¿Quién de tus oficiales te parece más confiable?

—Todos, incluyendo a los tlaxcaltecas.

—Te hago la pregunta de otra manera: ¿En quién de tus hombres descargarías la responsabilidad del mando?

VI. Se Inicia la Campaña.

Repasando mentalmente el comportamiento de sus hombres durante los últimos días respondió: —En Macuilli —respondió Huitzililtzin.

—Y ¿quién es Macuilli? —Preguntó Ixtoc, pues no conocía a ningún oficial con nombre del número cinco.

—Es que no sabe señor Ixtoc —intervino Initlacua —el señor Huitzililtzin les dio un número por nombre a los oficiales acolhuas cuando les asigno comisión el señor Ixtlixóchitl, advirtiéndoles que cuando hicieran méritos recobrarían sus nombres o teniendo nuevos.

—Ya va siendo hora de ir reconociendo valías. Y ¿cómo se llama?

—Cozamatl —respondió Initlacua con su proverbial deseo de ayudar.

—Así se llamaba el segundo guardia de corpus de Ixtlixóchitl el viejo; su compañero y su jefe fueron asesinados por Tezozómoc cuando invadió Texcoco.

—Es el nieto —respondió Huitzililtzin.

—Si tiene tan solo un poco de la fidelidad del abuelo, no hay de que dudar en su lealtad y valía —respondió Ixtoc —más si prefieres que se le siga conociendo como “Número Cinco”, así le llamaré.

—Preferiría que ésta decisión la tome Cuauhtliuil.

En ese momento Macuilli corría la salea que servía de puerta a la tienda dando paso al capitán Cuauhtliuil, quién escucho la última frase de la conversación, preguntando sin saludar: —¿Qué decisión debo tomar?

Todos saludaron al capitán, después de las formalidades, Huitzililtzin explicó la situación. Cuauhtliuil escucho atentamente las explicaciones llamando hacia la entrada: — ¡Cozamatl! ¡Cozamatl! —sin obtener respuesta. Nuevamente — ¡Cozamatl! —en tono más alto.

Se corrió la salea, el guardia respondiendo como si no hubiera comprendido: —¿Me llamaban?

—¿No te llamas Cosamatl? —interrogó el capitán.

VI. Se Inicia la Campaña.

—Si señor, pero nadie me ha llamado así desde que el comandante —señalando con la cabeza a Huitzilitzin — nos dio otros nombres.

—Según me informan has hecho méritos suficientes para ser nombrado primer oficial de patrulla. Con este, el derecho anunciado de usar tú nombre, Cosamatl. Es una recomendación de tú capitán Huitzilitzin. ¿Estas de acuerdo?

—¡Sí mí capitán! —fue la respuesta plena de satisfacción del oficial de recuperado nombre. Saludó con un efusivo golpe en el pecho que sonó a cuero y solicitando permiso para retirarse a su sitio de guardián en la entrada de la carpa de Ixtoc.

Los asistentes sirvieron la cena mientras se contaban los pormenores de las dos fracciones del pequeño ejército. Ya terminando, Huitzilitzin preguntó a su comandante: —Por el tiempo que tardo Cosamatl, no acampan lejos.

—No, literalmente a tiro de flecha de tu arco —señalando con los ojos el obsequio de Iz —pero a buen resguardo en un lugar que encontró Ce-Matzal. Por cierto, es todo un tipo, otro día les cuento. Totocahuan, que también ha hecho méritos para recuperar su nombre, quedó al mando, pendiente de una señal que será una hoguera de pasto para que ataquen, antes de entrar instruí a Cosamatl para que prepare una pira con mucho pasto para que humeé. Y ¿Aquí, qué ha pasado?

—Mañana al medio día estamos invitados por el calpixque Macuahuitl a su palacio —haciendo una pausa para meditar sus palabras decidiéndose a utilizar una forma directa —tendrás que presentarte como hijo de Ixtoc.

—Eso no va a ser difícil —respondió Cuauhtliuil un poco en broma.

—Lo mismo le dije —intervino Ixtoc con el mismo aire jocoso.

—Se los digo en serio, no irás como el responsable de la caravana.

—¡Y no lo soy! —confirmó Cuauhtliuil.

VI. Se Inicia la Campaña.

—¡Entiéndeme! No vas a ir como jefe de toda la misión —aclaró en tono determinante Huitzilitzin.

—Tú tío está un poco tenso, está resintiendo la carga de la responsabilidad —aclaró Ixtoc.

—Ahora entiendo mejor el nombramiento de Cosamatl. Los jefes tenemos que delegar responsabilidades confiando en los subalternos para dedicarnos a pensar en lo trascendente, de otra manera, el mando destroza los nervios. Te advierto que no es fácil delegar. Me parece excelente tú decisión —continúo Cuauhtliuil con el tema medular de la reunión. —Como “hijo de papi” no pondrán mucha atención en mi persona dándome libertad de observar.

Se escuchó una profunda expiación de Huitzilitzin. La experiencia de trabajar en las cohortes de Texcoco y Tepetlaoxtoc le había enseñado que los jefes no permitían que se les relegara a segundos planos respondiendo de manera visceral a tales intromisiones. La decisión que había tomado le estuvo pesando como un sombrero de plomo. Relajado, volvió a hacerse evidente su cualidad más significativa, ver hacia el interior de las personas: observó a un joven más alto, más nervudo, la corta permanencia en la selva lo había madurado.

—Deja de preocuparte por mis reacciones, concéntrate en tú responsabilidad, tienes que llevar el peso de la negociación —advirtió Cuauhtliuil a su comandante y no a su tío —libérate de presiones no te distraigas de lo esencial ¡Dependemos de ti!

—No se preocupen, ya me tranquilice —respondió Huitzilitzin sin dar tiempo a reproches se dirigió a Ixtoc de una manera familiar. —Primo, de acuerdo a tú experiencia, en que centramos nuestro argumento.

—No debemos pasar por alto que la ambición es el viento que mueve el plumaje de los poderosos y seguramente mañana estará en la reunión lo más granado de la ciudad. Una buena estrategia es hacerles ver las buenas ganancias que proporciona el comercio a los calpixcatos. En este punto puede intervenir Huitzilitzin haciendo hincapié en que la fracción tolteca-chichimeca de la triple alianza, esto es, Acolhuacán y Tlaxcala

no exigen impuestos en *tlaimaites*, que sí exigen los aztecas y que Zempoallac está considerada dentro de una nueva ruta comercial muy bien vigilada que unirá a los pueblos comprometidos con Acolhuacán y Tlaxcala. Después interviene Initlacua explicando la manera en que se reparten los impuestos, haciéndoles ver que la paz tiene un costo que queda sobradamente cubierto por el aumento de las ganancias. Vuelve a intervenir Huitzilitzin para mencionar los beneficios de la conscripción para contar con ejércitos bien entrenados de jóvenes lugareños, que pueden aspirar a importantes beneficios sociales, quedará a su criterio redundar en las diferencias de aliarse a los toltecas-chichimecas y con los aztecas. Si la ocasión es propicia, intervendrá “mi hijo querido” como un joven estudioso que conoce de los oráculos acolhuas y aztecas que hablan del regreso del héroe Tolteca Ce-Acatl-Topilitzin-Quetzalcoatl por donde nace Tonatíuh para acabar con el poderío Azteca.

—¿Buscamos una alianza de sangre? —preguntó Cuauhtliuil.

—Esperemos que el Señor Macuahuitl lo proponga —respondió Huitzilitzin. —Primo ¿Qué sabe de este “Señor Macana”? —preguntó quitándole lo ceremonioso al nombre del calpixque.

—Se que se ganó a pulso de sus méritos guerreros el calpixcato de Zempoallac. Es un hombre inteligente de una increíble fuerza, según personas que lo conocen, su talla y musculatura es realmente impresionante. En una épica batalla él solo abatió con su descomunal macana tantos enemigos como el resto de su ejército, desde entonces cambió su nombre. Dirigiéndose al proveedor le consultó: —Tlacuache, que dice de él la gente del pueblo y los comerciantes.

—Se sienten seguros bajo su gobierno, ha ido influenciando a pueblos vecinos, en algunos ha establecido alianzas de sangre con sus hijos e hijas. El pueblo y sobre todo los comerciantes, dicen que está gran caravana se debe a una iniciativa de Macuahuitl para atraer comerciantes de México.

—Es un buen punto a nuestro favor —comentó Huitzilitzin —¿Qué se nos puede estar pasando?

—Desde el punto de vista militar —intervino Cuauhtliuil, tener el tamaño que dicen tiene Macuahuitl, es una desventaja cuando se usa el arco. Me regreso con mí patrulla instruir a nuestros mejores arqueros para que disparen al más grande de los enemigos si se llegase al enfrentamiento —incorporándose de su asiento dando por terminada la reunión y saliendo a su cuartel acompañado de Cozamatl con quién mandaría los últimos detalles.

—El temascal está listo —les invitó Huitzilitzin —ordené que lo prepararan para mí y mis oficiales —anunció el capitán —me estarán esperando.

Se despidió Huitzilitzin quedando únicamente Ixtoc e Initlacua para hablar de impuestos, bienes y proveeduría.

— • —

Hacia el medio día un grupo de señorones elegantemente vestidos a la usanza del centro con todas las incomodidades que significan en el trópico fueron llegando al palacio del calpixque Macuahuitl que lucía de gran gala.

En la tienda de Ixtoc, se respiraba la tensión eficiente previa a la batalla, verbal o bélica, la boca seca, el regusto a cobre y las mariposas en el estómago, son las mismas cuando se enfrenta el porvenir. Tensión reflejada en todo el ser de Huitzilitzin, en contraposición, la tranquilidad que da la edad se reflejaba en el rostro relajado de Ixtoc. Initlacua había estudiado desde muy temprano las actividades en torno del palacio en donde, aparte al ajetreo de una gran fiesta, no se percibía otro movimiento. La guardia vestía sus mejores galas, pero lo que le había convencido de las buenas intenciones del *Tlatoani* Macuahuitl era que la guardia lucía como armas el escudo y la lanza y no la macana como era de esperarse de un fanático de la misma.

—Capitán —el Tlacuache llamaba la atención de Huitzilitzin —estoy seguro que la reunión va a ser todo un éxito, el palacio está lleno de señorones bien engalanados, dispuestos a obtener beneficios, la guardia está de gala luciendo sus mejores lanzas y ninguna macana, vea lo que le digo: ninguna macana. Y en el cuartel, no hay movimiento. A mi juicio, no debemos preocuparnos. —De esta manera, Initlacua cumplía sus funciones de espía de las que había informado mediante un correo a Cuauhtliuil que en ese momento entraba a la carpa con paso vivo saludando con un “buenos días” dirigido a todos. Al que respondieron “buenos días, todo listo” deteniendo sus actividades y esperando ordenes.

—Ya es hora de probar a lo que venimos, que los dioses nos iluminen. ¡Vamos a enfrentar nuestro destino! —pontificó Cuauhtliuil en tono dramáticamente exagerado.

—Tome las cosas en serio *Tlatoani* Cuauhtliuil —reclamó Huitzilitzin quién sentía el peso de la responsabilidad, llamándolo Don, tratamiento que daba a su amigo en situaciones de excesiva formalidad.

En un poblado pequeño no tuvieron que ser anunciados, todos sabían que llegaban los extranjeros. Un guardián les sirvió de guía metiéndolos de lleno al salón de recepción en donde todas las miradas se volvieron hacia el bizarro grupo formado por un señor muy elegante, con apariencia de comerciante, acompañado de un muchacho vestido con una elegante capa encarnada y vincha de la que colgaban dos elegantes plumas remeras de águila real; un soldado vestido de gamuza de venado y un macegual posiblemente servidor del comerciante.

Un imponente individuo ataviado como guerreó olmeca, con todo y casco de cuero, partió en dos el grupo dirigiéndose al grupo de extranjeros. Apresuradamente, el atildado individuo encargado del protocolo, se puso delante caminando apresuradamente, con pasitos cortos como para escapar de ser arrollado por la mole de su Señor. Se detuvo frente a los

extranjeros si saber a quién dirigirse, anunciando: —El *Huei-Tlatoani* de Zempoallac, Macuahuitl.

Sin que nadie le autorizara Initlacua se adelantó respondiendo: —El capitán Huitzilitzin, responsable de la patrulla de protección de la caravana de comerciantes que viene a abrir mercados desde México. El señor Ixtoc es su representante y su hijo Cuauhtliuil estudiado en artes adivinatorias. El capitán Huitzilitzin viene en representación del poderoso *Huei-Tlatoani* del Acolhuacán, Netzahualpilli y del *Huei-Tlatoani* de Tlaxcala, Cacamaxtli quién ahora muestra sus atestados.

El capitán Huitzilitzin mostró a todo el mundo un par de bastoncillos finamente elaboradas.

Con un resplandor ambicioso en el rostro el jefe del protocolo extendió las manos para tomar las estafetas, pero una mirada furibunda de Huitzilihuín lo detuvo. Diciendo para toda la audiencia.

—Estas credenciales son prueba de la confianza de los señores y pueblos que me la encomiendan brindándome el poder para tratar en su nombre. Quien dude de su autenticidad puede pasar a revisarlas —dando unos pasos hacia el frente haciendo que el jefe del protocolo se hiciera a un lado, levantó los brazos para poner las estafetas a la altura de la cara de Macuahuitl.

Un cavernoso vocejón dirigido a la asamblea salió del inmenso pecho del calpixque: —Es un honor recibir a tan influyentes personajes siendo nuestro deseo, servirles y ponernos a las órdenes de su señor Netzahualpillin. Nuestro poderoso señor de Tlaxcala Cacamaxtli nos había informado de su llegada y comisión instruyéndonos para que los asistiéramos en todo lo que requirieran.

Respondió Initlacua: —En representación de nuestros señores y los pobladores de Acolhuacán y Tlaxcala agradecemos en todo lo que valen su gentileza. Quisiéramos solicitar su atención para que escuchen el saludo de los

comerciantes acolhuas en voz de su representante el Señor Ixtoc.

Ixtoc hizo una sustanciosa exposición de las ventajas de establecer tratados fundamentados en el comercio impulsado por los toltecas desde tiempos muy remotos haciendo de Texcoco su principal centro de acción. Mencionó una gran cantidad de artículos que los pueblos de la costa como pieles, plumas y pescado seco que podrían intercambiar por productos de México como piedras preciosas, oro, plata, vestidos finamente elaborados. En fin, todo lo que les interesa a los comerciantes. Al terminar dejó en el uso de la palabra a Huitzililtzin.

Huitzililtzin mencionó, sobre todo, las ventajas de una alianza con Acolhuacán y Tlacopan en el centro y la poderosa Tlaxcala, Zempoallac estaría protegida contra los embates aztecas, puesto que no pondrían en riesgo la triple alianza mexicana. Un mensaje corto y sustancioso que provocó comentarios de asentimiento.

Huitzililtzin percibió en la mole humana parada a su derecha la aceptación incondicional. No consideró necesario que Iniltlaca hablara de impuestos anunciando al culto hijo del comerciante Ixtoc, Cuauhtliuin un erudito en historia Tolteca que hablaría de un héroe común.

Cuauhtliuil, inicio su charla:

—Amigos zempoaltecas, Quetzalcoatl constituye el personaje central de nuestros pueblos más antiguos, los Olmecas y los Toltecas que han dado origen a los pueblos más modernos, Tolteca, Chichimecas y el del Tajin también conocido como Totonaca. Quetzalcóatl como dios que da vida, es un benefactor constante de la humanidad, después de habernos creado como hombres usando su propia sangre, buscó la manera de alimentarnos, descubre el maíz que tenían guardado las hormigas dentro de un cerro, haciéndose él mismo hormiga y robando un grano que entrega a los hombres. Nos enseñó como debemos pulir el jade y las otras piedras preciosas, a encontrar los yacimientos de estas piedras; a teñir

y tejer las telas policromas del milagroso algodón y a fabricar mosaicos con plumas de quetzal, del pájaro azul, del colibrí, de la guacamaya y de otras aves de brillante y hermoso plumaje. Pero sobre todo, enseñó al hombre la ciencia, dándonos el medio de medir el tiempo y estudiar las revoluciones de los astros; nos enseñó el calendario e inventó las ceremonias para festejar días para hacer oración, de hacer ofrendas y de recordar épocas relacionadas con la agricultura.

—Hubo un hombre Tolteca llamado Ce-Acatl-Topililtzin-Quetzalcoatl, nacido el día uno del año caña que fue un *Huei-Tlatoani*-Sacerdote de los toltecas. Realizó muchas hazañas, la más importante fue combatir y vencer al usurpador Ihuitímal, un jefe chichimeca que asesinó a su padre Mixcóatl, que le valieron el ser nombrado *Huei-Tlatoani* Tolteca. Desde ese momento adoptó el nombre de Quetzalcoatl, un *Huei-Tlatoani* a la usanza de nuestros ancestros aun más antiguos de Teotihuacan y otros pueblos de la Era Clásica. Quetzalcoatl se empeñó en luchar contra la barbarie haciendo que su gobierno se conozca como la era clásica de Tula y el país Tolteca por la paz y prosperidad que se gozó. En esta época, se reformó el nuevo calendario, impulsó todas las artes, la ciudad se llenó de templos y palacios, se mejoraron las costumbres e inició una reforma religiosa orientada a servir al humano y no aprovecharse de este. Sabemos que esta reforma quitaba privilegios a los sacerdotes al servicio de los militares que rendían culto a Tezcatlipoca el dios de la oscuridad, ignorando a Quetzalcoatl el dios de la luz. Durante muchos años, Topililtzin-Quetzalcoatl logró imponerse a sus rivales, pero al fin no pudo con los militares y sacerdotes entregados a estos. Dejó Tula y se Marchó a Cholula, acompañado de los antiguos teotihuacanos llamados entonces nonoalcas. Los Aztecas queriendo borrar todo vestigio de héroe tolteca han invadido Cholula llenándolo de templos, sacerdotes y militares. Cuando Quetzalcoatl sintió que llegaba el momento de reunirse con sus ancestros, dejó Cholula y se encaminó hacia el pueblo de Coatzacoalcos, siempre acosado por sus adversarios. Los

dioses molestos por el acoso al sacerdote elegido provocaron sequías, hambrunas, tormentas, enfermedades e incendios en los bosques en las ciudades que no lo aceptaban. El viaje al mundo de los dioses, lo hizo en una balsa de juncos navegando hacia Tlapallan en donde fue incinerado como se hacía con los *Huei-Tlatoani* muertos convirtiéndose en la Estrella de la Mañana. Los Mayas nos dicen que no murió en el mar, que él o uno de sus descendientes llamado Quetzalcatl llegó a Yucatán en donde se le conoce como Kukulcán, que significa en esa lengua serpiente con plumas de quetzal, estableciendo en este lugar la cultura tolteca. La era de Quetzalcóatl o Kukulcan no ha terminado, su promesa de regresar siguiendo al sol está por cumplirse. Los oráculos dicen que llegará cuando Moctezuma II reine en Tenochtitlan para acabar con la matanza de esclavos, que regularmente deben entregar los pacíficos pueblos avasallados, para ofrecer a sus dioses en agradecimiento al poder que sobre estos les confieren.

—Amigos de Zempoallac, está por llegar el momento en que los aztecas serán derrotados por los descendientes de Quetzalcóatl que arribarán por el este —Cuauhtiuin señala con el brazo extendido hacia el oriente —para liberar de la esclavitud y vasallaje a muchos pueblos sojuzgados. Pueblo que gobierna el *Huei-Tlatoani* Macuahuitl deben felicitar por haberse unido al pueblo tolteca-chichimeca de Tlaxcala y por extensión a los de Acolhuacán y Tlacopan, pues serán de los beneficiados con la llegada de nuestro gran héroe Ce-Acatl-Topilítzin-Quetzalcóatl y sus descendientes. Viviremos entonces, la época de la luz y la creatividad que ampara nuestro dios mentor Quetzalcóatl ocupando el lugar Huitzilopochtli, deidad principal de los aztecas, que como sabemos, tiene un apetito insaciable por la sangre humana.

Un largo y denso silencio se apoderó de la audiencia. Era de esperar que los señores de Zempoallac quedaran pasmados ante la sapiencia y vehemencia del joven. Pero los más impactados eran Ixtoc, Huitzilitzin e Initlacua, nunca imaginaron tanta facilidad de palabra en su joven hijo, sobrino

y jefe. Sabían que tenía facilidad para entender y expresarse en otras lenguas, pero no que hablaría totonaca con fluidez.

De pronto un grito de muchas gargantas lanzaba vítores a Quetzalcóatl y sentencias malignas a Huitzilopochtli. Macuahuitl levantó pesadamente su inmenso cuerpo haciendo silencio en la audiencia que se dispuso a escuchar atentamente.

—Señores embajadores, del *Huei-Tlatoani* de Acolhuacán Netzahualpilli —habló Macuahutli dirigiéndose a los invitados —nos complace tenerlos en nuestra ciudad de Zempoallac, desde hace algunos años calpixcato de Tlaxcala, por lo tanto, perteneciente a la liga tolteca-chichimeca, y permitanme adicionar, totonaca. Hablando por los señores pilli de este pueblo, quisiéramos saber las obligaciones a las que una asociación fuerte, digamos de sangre, nos comprometería.

—Permitan que el señor Initlacua les quite unos minutos explicándoles las obligaciones y beneficios que contraemos si nuestros *Huei-Tlatoani* se comprometieran en pactos de sangre —anticipó Huitzilitzin presentando a Initlacua.

Con una verborrea clara, concisa y poco comprometedoras como era de esperarse del guía, espía y proveedor del gran proyecto de Ixtlixóchitl, El Tlacuache explicó a un auditorio campirano de llana manera de pensar los compromisos comunes.

—Nos toman de improviso —justificó Macuahuitl el silencio de sus provincianos gobernados —dénos tiempo para pensar si estamos en condiciones de establecer un pacto indisoluble con tan poderosas naciones.

—Si nos lo permite, vamos a permanecer en esta ciudad uso días más —nunció Hutzilitzin —podremos reunirnos, si el señor Macuahutli lo considera conveniente —palabras que el joven acompañó de una discreta pero significativa genuflexión.

—No se hable más —respondió el vocejón —sigamos la fiesta.

De la nada apareció una orquesta y unos juglares que amenizaron y divirtieron a la asamblea hasta entrada la noche. Los invitados se despidieron, como deferencia, Macuahutli

VI. Se Inicia la Campaña.

insistió en que los acompañara un pequeño grupo de abigarrados guardianes de escudo y macanas. Los fuereños los aceptaron manteniendo mucha reserva y expectación, se sentían en desventaja al estar desarmados. Apenas habían caminado unos pasos cuando Cuauhtliuil tuvo la sensación de ser vigilado. Aguzó sus sentidos mirando y escuchando discretamente hacia el poniente, sitio que él usaría si tuviera que vigilarlos. No tardó en percibir unas sombras que se movían sigilosamente ocultándose tras muros y arbustos. Ixtoc, Huitzilitzin e Initlacua conversaban a cerca de lo acontecido en palacio de Macuahuit. Cuauhtliuil puso atención en el espacio que dejaban las construcciones, quién los vigilaban tenían que pasar por ese claro. Así fue, corriendo apartado una persona vestida de gamuza y un arco en las manos, después otra y finalmente otra más. Por su estilo, en esta última distinguí a Cozamatl y dedujo en las figuras anteriores a dos guerreros tlaxcaltecas. Dejo de preocuparse integrándose de lleno a la conversación en la que poco se guardaban pues era poco probable los zempoaltecas comprendieran el náhuatl. Cuauhtliuil llamó la atención de Huitzilitzin haciendo que volteara hacia el sitio en donde se apostaban los vigilantes. El amigo, forzando la vista pues la penumbra era mayor pudo distinguir a alguno de los escondidos.

—¡Nos están vigilando! —exclamó en voz baja pero tensa.

Cuauhtliuil se percató que su compañero no tenía idea de quiénes eran los espías, lo tranquilizó: —Es Cosamatl con dos guerreros tlaxcaltecas. Supongo que nos están protegiendo. La cuestión es ¿quién les ordenó vigilar nuestro regreso? Es evidente que tú no hiciste.

Ixtoc volvió discretamente la cara hacia Cuauhtliuil negando con la mirada la interrogante que escucho a pesar de que la hizo a su comandante con un murmullo.

—No nos preocupemos, en cuanto llegemos nos enteraremos —Cuauhtliuil terminó la discusión.

Aminoraron el paso para poner atención a la opinión que expresaba Initlacua: —Me impresionó el tamaño del calpixque,

VI. Se Inicia la Campaña.

le estuve poniendo mucha atención. Cuando el capitán Hutzilitzin habló de promover la conscripción para formar un ejército disciplinado y bien entrenado, todo su cuerpazo se puso en tensión haciendo que le resaltaran hasta los músculos de las orejas. Creo que será una proposición que Macuahuitl aceptará sin muchas objeciones.

A medida que Initlacua hablaba, el grupo se fue deteniendo hasta escuchar la conclusión haciendo rueda. Este tiempo le sirvió a Cosamatl para ocupar su puesto de guardián en la tienda de Ixtoc. El mismo corrió la cortina para que pasara el grupo.

La cena estaba preparada y la mesa puesta invitando a sentarse.

—Siéntense a conversar —invitó Cuauhtliuil a su papá y al Tlacuache —Hutzilitzin y yo tenemos que resolver un asunto.

Saliendo de la tienda, Cuauhtliuil ordenó a Cosamatl que los siguiera. Caminaron una docena de pasos antes de que los capitanes se volvieran para quedar frente a frente con el subalterno. Cuauhtliuil le interrogó: —¿Quién le ordenó vigilarnos escondidos entre los breñales!

—¡Nadie señor! —respondió escamado el subalterno — consideré que ya podía tomar decisiones y decidí prever una acción contra los jefes. Decidí llevarme a dos guerreros tlaxcaltecas muy avispados. ¿Fue una decisión equivocada?

—¡No Cosamatl! Queríamos felicitarlo, tomó una decisión correcta, pero no acertada.

—¿Tal vez por qué supuse pasar inadvertido?

—Esa es una razón. Otra es que no consideró la habilidad de nuestro capitán general de percibir situaciones que para la mayoría de las personas pasan desapercibidas —intervino Hutzilitzin, por ser Cosamatl su subordinado directo. — Presintió que éramos vigilados y esperó hasta estar seguro de quiénes eran los espías. De haber sido yo, hubiera actuado.

VI. Se Inicia la Campaña.

—Ya entiendo las implicaciones de mi decisión —respondió Cosamatl —ya me veo ensartado por una de las flechas del capitán Hutzilitzin.

—Exactamente, ese es el problema de tomar una decisión que desconocen los involucrados —respondió Cuauhtliuil y le recordó al subalterno un principio insoslayable del ejército: —cualquier orden o plan de acción, debe ser conocido por al menos dos personas con capacidad de mando: Huizilitzin, Totocahuan, Usted y yo; y por el momento, nadie más. Siga con sus deberes.

Cosamatl dejó la reunión con el sonoro saludo de atención militar.

Regresaron para sentarse a la mesa y pedir la cena. Macuahuitl verdaderamente había impresionado al Tlacuache, dirigiéndose a la reunión preguntó: —¿Se dieron cuenta de la macanota que colgaba en el muro principal del salón?

—Y de que le va a servir a Macahuitl si lo clareo disparándole una flecha —le contradijo Huizilitzin con el orgullo de sentirse superior de su innata habilidad en el manejo de esta arma.

—Por esto he insistido en el uso de los arcos como arma principal de nuestro batallón —apuntó Cuauhtliuil. —No me importa que nos critiquen por ser una forma poco honorable de hacer la guerra. Insistiré en capacitar a nuestros hombres con el entrenamiento que se requiera sin pasar por alto el manejo de la macana y la lanza para la lucha cuerpo a cuerpo. Por cierto Tlacuache, necesitamos flechas.

—Acojamos la recomendación de Tlacuache, Huizilitzin e Ixtoc, buscarán la manera de hacer que Macuahutli acepte la conscripción obligatoria. Si es necesario, aportando los recursos que se tomarán de la parte que pagará a Tlaxcala y Acolhucán por cinco años. Después, el calpixcato aportará un tercio.

—También es pertinente que se trate con el calpixque la posibilidad de establecer compromisos de sangre con Tlaxcala, Acolhuacán y el calpixcato para establecer un plan de

VI. Se Inicia la Campaña.

expansión hacia los poblados aledaños de manera que no dejar nada a los aztecas.

—¿De esto se encargaría usted primo? —preguntó Hutzilitzin.

—Para lo primero requiero la participación de Tlacuache que maneja los asuntos hacendarios y de ti Hutzilitzin para que te encargues de la parte militar. Para el segundo punto me pinto solo. No es necesario detener el avance.

—Si todo va bien, es posible se pueda salir a la siguiente estación en unos dos días —opinó Hutzilitzin.

—¡Tenemos que hacerlo en dos días, máximo tres —determinó Cuauhtliuil. —Así que, Tlacuache, prepara a los comerciantes para salir en hacia Quiahuiztlan.

—¿Ya tienes definido el poblado? —preguntó Hutzilitzin.

—Y la ruta— respondió Cuauhtliuil —unos dos o tres días en Quiahuiztlan, uno o dos días más en Mizantla, y después Nautlan. No debemos dar tiempo a que Cuahupopoca se prevenga, Ce-Matzal está convencido que su ambición desmedida lo hace poco fiable. Yo me despido, nos veremos mañana.

Departieron un poco más y el grupo se dividió: Initlacua se quedó con Ixtoc y los dos capitanes salieron juntos para ponerse de acuerdo en algunos detalles.

—Llévate a uno o dos guerreros —ordenó Hutzilitzin.

—Prefiero irme solo, ya es tarde, una persona puede engañar a los perros, en grupo es imposible. Y no estamos para despertar sospechas que lleven a descubrir a nuestro grupo de asalto.

Cuauhtliuil se perdió en la oscuridad de una media luna creciente dirigiéndose al campamento al que llegó en poco tiempo. Cerca de un ceibo se escucho “quién vive” al que Cuauhtliuil respondió con el santo y seña: “*Yohualli cacalot!*”.

Acompañando a la guardia de noche estaba Totocahuan, quién al igual que su amigo ya había sido confirmado en su rango, esperaba a su capitán para dar el parte del día. Se irguió saludándolo militarmente.

—¿Cuál es el parte del día? —preguntó el capitán.

—Sin novedades —fue la respuesta que implicaba que se habían cumplido las ordenes efectivamente y sin novedades. Esto significaba que el entrenamiento e instrucción se habían verificado.

Cuauhtliuil y Totocahuan se dirigieron a la tienda del comando conversando los pormenores del día sin el rigor que implica la presencia de otros oficiales. Informó a su segundo sobre la parte que debía conocer de los planes y proyectos elaborados durante el día. Insistió en estar preparados para salir en cualquier momento. Lo medular se tramitó con la orden:

—Mañana cambiaremos el campamento a un lugar menos expuesto, no parece que vayamos a tener un enfrentamiento con el calpixque Macuahuitl.

Esa noche el capitán Cuauhtliuil prescindió del temascal, pues había ordenado que no se encendieran fuegos ni para preparar los alimentos, que se comería carne seca y tlacoyos. Aun sin el baño ceremonial, el capitán cayó rendido sobre la estera.

Como de costumbre, a la mañana siguiente Cuauhtliuil estaba de pie antes del amanecer. Los asistentes dejaron unas ollas con agua macerando zacate de limón para contrarrestar el olor del sudor y cuero de los ropajes de gamuza con la que se dio un reavivante baño a jicarazos.

Al acercarse a la carpa de los oficiales, uno de los dos guardias preguntó—: ¡quién llega, dé santo y seña.

—¡*Yohualli cacalote!* —respondió a la guardia que le respondió levantando la cortina y franqueándole el paso. Antes de penetrar en la tienda les preguntó —¿No me reconocieron?

—¡Claro que lo reconocimos! pero nuestras ordenes son detener a cualquiera que no responda al santo y seña del día. Y eso, con todo respeto, lo incluye a usted señor.

—¿No han cambiado el santo y seña?

—¡No señor! No nos han dado las órdenes del día.

Cuando el capitán entraba a la tienda el guarda anunció con voz de mando: —El capitán general está presente.

Desde el interior la voz de Totocahuan ordeno: —El capitán general está presente ¡saludar! —se escuchó le golpe seco en los del puño en los pechos desnudos de los oficiales saludando a su capitán aunque no lo pudieran distinguir en la oscuridad de la carpa.

—¿Todo en orden oficial mayor? —preguntó el capitán.

—Sin novedad, esperando órdenes —respondió Totocahuan.

—Según se presentan las cosas no habrá enfrentamiento, todo se solucionará mediante acuerdos políticos —Cuauhtliuil decidió enterar a sus hombres. —No es necesario mantenernos en atención tan cerca del poblado. Nos moveremos hacia el interior de la selva. Que los hombres sigan su entrenamiento y estén preparados para actuar o movernos hacia el pueblo siguiente. ¿En donde está durmiendo Ce-Matzal.

—Por algún lado señor —respondió Totocahuan —uno de los oficiales le acompañará —salieron de la tienda, caminaron unos pasos que la claridad del alba iluminaba con tonos verde azulados llegando hasta una palma de coyol a cuyo pie paso la noche Ce-Matzal, embozado y empuñando una fina daga de oro.

—Señor Ce-Matzal, el capitán general —anunció el oficial.

—Señor Coauhtliuil, en que le puedo servir —levantándose indolente el guía.

—Debemos movernos rápidamente a un lugar menos expuesto a las miradas de la gente.

—Hacia donde no dirigiremos —preguntó Ce-Matzal.

—Al norte, precisamente hacia Quiahuiztlan —respondió el capitán.

—A un día por el camino real, día y medio o dos por la selva —puntualizó el guía.

—Escoja un lugar en el que podamos llegar al centro de Zempoalac en una hora máximo —fue la orden.

El guía hacía un recorrido mental del camino real recordando los recodos, colinas, bosques y todo aquello que

VI. Se Inicia la Campaña.

podiera servir de escondite a su patrulla. Meditaba sobándose la prominente nariz. No pudo recordar algún sitio preciso y en un arrebato de sinceridad le hablo al capitán: —Señor Cuauhtliuil, no me viene a la mente ningún sitio con las características que pide. Tenemos dos opciones, salgo de una vez a buscarlo o salimos ¡ya! aprovechando que es temprano para encontrar el camino real transitado.

El capitán ordenó al oficial que llamara a Totocahuan. El primer capitán llegó con paso vivo ante su jefe avisando: —¡A sus órdenes!

—Prepare a la tropa para salir inmediatamente.

—¡Si señor! —respondió saludando y dando media vuelta para ejecutar lo ordenado.

—Ce-Matzal, si no le molesta, quisiera hablar con usted sobre el calpixque.

—Será un honor para mí. Pero señor, los compañeros en el pueblo van a quedar desamparados mientras nos ubicamos, y alejados para auxiliarlos en un caso de emergencia.

—Parece que las cosas con Macuahuitl van bien encaminadas.

—Le dije que a pesar de que es extranjero, el inteligente gigante se ha sabido ganar el aprecio de la gente de Zempoallac y sus alrededores.

—Me pareció una persona en la que se puede confiar, muy abierto y amable. Quizá se soporta mucho en su fortaleza.

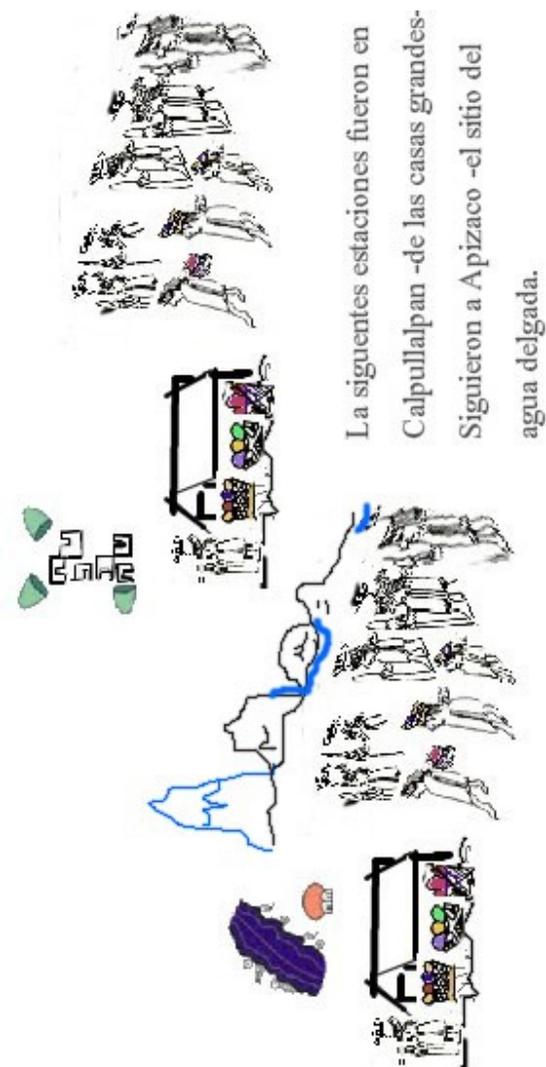
—A las personas que confían demasiado en sí mismos suele pasarles que son sorprendidos por aquellos que supone más débiles. En el juego y en la guerra no debe menospreciarse a nadie —filosofó Ce-Matzal.

—¿Qué sabe de juegos y guerra? —preguntó el capitán aprovechando el portillo que abría el guía al interior de su vida.

—De guerra, muy poco, siempre me han ocupado como guía. Del juego, mucho.

—Ya me contarás, en este momento debemos movernos —Cuauhtliuil dejó el camino abierto a futuras conversaciones. Se alejó para preparar la salida al nuevo campamento.

VI. Se Inicia la Campaña.



Los acuerdos.

En Zempoallac, Ixtoc, Huitzilitzin e Initlacua se preparaban mentalmente para las pesadas e interminables asambleas en las que se tratan acuerdos. No habían confirmado audiencia, pero confiaban en ser atendidos en cuanto llegaran. El sol aún no señalaba el cuarto de la mañana, cuando se presentaron en el palacio de Macuahuitl a solicitarla. Initlacua se dirigió a uno de los guerreros que hacían la guardia a la entrada del palacio diciéndoles: —Dígale al *Tlatoani* Macuahuitl que los acolhuas piden que los reciba.

—El *Huei-Tlatoani* ordenó que los pasara al salón de asambleas. Por favor síganme —respondió en guardia.

Obedientes siguieron al guardia que hacía gala de un estirado caminar, como si quisiera alcanzar la estatura de su jefe. Los dejó sentados en unos sobrios sillones de madera, muy militares, mientras informaba a su jefe.

Macuahuitl se había refinado a fuerza de seguir los amables consejos de su esposa, una bella joven hija del *Huei-Tlatoani* de Tlaxcala entregada en matrimonio, precisamente en reconocimiento a la toma de la ciudad de Zempoallac. Cuando la joven vio a su prometido sufrió un ataque de nervios, temblaba y lloraba de una manera que daba lástima. Pero la ceremonia no se iba a detener por el llanto de una mujer, por principal que fuera. Cacamaxtli le ordenó que dejara de llorar o sería severamente castigada. Así, entre hipadas y estremecimientos la sílfide hija del *Huei-Tlatoani* de Tlaxcala fue unida en matrimonio al gigante guerrero para asegurar su

VII. Los Acuedos.

lealtad e ingerencia en Zempoallac. Ese mismo día, el matrimonio partió en caravana. Cuentan que el gigante llevó a su frágil esposa en brazos todo el camino llenándola de halagos y toscos mimos hasta el punto en que la princesa cambió su pánico en comprensión que terminó en un amor arrebatado. “Enséñame a comportarme como un pillin” fue la primera petición que el gigante hizo a su esposa; ella lo ha cumplido con cariño y paciencia. Para Macuahuitl, su pequeña esposa ha sido su joya más preciada. Nunca ha aceptado otra mujer, aunque fuera imperioso para que Cacamaxtli ampliara su dominio de la zona. Su suegro lo recriminó acremente, hasta el punto que estuvo a un paso de quitarle el calpixcato, finalmente, comprendió que así como era de fiel, era de determinado, y hasta necio con lo relacionado a su esposa. Esta bella e inteligente mujer había transformado a la bestia guerrera en un caballero cortesano, lo notable del cambio era que no se veía ni amanerado ni superficial como suele suceder en estos casos.

El recinto se obscureció cuando el Macuahuitl se paró con las piernas abiertas y las manos en jarras en el dintel de la puerta, sentía un placer inocente en hacer gala de su fortaleza. Hablando con su potente voz cavernosa: —Un placer tenerlos nuevamente en esta su casa —palmeando los antebrazos de los tres acolhuas. El arco y carcaj de Huitzilitzin llamó la atención del calpixque diciendo: —Me lo permitiría —señalando el arma.

—Hutzilitzin desconcertado veía alternadamente a sus compañeros pidiendo ayuda y al calpixque esperando que desistiera.

—Usted lo perdonará —intervino Ixtoc —el arco tiene historia, es el que usó mi padre en las campañas para recobrar el señorío de Texcoco, a él se lo regaló el bisabuelo de Initlacua —señalando al compañero —un chichimeca muy sabio y gran cazador, además de ser un regalo muy personal ha resultado que, según mi sobrino —nuevamente señala con la cabeza a Hutzilitzin —él y el arco forman un solo ser que

dispara con gran acierto. Únicamente le falta considerar que usted es un experto conocedor de armas —miraba a su primo con un fingido severo ceño. El primo se hacía el remolón, pero el Ixtoc insistía.

—Déjelo, no tiene mucha importancia —le dijo el calpixque a Ixtoc ignorando a Hutzilitzin.

Actitud que inmediatamente puso en atención al joven, pues, sentía que podría afectar la reunión. Contra toda su voluntad se sacó el arco por la cabeza descolgando el carcaj del hombro entregándoselos a Macuahuitl, como quién entrega un hijo al verdugo diciéndole: —Tiene razón Ixtoc, usted es un gran conocedor de armas y tratará al arco con la marcialidad que merece.

El gigante, tomó el arma con la soltura del que está acostumbrado a usarla, lo midió con la mirada comentando: —Es un arco muy grande, debe ser difícil tensarlo —lo acarició en todo su largo reflejando un placer sensual mientras lo hacía. Con sus enormes manos frotó las maderas de arriba a abajo hasta que se las notó calientes, a continuación colocó la punta en donde se ata la cuerda entre el enorme dedo gordo y el segundo del pie haciendo combarse la madera bajo una presión muy medida hasta pasar el ojillo de la cuerda por la punta superior, dejando al arco armado. A continuación tomó una flecha del carcaj, montó el arma y suavemente la tensó hasta que la cuerda tocó la punta de su nariz y la punta de la flecha tocaba su dedo índice. Hutzilitzin, Ixtoc e Initlacua se estremecían esperando que el arco tronara antes de alcanzar la amplitud el brazo de gigante. En esa posición lo mantuvo por unos instantes que a Hutzilitzin parecieron siglos. Macuahuitl finalmente relajó la tensión, guardó la flecha en el carcaj, frotó nuevamente las maderas, desmontó la cuerda y entregó arco y carcaj a Hutzilitzin diciéndole: —Ha sido muy gentil y agradezco su confianza en mis habilidades de conocedor de armas —y como advertencia —de ser mío no lo hubiera prestado. Es la más bella arma que he visto, incluso más hermosa que aquella Macuahuitl —señalando con el brazo su

portentosa macana —sentí que su ponencia es capaz de atravesar a un tapir o ensartar a dos hombres contra el tronco de un árbol. Es un arco bello y portentoso, cuídalo y no lo preste más.

Para regresar al tema de su visita, los extranjeros justificaron su solicitud: —Disculpará la insistencia de que nos recibiera sin solicitar audiencia, quisiéramos salir hacia Nautlan tan pronto como se pueda.

—¿Así que van a Nautlan? —preguntó el calpixque en tono provisorio.

—Si señor, ese es nuestro destino, hacia el norte —le respondió con firmeza Hutzilitzin debido al interés que dedujo del tono de voz del calpixque.

—Adelantemos lo nuestro —respondió el gigante —después si lo amerita, conversaremos sobre la gente de Nautlan.

—Como usted prefiera señor.

—Para poder entrar en pláticas oficiales que competen al imperio tolteca-chichimeca como ustedes le llaman quisiera poner una condición —hablo el calpixque en tono de inseguridad: —Siendo concreto, vamos a confabular contra el Imperio Azteca, situación muy peligrosa dadas las reacciones de estos hacia los gobernantes y pueblos que se les oponen. ¿Estoy en lo cierto o me equivoco?

—Señor calpixque, en asuntos tan trascendentales ¡no podemos mentir! —concordaba Hutzilitzin. —Nosotros consideramos que debemos allanar el camino para la llegada de nuestro héroe Ce-Acatl-Topilítzin-Quetzalcóatl —Hutzilitzin pronunció todo el nombre para que no hubiera confusiones —y los aztecas evitarían por todos los medios que llegue a la capital de su imperio.

—Corríjanme si me equivoco —advirtió nuevamente el calpixque no satisfecho con la respuesta. —Por una parte el proyecto está fundamentado en una conseja que beneficia a los toltecas-chichimecas; pero existe un oráculo que dice que Quetzalcóatl o sus descendientes llegarán a estas tierras desde

los confines de la gran *Tonallatl* (“sol que nace del agua” nombre dado al mar) para recuperar el corazón de Copil, el hijo de la sacerdotisa Malinalxochitl derrocando al poderoso Imperio Azteca.

—Está en lo correcto.

—En consecuencia ¡si los aztecas descubren su plan van a castigar de manera brutal a los pueblos involucrados!

—Ya están castigando de manera irracional a los pueblos que caen bajo su dominio —aclaró Huitzilitzin. —Esta situación nos preocupa, por el momento Tlaxcala se han mantenido fuera del alcance de los aztecas por medio de la oposición armada, y Acolhuacan mediante pactos de sangre en intercambios matrimoniales con *calpolli* de principales de ambos lados. Pero siempre está latente que sus sacerdotes o principales en cualquier momento decidan acallar a alguno de sus dioses con baños de sangre, entonces ignorarán los pactos quedando como única salida la sinrazón de la guerra.

—Su punto de vista no difiere mucho del mío, la decisión que tome podría acarrear acciones horribles hacia mí familia y este pueblo.

—Como le dije, calpixque, de todas maneras estamos expuestos —insistió Huitzilitzin —más, si lo sabemos manejar, podemos hacer pública la adhesión a los mexicas a través de calpixques que reporten a Acolhuacán, un integrante poderoso de la triple alianza sin mencionar a Tlaxcala.

—Insisto en que mí familia y pueblo corren peligro, por esto, quiero que acepten la presencia de mi esposa con voz y voto. Si ella decide que no debemos aliarnos al Acolhuacán, no lo aremos aun cuando mí *Huei-Tlatoani* y suegro sugirió que alcanzáramos un acuerdo positivo.

—Permítame una pregunta —intervino Initlacua —¿por qué en la reunión de ayer únicamente estaban hombres? Si al parecer, en este calpixcato, la opinión de las mujeres es importante.

—En la reunión de ayer no se permitieron mujeres y niños a sugerencia de mi esposa, para no ofender las costumbres de

los extranjeros qué únicamente permiten en sus reuniones a hombres.

—Los aquí reunidos —hablo Huitzilitzin —tenemos una relación de sangre estrecha con una *zohuatztintli* llamada Papalotzin, que peleó desde su posición de macegual y mujer para que todos los niños recibieran educación logrando que los *Tlamantlicali* abrieran sus puertas a todos y así lo hizo el señor Netzahualcóyotl a insistencia de su gran amigo Itxcoatl, esposo de Papalotzin. Ella misma se educó en uno de ellos. Mí primo Ixtoc y yo somos sus nietos y hemos recibido sus enseñanzas desde la misma fuente, Initlacua la recibió del quién enseñó las cualidades de gran cazador a mí tío Amincatlaloc, su bisabuelo. Por todo esto, estaríamos complacidos de que su esposa tome parte activa en estas reuniones, su punto de vista puede tener una perspectiva que a los hombres se nos escaparía.

—Entonces, permítanme un momento, voy por ella —ofreció como excusa Macuahuitl para salir del recinto. Pasados unos minutos regresó acompañado de una mujer, pequita y delgada que parecía niña al lado de la mole.

—La *Zohuani* Miahuatli mí esposa. El señor Ixtoc, el señor Hutzilitzin y el señor Initlacua. Embajadores del señor Ixtlixóchitl, *Huei-Tlatoani* de Tepetlaoxtoc.

Los tres respondieron: *Zohuani* a sus pies.

—¿Ya les ofrecieron algo de beber o comer? mí esposo es un gran guerrero acostumbrado a actuar ordenando, pero se le olvida que hay que ser también atento.

Los tres respondieron con una sonrisa sin atinar qué contestar. Pues su esposo estaba preocupado por la reacción de los extranjeros ante la petición poco usual y no había tendido tranquilidad para atenciones.

—He mandado preparar unos bocadillos en un saloncito más acogedor, ¿siganme por favor? —La señora dio un elegante giro encabezando la comitiva que siguió sus pasos hasta un recinto que emanaba frescor, comodidad y gusto de mujer. Era el sitio en donde su esposo recibía a personalidades,

y en donde pasaban las bochornosas y lluviosas tardes de la selva tropical. Todo el piso estaba cubierto por esteras de tule adornadas de grecas verdes y blancas. En el centro, una mesita de patas cortas en donde esperaban platos exquisitamente guarnecidos y artísticamente colocados rodeada de mullidos y coloridos cojines. Era evidente que la señora de la casa había recibido una esmerada educación pillin, especializada en el arte de atender a los invitados de su esposo. Con una mirada dio una orden a una señora que permanecía de pie cerca de otra puerta. La señora salió un instante del recinto regresando con varias doncellas que portaban jofainas, jarros con agua aromada y paños que ofrecieron a los invitados para su aseo. Después que tomaron asiento, las doncellas salieron y regresaron con los platos del banquete. Macuahuitl, el de mayor jerarquía, declinó el privilegio de hacer los agradecimientos del ágape en Ixtoc quién como catador experto degustó los platillos principales tratando distinguir en la comida los sabores e ingredientes que la componían, por último agradeció a la señora de la casa la buena cuchara que había saboreado animando a los comensales que dieran inicio al banquete. Los invitados, como mandan las costumbres, comieron despaciosamente saboreando cada platillo y degustando las bebidas. Se recogieron los trastos, se aseo la mesa y trajeron los postres que sirvieron las doncellas. A una señal de la señora de la casa la servidumbre se retiró cerrando muy despacio las puertas del recinto. No se solicitó la intervención de Ixtoc, el de más edad, para hacer los agradecimientos, indicando con esto que antes de que terminara el banquete saldrían los acuerdos.

—Tal como lo hablamos ayer —el calpixque se dirigió a su esposa —los señores solicitan nuestro apoyo a una causa que podría traernos muchos problemas. Por su sangre tolteca-chichimeca están preparando la supuesta llegada de su héroe Ce-Acatl-Topilítzin-Quetzalcóatl que a la vez es un mal augurio para los aztecas. Dos países muy poderosos. Mí

querida Miahuatli, debemos tomar una decisión que de una manera u otra comprometerá a nuestro pueblo y familia.

—Mucho se ha hablado de la llegada de ese héroe tolteca-chichimeca reverenciado por nuestro pueblo —hablo Miahuatli con voz mesurada —también se dice que una alianza de sangre se realizará entre nuestro pueblo y los descendientes de Quetzalcóatl. Es cierto o me equivoco señor Huitzilitzin.

—Es muy cierto mi señora —respondió atento el jefe de la caravana.

—Es más probable que los descendientes de Quetzalcóatl que llegarán del *tonallatl* sean varones. Por esto, supongo que estarán preparando una alianza matrimonial con el jefe de estos. Voy bien señor Huitzilitzin.

—Es acertada su forma de pensar —respondió el capitán.

—Una misión económica de la magnitud que ustedes han preparado acarrea un objetivo más trascendente, y es sobre él es que estamos tratando.

Huitzilitzin y los ahí reunidos, excepto Macuahuitl estaban pasmados por la claridad de pensamientos de Miahuatli quién prosiguió con voz mas mesurada y baja, como hablando para ella misma.

—Según los augurios aztecas, la llegada de los descendientes de Quetzalcóatl está cercana, los augures acolhuas y los de mí pueblo deben saber más de lo que dejan ver —aquí hizo una pausa acompañada de un profundo silencio, que rompió con una temeraria afirmación: —Los *Huei-Tlatoani* tolteca-chichimecas están preparando la boda de la alianza —que se expresó como una profunda meditación. Agregando —no hace falta que me respondan. La mercancía en trámite será una mujer. Como siempre, tendrá que acatar las ordenes de los hombres, dioses, sacerdotes o *Tlatoani* sin oponerse. Así fui entregada a mi esposo cuya presencia espanta, pero que ha sido el hombre más dulce que podría imaginar. Para bien o para mal, esa mujer deberá cumplir su destino y pienso, si Macuahuitl no decide otra cosa que debemos apoyar a la mujer que será el símbolo de la alianza

entre los llegados por el *Tonallatl* y Tlaxcala y Texcoco. Un poderoso espíritu de unión de una gran mujer se percibe en la presencia del Señor Ixtoc —y sentencio agorera: —De su estirpe será la mujer que simbolice la alianza.

Quedaron pasmados, qué había inspirado a esa desconocida a tener tan lúcida visión de su misión. Huitzilitzin esta lívido al ver descubierto el núcleo de proyecto y el fracaso de la misión.

—No se angustien mis señores —hablo Miahuatli al ver el estupor en los rostros de unos avezados negociadores —su secreto quedará enterrado en estas paredes, yo por convicción y mi esposo por lealtad lo guardaremos hasta la muerte. Mi señor —terminó su intervención dirigiéndose a su esposo.

—Ya escucharon a mi esposa, nos unimos a su causa —confirmó Macuahuitl sin dejar de ver preocupado a su esposa que se veía agotada, como agobiada por un inmenso peso.

El gigante se levantó de un salto para tomar a su esposa que parecía desvanecerse. Al sentir el enérgico abrazo de su marido Miahuatli se reanimó. Después de unas profundas inspiraciones se disculpó con los comensales: —Señores quedan en su casa, con migo no hay más que tratar, quedan en la compañía de mi esposo. Macuahuitl, no hay necesidad que me acompañes, atiende bien a nuestro invitados y ábreles tú gran pecho —con paso lento, la dama tomó rumbo a una de las puertas de la habitación. Antes de salir preguntó: —Tenía entendido que eran cuatro las personas a cargo de la misión.

—Es cierto, faltó el hijo del señor Ixtoc, no se consideró pertinente su presencia —respondió Huitzilitzin.

—Quisiera conocerlo antes de que partieran —pidió la dama.

—Tiene mi promesa, lo conocerá antes de nuestra partida.

Reitero —Quedan en su casa para que jueguen a la política y a la guerra con mi esposo —en tono ligeramente irónico se despidió Miahuatli.

—Debe estar agradecido a *Monoyocoyani* —le dijo respetuosamente Ixtoc a Macuahuitl —una mujer como su

esposa es una gema preciosa que deben cuidarse con esmero, me recuerda a una muy querida por nosotros.

—Y que lo diga, señor Ixtoc —el lo máspreciado y precioso de esta casa. Bueno, ya podemos hablar de Nautlan. Los vecinos nos lo dan los dioses y hay que aprender a vivir con esto. El calpixque de Nautlan, Cuaixihtac es un acolhua leal a su origen pero ya está viejo y cansado. Sobre todo de luchar contra la rebeldía y poca cabeza de su hijo mayor Cuauhpopoca que se la vive amenazando a los pueblos vecinos haciendo gala de su origen azteca que se apropia renegando de su simiente acolhuacana. Estos tipos son muy peligrosos porque los mueve el fanatismo. A Zempoallac no se acerca pues está advertido que actuaré en consecuencia a cualquier afrenta. Dicen que está tratando con la jerarquía azteca su apoyo a cambio, ya saben, de esclavos, aplicando el *Cente-tlacatl* mediante una leva que acabará como escalva en Tenochtitlan. Parece que a los mismos aztecas no les inspira confianza, al menos mientras viva Cuaixihtac. Me parece que la mejor manera de actuar contra Cuauhpopoca es aislándolo y promoviendo en los pueblos, el miedo a sus maneras aztecas.

—¿No sería mejor actuar contra él? —tiró un busca pies Huitzilitzin.

—¿Cree que le tengo miedo? —preguntó retador Macuahuitl.

—De ninguna manera, solo pido su opinión.

—¡No es lo apropiado! Pues los aztecas están pendientes de él, y esperando que el padre muera. De esta manera, pondrían una lanza en el país totonaca que no han podido avasallar, y sin arriesgar nada. Es posible que más adelante podamos utilizarlo para que los aztecas distraigan gente de su ejército. Por el momento creo que es mejor no provocarlos.

—Que le parece señor Macuahuitl si apoyamos a su ciudad —preguntó Ixtoc.

—Sabe la respuesta señor Ixtoc. Claro que me gustaría. ¿Dígame cómo? Y ¡Cuánto nos costaría? Pues en esta vida nada es gratis.

—Haciendo de Zempoallac un centro comercial, caminos bien cuidados, con un destacamento de soldados nativos importante para proteger a las caravanas de comerciantes, por lo pronto, al norte hasta Nautlan —intervino Huitzilitzin.

—Se oye muy bonito, pero cómo.

—Cobrándole a los comerciantes el *cente-campoalli*, para vender en esta plaza y para cuidarlos en su tránsito hacia otros pueblos —confirmó Initlacua —yo me encargaría de preparar a su gente o dejarles a un maestro.

—Promover el *cente-tlacatl* entre las familias para obtener conscriptos para las patrullas y mano de obra para los caminos. Ofreciéndoles la oportunidad de obtener tierras reconocidas por la comunidad y privilegios de maceguals si destacasen en campañas —ofreció Huitzilitzin.

—Por cinco años el *cente-campoalli* se usará íntegramente en la construcción de edificios públicos, especialmente *Tlamantlicali* para los niños con maestros preparados dentro de la cultura tolteca-chichimeca que proporcionará Texcoco o Tlaxcala. Se me ocurre que podría administrarlos la señora Miahuatli. Los templos quedarán a su discreción pues en ningún caso la alianza los obliga. El objetivo de estos cambios será acabar con grupos de asaltantes que con la venia de los aztecas o haciéndose pasar por estos, hacen los caminos inseguros entorpeciendo la fuente de riqueza y cultura que ocurre con el intercambio comercial. Señor Macuahuitl es necesario que mañana mismo defina su cabildo. Se recomiendan cinco personas pero pueden variar según le convenga. Esta estructura ejecutiva se promoverá en los pueblos aledaños haciendo hincapié en su dependencia de Zempoallac —terminó su intervención Huitzilitzin.

—Hemos valorado la ruta Tlacuilolán, Zempoalac, Quiahuitlan, Mizantla y Nautlan —intervino Ixtoc —y se puede establecer un ciclo de doce días, uno para el traslado y otro para el tianguis, en un comercio periódico de caravanas vigiladas.

—¿Ya pasaron por Tlacuilolán? —interrogó exigente Macuahuitl.

—No señor, lo rodeamos —respondió conciliador Huitzilitzin —su señor suegro Cacamaxtli nos recomendó que nuestro primer contacto fuera Zempoallac. Como no vamos a regresar, la labor de ganar al calpixque de Tlacuilolán para la causa se la encargaremos a usted. Claro, lo apoyaremos en lo que requiera ¿Se comprometería?

—¡Délo por hecho! —respondió Macuahuitl con absoluta seguridad.

Los embajadores cruzaron miradas para retirarse pues ya no había más que tratar. Macuahuitl se levantó dirigiéndose a la puerta sin darles tiempo de reaccionar, levantó la voz llamando para después dictar ordenes, regresando hasta el grupo que ya se había levantado preparándose para despedirse. No se van a ir con el estómago vacío, mi esposa ha preparado la cena, les ruego que nos acompañen.

Los invitados nuevamente cruzaron miradas en donde no se percibía indecisión. Initlacua, intervino tratando de evitar que Macuahuitl sintiera que los estaba forzando a aceptar: —Percibo el aroma de guiso de *michih* del mar. Preparado por la señora Miahuatli debe estar delicioso, de ninguna manera nos lo perderíamos.

La intervención le pareció fuera de lugar hasta a Macuahuitl ¿cómo se le permitía a un macegual tomar decisiones por los señores? Huitzilitzin notó la mirada señera del calpixque e intervino para evitar una cualquier aversión hacia el Tlacuache:

—Macuahuitl, tendrá que disculpar a nuestro especialista en impuestos, es todo un gourmet y hace lo indecible por una buena comida. Simplemente se nos adelantó, con placer aceptamos su invitación y como dice Initlacua, disfrutemos ese pescado preparado por la señora Miahuatli.

Compartieron el guiso de pescado al estilo de la costa charlando de temas familiares, como antiguos conocidos, afianzando los lazos de amistad que hacen las alianzas

indisolubles. Se despidieron y declinaron con gentileza el ofrecimiento de ser acompañados por soldados, arguyendo que no era necesario.

Apenas de alejaron lo que requiere la discreción Huitzilitzin le reclamó airadamente a Initlacua: —Siempre metiendo la pata. ¿Cuándo aprenderás a respetar las jerarquías y seguir el protocolo?

—Disculpe señor, es preferible que el señor Macuahuitl me tome por un Tlacuache metiche, a que piense que los señores son desagradecidos —respondió ofendido.

—Pero el atrevimiento del Tlacuache lo arreglaste muy apropiadamente —intervino Ixtoc conciliador — y la culpa fue nuestra por cruzarnos miradas de duda ante un calpixque entrenado en percibir expresiones haciéndole creer que era más importante lo nuestro que la gentileza que le debíamos a la señora Miahuatli por prepararnos una cena especial.

—Viéndolo desde esa perspectiva, tienes razón primo. En el futuro debemos tomarlo en cuenta para situaciones protocolarias. Muchas gracias Initlacua, tú intervención fue muy acertada.

El Tlacuache cruzó una mirada de entendimiento con Ixtoc haciéndole sentir que le agradecía la mediación con su primo.

A pesar de lo avanzado de la noche Cozamatl esperaba a la entrada de la tienda. Cuando estuvieron a distancia, el oficial saludó al capitán con un: sin novedades, el capitán lo respondió con menos marcialidad. Uno de los oficiales que montaba guardia a la entrada de la carpa abrió la puerta franqueándoles el paso.

Cozamatl seguía al grupo en espera de instrucciones. Huitzilitzin se detuvo informado al oficial: —Debemos avisar al capitán Cuauhtliuil que es necesaria su presencia en la reunión mañana para conformar el cabildo del pueblo. Díganle que la señora Miahuatli preguntó por él y es imperativo que la complazca —con este recado Huitzilitzin consideró que el capitán no se alarmaría.

—Voy a mandar a dos correos con la misma instrucción, que salgan por diferentes lados hacia el campamento e informen al capitán.

—¿Por qué no esperas para mañana temprano?

—Conociendo al capitán Cuauhtliuil, van a partir antes del amanecer. Y mis hombres, aun no son tan buenos rastreadores que puedan seguir a Ce-Mazatl.

—Tienes toda la razón. Mejor de una vez.

Los oficiales tlaxcaltecas salieron cada uno por su lado con la recomendación de provocar la menor inquietud en el pueblo que dormía. En poco menos de media hora llegó el primero de los correos.

—¿Quién vive?

—*Yohualli-cacalote* con una estafeta para el capitán Cuauhtliuil —fue la respuesta. Por el lado opuesto se repitió.

—¿Quién camina a esta hora?

—*Yohualli-cacalote* con un mensaje del capitán Huitzilitzin para el comandante Cuauhtliuil —era otro correo que tardó un poco más.

—¡Capitán Cuauhtliuil —llamó el asistente hacia donde dormía el comandante. Este se levantó con sigilo y totalmente alerta. Cuando respondió lo hizo atrás de asistente quién se sobresaltó.

—¿Qué pasa?

—Un correo del capitán Huitzilitzin.

—Que pasen.

—¿Cuál es el mensaje? —preguntó a los dos oficiales cuyo cuerpo sudoroso reflejaba los rayos de la luna.

El de mayor jerarquía respondió: —Del capitán Huitzilitzin: que es necesaria su presencia en la reunión de media mañana para conformar el cabildo del pueblo. “Díganle que la señora Miahuatli preguntó por él y es imperativo que la complazca”.

—¿Sólo eso? —interrogó Cuauhtliuil a los correos. Entonces porqué mando a dos si no hay peligro.

—No lo hizo el capitán Huitzilitzin, él quería que viniéramos mañana temprano. Fue el teniente Cozamatl, quién insistió en que viniéramos dos por si acaso ustedes habían levantado el campo y tratar de darles alcance. Nos advirtió que ojala esto no ocurriera pues iba a ser difícil seguirles la pista. ¿Usted cree?

—De día sería posible, de noche no nos encuentran. Si quiere comprobarlo solicite a su capitán que lo trasfiera a esta compañía —ofreció Cuauhtliuil —apenas llegaron a tiempo, escuchen —pidió el capitán a los correos.

—No escucho nada —respondió uno —ni yo —dijo el otro.

—En diez minutos el campo estará levantado y la compañía en camino, si no escucharon el movimiento, difícilmente podrían seguirnos en la noche. Es natural, no están acostumbrados, pero saben su oficio pues nos encontraron rápido según veo.

—Perdone señor la ignorancia ¿cómo sabe que lo encontramos rápido? —preguntó el teniente mas avisado.

—Cozamatl les dio las instrucciones para llegar ya que no habían venido. Traen sudor de carrera de quince o veinte minutos, el tiempo que hacen dos buenos tenientes en la noche desde la tienda de Ixtoc hasta aquí, considerando el sigilo para salir del pueblo —explicó Cuauhtliuil mientras se encaminaban a donde la compañía se preparaba para partir. En el preciso momento que el oficial Totocahuan salía a buscarlo para informarle que estaban listos.

Cuauhtliuil realizó una rápida inspección dando la orden de partida con una seña del brazo, la compañía se puso en marcha en absoluto silencio perdiéndose en la selva y lo negro de la noche. Retuvo a Totocahuan y a un teniente tlaxcalteca. Dirigiéndose al oficial le informó: —Solicitan mi presencia en Zempoallac. Queda al mando de la compañía. A la hora del ocaso me recogerá un guía en este mismo lugar. No nos esperen, si nos extraviamos nos encontramos en Quiahuiztlan,

el guía y yo los buscamos. Déme el santo y seña nuevo —ordenó Cuauhtliuil.

—*Tlalcoyotl-necaz* —sin titubear respondió Totocahuan.

—Muy apropiada, voy a necesitar poner oreja de zorro para encontrarlos. Saludó militarmente a su oficial, este correspondió y dio media vuelta para seguir a su compañía.

Sin nada inmediato que hacer Cuauhtliuil acompañado de los dos tenientes se puso a inspeccionar el campo. Con el pie movía una hojarasca o se agachaba a recoger alguna ramita quebrada, explicaba a sus acompañantes cada movimiento, cómo debían borrarse las huellas para los que acampan y que buscar para los exploradores. Explicaba que el campo debería dejarse muy natural. De no haber estado en el sitio los tenientes, difícilmente hubieran dado con el lugar donde estuvo el campamento de la compañía de asalto.

Al amanecer estaba entrando a tienda de Ixtoc, quién ya estaba listo para emprender el día. Se saludaron con familiaridad y sin dejar de hacer, Ixtoc le informaba: —Tu tío te hizo venir porque la señora Miahuatli insinuó que quería verte. Ya hablarás con ella, pero fue impresionante la claridad con que percibió nuestra misión y tú sitio en ésta. Así que no te vayas a dejar sorprender. La parte oficial te lo dirá tu tío —siguieron hablando de pormenores sobre el campamento y las pocas o muchas cosas, dependiendo de cómo se vea, que se hablan entre padre e hijo.

Al poco rato entró Huitzilitzin asumiendo normal la presencia de su sobrino. Le informó con pormenores los acontecimientos de la reunión del día anterior y lo que se esperaba de la que estaba por ocurrir. Ya para salir, le hablo en el tono pícaro del tío joven a un sobrino poco más joven cuando se habla a cerca de mujeres: —¿Qué les das a las mujeres? La señora Miahuatli mostró interés en ti —comentario muy peligroso tratándose de personajes de esa categoría. Huitzilitzin notó la mirada de su primo y se arrepintió de la frase y el tono utilizado, recordando que en las

cohortes nunca falta algún acomedido que trapace lo fisgoneado para ganarse la voluntad de los poderosos.

Llegaron al palacio para ser guiados al salón en donde se celebró la primera reunión. Estaban presentes las personas que les dieron la bienvenida en nombre del calpixque, algunos acompañados de su esposa o esposas. Era muy probable que de estos Macuahuitl ya tuviera seleccionado el cabildo. Acompañado de su esposa se presentó en ropa de trabajo. Los presentes se pusieron de pie, caminaron hasta el lugar de honor en la estancia solicitando a los acolhuas que los acompañaran. Macuahuitl se dirigió específicamente a Cuauhtliuil presentándolo a su esposa y haciendo los honores al grupo del que prudentemente se había separado Initlacua: —El joven Cuauhtliuil, hijo de Ixtoc y sobrino de Huitzilitzin, por quién preguntaste ayer —Ixtoc miraba atentamente a los ojos de la mujer en los que pudo percibir, a pesar del profundo negro del iris, un resplandor, un movimiento reflejo de las pupilas entre miedo y atención que suelen tener los cazadores en el momento decisivo.

El encargado del protocolo colocó a Initlacua, Ixtoc y Huitzilitzin al lado de Macuahuitl y al joven Cuauhtliuil al lado derecho de Miahuatli, posiblemente por instrucciones del calpixque deslizadas sutilmente por la esposa.

El resto de los invitados hicieron una fila respetando un tanto las jerarquías de edad y poder, lentamente pasaban delante del grupo saludando con una inclinación de cabeza los hombres y una genuflexión las mujeres, anunciadas por nombres y calidades por el jefe del protocolo del palacio. Para el buen observador no pasaría inadvertida el sutil comentario que hacía Macuahuitl a Huitzilitzin cuando cierto personaje pasaba.

Se terminaron las presentaciones y se inició el trabajo. El primero que hablo fue Initlacua explicando la importancia de cada uno de los impuestos: del *cente-campoalli*, del *ome-campalli* y del *cente-tlacatl*. Ixtoc hablo de los beneficios que acarrea a las comunidades un comercio abierto y propiciado

por los calpixques emprendedores. Huitzilitzin recalcó el apoyo del ejército al comercio organizado.

Por último tomo la palabra Macuahuitl confirmando el apoyo de los pilli de Zempoallac al proyecto comercial de Tlaxcala-Textcoco y el beneficio que traería para la comunidad excluyendo el trasfondo político de la misma. Nadie pidió aclaraciones, sí era como proponían, el comercio se vería beneficiado al terminar con los asaltos a las caravanas, así permitir que los bienes pasaran de una mano a otra, sin la angustia de ser objeto de atropellos y asesinatos, si no fuera así, peor no quedarían.

Durante todo el tiempo que duraron los discursos, el Tlacuache se movió, con sigilo, de un personaje a otro. Por último se acercó a aquellos que Macuahuitl distinguió en la presentación a Huitzilitzin. El objetivo de su zalamería era conseguir el nombre de contactos comerciales en los siguientes pueblos, prometiendo estrechar lazos entre ellos, sólo sí lo autorizaban. La mayoría habló sin reservas esperando beneficios.

Se sirvió el banquete manteniendo la misma posición de las presentaciones en la mesa principal.

Durante la dilatada comida y larga sobremesa de postres Miahuatli, con discreción de señora y sapiencia de mujer fue sacando del joven Cuauhtliuil sus más recónditos y antiguos secretos, incluso de situaciones de cuando era muy pequeño. La conversación se fue dirigiendo hacia la abuela Papalotzin. El joven hablaba de ella con amor, veneración y mucho respeto. Para cuando terminó la comida, Miahuatli admiraba a Papalotzin a tal grado que se había prometido tomarla de ejemplo para darle su lugar a la mujer en el calpixcato de su esposo.

Los comensales empezaron a moverse para dar por terminado el banquete y la reunión. Se levanto Macuahuitl seguido por el resto de la concurrencia. Cuauhtliuil hacía lo mismo pero la mano de Miahuatli lo retuvo. Con la acción los rostros se acercaron aprovechando el instante para decirle: —

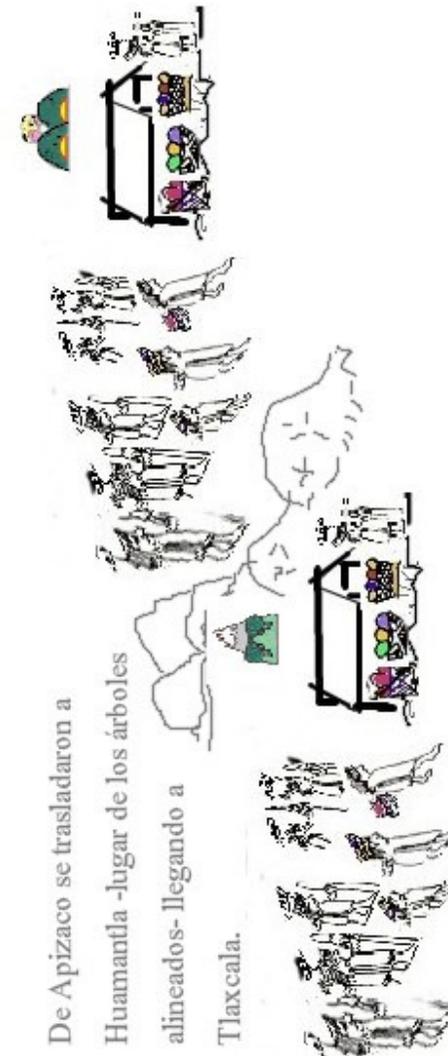
Que Monoyocoyani te proteja, que bendiga a la mujer que llevará tú y sangre y será entregada en pacto a los que vendrán desde los confines de *Tonallatl*. Ella será la *Nalihtzin* de una raza grande y poderosa.

La señora se levantó después que lo hiciera Cuauhtliuil, así manda el protocolo diciéndole: —Joven Cuauhtliuil, agradezco su erudita conversación, muchas cosas de su pueblo e incluso del mío me eran desconocidas. Espero que tengamos la oportunidad de reanudar en este punto nuestra plática.

El joven, desconcertado, pues en ningún momento hablaron de acolhuas o toltecas, únicamente atinó a hacer una genuflexión de salutación. Estaba aprendiendo que las mujeres son capaces de fingir situaciones que pueden engañar al más avezado de los varones.

El augurio de Miahuatli quedaría grabado en lo profundo de la mente del joven y estampado en su corazón.

Ixtoc, como padre preocupado por su hijo y profundo observador de los cambios de la naturaleza humana notó la desazón que las palabras de Miahuatli produjeron en Cuauhtliuil meditando muy en su interior se dijo: —La Dama ha redondeado su profecía como lo han hecho otros sabios. Miremos hacia el futuro como nos mostró Papalotzin.



En Nautlan.

En la tienda de Ixtoc se comentaban los satisfactorios logros del día: los pilli aceptaron, sin imponer condiciones unirse a la cruzada comercial promovida por la alianza Texcoco-Tlaxcala y sobre todo, la adhesión de Miahuatli y Macuahuitl *Tlatoanis* de Zempoalac a la causa encubierta. Huitzilitzin más hablador que de costumbre llevaba la voz cantante en la informal conversación. En un lapso que se hizo silencio se dirigió a Initlacua: —¡Te observe haciendo tus trácalas! Hablaste muy en secreto con los más importantes.

—¡Trácalas! —respondió dolido pero condescendiente el proveedor —¿Sí conseguir contactos con los principales de Quiahuiztlan, Mizantla y Nautlan? son tracas, pues sí, las estaba haciendo. Si además los contactos pueden proporcionarme un beneficio, creo que estoy en mi derecho.

Nuevamente Ixtoc intervino conciliador: —Yo le sugerí que discretamente consiguiera información sobre los comerciantes de los pueblos que vamos a visitar y las relaciones de amistad entre los pilli. Estoy seguro que obtuvo recomendaciones personales que son muy útiles para los fines comerciales de nuestra campaña pantalla. ¿Tienes algunos nombres importantes? —preguntó a Initlacua.

—Tengo “el quién” y el “departe de quién” para cada ciudad ¿Desea que se los diga?

VIII. En Nautlan.

—No Initlacua, se que para esto tienes una excelente memoria, mas tarde nos sentamos para que Tlahcuilohqui los asiente en códigos para tenerlos presentes.

Cuauhtliuil se acercó a Huitzilitzin tomándolo del brazo susurrándole al oído: —Tenle paciencia al Tlacuache, es un buen elemento y de mucha utilidad. Su iniciativa nos ha allanado el camino.

Huitzilitzin, devolvió una expresión de arrepentimiento y un gesto de “no lo vuelvo ha hacer”.

—Me voy —anuncio Cuauhtliuil —nos vemos en Quiahuiztlan, tomado su arco y carcaj se encaminó a la salida. Ixtoc lo acompañó tomándolo del brazo reteniéndolo un poco le preguntó: —¿Interesante la conversación de la *zohuatzintli* Miahuatli?

—¡Hay Tata! Me hablo que voy a tener una de una hija a quién llamó, Nalihtzin, o sea la mamá abuela y bisabuela de una raza abundante y poderosa, pero después le cuento.

En la respuesta, el padre no percibió preocupación quedando tranquilo, se dijo “por el momento, el interés del muchacho está en alcanzar a su patrulla, más adelante quizá lo medite” despidiéndolo con la familiar palmada en el hombro.

—Ya se va mi capitán —preguntó Cozamatl atravesándose un poco.

—Espero alcanzar a la patrulla al amanecer.

—Los tenientes lo van a acompañar —ordeno el subalterno.

—¡Para qué!—puedo ir solo hasta donde teníamos el campo ahí me esperan los guías.

—Se que es capaz. ¡Pero yo no puedo dejarlo solo! La orden del *Huei-Tlatoani* Ixtlixóchitl fue terminante: “nunca, bajo ningún motivo dejen solo al capitán Cuauhtliuil”. Siento desobedecerlo. Se van con usted en patrulla o se van atrás de usted chupándole los caites.

—Al escuchar la discusión Huitzilitzin salió de la tienda preguntando: —¿Qué pasa que no te has ido?

—Nada Capitán, una discusión de jerarquías con el teniente Cozamatl que no me permite irme solo.

—¡Ni que se fuera a perder! Déjelo ir solo: —respondió en tono de chanza Huitzilitzin.

—Cozamatl tiene razón, la causa está por encima de nosotros, por esto debemos estar sanos y salvos. Muchas gracias por recordárnoslo. Tenientes ¿nos vamos? —y arrancaron los tres a paso montuno.

Dirigidos por Cuauhtliuil llegaron al lugar en donde estuvo la compañía de avanzada. Se detuvieron, ante un ceibo al que él Capitán le habló: —*Tlalcoyotl-necaz*. —De detrás del árbol aparecían dos jóvenes repitiendo el santo y seña, saludando a su capitán pronunciando sus nombres y rango.

Los tenientes que lo acompañaron se despidieron dejando a su capitán al cuidado de otro par de tenientes.

—Nos vamos señores —anunció el capitán —¿quién es el guía? —preguntó Cuauhtliuil.

—¡El compañero! ¡Yo! —respondieron al mismo tiempo los tenientes tlaxcaltecas. E iniciaron la caminata dirigida por el que contestó ¡Yo!

Para Cuauhtliuil las señas que dejó la compañía adelantada eran claras y podía seguirlas con seguridad y rapidez, pero quería saber como estaban asimilando los conocimientos sus hombres. De ellos, uno había quedado en espera en donde estuvo el sitio desde que la compañía levantó el campamento. Él otro, el que respondió “Yo” había caminado con la compañía las primeras seis horas dejando marcas y aprendiéndose el camino hasta la primer punto de encuentro, desandándolo para esperar a su capitán. De la primera parada a la segunda, un segundo hombre haría lo mismo y regresaría a esperar al grupo, así operarían con paradas de seis horas de caminata. De esta manera en cada sección habrá un guía que ponía toda su atención a las marcas de referencia en el camino y varios ojos vigilantes del entorno que retiraban y borraban rastros y marcas. El seguir pistas de un grupo que no quiere ser

encontrado, requiere de toda la concentración de que sea capaz el cerebro humano.

Después de tres estaciones el grupo de cinco personas aminoró el paso hasta que escuchó el “Quién Vive”.

—*Tlalcoyotl-necaz* —fue la respuesta de Cuauhtliuil.

—El capitán está por partir —respondió el jefe de la pareja que estaba de guarda. —Lo acompaño hasta donde está el oficial.

El grupo siguió al guía hasta la presencia de Totocahuan, el último guía saludó a su capitán informándole: —¡Sin novedad!

—Ya les esperábamos, pensé que llegaría hacia la media noche, algo debe haberlo atrasado. ¡Ya sé! Usted no fue el guía.

—No, vine observando el trabajo de nuestros hombres. Para el tiempo que llevan de entrenamiento y considerando el tiempo que tienen de haber dejado el calmécac, lo hacen muy bien. Tú y Ce-Mazatl están haciendo un excelente trabajo. ¿Cuáles son los proyectos para el día?

—Estamos a tiro de flecha de Quiahuiztlan, pero llegamos de noche y nos detuvimos en esta espesura. Estaba preparándome a salir acompañado de Ce-Mazatl para buscar el lugar adecuado para levantar el campamento.

—¡Vamos! —Ordenó Cuauhtliuil.

—Descanse mientras comen algo —sugirió Totocahuan.

—Mande que me traigan un tasajo y una calabaza con agua, que le preparen una buena comida a los guías y que descansen un poco. —El oficial repitió la orden, método que tienen los ejércitos para evitar confusiones, especialmente si están en campaña.

Los jóvenes capitanes fueron en busca de Ce-Mazatl. Acompañados de dos oficiales tlaxcaltecas exploraron los alrededores de Quiahuiztlan para sentar base.

Dos días más requirió Huitzilitzin para ultimar detalles con Macuahuitl, calpixque de Cacamaxtli. Ixtoc e Initlacua se dedicaron a formalizar los contactos con los comerciantes del pueblo consiguiendo que los más importantes enviaran correos a los amigos y colegas de Quiahuiztlan y Mizantla. El grupo incluyendo a Macuahuitl, decidieron que Ixtoc enviara un correo a su amigo Cuaixihtac informándole del objetivo comercial de la visita.

Los calpixques de Quiahuiztlan y Mizantla confirmaron su lealtad a Cacamaxtli y Macuahuitl los *Huei-Tlatoani* de Tlaxcala y Zempoallac.

Reunidos en la tienda de Ixtoc preparan la visita a Nautlan. Inicia la reunión Cuauhtliuil.

—Tardamos más de un día para decidir la situación del campamento. Ce-Mazatl sugirió colocarlo por el camino a Mizantla con el mar a la espalda arguyendo que la ventaja sería un rápido desplazamiento hacia la espesura o una huida con una retirada cubierta por el calpixque de Mizantla. Totocahuan prefirió colocar el campamento en la zona selvática del río, al poniente de Nautlan, de acceso difícil hacia la ciudad pero con el flanco norte protegido por el río, el resto por una espesa y pantanosa selva, arguyendo que no veníamos a huir y confiando en las capacidades de negociación de Huitzilitzin e Ixtoc. Nos decidimos por las ventajas militares. Esto implica que tardaríamos un poco más en llegar a socorrerlos en caso de urgencia.

—Algunas personas de Misantla nos conversaron que Cuauhpopoca tiene sus cotos de caza y pesca en la barra. La ubicación que propuso Ce-Mazatl hubiera dejado más expuesta a la patrulla —comento Ixtoc.

—La ubicación que han elegido te obligará a mantenerte con nosotros dejando el mando de la patrulla a Totocahuan. Debemos considerar que el aviso de peligro a la patrulla de asalto puede dilatar, para proteger tú identidad deberás aparentar ser el inútil “hijo de papi” —advirtió Hutzilitzin.

—Ya lo había previsto, Totocahuan tiene instrucción de mantener a tiro de flecha del pueblo una estación de vigilancia formada por alguno de los capitanes *Ome*, *Yei* o *Nahui* con un teniente tlaxcalteca por este rumbo —Cuauhtliuil señalaba en un mapa dibujado por teniente tlaxcalteca con habilidad, una elevación apropiada para servir de otero. —Así, además de mantener vigilada la plaza, la comunicación es más expedita. Es necesario que nuestros oficiales estén enterados del sitio y el santo y seña que es *Tlilcoat-Ictualco*.

—Ayer Cuaixihtac me mandó con un propio la invitación extensiva al grupo de embajadores que le indiqué para que lo acompañemos a almorzar, y explicar a los *pilltin* del pueblo el objetivo de nuestra visita. Le tenemos de regalo unas plumas de quetzal y una pieza de *maxtla* bordada en oro —explicó Ixtoc como iban las negociaciones con su viejo amigo.

—Por ningún motivo debemos mencionar alguna relación con Texcoco o Tlaxcala, debemos hacer hincapié que nuestra visita es puramente comercial y personal, que la guardia fue pagada muy bien para proteger las valiosas mercancías y a los comerciantes —advirtió Cuauhtliuil —no podemos ocultar a los capitanes, su porte y marcialidad los delatarían o se verían fuera de lugar como asistentes de comerciantes. Y también, ya se habrá corrido la noticia que la misión comercial viene con una guardia, pequeña pero selecta de oficiales de calmécac.

—Cozamatl advierte a tus hombres que por ningún motivo, a Hutzilitzin y a mí nos traten como superiores. Que nos vean como comerciantes y especialmente a mí como un joven inútil amparado por la tilma del padre.

—¿Cómo has sentido y visto a los comerciantes? —preguntó Cuauhtliuil dirigiéndose directamente a Initlacua.

—Insistentemente me han preguntado, tal vez el señor Ixtoc esté enterado —busco el apoyo que fue ratificado mediante una mirada —sobre la insistencia en mencionar el mantener los caminos en buen estado. No lo expresan directamente, pero no nos creen, o peor, nos tildan de

aprovechados. Dicen que mantenerlos transitables en época lluviosa resulta imposible.

—Tata, desde cuando está enterado —preguntó Cuauhtliuil a Ixtoc.

—No lo sabía. Pero sí he notado reticencia en los pilli cuando les menciono la intención de mantener un comercio fluido y permanente. Recordemos que es gente de pueblo, muy reservados e incrédulos con los extraños.

—Debemos mencionar en las conversaciones la dificultad que significa el ambiente selvático para el traslado fluido de personas en época de lluvias —intervino Hutzilitzin —no es hacer patente nuestra ignorancia sino mencionar que son ellos quién más conocen de su región y los más interesados en solventarla. ¿Cuál fue tu fuente? Initlacua —dirigiéndose con interés al proveedor.

—Un ama de llaves a la que le vendí una ahorca de bronce de las que hacen en Amozoc. Me tomó confianza creyéndome comerciante: “el *Tlatoani* donde trabajo dijo: ‘esos de México creen que somos tontos, siempre quieren engañarlos. No se puede confiar en ellos. Siempre quieren ganar, por las buenas o por las malas, así que dejamos que hablen para aprovechar lo que más se pueda. Al final nos van a dejar tirados, como siempre’. Hace unos soles llegaron otros mexicanos con lo mismo y fue para robarnos”.

—¿Consideras esa fuente confiable? —preguntó en tono irónico Hutzilitzin.

—¿Qué ganaría la señora? Mintiendo o inventando —intervino Ixtoc —tal vez exageró un poco. Pero tiene razón, debemos tratar de borrar esa imagen que tienen del los *chillitlacua*.

—¿Quién tiene una respuesta al problema? Debemos solucionarlo rápido, y procurar quitar ese mal concepto de la mente de los comerciantes de Zempoalac, Quiahuiztlan y Mizantla —preguntó en tono preocupado Cuauhtliuil. —Es imperioso encontrar una solución.

—Hagamos que los mismos comerciantes y *pilltin* sean parte del problema y de la solución, insistiendo que sabemos de las dificultades de mantener caminos transitables en climas tropicales, pero sin sus conocimientos no nos sentiríamos capacitados para solucionarlo, pues nuestro clima es muy diferente —sugirió Hutzilitzin —y apuntemos a una solución basada en el trabajo de los concriptos y de personas que cumplen el *cente-tlacatl* guiados por los sabios ancianos de los pueblos que han batallado por años con el clima usando los recursos del *ome-campoalli* que le correspondería a la alianza Texcoco-Tlaxcala. Así verán que estamos dispuestos a invertir recursos en los pueblos.

—A nuestro regreso, veremos la posibilidad de quitar la mala impresión en las gentes de los pueblos que visitamos —advirtió Cuauhtliuil.

—Se me ocurren dos vías —sugirió Ixtoc: —La labor de convencimiento que puedo hacer con comerciantes pilli y los que puede hacer Initlacua con comerciantes maceguals y sobre todo con el personal encargado del abastecimiento de las casas de los *Tlatoani*, pues de estos nos llegó el aviso. Las amas y mayordomos de casas importantes son los difusores más eficientes de las noticias, tanto hacia sus jefes como hacia el exterior.

—Initlacua, has escuchado la importancia que tienes en este juego, la información. No necesitamos decirte cómo hacer las cosas. Conversa la estrategia con Ixtoc, instruye a tu gente, habla con tus amigos comerciantes. Debemos hacerles ver que aunque venimos del Lago de Texcoco, no somos *chillitlacua* y cumplimos las promesas —intervino Cuauhtliuil. —Y demos a entender que somos los más interesados. —Por favor Initlacua, cualquier información que demerite nuestra credibilidad me la haces saber en el momento que ocurra. Así como los resultados de las medidas de recuperación.

—Estamos siendo vigilados —advirtió Cuauhtliuil.

—Me parece que desde Mizantla, después que envié el correo a Cuaixihtac —reconfirmó Ixtoc.

—Cozamatl, instruye a tus hombres para que se mantengan atentos, pero no hagan nada que indique que estamos enterados. Es indispensable que sientan que tienen el control —se dirigió Cuauhtliuil a su capitán segundo.

—No nos dimos cuenta —se disculpó apenado el oficial —descuidamos nuestro deber.

—No lo tomes como reproche, hay gente en la selva que a mí parecer no son huastecos o totonacas, quizá mexicas o chalmas —apuntó Cuauhtliuil.

—También hay gentes que se hacen pasar por marchantes y clientes —abundó Ixtoc, Initlacua apoyaba afirmando con la cabeza.

—Espero que los aztecas no se nos hayan adelantando en colocar calpixques leales en los pueblos de las costas para impedir el arribo de Ce-Acatl-Topililtzin-Quetzalcóatl —pontificó Hutzilitzin.

—Me parece que no tío, son jóvenes amigos de Cuauhpopoca que vienen a divertirse y preparar a un ejército para avasallar a pueblos aledaños y hacer méritos con el *Huei-Tlatoani* Azteca —afirmó Cuauhtliuil los modos de moverse en la selva son conocidos.

—Señor ¿dice que nos están vigilando mexicas? —Insistió incrédulo Cozamatl —nos hemos descuidado. El ambiente bullicioso y abierto de los comerciantes nos ha relajado. Tenemos que volver a hacer ejercicios militares para mantenernos en forma y atentos a los cambios.

—Que bueno que nos hemos dado cuenta —intervino Hutzilitzin sin conmisericordia para él mismo —tanta junta, festejos y halagos me están embruteciendo. Mañana será un día crucial para nuestra campaña y debemos estar alertas. Sugeriría que demos por terminada la reunión y tengamos un sueño reparador. Cozamatl, advierte a tu gente para que los turnos de guardia sean de cuatro horas, la compañía esté atenta, y sobre todo, no causemos sospechas en quiénes nos vigilan.

Al otro día el grupo reunido en la tienda de Ixtoc fue advertido de la presencia de dos soldados que venían de parte de *Huei-Tlatoani* Cuaixihtac para guiarlos hasta el palacio.

—Para evitar suspicacias no vamos sin guardia personal Cozamatl, pero mantén una vigilancia discreta sobre el palacio, la guardia de este y los movimientos de tropas en los alrededores —ordenó Hutzilitzin que recuperaba su posición de comando.

—A la orden —respondió el subalterno. —A la distancia, pude distinguir a tres personas emboscadas, un mexicas y dos naturales, designé a dos de los nuestros que los vigilen.

—Por ese lado estamos cubiertos —habló Cuauhtliuil —que el resto de sus hombres pongan atención en lo que pasa alrededor del palacio de Cuaixihtac. Y nos vamos.

En un pueblo que más parecía un caserío disperso, el grupo era saludado de tanto en tanto por coros de perros y niños desnudos de tez amarillenta panzones de parásitos y mujeres con el torso descubierto que los observaban con reserva animal desde palapas muy propias del trópico. El pueblo no se ha podido conformar como casco urbano por las frecuentes inundaciones provocadas por el río.

El palacio estaba construido como un conjunto de palapas intercomunicados por corredores también cubiertos de techos de palma. En el salón más amplio, una palapa en donde se hacía cabildo se encontraban reunidos los principales del pueblo de los que se separó un hombre de edad mediana cubierto con una tilma de algodón y de tez morena menos cetrina que la de los naturales que lo acompañaban.

Cuaixihtac se aproximó al grupo extendiendo los brazos hacia Ixtoc, su amigo de la juventud. Esto hizo que las presentaciones se hicieran familiares y convenientes para la pantalla de misión económica. Ixtoc tomó la palabra: —Cuaixihtac le presento a Cuauhtliuil mi hijo menor.

—¡Que muchacho más parecido a tú papá el General Amincatlaloc. Ya me dirás si su carácter es parecido —expresó con admiración Cuaixihtac —mi hijo Cuauhpopoca se retrasó.

Le interesa más andar de casería por las selvas que atender asuntos de estado. Debo reconocerle que es muy militar, en su reciente visita a Tenochtitlan para entregar impuestos convenció a tres tenientes aztecas con la promesa de levantar y preparar un ejército. Siente una admiración o casi veneración hacia lo azteca, inculcada por su madre, mí esposa principal. No he podido hacerle ver la valía de los acolhuas.

Ixtoc ignoró o no mencionó el comentario sobre Cuauhpopoca, habían confirmado una inquietud. Decidió hablar sobre su hijo: —De pequeño, papá y Cuauhtliuil eran muy unidos, al llegar al Calmécac se inclinó hacia la parte intelectual del bisabuelo Itzcoatl. Quiere ser profesor y viene a aprender de las costumbres de los pueblos de la costa de *Tonallatl* (“Sol en el Agua”). —Cuauhtliuil ponía la cara pedante del intelectual que creé saberlo todo

—Es una lástima —respondió Cuaixihtac dirigiéndose al joven —que las enseñanzas del Gran General Amincatlaloc no se continúen. Pero parece que este mundo va más encaminado a apoyar las de su bisabuelo Itzcoatl.

—Mi primo Hutzilitzin —Ixtoc continuó con las presentaciones —el hijo menor de Coatlalopelitzin y de Huitzilihuitl, quizá lo conociste muy pequeño.

—Recuerdo a su papá ya anciano. Siempre en el palacio de *Cilan* aconsejando acertadamente a los *Huei-Tlatoani* de Acolhuacán.

—Initlacua, muy buen amigo de Tlaixpan, su abuelo fue el que enseñó las dotes de cazador a papá Iz —Ixtoc utilizo el diminutivo familiar haciendo evidente la amistad entre ellos.

—¿Es el llamado Tlacuache? —pregunto Cuaixihtac para corroborar su información.

—El mismo —respondió con desfachatez Initlacua.

—¿De donde lo conoces? —intervino Ixtoc para suavizar una respuesta impropia del proveedor.

—Hace dos días el mayordomo me informó que en un grupo de comerciantes *chillitlacua* venían de Tlaxcala comandados por un poderoso comerciante llamado “El

Tlacuache” —respondió conciliador, haciendo ver con esto, que sintió la agresividad —es un orgullo llevar la sangre del último cazador chichimeca.

—Para lo que guste mandar *Huei-Tlatoani* de Nautlan —respondió sumiso Initlacua.

Cuaixihtac fue presentando a los *pilli*, gente sencilla de pueblo chico, ávido de ser tomado en cuenta por señorones extranjeros. Al terminar anuncio unas palabras de Ixtoc, quién informaría sobre la misión comercial que los trajo hasta esta tierra.

El discurso de Ixtoc varió con respecto a los pronunciados, enfatizando las dificultades que el clima tropical, sobe todo en la época lluviosa, tiene para mantener un vínculo comercial fluido durante todo el año y el interés de los países de más allá de las montañas altas para comerciar con pueblos de la costa

Hutzilitzin mencionó el compromiso de los señores de Texcoco y Tlaxcala para impulsar el intercambio comercial con los pueblos de la costa. Mencionando lo acordado sobre el mantenimiento de las vías de comunicación. En discursos, preguntas y contactos se llegó el momento del almuerzo.

Cuaixihtac hizo pasar a los presentes a otro salón en donde sobre una cocina de piedra se preparaba el banquete preparado con peces del río y mar más modesto que los ofrecidos por los pueblos anteriores.

Se escucharon en el recinto que acababan de dejar pasos presurosos de un grupo de personas que entraban en la habitación con la abierta intención de hacerse notar.

—Mi hijo Cuauhpopoca y amigos —anunció en voz alta Cuaixihtac caminando presuroso a su encuentro tomándolo del brazo con evidente fortaleza. Al sentir la presión el joven retiró violentamente el brazo y lanzo enconosa mirada a su padre, quién respondió con otra furibunda diciendo a su hijo en tono del que manda y no admite réplicas: —Acompañame que te presento unos amigos de mí pueblo.

Cuaixihtac, acató la orden del padre advertido de consecuencias si se negaba. De mala gana escuchó los

comentarios halagüeños del padre a los recién llegados. Sin esperar saber, al menos de los nombres de los invitados responde: —El calpixque de Nautlan debe lealtad a Netzahualpilli y es su derecho, como derecho tiene el hijo del calpixque de ofrecer su lealtad a los aztecas y no a cuatro chichimecas —dicho con el giro del lenguaje que se entiende como “come-perro”.

A la bravata responde Cuauhtliuil mesurado pero firme: — Dos tantos del poder lo tienen los aztecas, dos tantos los acolhuas y flaxcaltecas, un tanto el *Huei-Tlatoani* de Tlacopán ganado para los acolhuas por Netzahualcōyotl padre de Netzahualpilli. Sabemos que fue el *Huei-Tlatoani* azteca Huehuemotecuhzoma quién ofreció a su hija en matrimonio a Cuaixihtac y hasta donde tenemos entendido, ha cumplido con su señor. Será el *Huei-Tlatoani* Huehuemotecuhzoma quién decida quién será el calpixque que lo remplace cuando sus abuelos lo llamen a cuentas. Los acolhuas estamos dispuestos a mantener la armonía entre los países poderosos respetando la decisión de Huehuemotecuhzoma. Y a defender a un *huehuentzin* que ha honrando su lealtad a su *Huei-Tlatoani* y al pueblo que lo vio nacer, de un hijo irrespetuoso.

Los acompañantes mexicas, al escuchar que Cuaixihtac era calpixque de Moctezuma Ilhuicamina bajaron sus lanzas que habían mantenido amenazantes.

Cuauhpopoca lívido viéndose abandonado se vino sobre Cuauhtliuil que se preparó para enfrentarlo flanqueado por Hutzilitzin, Ixtoc e Initlacua dispuestos a todo. Se escuchó la voz de mando de Cuaixihtac: —¡En mi casa no se va a deshonar a ninguno de mis invitados! —ordenando a los aztecas —aprésenlo. —Sin dudar, los tenientes mexicas tomaron por los brazos a Cuauhpopoca. —¡Retírenlo de mi presencia! Y vigílenlo hasta que mañana en el concilio se le aplicará el castigo que corresponde a esta ofensa.

Los tenientes mexicas, si pestañar obedecían a Moctezuma el viejo en la figura de Cuaixihtac. Incluso estaban prestos a ejecutar el castigo. Mientras retiraban al bravucón hablo

Hutzilitzin: —Señor, quién tendría que hablar es Ixtoc pero lo respeta demasiado para interferir en su decisión. Es sabido que en la ley azteca la ofensa de insultar a un invitado bajo su techo lo obliga a quitar la vida al ofensor. El ímpetu de la juventud hablo por Cuauhpopoca sin meditar las consecuencias. Le pedimos que reconsidere el castigo haciendo que estos juiciosos jóvenes educados en el calmécac —refiriéndose a los tenientes mexicas —sean responsables de enseñen a Cuauhpopoca las reglas de urbanidad que corresponderían a un futuro *Huei-Tlatoani* azteca.

Ixtoc miró con dolor el sufrimiento de su amigo y con la cabeza le hizo una genuflexión para que aceptara la petición de Hutzilitzin. La posición de *Huei-Tlatoani* azteca obligaba a Cuaixihtac a aplicar la ley aun en contra de su hijo. Lívido, con voz trémula que tuvo que corregir con un carraspeo, se dirigió a los amigos de su hijo: —Escucharon la petición de Hutzilitzin —los tenientes mexicas respondieron acompañando con un movimiento de cabeza y al unísono: —¡Si!

—¿Están dispuestos a comprometerse?

Los jóvenes se miraban sin soltar a Cuauhpopoca. Si aceptaban, el compromiso los ligaría a su amigo hasta que este obtuviera, al menos, el poder de calpixque para revocar el castigo. Y los obligaba a ejecutar la orden suspendida en el momento en que Cuauhpopoca cometiera alguna falta similar. Se hizo un silencio espeso. Hutzilitzin confiaba en lealtad de la juventud.

El teniente que parecía llevar la voz de mando soltó al apresado, sacó un cuchillo de obsidiana haciéndose una cortada en el antebrazo, cortando en la misma zona a su compañero, ambos ofreciéndolos a Cuauhpopoca quien podría rechazarla y entonces ser ajusticiado en ese momento a aceptarla y ligarse por toda la vida a estos jóvenes. Cuauhpopoca observó el inmutable rostro de su padre, la expectante mirada de los acolhuas causantes de sus desdichas y el de sus salvadores o ejecutores, que además del compromiso que implicaba la aceptación de un pacto de hermandad.

Sin mediar palabra, Cuauhpopoca tomó el cuchillo de su amigo, se cortó el antebrazo y lo unió al de los amigos mexicas. En la audiencia se escuchó un suspiro que liberó la tensión.

Ixtoc se acercó a Cuaixihtac tomándolo del antebrazo jalándolo hacia algunos *pilli* del pueblo quienes, aun atónitos, trataban de entender todo lo que acababan de vivir; una muestra de los compromisos que se adquieren con el poder y la sumisión a un *Huei-Tlatoani* poderoso como Montezuma Ilhuicamina.

—Sigamos con nuestro festejo que se transformó en desagravio a nuestros invitados —hablo con voz pausada y de mando Cuaixihtac.

Cuauhpopoca y los ahora hermanos muy a su pesar se mantuvieron en el festejo aislándose de los invitados. Recibió las reprimendas de sus amigos mexicas quienes empezaron a instruirle sobre las situaciones protocolarias en las casas de los *Calpolli* aztecas.

—El que habló a tú favor, sabía de leyes y reglas de protocolo, por eso aun estás vivo. Si hubiera ocurrido en la casa de cualquier *Huei-Tlatoani* azteca ni lo hubiera pensado, estaría muerto, quizá por el mismo *Tlatoani* aunque seas su hijo. Si vas a confrontar, enfrentar, retar u ofender —le explicaba el mexica más avisado —no lo hagas en la casa y en presencia de un *Tlatoani* del *calpolli*. Hazlo en descampado.

—¡Pero no me defendieron! —les reclama Cuauhpopoca.

—¿Cómo hacerlo sin faltar a nuestro deber? Cuando el otro acolhua, Cuahtliuil, recita toda la relación de jefes mandos y obligaciones. Y hermano, a nosotros nos mandó Huehuemoteczoma a cuidar que se cumplan sus leyes y deseos. Nos lo mostró tu padre quién iba a cumplirla aun cuando le causaría un gran dolor el sacrificarte. Los aztecas somos poderosos porque somos leales a nuestras leyes, *Tlatoanis* y *Calpollis*.

—Y aunque no nos guste, cumplamos con nuestra obligación como anfitriones, pues ya somos hermanos, que es

atender con prolijidad a los invitados de tú padre, que son los nuestros. Mal que nos pese —advierte el otro mexica.

—¿Después de que casi me matan por su culpa? ¡Tengo que hacerles caravanas! —inquire Cuauhpopoca a sus hermanos de sangre.

—Así es, mí nuevo hermano —responde el mayor de los mexicas —mientras estés en la casa de Cuaixihtac.

Los acolhuas, para no tener problemas se mantuvieron alejados de grupo de jóvenes rijosos departiendo con los principales nautlecos quienes mostraron su anuencia a establecer la relación comercial con el grupo Texcoco-Tlaxcala, más, si al menos se les facilita el intercambio comercial con los pueblos cercanos, pues transitar por los caminos de la zona norte del río se había vuelto muy peligrosos. Initlacua ya se había enterado que era la manera de entrenar y obtener recursos del ejército que estaba formando Cuauhpopoca. Con estos *pilli* de pueblo, su calidad de macegual, que aparentaba ser *mayeque* le permitía moverse entre ellos sin que lo tomaran en cuenta, inclusive aproximarse al trío de nuevos hermanos que lo ignoraban con estudiada displicencia.

Hutzilitzin buscó la manera de quedar solo con Cuahtliuil para decidir cómo actuar con Cuaixihtac después de lo que había pasado. A una seña de labios se separaron discretamente hacia el centro de la habitación para no causar sospechas diciendo: —Considero que debemos enterar al *huehuentzin* Cuaixihtac, de nuestra verdadera misión. Nos ha demostrado ser legal.

—El calpixque es poco mayor que papá. Lo ha gastado el clima y la responsabilidad de cumplir con los aztecas —respondió Cuahtliuil. —Voy a pedirle a *tatah* que se lo diga y que lo apoyamos como a los calpixques de los pueblos que hemos visitado. Y que cuando se reúna con los *Teotl*, el apoyo será extendido a su hijo.

—Y tiene que hacerse ahora que podemos obtener su apoyo sin que consulte con Cuauhpopoca —Insistió Hutzilitzin.

En un momento en que se quedaron solos Cuauhtliuil comunicó a Ixtoc la decisión que habían tomado: —*Tatah*, tiene que enterar a Cuaixihtac de nuestro verdadero objetivo, la amistad con usted lo merece. Que se le dará lo mismo que se les ofreció a los calpixques de Tlacuilolán, Zempoalac, Quiahuiztlan y Mizantla —omitió intencionalmente el “mientras él viva” que le insistió el tío. Confió en la discreción de su *tatah*.

—¿Estás seguro?

—¡Si estoy seguro —respondió Cuauhtliuil. —Cuaixihtac ya sufre el dolor de tener un hijo renegado, se va a enterar del trato que se les está dando a otros y yo no deseo causarle el pesar mayor del amigo desleal. *Tatah* no lo hago sólo por usted, Hutzilitzin y yo creemos que es lo correcto y apropiado para la causa.

Cuaixihtac agotado por el trabajo, el momento desagradable con el hijo y el trajín de la negociación se retiró al lugar de honor que le correspondía. Ixtoc se le fue acercando hasta llegar juntos, se sentó abriendo la conversación evocando recuerdos. Cuando creyó prudente le dijo: —*Yoloicnin* tengo que enterarte de nuestra verdadera misión. Recuerdas la leyenda de Ce-Acatl-Topilítzin-Quetzalcóatl

—Claro que sí. La repito a mis gentes cada vez que puedo.

—Pues venimos por encargo de Netzahualpilli y bajo el amparo tutelar de Ixtlixóchitl a propiciar que la profecía se cumpla. Los augurios positivos de los tolteca-chichimecas y negativos de los aztecas están concordando en que el acontecimiento de la llegada de descendientes de nuestro héroe que vendrán desde el mismo nacimiento de *Tonallatl* está por suceder.

—Ya me he enterado —confirmó Cuaixihtac —los mexicas me han presionando para levantar un ejército no formal para que vigile la costa y el río que sería una vía directa

para la entrada de los invasores, según los aztecas. Labor que ha tomado Cuauhpopoca con libertad absoluta. Esto significa que no me entera de los progresos y hasta creo que actúan más como gavilla de bandidos. Para asesorarlo están los tenientes aztecas usando la leva con amenazas, como es su costumbre. Lo sucedido confirma mis sospechas de que a los tenientes los envió Huehuemotecuhzoma y no llegaron como amigos de Cuauhpopoca. Viste que a una orden mía lo hubieran ejecutado. Le agradezco a tú primo Hutzilitzin el haber ayudado, aunque ahora tengamos una falange de cuatro temibles hermanos de sangre. La ventaja es que se han descubierto ¿Hutzilitzin es el comandante?

—No, es Cuauhtliuil —aseguró Ixtoc.

—También recuerdo un consejo que dice “de la sangre de una sabia mujer saldrá la abuela y madre de una nueva raza” ¿será de la sangre de tú tía Papalotzin? —preguntó dubitativo Cuaixihtac. —Seguramente, el muchacho fue elegido por sus dotes, te dije que se parecía a Amincatlaloc, ahora me lo confirmas. El discurso que nos dio sobre jerarquías hizo que los mexicas actuaran de acuerdo a su obligación y no a su devoción. *Yoloicnin* Ixtoc, comunícale a tú hijo que los ayudaré mientras viva, con las limitaciones que la situación me impone... Y mientras los aztecas consideren que les soy útil.

—¿No te mandarán matar? ¡Les has servido con lealtad! —inquirió incrédulo Ixtoc por la situación a la que había forzado a su *yoloicnin*.

—¡Lo hará mí propio hijo! Si le exigen una prueba de lealtad —respondió con amargura Cuaixihtac. Ya sabes como se las gastan esos aztecas para entrar a un *calpolli* poderoso.

—Lo siento y me duele mucho haberte metido en este problema —se disculpó sincero Ixtoc. —Esperábamos problemas en Nautlan, pero nunca pensé que te afectarían tanto.

—¿Te habrías negado a ser parte de la misión? —pregunto Cuaixihtac con la certeza de saber la respuesta.

—No, *Yoloicnin*. La gran dama que acabas de mencionar le enseñó al gran General Amincatlaloc y la tía Coatlalopelitzin que el destino debe seguirse aún a costa de su vida. Por esto, mi *Tatah*, el amante de la paz, el enamorado de la naturaleza, el pacífico, luchó por su entrañable amigo Netzahualcóyotl. Siempre dijo que debíamos mirar hacia el futuro, por oscuro que nos pareciera debíamos adaptarnos para preservar nuestra raza. Y en eso estamos, mi hijo, mi primo, el *yoloicnin* Initlacua y yo, buscando preservar con dignidad nuestra raza, que no es inferior a ninguna, por más descendientes de Quetzalcóatl que sean.

—Grandes *Tlatoani* su *coltzin* Itzcoalt y su *zihtzin* Papalotzin. Yo tengo parientes en Tequexquinahuac en donde se dicen que Netzahualcóyotl es hermano de Amincatlaloc y Coatlalopelitzin. Ahora que estamos en el momento que un presagio hace que apostemos por propiciar cambios importantes en el futuro me sentiría alagado si me confía el secreto —pidió humildemente Cuaixihtac.

—En Tequexquinahuac se afincó la familia de papá, mis abuelos de parte de Papalotzin eran de Tlaminca, mi abuela de parte de Itzcoalt de Coatlinchan, de mí abuelo paterno contaba la abuela que era hijo de un capitán chichimeca que vino con Tezontecomatl. Papá fue el consejero de Ixtlixóchitl, el padre de Netzahualcóyotl que pasó su niñez con nosotros por mandato de su padre —explicando la relación con el Gran Señor de Texcoco. —Entonces Cuaixihtac, los juegos de los niños hacen que el *yolo* (“corazón”) se agrande para que el amor convierta al *icnin* (“hermano”) en *yoloicnin* (“amigo” — juego de palabras que usa Ixtoc para definir la relación de la familia: los juegos de los niños hace que el “corazón” se agrande para que el amor convierta el “corazón-de-hermano” en amigo.

—Es muy probable que Ixtlixóchitl haya pedido a Itzcoalt que criara a Netzahualcóyotl para protegerlo de su influencia, en ese tiempo las cosas estaban muy revueltas y peligrosas. Se hablo mucho del asesinato de Itzcoatl cuando regresaba a casa,

lo recuerdo aunque era muy pequeño —explicándose el mismo Cuaixihtac la relación. Siguieron charlando del pedazo de sus vidas que pasaron juntos hasta que se llegó la noche y los asistentes dieron señas de quererse retirar.

—Señores, hemos escuchado la proposición de estos señores, no veo razón para no aceptarla y solicitarles a ustedes, los pilli de Nautlan que aportemos nuestra parte para que el convenio cristalice. Los puntos que haya que pulir los abordaremos en el cabildo de mañana para pediré a los señores embajadores que nos aclaren lo que fuese necesario. Agradezco su presencia y hasta mañana a la hora de cabildo — Cuaixihtac agradeció a los importantes del pueblo y dio por terminado en convivió.

Cuahpopoca dijo en voz baja a uno de los mexicas:

—Sin que se note, salte y ordena que se vigile al grupo y en especial a Cuauhtliuil. Mientras nosotros despedimos a estos *chillitlacua* —mote despectivo que también ofendía a sus ahora hermanos que le vieron con resabio y su soberbia le impidió notar.

Los invitados se fueron despidiendo de los embajadores con palabras de sincero reconocimiento. El par de jóvenes aztecas se acercó deseándoles parabienes, apenas cumpliendo con el protocolo y disculpando a Cuahpopoca: —Mi hermano tuvo que salir ha hacer una necesidad, nos pidió que lo disculpáramos.

—Les voy a pedir que mientras estén en Nautlan acepten mi guardia personal —pidió en tono de mandato en calpixque. Los embajadores aceptaron agradecidos. Y los aztecas contrariados, pues aun no habían conseguido influir en la guardia personal del *Huei-Tlatoani* de Nautlan.

En su camino hacia la tienda Hutzilitzin advirtió: —¡Nos vigilan! —los tres acompañantes ya lo habían notado, es más, lo esperaban.

—Disculpe señor, considero que la guardia de Cuaixihtac no está para vigilarnos —dijo Initlacua. Ixtoc y Cuauhtliuil lo miraron con severidad.

—No hablo de la guardia que nos acompaña sino de aquellos —señalaba con la mirada y un ligero movimiento de cabeza hacia la selva próxima. —Cuauhtliuil, no creo que no te hayas dado cuenta — Hutzilitzin hablaba en voz muy baja.

—Gracias por advertirnos. No me había dado cuenta — mintió Cuauhtliuil. Un par de torpes vigilantes, eran a su vez vigilados por dos tenientes tlaxcaltecas de la compañía a cargo de Cozamatl y estos a su vez por un capitán acolhua y un teniente tlaxcalteca de la compañía de Totocahuan. Los nautlecas eran percibidos hasta por Initlacua, los de la compañía de Cozamatl hasta por Ixtoc y toda la cadena de observadores únicamente por Cuauhtliuil.

Entraron a la tienda en donde los esperaba un refrigerio preparado por orden de Initlacua, Cozamatl estaba ubicado en el lado umbroso que dejaba una hoguera. Uno de los tenientes tlaxcaltecas que custodiaban la entrada les franqueo el paso abriendo la entrada. La guardia de Cuaixihtac se apelonó a la entrada siguiendo órdenes del calpixque incomodando a los tlaxcaltecas firmes como basas.

—Cozamatl, ordena a tus hombres que nos vigilen a distancia. Tuve que aceptar la guardia que nos asignó el calpixque, van a tener que convivir con ellos. Felicita de nuestra parte a los dos tenientes que vigilan nuestra estancia en el palacio, me costó trabajo distinguirlos —Cuauhtliuil dictaba órdenes en voz baja. Hutzilitzin le miró con la indignación del burlado. Le devolvió un encogimiento de hombros diciéndole: —No te enfurruñes tío, —habló conciliador el joven —hace mucho tiempo que dejaste el calmécac y nunca has ejercido la carrera militar, ya irán despertando las habilidades de cazador que has dejado dormir por mucho tiempo.

Dentro de la tienda, el grupo comentaba el mal rato que pasaron con la intervención impensada de Cuauhpopoca. Entró Cozamatl, y Cuauhtliuil con un vistazo general solicitó la atención del grupo que fue haciendo silencio. El capitán resumió para Cozamatl lo que sucedió en la reunión. Una vez que terminó habló para todo el grupo: —La situación es clara,

contaremos con la protección del calpixque Cuaixihtac que ira perdiendo poder a medida que pase el tiempo mismo que adquirirá Cuauhpopoca que será aliado de los aztecas que parece están intentando lo mismo que nosotros pero hacia el norte. Tenemos que consolidar las alianzas que hemos logrado para aislar a Cuauhpopoca impidiéndole que haga alianzas o deshaga las nuestras o tome las ciudades. De todo esto enteraremos a Macuahuitl. Permitiremos que controle toda la costa del río Nautlan hacia el norte, —y advierte, — Cuauhpopoca siempre será un enemigo de consideración para consolidar el dominio Tlaxcala-Texcoco en toda la costa de *Tonallatl*. Initlacua ¿qué pudiste averiguar?

—La mayor preocupación de los principales del pueblo es un aumento de impuestos, ya sabemos de cuáles, cuando Cuaixihtac pierda poder o muera, por esto se mostraron muy comunicativos, sobre todo después de la valentonada de Cuauhpopoca. Si Hutzilitzin no hubiera intervenido a su favor no tendríamos que preocuparnos del hombre.

—Tienes razón Initlacua —respondió Hutzilitzin —en su lugar tendríamos a algún calpixque azteca, según pudimos apreciar con la intervención del par de mexicas. Siga con lo que pudo detectar.

—Dicen que ya cuentan con un ejército de unos quinientos hombres que están entrenando los mexicas en Tajin en donde tienen el centro de operaciones. Los comerciantes están molestos porque los asaltan en los caminos que comunican a los pueblos del norte del río. Me preguntaron insistentemente si íbamos a comerciar con los pueblos del norte del río. Me atreví a responderles que posiblemente no, pues no había mercancías de interés para los comerciantes de Tlaxcala y Texcoco. Pero insistí mucho en recomendarles que orientaran su comercio hacia los pueblos del sur en donde sí serían defendidos por los *Huei-Tlatoani* de Cacamaxtli y Netzahualpilli.

—Actuaste juiciosamente —apuntó Cuauhtliuil —¿algo más que consideres importante?

—La mayoría teme por la vida de Cuaixihtac. Y no por que sea viejo y parezca enfermo. Aseguran que en cuanto tengan el ejército bien entrenado, por ambición Cuauhpopoca lo va a matar.

A Ixtoc se le vino a la memoria la conversación con su *Yoloicnin* Cuaixihtac quién le había dicho lo mismo.

Cuauhtliuil esperó un momento a que su papá regresara de un viaje imaginario. Cuando creyó prudente empezó a dar órdenes:

—Cozamatl, mientras estemos en esta plaza no habrá más permisos; los hombres de la compañía nunca andarán solos; deberán ignorar a la guardia que nos asignó el calpixque y poner atención a movimientos en la selva desde donde en todo momento nos vigilan; deberán rehuir toda provocación; con discreción que siempre anden en pareja; dígales la magnitud del ejército con el que tendríamos que enfrentarnos en una confrontación directa que definitivamente no nos conviene.

—Initlacua, informe a los comerciantes de los peligros que correrían si cruzan el río y que los poblados del norte no son objetivo comercial de la misión; indíqueles que los maleantes del otro lado del río pueden estarlos acechando y atacarlos si ven la ocasión, por esto, no es conveniente que se alejen de centro del pueblo, que anden acompañados y que sí tienen alguna necesidad de hacerlo que se lo indiquen a Cozamatl para que si es posible, les asigne guardias.

—Ixtoc y Hutzilitzin, tendrán que cubrirme por tres días, que mi valet y otro del servicio permanezcan dentro de la tienda simulando que se atiende a un enfermo que seré yo. Pregunten y manden a conseguir medicinas para las fiebres tropicales pero desechen toda ayuda de chamanes o curanderos. Busquen la manera de que Cuaixihtac retire la guardia cuando no estén en la tienda. Arguyan que no hace falta y que están cuidados por la servidumbre. Alarguen las reuniones por tres días tratando de retener a Cuauhpopoca y los mexicas.

—Cozamatl, avise a alguno dos de sus hombres que salimos de patrulla, que lleven un otate quemado por arma, indíquele el punto de reunión más discreto para salir sin ser vistos. Y regresa con un arma similar para irnos juntos hasta la compañía de Totocahuan.



Capitán vigilando el pueblo subido en un árbol.

La Campaña al Tajin.

El capitán Cozamatl salió de la tienda a cumplir las órdenes. En el interior, Cuauhtliuil conversaba con los tres compañeros la razón de la intempestiva salida: —Debemos enterarnos de los avances de los mexicas en sus supuestos objetivos. Hoy mismo salimos para Tajin a explorar y localizar el lugar de la operación. Espero que no te hayas equivocado Initlacua. Calculo tres días pero pueden ser más pues sólo tengo una idea de la distancia y de las dificultades de manejarnos en la selva, que es menos densa a medida que caminamos hacia el norte. Quedan con muchas dificultades, pues deben cuidarse de la guardia del calpixque y de la intromisión de Cuauhpopoca. Tengan paciencia, no se muevan hasta que no sepan de mí —mientras hablaba se vestía con el traje huasteco de gamuza asistido eficientemente por el valet a quién le recordó: —Debes permanecer encerrado en esta tienda o consiguiendo medicinas todo el tiempo que este afuera, si te preguntan dices que tengo las fiebres. —El valet asistía con la cabeza sin dejar de ayudar al jefe.

—*Tatah* evite a toda costa que su *Yoloicnin* mande a su chaman.

Entró Cozamatl hablándole reservadamente a Cuauhtliuil que estiró el brazo para cargar el arco y el carcaj lleno de pasto ligero para evitar que las flechas entrechocaran. Cozamatl salió de la tienda, avisó a la guardia del calpixque que se iría a dormir y que confiaba en que no lo despertaran hasta tarde. Cuauhtliuil se limpió el rostro con polvo de haba y carbón para

IX. La Campaña Al Tajin.

evitar los reflejos del sudor. Observó a sus compañeros, se acercó a Ixtoc quién le dio una palmadita en el hombro. Se escurrió por debajo de la tienda como una serpiente.

En el sitio indicado se encontró con Cozamatl y dos tenientes tlaxcaltecas. Esta vez él fue quién guió hasta el otero en donde percibió a sus tres vigías pronunciando con un murmullo: —*Tlalcoyotl-necaz*, al que respondió una voz; —el capitán *Yei* y dos de sus hombres —apareciendo de un oscuro de fronda tropical saludando militarmente a su jefe y los tres recién llegados.

—¿Alguna novedad? —preguntó Cuauhtliuil.

El teniente tlascalteca que había realizado el cambio de guardia de la noche hablo: —El capitán Totocahuan estaba pensando cambiar el campamento, pareciera que se hizo sitio en un lugar más transitado de lo que se esperaría de ésta soledad.

—Alguna confrontación o avistamiento de personas —inquirió Cuauhtliuil.

—Hasta el atardecer no. Lo de transitado lo digo por los muchos senderos que hemos encontrado cercanos al campamento.

Cuauhtliuil se dirigió a los capitanes *Yei* y Cozamatl: cambiamos el santo y seña, ahora será: *Ixtelolo-Tecuani*. ¡Repítanlo!

—*Ixtelolo-Tecuani* —respondieron todos al unísono con un rumor.

—Cozamatl ¡Por ninguna razón vengas a buscarnos! —orden terminante de Cuauhtliuil. —Si no llegamos ya se enterará Initlacua que hemos muerto y tendrán que seguir solos. De ninguna manera deberán ligarlos con nosotros.

—Si señor —fue la firme respuesta.

—Esperen hasta mañana para acercarse al campamento. Háganlo uno a la vez por sitios diferentes. Cozamatl te quedas con un teniente a limpiar el sitio, como sí aquí no hayamos estado. Nos vemos en tres días. Dieron media vuelta

perdiéndose en la espesura guiados por uno de sus tenientes tlaxcaltecas.

En poco más o menos dos horas una voz desde la espesura preguntó: —¿Alto, quién vive?

—*Tlalcoyotl-necaz*. El capitán Cuauhtliuil y la patrulla de vigilancia —fue la respuesta del guía.

Dos tenientes tlaxcaltecas salieron de la espesura saludando marcialmente a su comandante quien les respondió de inmediato. —¡Siganme! —fue la inmediata sugerencia de uno de los oficiales de guardia para llevar a su comandante con Totocahuan. Al acercarse el mismo guía anunció: —Está presente el capitán Cuauhtliuil —todo esto con voz que apenas era más alta que un murmullo. Tres individuos que estaban hablando sobre una maqueta construida de ramas y hojas acomodadas sobre el suelo se levantaron. Dos de ellos haciendo el saludo militar y el otro con un ligero movimiento de cabeza.

—Capitán Cuauhtliuil, lo estábamos esperando —advirtió Totocahuan en tono preocupado —elegimos mal el lugar para el campamento, hay mucho movimiento de grupos que parecen patrullas militares en entrenamiento, especialmente en la otra ribera. Estábamos planeando movernos.

—Nos vamos a mover inmediatamente pero con otro objetivo. Por lo pronto el santo y seña para la misión que iniciamos es *Ixtelolo-Tecuani* —confirmó Cuauhtliuil. —Reúna a la gente para abreviar en explicaciones.

El grupo se formó en atención incluyéndose los *mayerques* de servicio, en espera de los vigías. El capitán Cuauhtliuil inició las órdenes del día repitiendo el santo y seña e informado a su gente lo que sabía: —Initlacua pudo enterarse que en Tajin se está entrenando un grupo de aproximadamente quinientos soldados. No es extraño que hayan percibido patrullas militares. Parece que la manera de hacerse de recursos es asaltar comerciantes en los caminos y pequeños poblados que están al norte del río. Conocí a dos aztecas comisionados por Huehuemotecuhzoma probablemente para establecer una

cabeza de avanzada en Tajin para cubrir la zona al norte del río Nautlan. Supongo que estos dos aztecas están manteniendo entretenido a Cuauhpopoca con juegos guerreros en la margen opuesta del río y vigilado al calpixque Cuaixihtac. Mucho me temo que estos dos sean apenas la nieve del Popocatepetl y que el resto de la montaña se encuentra en Tajin preparando un ejército ¿Es lo que vamos a averiguar? Desde este momento entramos en la campaña *Ixtelolo-Tecuani*. Que Coyonextic y Hueyametl limpien el campo y Tzompamitl caminará con Ce-Mazatl en la punta.

—¿Quiénes? —exclamo extrañado Totocahuan.

Los interpelados reconocieron inmediatamente sus nombres sustituidos por el capitán Hutzilitzin como *Ome, Yei, Nahui* al inicio del periplo hincharon el pecho de saberse meritorios de usar nuevamente sus verdaderos nombres.

—Ya escucharon, a trabajar —confirmó satisfecho Totocahuan —el resto a preparar la partida —el grupo se movió en absoluto silencio y eficiencia aprendida.

—Ya escucho Ce-Mazatl nos vamos para Tajin ¿Cuánto tiempo nos llevará? —preguntó Cuauhtliuil.

—Poco menos de un día a paso ligero, día y medio viajando por la selva para no ser descubiertos —respondió el explorador —un poco más, sí el camino está tan transitado como la otra margen del río.

—De la orden de partir Totocahuan, los que quedan a limpiar el campo nos darán alcance. No estará de más recomendarles que identifiquen bien nuestro rastro pues con el tránsito que se adivina se pueden confundir. Por la misma razón, indíqueles que no es necesario que limpien la ruta. Ce-Mazatl y Tzompamitl en la delantera, yo Cuauhtliuil, con un grupo de tlaxcaltecas al centro; Totocahuan a la retaguardia con un teniente, mientras nos dan alcance Coyonextic y Hueyametl.

Se inicia el camino hacia Tajin, Ce-Mazatl marcando el paso que repite exactamente en el mismo sitio Tzompamitl un metro atrás; dejando el espacio que da mantener a la vista la espalda Tzompamitl, Cuauhtliuil seguido del grueso del grupo;

con la misma distancia del último de los del centro un teniente flaxcalteca y cerrando la columna Totocahuan. Caminan en silencio total, Ce-Mazatl elige en cada paso el lugar preciso para colocar el pie, sobre la misma huella y colocará el pie el segundo de la columna; lo mismo hace Cuauhtliuil y su grupo en medio y la retaguardia. Con cualquier ruido como pisar una ramita seca, rozar hojas o tallos, rodar una piedra el grupo como una máquina perfecta se detiene hasta que se restablece el silencio total, al ir separados los grupos no saben si el ruido viene de un compañero o un extraño. Esto que ya es difícil en el bosque alto de de montaña al que están acostumbrados los hombres, en el calor de la selva tropical en donde la simple densidad ya es agobiante el caminar en silencio se torna doloroso. El paso debe ser medido para no sudar y cada cuatro horas la columna se detiene, se quitan los trajes de gamuza para secar el sudor de sus cuerpos con hojas o flores aromáticas de la espesura que entierran bajo el limo o la hojarasca.

Los hombres han tenido que aprender los ruidos más frecuentes de la selva tropical, a su repertorio de cantos de cuervos, alondras, croares de ranas y sapos, han tenido que agregar parloteo de loros, chachalacas, gritos de monos y nuevos croares de ranas y sapos para comunicarse cuando es absolutamente necesario, los asistentes han tenido que aceptar la disciplina como verdaderos militares. A medida que pasa el tiempo va aumentando la penumbra de la selva al caer la tarde, el silencio es roto por el chillido de un mono que ve al jaguar: es Ce-Mazatl que se topa de frente con un inmenso felino que inicia el recorrido a su territorio de caza; la columna se detiene en total silencio; Tzompamitl con movimientos lentos tensa el arco que ha mantenido preparado apuntando al pecho del felino; el gato otea el aire que le lleva el aroma de su único enemigo; recula dos pasos y se pierde en la espesura con un trote; cuando el silencio es total, Ce-Mazatl emite el grito del mono araña cuando se aleja el jaguar, la columna reinicia el

avance pendiente de la espesura para no ser sorprendidos por otro cazador solitario, más poderoso pero menos inteligente.

Coyonextic y Hueyametl han tardado poco más de dos horas borrando o disimulando todo vestigio de la compañía en el sitio en que estuvo estacionada por dos días de manera que solo experimentados rastreadores puedan identificarlos pues es imposible restablecer la forma natural. Hueyametl lanza un pedazo de hoja al aire y Coyonextic estira la mano con la palma para abajo; en el suelo la hoja muestra el haz al cielo, Coyonextic elige, se toca el pecho con el pulgar y estira la mano hacia el frente con un movimiento que indica ¡vamos! he elegido ser el guía; Hueyametl se toca el pecho con el pulgar y con el mismo se señala la espalda, mostrando los cinco dedos de la mano la máxima distancia en pasos que se aproximará, emite un chasquido como el croar de una rana que se escucha en esos páramos que emitirá de tanto en tanto para indicarle a su compañero que le sigue, pues el rastreador no puede descuidar las señales so pena de perder el rastro. Toman su arco y un zurrón con tasajo de venado seco, a ciencia cierta no saben cuanto tiempo les tomará alcanzar a la compañía. Ya salen en pos de ella.

Más frecuentemente de lo que quisiera, Coyonextic se detiene para identificar el rastro de su compañía que es cruzado o emparejado por otros rastros dejados por otros humanos más o menos frescos. De improviso se detiene haciendo dos chasquidos para que su compañero se le empareje; le muestra un rastro muy fresco que sigue la misma ruta que lleva a su compañía haciéndole señas que esto ocurre desde un buen rato. Hueyametl muestra un dedo se señala y señala a su compañero preparando el arco para ser usado de manera rápida; los capitanes acolhuas reanudan la persecución, ahora de dos rastros en ocasiones confundidos.

Coyonextic y Hueyametl avanzan más rápido siguiendo el rastro más fresco que persiste atrás del rastro de su compañía. Al llegar el claroscuro que ocurre al declinar el día escuchan el chasquido de una rama seca al quebrarse que pone atentos los

sentidos que empiezan a percibir el rozar de las lanzas contra la maleza. Se aproximan hasta poder identificar a cuatro figuras que en voz baja cocerían la estrategia para atacar al grupo que tienen a tiro de piedra.

En la retaguardia Totocahuan ha percibido que están siendo seguidos por un grupo de unas tres o cuatro personas que, por los modos de avanzar no son sus hombres. Hace señas al compañero de la retaguardia que se adelantaría. Apresura hasta alcanzar a Cuauhtliuil informándole lo que ocurre, sin detenerse se ponen de acuerdo en esperar a que el grupo haga el primer movimiento; seguirán sin modificar el ritmo esperando a Coyonextic y Hueyametl que estarían por llegar. Totocahuan regresa a su puesto. Cuauhtliuil adelanta hasta la punta para poner al tanto a Tzompamitl y a Ce-Mazatl a quién le da instrucciones de no detenerse manteniendo la misma cadencia.

La oscuridad avanza apenas rota por la luz de una luna en cuarto creciente. El ulular de un tocolote macho endémico de la sierra de Puebla rompe el silencio de la incipiente noche, Hueyametl está avisando a la compañía que les han dado alcance y que hay enemigo a la vista. Totocahuan responde en tono diferente que están enterados; los espacios de la compañía se cierran hasta formar una fila india disminuyendo imperceptiblemente la cadencia.

Cuauhtliuil indica a Ce-Mazatl que continúe un poco más lento, que prosiga como si nada ocurriera y haga campamento como se tenía planeado, que cuando escuche el reclamo de un puma se efectuaría en ataque; a Tzompamitl y a los tenientes tlaxcaltecas los separa en dos grupos haciendo señas de que se mantengan paralelos; a los asistentes que sigan al guía manteniendo la columna; por último Totocahuan toma el mando del flanco derecho, Cuauhtliuil del izquierdo, Coyonextic y Hueyametl atrás del grupo de extraños que ha quedado cercado. Hueyametl emite el canto del chichicuilotte macho en el mismo tono indicando que en el grupo ha distinguido a un azteca y cinco cantos de patos indicando que

en realidad el grupo es de cinco individuos. Y silencio que es roto por el caminar de los perseguidores y el rumor de agua corriente del río en donde Ce-Mazatl había planeado hacer campamento. Rompe el silencio indicando a los asistentes que descarguen para hacer campamento.

El grupo perseguidor observa pacientemente a que el campamento se instale haciendo el plan de ataque que dibuja el azteca en un pedazo de piso que ha limpiado de hojarasca. Cuauhtliuil, cubierto por el ruido del mismo grupo se aproxima hasta poder observar todas las instrucciones cuando son dibujadas en el plano. Desanda pisando exactamente en las huellas de ida sin perder la vista del grupo que prepara lanzas y escudos para atacar. Camina hasta Totocahuan explicándole el plan de ataque indicándole que usen cuchillos para inmovilizar pero que no maten. Regresa a su flanco explicando con señas lo mismo haciendo con la mano izquierda la seña de 1 y con la derecha de 2 y 3 que los tlaxcaltecas debían interpretar que dos o tres de ellos se ocuparan de un invasor. Coyonextic y Hueyametl actuarán a su criterio.

En el campamento, la actividad prosigue como si nada pasara, los supuestos comerciantes desplegaron los bastimentos, cenaron tasajo seco disponiéndose a dormir. El grupo invasor se levanta avanzando en abanico hacia los supuestamente desprevenidos comerciantes. Cuauhtliuil emitió el reclamo del puma, un error que no consideró, pues el azteca lo interpretó de inmediato abandonando a sus hombres huyendo hacia donde llegaban Coyonextic y Hueyametl tomándolos de improviso observándolo pasar como exhalación. Ambos emitieron el reclamo del venado por tres veces indicando que irían en persecución del enemigo.

El grupo de cuatro asaltantes de comerciantes fue controlado de inmediato. Los llevaron hasta el campamento. Se les cubrió la boca e inmovilizó. Encargó a Tzompamitl que alcanzara a Coyonextic y Hueyametl, les informara que era preferible apresarlos pero que si había que matar al azteca lo hicieran sin dejar evidencias que fue por mano de hombre y

limpiar el campo. El rastro que seguía estaba claramente marcado por una persona que huía y era perseguido por dos. El azteca era un atleta y por un tiempo se mantuvo en el rastro que habían dejado, el agotamiento de cuerpo y la tensión de ser perseguido de cerca fue afectando su mente, en su afán de escapar cortó hacia la espesura haciendo su carrera más penosa. Casi para desfallecer, en un pequeño claro se encontró de frente con unos felinos ojos amarillos que se defendieron tirando un zarpazo que rasgó el pecho del joven azteca, el jaguar huyó y el perseguido fue alcanzado por Coyonextic seguido a corta distancia por Hueyametl que sacaba de la funda el cuchillo de obsidiana. Cuando estaba a punto de degollarlo, Tzompamitl le pegó un grito para impedirlo explicando a los trémulos y agotados perseguidores que Cuauhtliuil lo quería vivo. Coyonextic le advierte jadeante:

—No va a llegar.

—Pues habrá que llevarlo cargando —respondió Tzompamitl. Quitándole el cuchillo de obsidiana al azteca. Tomó una cinta de cuero, la mojó con el agua de unas hojas grandes y ató el cuello del prisionero a su arco con la presión suficiente para no asfixiarlo indicándole que mantendría la tira de cuero mojada mientras caminara y no diera problemas. Emprendiendo el regreso al campamento.

Coyonextic tomó una hojita, la recortó y lanzó al aire preguntando a Hueyametl: —¿Qué pides? —el joven mostró la palma de la mano hacia arriba y la hoja cayó mostrando el envés hacia el cielo diciéndole a Coyonextic en tono burlón: — Te toca limpiar el destrozo, yo me voy con *xayac-yecahtzoll* (“cara de nariz roja”) cuidando al prisionero.

—Más adelante lo vas a tener que cargar, el *mizton* le hizo una fea herida —le respondió. La sangre que le manaba de las heridas del pecho le llegaba a la rodilla.

—Vamos que éste no nos llega y el capitán lo quiere vivo —jalando al prisionero por el arco haciéndole señas con el dedo pulgar de abrirle el pecho y sacarle el corazón. Habiendo cubierto la mitad de la ruta el capitán azteca se desvaneció

turnándose los custodios para llevarlo al hombro, acción que lo salvó al presionar las heridas y detener la hemorragia.

Pasada la media noche llegaron al silente e insomne campamento en el que vigilaban a los prisioneros en espera de noticias del que había escapado. Los prisioneros sabían que iban a morir, lo que les impedía encontrar la resignación era no saber cómo.

—*Ixtelolo-Tecuani* —respondió Tzompamitl a la llamada de atención de un guardia que le respondió —acompañenme. Nuevamente surgió el silencio de la noche tropical.

Cuauhtliuil no preguntó por Coyonextic, sabía que venía limpiando el rastro. Hueyametl se descargó del prisionero manteniéndolo erguido y tratando de saludar a su capitán quién les preguntó: —¿De quién es prisionero este capitán azteca?

—Coyonextic le cayó después que lo hirió un jaguar —respondió Hueyametl.

—Entonces esperémoslo. —Observando la cara amoratada del prisionero ordenó —aflójale el cuello para que respire mejor. Pero no lo descuides ni un instante.

El capitán azteca se desvaneció, más por el impacto que le acababa de producir las palabras de quién parecía el jefe, dejando la vida del prisionero a disposición de su captor. Con una mirada hizo que Tzompamitl lo siguiera. Dando la espalda al prisionero de manera que se le observaran las manos le dijo en voz baja: —Que le pregunte cuántos aztecas están comisionados y cuáles son sus objetivos —elevando la voz para que prisionero escuchara dijo: —Ve a topar a Coyonextic y le dices que lo espera su prisionero —con la mano hacía la misma seña de empujar el pulgar hacia arriba. Tzompamitl a pesar del cansancio salió a paso ligero al encuentro de su compañero.

Lo encontró a la entrada del campamento aun barriendo rastros con ramas diciendo: —¿No se les ha muerto? He me ha costado mucho limpiar la sangre, sobre todo la que salpicaron como de pollo decapitado.

—No ha muerto. Preguntarle sobre el número de aztecas comisionados y los objetivos que persiguen. Toma, entregó — el cuchillo de obsidiana del capitán azteca haciéndole la seña varias veces mencionada advirtiéndole: —Debes ser convincente.

Coyonextic se tomó un rato para reponerse e irse metiendo en su papel de verdugo. Los chichimecas tenían la costumbre de arrancar el corazón de su prisionero y comerse la punta aun palpitante con el objetivo de infundir pánico en sus adversarios. Los supersticiosos aztecas perfeccionaron la técnica de manera tan eficiente que lo hacían a una velocidad tal que la víctima con los ojos desorbitados presenciaba la extracción del corazón. Si la operación se hacía con su propia arma y el corazón era mordido antes de que cerrara los ojos, su espíritu guerrero era robado por su ajusticiador y el resto de su alma alimentaría perennemente en el carbón de la hoguera de la guerra de Tezcatlipoca sin producir el humo que lo llevara al teocali.

En el rostro pálido por la pérdida de sangre del capitán azteca se dibujo el pánico al ver llegar a su captor Coyonextic que blandía en la mano derecha su propio cuchillo. En tono tranquilo le dijo, podrás llegar al teocali si me respondes con la verdad:

—¿Cuántos compañeros aztecas están con usted?

El prisionero levantó las manos y las volvió

—Veinte —repitió Coyonextic.

—¿Qué están haciendo? ¿Cuál es su comisión? —pregunto el acolhua.

—Formar un ejército, ocupar la costa de Nautlan al norte para impedir la llegada del innumerable.

—El gran *Tlatoani* Ce-Acatl-Topilitzin-Quetzalcóatl — aclaró el acolhua.

—¿Cuántos soldados tienen reclutados?

El capitán azteca cerró el puño izquierdo sobre la palma abierta de la mano derecha.

—Quinientos —repitió en voz alta el captor.

—¿Cuánto tiempo llevan en la misión?

El capitán azteca mostró el índice de la mano izquierda cruzado con la mano derecha.

—Una año y medio —aclaró el capitán Coyonextic. Volvió una mirada interrogadora a Cuauhtliuil que le devolvió con un movimiento negativo de cabeza, pasándose la mano por el pecho, restregándosela en la cara y mostrando la mano izquierda engarrada.

—¡Te devuelvo el cuchillo si no te matas! —extendió el arma Coyonextic en espera de la respuesta del capitán azteca quien le respondió con una negación de la cabeza. Coyonextic le entregó el arma con la mano izquierda; con la derecha hizo un movimiento de saludo militar como reconocimiento a la valentía del capitán azteca. Pasó las manos por el pecho ensangrentado del moribundo capitán azteca llevándose la izquierda a la cara ensangrentándose la boca. Dio la vuelta quedando de frente a los otros prisioneros que lo observaban con ojos desorbitados. Se estaba aprovechando del antiguo rito chichimeca.

Cuauhtliuil, se acercó a Totocahuan diciéndole: —Junto con Coyonextic te llevas a cada uno de los prisioneros atrás del ceibo y los interrogas especialmente de donde son, cómo llegaron a este ejército y cuales son sus ilusiones. Después los entregas al grupo que te estará esperando más allá. Más tarde decidimos qué hacer con ellos. Que te acompañe Ce-Matzal para que no se nos escape nada de lo que digan.

Totocahuan se paró imponente delante de los prisioneros que lo miraban con el pánico en la mirada. Hizo una seña hacia un joven de piel cetina de unos quince años. Coyonextic lo tomó del brazo levantándolo y untándolo de sangre, al niño se le doblaron las piernas dejando escapar la orina que le escurrió por los muslos; desvanecido Coyonextic y Hueyametl lo arrastraron hasta llevarlo atrás del ceibo.

El joven era de Xalpantepec, levantado, junto con otros nueve muchachos de su edad en una leva encabezada por Cuauhpopoca y los aztecas, la única intención era regresar a su

pueblo. Hueyametl buscó una rama de calibre de una muñeca, recogió hojas grandes con las que envolvió la rama quebrándola con una torsión produciendo un chasquido seco esperando que con el miedo los otros prisioneros confundieran el ruido con el que se produce al romper el cuello a un humano. El siguiente prisionero de las mismas características era de Tamiohua en tercero de Tamazunchale. El cuarto, de mayor edad fue hecho prisionero en una incursión punitiva a Quahuchinango, por su juventud se le ofreció servir en el ejército o ser enviado a Tenochtitlan como *tlaimaite*. Después de rodar en varios destacamentos aztecas, fue trasladado al Tajin para asistir al grupo de avanzada con las lenguas y dialectos de la costa, el joven hablaba varios.

Terminando con los interrogatorios Totocahuan, Coyonextic y Hueyametl y fueron a comunicar a Cuauhtliuil el resultado de los interrogatorios. El capitán general, con un gesto mando a Coyonextic a lavarse las manos, el informe lo dio Totocahuan: —Tres de los prisioneros aun no alcanzan la edad de la conscripción, con menos de medio año de instrucción; dos son de la huasteca de Tamiohua y Tamazunchale, estos parecen estar más acomodados a la vida castrense; dos son totonacas de Xalpantepec y Quahuchinango. El último tiene varios años en el ejército azteca, fue trasladado a Tajin para asistirlos con los dialectos. Todos coincidieron en mencionar a veinte aztecas, claro menos el que acaba de morir, que junto con el hijo del calpixque de Nautlan los están entrenando para asaltar caravanas de comerciantes.

—¿Qué hacemos con ellos? —Cuauhtliuil preguntó a su estado mayor sobre las acciones que debían tomarse.

—Lo más sencillo sería ayudarlos a acompañar a su jefe en el camino hacia *Teocalli* —opinó Coyonextic apoyado por asentimientos de cabeza de Hueyametl

—A mí, me inquietaría el de Xalpantepec, me pareció medroso y hasta cobarde. Dejarlo vivo sería un riesgo.

—¿No resultaría de más riesgo dejar vivir al de Quahuchinango, el que tiene varios años en el ejército azteca?

—preguntó extrañado Cuauhtliuil, pues generalmente las adoctrinadoras técnicas aztecas eran muy efectivas y lleva tiempo con ellos.

—Me parece que lo riesgoso es dejarlo en libertad pues no sabría que hacer para vivir —opinó Hueyametl. —Si a mí me liberan ahora no sabría en que trabajar, tal ves me alquilaría como guardaespaldas o acabaría de bandido.

—Me parece que odia a los aztecas pero ama al ejército —Coyonextic se solidarizó a su compañero.

—¿Podría sernos útil? —preguntó Cuauhtliuil dirigiéndose directamente a Totocahuan.

—¿Podría ser? Pero no me sentiría seguro con él a mi espalda. Creo que no traicionaría los objetivos de nuestra misión en el supuesto caso que se le aceptara como conscripto. Pero, como lo estamos haciendo, otro ejército se aprovecharía de lo que nos aprenda.

—Ce-Mazatl ¿usted que opina?

—No me considero capaz de juzgar a las personas, los animales son menos complicados y desde esta perspectiva le diría que un animal asustado es impredecible. Vea lo que le hizo a éste —señalando a los restos del capitán azteca que yacía recostado en un leño.

—¿Cómo sabe que lo atacó un animal asustado? Yo fui el único que lo observe —preguntó Coyonextic en un tono de incredulidad burlona.

—Si pusiera atención a las señales de la naturaleza vería que el azteca muestra un zarpazo diagonal de la cara hacia abajo y ninguna mordida —explica el explorador. Cuauhtliuil pone atención para valorar sus conocimientos. —Repito que no presenta ninguna mordida. Dos cosas importantes: es un jaguar macho de seis o siete años medidos por la profundidad de las heridas y la distancia entre los arañazos, posiblemente el que nos cruzamos, tiró un zarpazo defensivo a un animal que se le vino encima, echando la cara para atrás y cerrando los ojos tal como lo haríamos nosotros; la segunda, no hay señales de dientes, cuando un jaguar ataca tira el zarpazo a la cabeza, se

agarra de los lomos y muerde el cuello buscando la manzana. Si se le hubiera dado tiempo, el jaguar no huiría, no abandonaría la presa.

—Hasta nueva orden, te cambias por Tzompamitl para que camines atrás de Ce-Mazatl, nos va a ser de mucha utilidad —orden implícita para Coyonextic.

—Muchacho, el de Xalpantepec ven —llama Cuauhtliuil al prisionero mas asustado para preguntarle: —¿Hace cuanto murió tú mamá?

—Dos años —respondió en muchacho con las lágrimas en los ojos mojando el maxtle. Cuauhtliuil no cambió su tono conciliador.

—¿Cuántos hermanos y hermanas tienes?

—*Chicuacen tlacatl y cente zohuatl* responde el muchacho.

—Tu hermana es la mayor y tú el *pilalactli* —a Cuauhtliuil le bastó ver la cara del muchacho para saber que había acertado. La mamá lo había criado para que la cuidara cuando fuera anciana. Obviamente, en el ejército se sentía fuera de lugar.

Cuauhtliuil se irguió frente a los cautivos diciéndoles:

—Señores huastecos y totonacas, somos tolteca-chichimecas, que al igual que los aztecas estamos forjando una alianza comercial con los pueblos de la costa. Necesitamos cadetes para que protejan a los comerciantes no para que los roben. Ustedes tienen dos salidas, unirse a nosotros como cadetes, como personal de servicio, o hacer camino hacia el infierno de Tezcatlipoca como lo ha hecho su antiguo capitán —señalaba al capitán azteca que en ese momento Hueyametl colocaba con el rostro hacia el piso, para que los prisioneros no vieran que el pecho solo mostraba las garras del tigre e interpretaran que se enterraría boca abajo para que su espíritu saliera hacia los infiernos. Piénsenlo si prefieren una muerte honrosa en este momento; o unirse a nosotros con la advertencia de sufrir la misma muerte que el azteca si nos traicionan y si piensan en escapar mírense en su antiguo

capitán. Mandaré por la decisión mañana por la noche. Totocahuan, custodios para los prisioneros. Que los aten firmemente —Cuauhtliuil no podía arriesgarse a ser descubierto. —Al azteca lo atan en un árbol para que los cuervos le coman los ojos. Los demás a descansar.

El capitán hizo señas a Coyonextic y Hueyametl ordenándoles: —Terminen la misión con este pobre hombre —señalando el cadáver del azteca —respétenlo como guerrero, sumérjanlo en el río con unas piedras, mañana lo dejaremos a merced de la corriente. —Los capitanes agotados cumplieron la orden.

Antes de que despuntara el alba Cuauhtliuil había encargado a su valet que avisara al valet de Totocahuan, a Tzompamitl y Ce-Mazatl que se alistaran para salir al Tajin; despertar a Coyonextic y Hueyametl para que se hagan cargo del campamento. Los valet de los capitanes se habían encargado de asear los vestidos de gamuza y preparar los baños de esponja para los capitanes, así que, quienes menos dormían en ese ejército eran los sirvientes.

Cuando estuvo reunido el estado mayor Cuauhtliuil empezó a dar órdenes: —Coyonextic y Hueyametl quedan a cargo del campamento, manden a camuflarlo y dos patrullas para explorar los alrededores, deben rehuir cualquier enfrentamiento. Mantengan ocultos, vigilados y bien amarrados a los prisioneros. No duden en matarlos si desobedecen. Totocahuan, Tzompamitl y Ce-Mazatl iremos a explorar el campamento azteca. ¿Cuánto tiempo haremos? —pregunto a Ce-Mazatl.

—De tres a tres horas y media.

—Estaremos de regreso al ocaso. Si no llegamos, mañana al amanecer se regresan a Nautlan a dar aviso a Hutzilitzin que hemos muerto y tome el mando —dirigiéndose a Coyonextic y Hueyametl.

Los valet entregaron una bolsa con tasajo de *cuapitzol* y una calabaza con agua endulzada a cada uno de los caminantes.

—No llevaremos, el agua la obtendremos de bejucos —ordenó dejarlas aun cuando estaban forradas para evitar ruidos al rozar con la floresta —sólo llevaremos cuchillos —la pequeña patrulla entregó sus respectivos arcos a los valet.

Con un rumor de céfiro la fila de Ce-Mazatl, Tzompamitl, Cuauhtliuil y Totocahuan a distancia de vista entre ellos, se perdieron en la floresta que goteaba rocío y los envolvía con bochorno.

A medida que se aproximaban a su objetivo los rastros en la selva se hacían más confusos provocando retrasos en el guía y más onomatopeyas y chasquidos con la lengua de la retaguardia. De pronto, al pie de una loma que parecía hecha por mano humana, posiblemente restos de una pirámide que ya había cumplido su objetivo, estaba un campamento de tamaño respetable perfectamente equipado como campo de entrenamiento de los que se usaban para dar instrucción militar en los calmécac: monigotes, vallas, trampas de agua, trampas de arena, trampas de lodo, campos de abrojos, rampas, cuerdas, vallas de lianas, puentes de troncos, túneles chaparros de espinos, en fin, una escuela militar pintiparada.

Las expectativas aztecas no iban en broma, había dado inicio la batalla por ser los primeros en avistar a Ce-Acatl-Topilítzin-Quetzalcóatl. El destino determinaría el lugar por donde aparecería; los aztecas lo esperarían de Nautlan hacia el norte obligados por la circunstancia de nunca haber podido establecer una alianza duradera con los mayas que aun respetaban la que habían establecido con los toltecas siglos antes y el estorbo Tlaxcalteca. Nautlan sería la frontera tlaxcalteca-texcocana y azteca que delimitaría los territorios en que se esperaba al antiguo héroe tolteca-chichimeca y maldición azteca.

Con gran cuidado hicieron una exploración a todo lo redondo del campamento azteca guardando los detalles en la memoria que describirán a Tlahcuilohqui para que los plasmara en un códice que será enviarlo a Ixtlixóchitl a la brevedad.

Sin contratiempos el grupo regresó al campamento guiado por Tzompamitl al que seguía Ce-Mazatl haciéndole un examen por decirlo de alguna manera. Faltando unos metros el aprendiz de guía emitió el croar de rana arbórea calculando unos cien metros para llegar a la zona de vigilancia, al momento se escuchó: —¿Quién vive?

—*Ixtelolo-tecuani* —respondió Tzompamitl —los vigías tlaxcaltecas saludaron al Capitán General, mismo que les respondió y ordenó: —Con precaución desanden nuestro rastro aproximadamente mil pasos para estar seguros que nadie nos siguen, si hay novedades nos avisan inmediatamente, si todo está calmo, regresan a al puesto de vigilancia —los comisionados saludaron para cumplir inmediatamente la orden con la preocupación de no hacerlo a cabalidad, de los entrenamientos sabían lo difícil que era seguir el rastro del capitán Cuauhtliuil y del rastreador Ce-Mazatl, los dos capitanes acolhuas que completaban el grupo no les iban a la zaga. Con un pedacillo de hoja se sortearon, uno para ser el guía, y el otro para ser el vigilante.

Coyonextic y Hueyametl conversan en el improvisado centro de comando al lado de un ceibo, a unos cien pasos del río que se escuchaba lejano, apagado por la densidad de la selva. Unos pasos más alejados tenían a los cuatro prisioneros sentados y firmemente atados y vigilados por dos tenientes tlaxcaltecas. Los asistentes y valet habían preparado alimentos fríos en espera de la patrulla. Escucharon pasos firmes suponiendo que eran los compañeros esperados, no obstante tenían firmemente asidos los cuchillos de pedernal dándose media espalda para protegerse.

—¿Qué pasa señores, no reconocen nuestros andares? —preguntó en tono jocosos Cuauhtliuil.

—Perdone señor, respondió Coyonextic —saludando al capitán —¿Qué es eso de andares?

—Pues eso, modos que tienen las personas de caminar, de ver, de sentarse, de conversar, de poseer un aroma; características que debemos aprender a distinguir porque son

útiles, sobre todo cuando nos dedicamos a esta profesión. ¿Alguno de ustedes tiene algún pariente que haya nacido ciego o sordo?

—Yo tengo un primo sordo —respondió Hueyametl.

—Una hermana de *tatah* se quedó ciega desde muy pequeña y vive con nosotros —lo hizo Coyonextic.

—¿Cuándo te acercas a tu tía como te llama?

—Cocoyonextic.

—Te quiere mucho ¿Cómo lo hace? Si no te puede ver.

—Siempre ha estado con nosotros pero nunca me puse a pensar en eso.

—Hueyametl ¿era fácil sorprender a tu primo cuándo jugaban a la gallina ciega? —preguntó el capitán.

—Teníamos que ser muy rápidos y acercarnos con mucha precaución. Las más de las veces no.

—La tía de Coyonextic escucha y sientes sus pisadas, huele tu aroma a coyote mojado, siente el vapor de tu cuerpo y muchas otras características que son difíciles de describir pero que identifican a un individuo. Tú primo Hueyametl percibe tu aroma a madera de bosque, siente con sus pies las vibraciones de tus pasos o el húmedo de tu sombra.

—*Tlatoani*, no me diga que tengo sombra húmeda ¡ni que fuera árbol! —se quejaba incrédulo Hueyametl.

—¿De qué té ríes Ce-Mazatl? —preguntó Cuauhtliuil al explorador que esbozaba una discreta sonrisa que cubría con la mano, pues se consideraba una falta de educación y hasta una ofensa ser identificado por lo que puede suponerse un defecto.

—¡Hay señor me pilló! —respondió el explorador —con todo respeto, Hueyametl, hueles al árbol de tu nombre y tienen su misma frescura. Y tú Cocoyonextic si hueles a coyote mojado con agua de pantano, sobre todo cuando te enojas — con la cara muy seria pero los ojos llenos de risa de los capitanes aceptaban la instrucción con un poco de recelo y admiración.

—Capitán ¿pueden distinguir eso? —preguntó Coyonextic un tanto mosqueado.

—Si tu tía lo puede distinguir, Ce-Mazatl y yo los podemos hacer —respondió Cuauhtliuil hablando primero de la tía ciega de quien no podía dudar, en tono conciliador y amigable. —Tú y cualquiera. A mi me lo enseñó un hombre sabio cuando era pequeño, pero no hay edad para aprender, basta tener la intensión y la constancia para hacerlo. Cúbranse los ojos con un paño muy oscuro, relájense completamente y dejen que sus otros sentidos actúen. La sordera es más difícil de imitar pues también escuchamos con el sentido del tacto y con la resonancia de los huesos de la cabeza —el capitán Cuauhtliuil repetía una lección que de pequeño le enseñó su abuelo Iz quien que a su vez la recibió del anciano chichimeca.

—¡Nos está embromando capitán! —se quejaba Hueyametl.

—Con algo tan importante para nuestra misión no bromeo. Tápese los oídos, cierre la boca fuertemente y repita ¡mmmmm!

Excepto Ce-Mazatl que con seguridad ya lo había experimentado, todos los presentes, algunos de manera más evidente, otros más reservados repitieron la instrucción escuchándose un coro de ¡mmmmm!

—Hueyametl ¿de donde viene el sonido? Toma tú tiempo para responder —el coro buscaba la respuesta a la pregunta de su capitán.

El joven, un tanto inseguro se llevó ambas manos hacia el rostro y con las puntas de los dedos se tocaba la frente por arriba de las cejas y con los pulgares los pómulos afirmándole con seguridad a su capitán: —¡De aquí!

—Por ahí también escuchamos. Hay muchos sentidos que no usamos porque son sustituidos por otros o porque no hace falta. Jóvenes, les recomiendo que los desarrollen, nos puede salvar la vida —una solicitud que sonó a orden. —Vamos a comer y descansar, mañana temprano regresamos.

Charlando en vos baja, quizá por la costumbre, los hombres departieron amigablemente la cena. Antes de retirarse

a dormir, Totocahuan giró las órdenes para cumplir hasta el día siguiente al amanecer.

Con el lucero, el valet de Cuauhtliuil tenía limpio el vestido de gamuza, el arco pulido con cera de Campeche; agua con infusión de refrescantes hierbas de monte que Ce-Mazatl les había enseñado a distinguir de las irritantes, urticantes o de aromas indeseables tan comunes en la selva tropical; hierbas jabonosas y un hisopo de guaje para asearse el cuerpo. Cuauhtliuil había instaurado estas normas higiénicas del baño diario y uso de ropa limpia, trajes lavados usando hierbas del bosque para evitar ser descubiertos por el aroma a rancio que despiden los humanos cuando dejan que el sudor se quede pegado en el cuerpo o en los vestidos.

Los asistentes se afanan en preparar el desayuno consistente en frutas frescas y secas y agua endulzada. Mucha imaginación han requerido para preparar los alimentos por algo más de una semana. Desayuna en silencio el grupo de militares relevados a los que están de guardia. Al terminar Cuauhtliuil manda llamar a Totocahuan, Hueyamétl y Coyonextic para dar las órdenes inmediatas: —Totocahuan, preparemos la salida para el medio día. Hueyamétl y Coyonextic, saquen al capitán azteca, llévenlo a medio río déjenlo ir en su viaje al Teocalí, de cara a Tonatíuh —los subalternos van a cumplir una orden no muy agradable.

Hueyamétl se sumerge para soltar de las amarras al capitán azteca que al estar libre flota de forma acelerada por los gases de la descomposición. Los acolhuas aun cuando se les enseña a convivir con la muerte no esperaban ver lo que unos voraces peces hacen con el cuerpo de un humano en una noche. Ya no existían los colgajos de piel desgarrada por el jaguar, un ojo estaba saltado, el otro no existía, la mitad del pene, los testículos mordisqueados y prolapsados del escroto, los intestinos desperdigados por lo que fuera el orificio anal. Desconcertados no saben cómo cumplir la orden de su capitán: —Hueyamétl infórmale al capitán y pregúntale que hacemos —el oficial obedece regresando con Cuauhtliuil.

El destrozo del cuerpo del capitán azteca provocó el encogimiento de estómago del joven, no precisamente al ver los huesos del cuerpo sino los del espíritu del muerto y el ánimo de él. De manera brutal aprendía sobre la agresividad del ambiente en los trópicos. Se lamentaba no haber consultado a Ce-Mazatl. Su expresión compungida también afectaba a los dos oficiales. Habían prometido al capitán azteca un viaje placentero hacia el Teocalli, ahora estaban impedidos pues el cuerpo era parte de otros cuerpos y el espíritu vagaría eternamente por el agua del río no podría llegar íntegro a la compañía de sus ancestros. La sencillez de Hueyamétl ofrece una digna salida a la imposibilidad del capitán para cumplir su palabra: —Al menos no va a entrar en el averno de Tezcatlipoca, y si lo hace no va a sentir los ardores de las quemadas.

El comentario era comprensible, los acolhuas creían en un ser superior que llamaban *Monoyocoyani* el *Tloque-Nahuaque* o creador de él mismo y de todo el universo, el que decidía a donde irían los humanos al morir. O sea, las personas no podían hacer nada para inclinar la decisión.

—A donde vaya su alma no me preocupa —responde Cuauhtliuil —es que no cumplí mi promesa.

Nuevamente la llaneza de Hueyamétl desarma al compungido Cuauhtliuil, haciéndole esbozar una sonrisa: — ¡En eso si que no podemos hacer nada! capitán —hablaba también en nombre de su compañero —dejemos a la piedad del *Tloque-Nahuaque* y que el río se lleve lo que queda de él. Según le quedo la cara, a su espíritu azteca no lo va a reconocer ni la madre que lo parió. —Sin esperar confirmación, se metió con su compañero al río arrastrando lo que quedaba del cuerpo del capitán azteca dejándolo a merced de las corrientes. Pensaba: —‘en cosas más importantes debe pensar nuestro capitán que en cumplirle los gustos de muerte a un enemigo azteca’.

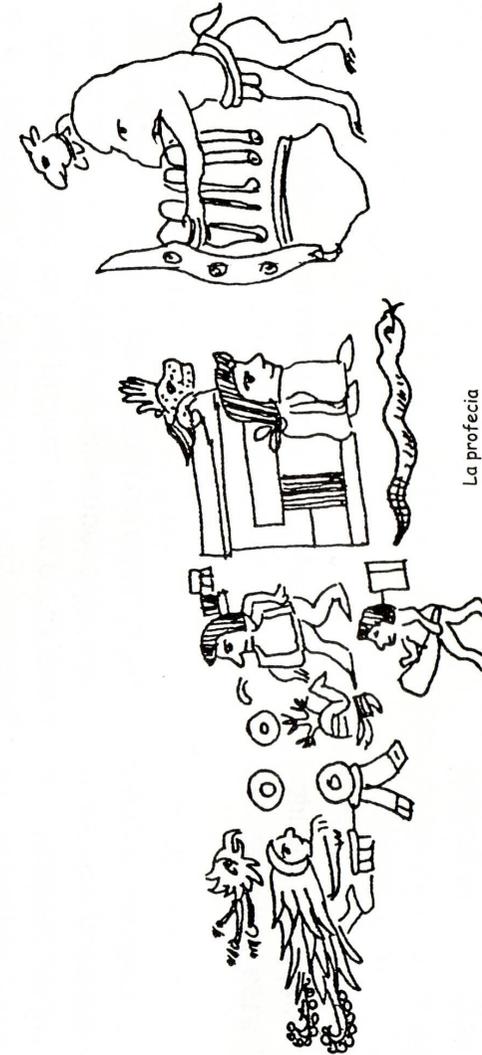
—¡Ya partamos capitán! Coyonextic y yo nos quedamos a limpiar el campo ¿verdad compadre? —con comentarios

IX. La Campaña al Tajin.

llanos, el subalterno trataba de alejar de la mente de su capitán pensamientos disturbadores que en nada les beneficiarían.

—Tienen razón, ocupémonos de cumplir nuestra misión habrá cosas más trascendentes que lamentar —le respondió partiendo a ordenar el regreso.

IX. La Campaña Al Tajin.



Iniciando la Campaña del Sur.

Con Tzompamitl de guía sobre terreno conocido, el regreso fue rápido llegando al río al caer la tarde con tiempo para encontrar un lugar alejado de la transitada barra de Nautla. Para cuando anocheció el campamento estaba levantado.

—Totocahuan, mantén a los hombres ocupados y alertas haciendo patrullas cortas, el peligro sigue con los grupos de asaltantes de Cuauhpopoca dirigidos por aztecas. —Cuauhtliuil tiene que llegar a la Tienda de Ixtoc pero antes quiere dejar ubicado al pequeño grupo que vigilará los movimientos del pueblo y serviría de enlace si hubiera problemas. Dirigiéndose nuevamente a Totocahuan le pide: —Que me acompañen Coyonextic y Hueyametl y dos tenientes tlaxcaltecas a ubicar el sitio de vigilancia del pueblo. Uno de los capitanes regresará con la información de la ubicación de los vigías. Preparémonos para hacer el viaje a Mizantla. Ve pensando cuál de nuestros capitanes sería el mejor capacitado para que se haga cargo de vigilar las caravanas de comerciantes en esta ruta del Norte: Zempoalac, Quiahuiztlan, Mizantla y Nautla. Y dame el santo y seña hasta llegar a Mizantla.

—Que sea: *In coatl tlaquehtzoma* (“La culebra que muerde”), para que tengamos presente que el peligro que significará Cuauhpopoca para nuestra misión.

—Cuando esté lista la patrulla la envías —Cuauhtliuil dio por terminadas las órdenes. Totocahuan saludó militarmente retirándose con paso enérgico.

X. Iniciando la Campaña del Sur.

Unos minutos después se presentó la patrulla bajo el comando de Hueyametl, mismo que saluda: —A sus ordenes capitán —el compañero Coyonextic regresaría con la ubicación del sitio y ruta para llegar al otero.

El valet de campaña entregó a Cuauhtliuil el arco perfectamente encerado y las flechas del carcaj reacomodadas.

—Hueyametl, hacia donde nos dirigimos —preguntó Cuauhtliuil.

—Hacia el sureste, cerca del camino que lleva a Mizantla hay unas dunas que ha dejado el mar me parecieron apropiadas para mantener la vigilancia sobre el pueblo.

—¿No es un sitio muy despejado? —pregunto Cuauhtliuil.

—Comparado con los sitios selváticos por los que hemos andado, pues sí. Sólo hay chaparros, abrojos, ondulaciones de arena, unos nopales sin espinas. Es terreno que me resulta más parecido a lo que tenemos en nuestra tierra y para mí y seguramente para mis hombres, menos estresante lo que permitirá una mayor atención

Cuauhtliuil apreció que las pupilas de los tenientes tlaxcaltecas reflejaron la luz de la luna al haberse abierto, signo que el capitán consideró que también les parecía una buena opción. No obstante les pregunta: —¿A ustedes que les parece?

Los tenientes tlaxcaltecas extrañados de que el capitán brincara la cadena de mando haciéndoles una pregunta directa, se volvieron a ver y uno de ellos respondió por los dos: — Señor capitán Cuauhtliuil, le aseguramos que haremos una mejor vigilancia en este terreno que se refresca por la brisa que viene de *Tonallatl*. La selva nos agobia con su calor y humedad. —Meditando si lo que iba a decir era conveniente, decide hablar. Le pido me perdone si no está de acuerdo, me parece que es menos probable que las patrullas enemigas incursiones por estos yermos. También... —Vuelve a detenerse para valorar su recomendación —vemos más lejos sin necesidad de andarnos trepando a los arbolotes.

Cuauhtliuil considera que la proximidad al mar y la comodidad del ambiente podrían relajar a los hombres, sin

estar muy convencido acepta. Dice para sus adentros ‘—¡Qué carambas, debo confiar en el juicio de mis hombres!’ respondiéndoles: —¡pongámonos en camino!.

Hueyametl de guía, un teniente tlascalteca a un paso, varios pasos atrás Cuauhtliuil seguido a un paso por el otro tlascalteca y varios pasos atrás, en la retaguardia Coyonextic, caminan hacia el nuevo sitio de vigilancia. El lugar no acababa por satisfacer a Cuauhtliuil, sigue meditando: ‘El lugar es más expuesto a la vista de la gente común, si llegarán a descubrirnos pensarían que es un grupo asociado a Cuauhpopoca, se alejarían, alertarían a los vecinos y guardarían silencio, quizá sea una ventaja adicional’.

Como se ha mencionado, las normas establecidas por su estado mayor obligaban a Cuauhtliuil a ir en medio de la patrulla, la posición más protegida. Esto le permitía caminar relajado aprovechando para valorar a sus hombres. Cada vez más gratamente sorprendido por los avances que demostraban. De improviso Hueyametl se detiene haciendo señas para que el grupo que viene atrás de los guías se acerque, han cruzaron varios senderos radiales desde el pueblo que muestran indicios de ser regularmente transitados por grupos de personas, este le parece diferente sin lograr identificar los indicios. Cuauhtliuil y el teniente tlascalteca que lo acompaña se acercan, Coyonextic monta el arco preparándose para cualquier eventualidad. Hueyametl señala unos herbajos abatidos en una dirección, muestra su confusión levantando los hombros. Cuauhtliuil indica al grupo que escuche con atención señalándose el oído. dirigiéndose a Hueyametl le interroga con los ojos, el joven le responde con la seña de agua corriente; Cuauhtliuil acepta con la cabeza, se lleva la mano a la nariz solicitándoles que olfateen, los hombres lo hacen con poco de ruido nada conveniente, el jefe vuelve a preguntar; el segundo guía tlascalteca hace la seña para *Cuapitzol*; nuevamente el jefe acepta con la cabeza indicándoles a los guías que caminen con cuidado diez pasos en la dirección que señala, llevándose los dedos índice y anular hacia las ojos que observen y con la

mano vuelta hacia él, que regresen; los guías hacen lo que se les pidió desandando sobre sus pasos caminando para atrás, el capitán vuelve a interrogar con la mirada; los guías hacen la seña para una familia de tepezcuintles; Cuauhtliuil levanta con cuidado el pie moviendo unas hojas que cubrían una pequeña huella de tres dedos, les ofreció una mirada conciliadora señalándose: los ojos, el oído, la nariz y la palma de la mano izquierda que mantiene hacia el suelo tocándola con los dedos opuestos de la mano derecha señas que indican: ver, escuchar, oler y sentir. No hay riesgos y Cuauhtliuil decide que es necesario hablar para que sus hombres no se sientan reñidos: —Al detener a la patrulla cuando se dio cuenta de un rastro confuso Hueyametl actuó correctamente para consultar. Les voy a relatar lo que percibí: antes de que nos detuviéramos un cambio en la dirección del viento me trajo un aroma de animal, dirigiendo la atención hacia el olor escuche animales lavando comida en el arroyo, finalmente sentí con el pié la hoja levantada por el paso de animalito que dejó una huella desconocida para mí. Nos aseguramos que no corremos riesgos innecesario y la posibilidad de entender que desconocemos muchas cosas de estas selvas de voraces peces en los ríos, inmensos jaguares que pueden abrir el cuerpo del hombre de lado a lado con la fuerza de sus músculos y los afilados cuchillos de sus garras, veredas de animalillos desconocidos que pueden servirnos de alimento, lluvias que destruyen senderos o que son borrados por la vegetación que crece en cuestión de horas. Estamos aprendiendo. Volvamos a nuestra ruta.

Se reanudó la marcha tomando sus posiciones. A medida que se aproximan al mar la vegetación se va haciendo pequeña y escasa provocando que los hombres anduvieran agachados en las honduras de las dunas subiendo arrastrados de vez en cuando a las más altas para observar y ubicarse. Hueyametl se detiene haciendo señas que el sitio ha sido elegido. Dirigiéndose a su capitán le pregunta: —Me parece que ese lugar es apropiado —señalando hacia una gran duna —si

hacemos la zorrera unas dos brazadas debajo de la cima nos protegemos del viento que llega del mar y molesta los ojos con la arena que levanta, vea que podemos observar sin obstáculos todo el pueblo.

—Es un buen sitio —responde Cuauhtliuil y ordena: —Coyonextic, elige al teniente que nos acompañará hasta la tienda de Ixtoc.

Casi de inmediato responde: —Estamos listos.

Tres salen hacia el poblado, los otros se quedan acondicionando el sitio. Ésta, como la vez anterior Cuauhtliuil va de guía, camina entre las casas en donde no hay perros llegando sin ser notados a la tienda de Ixtoc. Cuauhtliuil se agacha para levantar el faldón de la carpa pero desde adentro Ixtoc lo hace primero, apenas lo suficiente para darles paso palmeando el hombro de su hijo. En el interior los esperaban Hutzilitzin, Initlacua, Cozamatl y el valet que se mantuvo simulando el cuidado del supuesto enfermo.

—Alguna novedad —pregunto Cuauhtliuil.

—Ninguna —respondió Hutzilitzin —la mayor dificultad fue convencer a Cuaixihtac de que no era necesaria su ayuda. Insistió hasta el cansancio en ofrecernos a sus doctores y adivinos. Ya te lo contará tu papá lo que tuvo que lidiar con él —Ixtoc afirmaba con la cabeza.

—¿Qué han decidido? —preguntó abiertamente Cuauhtliuil.

—Los comerciantes están inquietos, han llegado noticias que a los comerciantes los asaltan en los caminos y que de los poblados se llevan a los jóvenes —respondió Initlacua —les parece que es pequeña la guardia y quieren regresar.

—¿Alguno ha sufrido robos o asaltos? —pregunta el Capitán.

—A los nuestros no —responde Initlacua. —Insisten que no es garantía para que no los asalten de regreso, han obtenido más beneficios de las que imaginaron, posiblemente porque hace tiempo que no llegan a estos lugares comerciantes importantes.

—Y a ustedes cómo les fue —preguntó Hutzilitzin.

Cuauhtliuil relató con lujo de detalles la inspección del Tajin. Para finalizar le pregunta a Initlacua: —¿Qué tan leal es tu asistente Tlahcuilohqui? ¿Se le pueden confiar secretos de estado?

—A mí nunca me ha faltado, reconozco que algo le doy para de asegurar su lealtad, aunque nunca me lo pidió. Señor Cuauhtliuil, la experiencia me ha enseñado a actuar de manera que no recomiende a nadie. Esto quiere decir que cuánto menos sepa es mejor. Pero sí me apura le diría que es confiable, sobre todo está contento con el trabajo.

—¿Qué otro creador de códigos tenemos?

—¡De esa calidad ¡ninguno!

—Habría que arriesgarse, tenemos que enviar un correo con los resultados de la campaña del Tajin a Ixtlixóchitl.

—Cozamatl —Cuauhtliuil se dirige al capitán de la compañía de protección preguntándole: —los han incomodado los guardianes que asigno Coyonextic.

—No mucho señor, se colocan fuera de la tienda del *Tlatoani* Ixtoc y lo acompañan a todos lados. De todos modos, no los perdemos de vista.

—Que bien, el santo y seña es “*in coatl tlaquehtzoma*” para que envíes a un par de tenientes tlaxcaltecas con Coyonextic. Se van juntos hasta el punto de vigilancia, un teniente se regresará, el otro continúa hasta el campamento con el objetivo de mantenernos comunicados. Que se reúnan en el bambudal que está a unos cincuenta pasos en esa dirección —apuntando hacia el punto mencionado, opuesto a la entrada de la tienda en donde se estaciona la guardia de Cuaixihtac.

Cozamatl expresó una amplia sonrisa de descanso, había olvidado que número le correspondía a Coyonextic y le dice: —Así que ya hiciste méritos para que se te reintegre tú nombre. Que alegría es volverte a llamarte “Coyote Cenizo” —acompañado de un saludo informal, tenían semanas de no verse. Se cuadró y salió a cumplir la orden.

—Coyonextic, le dices Totocahuan que se adelanten a Mizantla; que programe patrullas de cinco personas para que exploren la zona en busca de grupos de asaltantes, advertidos de no entrar en contacto. Que mantenga la comunicación con los vigías para que mañana por la tarde o noche lo alcancemos. Ya escuchaste, te reúnes con los tenientes tlaxcaltecas en el bambudal. No hay instrucciones para Hueyametl, nos vemos mañana por la noche.

Coyonextic repitió punto por punto las instrucciones, saludó militarmente, Él y el teniente tlaxcalteca salen de la tienda por el mismo sitio que entraron, dirigiéndose al punto de reunión en donde esperaron unos instantes a los dos tenientes que envió Cozamatl, al verlos llegar preguntaron: —¿El santo y seña?

—*In coatl tlaquehtzoma* —respondió uno de los tenientes.

Coyonextic tomó su posición de guía seguido de los dos tenientes de la compañía comercial y en la retaguardia su compañero. Fue sencillo caminar en la oscuridad de la noche evitando acercarse a las desperdigadas casas del pueblo. La noche era brillante y los ocupantes del otero se percataron del avance del grupo desde que abandonaron los bambúes, hasta hacían competencias. La soledad allana las jerarquías, los jóvenes trataban de adivinar el camino que tomaría Coyonextic:

—Que pasa por delante de aquella casa —decía uno. —Ya van a brincar el arroyo —comentaba el otro. Cuando entraron a las dunas las adivinanzas cambiaron por ver por cuál volverían a aparecer. —Así pasaron poco más o menos los treinta minutos que el grupo tardó en llegar al otero, que por lo visto estaba cumpliendo su función a cabalidad.

Hueyametl se pone de acuerdo para sorprender Coyonextic. Se oculta tras unos chaparros por donde supone que debe pasar el grupo. Los deja adelantar unos cinco pasos y con voz fuere y cavernosa pregunta: —¿Quién camina a esta hora de la noche?

Los dos tenientes tlaxcaltecas que venían en el centro de la columna pegaron un salto, el teniente de la retaguardia entrenado para responder se volvió arco en ristre sobre los supuestos ofensores. —¡Alto es Hueyametl! —habla claro y firme Coyonextic deteniendo a su hombre. Reclamando molesto a los bromistas—¿qué tal que fuéramos una cuadrilla de Cuauhpopoca.

Hueyametl responde —*In coatl tlaquehtzoma* —cumpliendo con su obligación. Toma del brazo a Coyonextic señalándole el camino que tomó desde el bambudal.

—Desde donde nos están observando.

—Desde que salieron de allí —Hueyametl señala el conglomerado de bambú difuminado por la oscuridad.

—Y nosotros buscando la mejor ruta para no ser descubiertos.

—Los de Cuauhpopoca deben estar, ciegos, sordos y parálíticos, para no descubrirlos, pero nosotros no ¿verdad compadre? —El teniente tlaxcalteca movía afirmativamente la cabeza con una sutil y burlesca sonrisa, posiblemente le dio temor ofender al capitán Coyonextic con una carcajada, o tal vez se había acostumbrado tanto a mantenerse en silencio, que la discreta sonrisa sería una sonora carcajada en otras circunstancias.

—Tengo que irme para transmitir las órdenes a Totocahuan. Tú y tú bromista compadre se quedan a vigilar y esperar lo que el capitán decida. Uno de estos compañeros —señala con la cabeza a los tenientes tlaxcaltecas que lo acompañaron —viene conmigo, el otro regresa. —Duda en decidir pues no los conoce para elegir según las habilidades de cada uno.

Hueyametl percibe la razonable duda de su compañero y decide ayudarlo: —Hoja arriba te llevas a este —pone la palma de la mano hacia arriba y señala a uno de los tlaxcaltecas indicándole que mantenga la mano tal como el la tiene —hoja abajo te llevas al otro —vuelve la mano y señala para que ponga la mano tal como la de él. Corta una hoja de un chaparro

cercano y recorta un pedacillo que entrega a uno de los tenientes ordenándole: —Lánzalo al aire —orden que ejecuta de inmediato.

La brisa marina juega con la hoja haciéndola rotar, elevándola, bajándola y arrastrándola hasta que se detiene sobre la arena. —Tú te vas con él —señala al teniente que mantenía la mano con la palma hacia arriba, la hoja mostró al cielo el envés.

Coyonextic se le queda viendo sin estar convencido de la decisión de su amigo, igual hubiera pasado sí el pedacillo de hoja de chaparro se decide caer por el otro, caminar en la noche por la selva seguido por un compañero sin experiencia le preocupa. Dice a su amigo: —Deberías ir tú que nos trajiste y recuerdas la ruta—considerando que su decisión fue una intromisión.

—Le hubieras dicho al Capitán que eras incapaz de seguir una ruta.

—Me hubiera contestado, es para que entrenes tus habilidades y les enseñes —señalando a los tlaxcaltecas — ¡Sabes tanto como nosotros!

—Ya no retobes y váyanse antes de que el pueblo empiece a despertar.

Coyonextic y el elegido por la hoja iniciaron su arduo camino hasta la patrulla emboscada. El otro teniente se aprestaba a regresar pero Hueyametl lo retiene diciéndole: — La gente empieza a levantarse, es preferible que te esperes a que amanezca, será más fácil confundirte y menos probable que nos descubran.

En la tienda de Ixtoc el movimiento inició temprano con el anuncio que el hijo del amigo de Cuaixihtac se había recuperado de las fiebres y podría asistir al almuerzo de despedida que le tenía preparado el calpixque.

A media mañana se presentó el mayordomo de Cuaixihtac para informar que el *Huei-Tlatoani* los esperaba. Llegaron a la palapa de los cabildos en donde los aguardaba el grupo de notables y un bien preparado almuerzo de pescados de mar y

de río, frutas y tubérculos tropicales. El mismo Cuaixihtac aguardaba en la puerta a su amigo Ixtoc y acompañantes. Los invitados departían con los principales del pueblo cuando se presentó Cuauhpopoca con sus tenientes aztecas con talante retador, posiblemente porque uno de sus grupos de asaltantes no aparecía. Varias veces miró retador a Cuauhtliuil que se hacía el desentendido. La actitud provocó que Initlacua le pusiera atención aun cuando se movía continuamente de un grupo a otro. Observó que Cuauhpopoca hacía corrillo con sus amigos, los aztecas se acomodaron entre los invitados mientras él se dirigía decidido hacia Cuauhtliuil, tal vez pensando que un profesorcillo no se atrevería a responder o sería presa fácil de vencer. Ixtoc, previno a su hijo con la mirada y gestos que le pedían calma. Hutzilitzin ultimaba detalles con Cuaixihtac. Initlacua se movía como sombra entre la personas siguiendo a Cuauhpopoca que estaba a un paso de Cuauhtliuil volvió a ver a su pandilla en un último concierto a su despropósito; tomó impulso y propinó un empujón fortísimo a Initlacua que de último momento se interpuso. El aventón envió a Initlacua sobre Cuaixihtac quién jalo en su viaje hacia el suelo a Hutzilitzin. La humanidad de los tres rodó con gran estrépito y exclamaciones de los presentes. Sobraron acomedidos para auxiliarlos, en especial al avejentado Cuaixihtac que se incorporó auxiliado por Cuauhtliuil.

Initlacua en un bien aprendido papel de servil *mayeque* con espasmos de dolor en una engarrada y servil figura pedía disculpas al furioso Cuauhpopoca presto para propinarle un puntapié que detuvo la autoridad del *Huei-Tlatoani* Cuaixihtac con un grito:

—¡Hijo detente. No ofendas nuevamente a nuestros invitados!

—No tanto la edad como el tiempo ejercido como calpixque en donde la traición rondó sus dominios y hacía patente en la entrañable figura su hijo, dedujo que el empujón propinado al fiel Initlacua era para el hijo de su dilecto amigo Ixtoc, nuevamente le dirigió una reprimenda.

—Cuauhpopoca, pareciera que tienes la intención de mostrar tus habilidades aprendidas de nuestros visitantes aztecas. Podemos hacerlo sin afrentarlos, tal vez tus amigos quieran participar y mostrar a nuestros invitados y al público que nos acompaña los ejercicios bélicos que están enseñando a nuestros jóvenes guerreros —señalando a los aztecas. —¡Que les traigan las armas que pidan! —habló al grupo rijoso y ordenó a su mayordomo. Viendo que ninguno de los tres hablaba ordenó tajante: —Escudo y lanza para Cuauhpopoca, escudo y macanas para los capitanes aztecas —orden que no admitía réplicas, como el mayordomo indeciso esperaba alguna seña de los jóvenes, el calpixque impaciente le reclamó —¡Que esperas! —El sirviente llamó a señas a tres de sus asistentes que salieron del recinto para regresar a unos minutos después con las armas especificadas entregándolas de acuerdo a las indicaciones del mayordomo.

Cuaixihtac se dirige a la asamblea: —señores, mi hijo Cuauhpopoca y dos de los capitanes aztecas nos mostrarán los ejercicios militares que están enseñando en el Calmécac a nuestros hijos.

Cuauhpopoca mirando a su padre con una mirada enconosa no tuvo más remedio que improvisar junto con los instructores una fingida batalla que no estaba exenta de riesgo. Cuauhpopoca era muy hábil con la lanza y el escudo, los aztecas blandían atinadamente las macanas, después de dos lanzas rotas y un escudo destrozado, dos arañosos marcados con la punta de la lanza en los pechos de los aztecas y un moretón en el brazo del escudo, Cuaixihtac dio por finalizada esta lucha de gladiadores dando por vencedor merecido a Cuauhpopoca. Este sintiéndose apoyado por su triunfo se paró retador frente a Cuauhtliuil diciéndole: —Tal ve el profesorcito pueda hacer lo mismo con los capitanes aztecas o con migo.

Sin perder un segundo Hutzilitzin intervino dirigiéndose al calpixque.

—*Huei-Tlatoani* Cuaixihtac, sería vergonzoso para su señoría comparar a su valiente y poderoso hijo Cuauhpopoca

con el *Pilalactli* hijo de Ixtoc, sus maneras de mujer desmerecerían la victoria de Cuauhpopoca y sería humillando en una remota derrota —Cuauhtliuil hecho una mirada de incredulidad a su tío, Ixtoc de tranquilidad e Initlacua como diciendo ¡ahora sí que te metiste en problemas. —El interés de este juego es probar habilidades, si los nautlecas y aztecas son buenos guerreros de lanza y macana como nos lo han demostrado, los texcocanos descendientes de chichimecas lo somos del arco y la flecha. Si el *Huei-Tlatoani* me permite solicitar el arma a mí asistente, puede fijar el blanco que guste a tiro de flecha.

Cuaixihtac fijó la vista en una palmera que distaba unos cincuenta pasos, cuando iba a señalarlo intervino Cuauhpopoca indicando retador un palmito ubicado a unos doscientos pasos, había cuadruplicado la distancia y reducido el volumen del blanco a poco menos de la mitad, algo imposible hasta para un excelente arquero. El calpixque intervino conciliador y firme: —Señor Hutzilitzin, use el blanco que le señalé.

Hutzilitzin había medido el tiro y pensando que con sólo que llegara la flecha, los concedores se habrían dado por satisfechos le pidió al calpixque: —*Huei-Tlatoani* Cuaixihtac, no quisiera contradecirlo, pero permítame complacer a Cuauhpopoca, tomaré de blanco el fruto del papayo que está a la par del palmito.

El valet, se había esmerado en calentar la madera con la piel de conejo, cera de Campeche y generosas pulidas, entregó el arco a su capitán ofreciéndole además, una mirada de aliento. Hutzilitzin repitió los movimientos de Macuahuitl, tomó la piel de conejo, frotó la madera enérgicamente, montó la cuerda, eligió una de las enormes flechas del carcaj, armó el arco, apuntó al suelo, levantó el arma en un ritmo sincronizado hacia el cielo en dirección al papayo, el arco se combó, accionado por los músculos del brazo que se marcaban, los de la espalda se inflamaban con el esfuerzo, los dedos índice y medio como ganchos se agarraban hasta el dolor, el arco se tensó con un rumor que amenazaba estallar. Los espectadores

apretaban y entrecerraban los ojos en espera que el arco crujiera, Hutzilitzin sin dejar de mirar a lo largo de la flecha fue bajando lentamente el arma y disparó. El aire cantó vibrando por la herida de la cuerda al ser liberada, para seguir clamando su dolor hendido por el pedernal de la punta de la flecha hasta perderse en el fondo verde de la selva que servía de telón al papayo.

Cuauhpopoca exclamó burlón y triunfalista: —¡Cualquiera de mis amigos se habría muerto de la risa!

El tiempo había sido benevolente con la mirada lejana de Cuaixihtac, observó perfectamente lo que no vió su hijo. Ordenó a su mayordomo: —¡Vayan a buscar la flecha!

El mayordomo y dos de sus ayudantes llegaron hasta el papayo, el mayordomo arrancó el fruto, los asistentes se internaron en la floresta atrás del papayo de donde salieron agitando la larga flecha que silbaba cada vez que iba de un lado al otro. El público expectante esperaba la llegada del mayordomo que traía en la mano derecha una papaya del tamaño de una cabeza que entregó al calpixque diciéndole: —*Huei-Tlatoani* Cuaixihtac, este es el resultado del tiro. —Los asistentes le entregaban la flecha con una lechada a todo lo largo y sin plumas remeras.

—Amigos vean —mostraba la papaya que lloraba leche por dos orificios opuestos. —Mayordomo, quieres decir que cualquiera de los amigos aztecas hubiera muerto ensartado y no de risa como dijo Cuauhpopoca.

—Atravesado *Tlatoani*, como ve la flecha aun estaba enterrada hasta aquí después de atravesar la papaya verde.

Incrédulo el calpixque admiraba el arma que estaba siendo frotada por Hutzilitzin para desmontar la cuerda, diciéndole con veneración: —Lo elaboró un gran arquero.

—Ya vimos que es usted un gran arquero —respondió con admiración el calpixque.

—Me refiero al gran General Amincatlaloc, padre de Ixtoc, tío mío y abuelo de Cuauhtliuil de quién debía tomar

ejemplo, pero acabo *pilalactli* —el comentario innecesario molestó al mismo calpixque, recriminando a Hutzilitzin:

—El joven Cuauhtliuil, es una persona preparada, sabe mucho de historia, leyendas y políticas y definitivamente no es afeminado... —piensa unos instantes en lo que va a decir. —No es el *pilalactli* que nos ha querido mostrar. He observado su mirada de águila de la montaña, tiene la profundidad de distinguir a un ratoncillo entre la hojarasca, y el juicio para esperar el tiempo que sea necesario para que su ataque sea fulminante. Pero aceptaré lo que mi amigo Ixtoc me diga —la última frase sonó como reclamación a la falta de confianza de su amigo.

—Ofrezco mis disculpas al *Tlatoani*, no debe ponerse en evidencia a los compañeros delante de personalidades como las presentes y menos cuando representamos una misión comercial de personajes como los *Huei-Tlatoani* de Tlaxcala y Texcoco. Podríamos perder la confianza que han depositado en nosotros. Le pido disculpas y a todos los presentes. Definitivamente mi sobrino Cuauhtliuil es un joven responsable y estudioso pero de ninguna manera es un *pilalactli* como le llamé —Hutzilitzin trataba de que Cuauhpopoca y sus amigos aztecas no canalizaran las palabras de Cuaixihtac hacia Cuauhtliuil atrayendo hacia sí la atención del público hacia él.

A Ixtoc le dolió el resentimiento de su amigo, pero no era quién para decidir qué o cuánto al avejentado calpixque. La amistad con Cuaixihtac podía obnubilarle el juicio. Cuauhtliuil miraba alternativamente a su padre y al amigo de este. En su mente analítica se valoraban los hechos acaecidos desde la llegada a Nautlan. Initlacua vio la oportunidad de indicarle con una mirada hacia el cielo que se estaba haciendo tarde, Hutzilitzin se percató, dirigiéndose al calpixque le solicitó: —En la plaza los comerciantes deben estar listos para partir, *Huei-Tlatoani* Cuaixihtac, le agradeceríamos que junto con su hijo el joven Cuauhpopoca de su venia a ésta primera caravana comercial para partir.

Cuauhpopoca hizo un gesto despectivo, reflejando su inmadurez política y económica contraria a lo que se esperaba de un futuro gobernante. También reflejaba su desinterés por la consolidación del poder que proporciona un intercambio comercial sano, estaba más hecho para ejercer el poder despótico del militar apoyado por los aztecas.

Un Cuaixihtac de porte majestuoso al tener la oportunidad de hacer patente su autoridad mediante el importante ritual de dar la voz de arranque a una caravana comercial de tal magnitud. Solicitó a su amigo Ixtoc que le acompañara a su lado, con gesto altivo ordeno a su hijo y amigos, y a los personajes importantes de Nautla que le siguieran. El séquito se dirigió hacia la plaza del pueblo, en ese momento repleta de bulliciosa gente que se prepara para partir con nuevas o novedosas mercancías que forjan la ilusión de intercambiar ventajosamente en la trashumancia del comerciante.

Initlacua había desaparecido como por encanto adelantándose a preparar el sitio para la entrada triunfal del calpixque de Nautlan. Con la premura, apenas pudo encontrar un sitio en los alrededores de lo que en algún momento fue un altivo templo y ahora un montón de piedras. Con sus asistentes y los del servicio de Ixtoc acomodó las provisiones y menesteres de la patrulla mirando al montículo con la espalda al poniente, a la manera en que se colocan las caravanas importantes de comerciantes para recibir la bendición de sacerdotes y *Huei-Tlatoani*. Con autoridad que no admite reproches pidió al teniente tlaxcalteca de guardia que acomodara a su gente para hacer honores al calpixque que se aproximaba. Los comerciantes, conocedores del ritual se fueron acomodando bajo las instrucciones de Initlacua, más para abreviar el tiempo que para atender a los rituales. Para cuando apareció el calpixque el teatro estaba preparado para la representación. Cuaixihtac emocionado hasta las lágrimas, Cuauhpopoca impresionado por la magnificencia del evento, embobados los pobladores de Nautlan que más bien parecía un caserío grande. El calpixque recordando trozos del discurso

que el *Huei-Tlatoani* Huehuemotecuhzoma dijo a su partida como su calpixque hacia Nautlan. El improvisado ritual y un locutor poco entrenado provocaron la sonrisa entre dientes de algunos comerciantes. Al fin, la caravana comercial promovida por Ixtoc inició su largo viaje de regreso hacia el valle donde radica el poder central de un basto estado de afiliaciones.

Mientras presenciaban la bendición del calpixque, Cuauhtliuil miró insistentemente a Cozamatl quién entendió que su capitán requería tratar con él asuntos reservados. Cuando la columna empezó a cargar y moverse se acercó al Capitán haciéndose sentir mediante un carraspeo y el rumor del cuerpo al ponerse en posición de atención miliar en espera de órdenes que no tardaron. Sin volver la cara Cuauhtliuil le indicó: —Con el teniente tlaxcalteca que acompañó a Coyonextic al otero, te vas a quedar a vigilar a Cuauhpopoca y a sus amigos. Si Cuauhpopoca toma rumbo al Tajin, los siguen un trecho, si no cambia de rumbo nos olvidamos de él, si se dirige hacia la caravana mandas al teniente tlaxcalteca al punto de vigilancia con Hueyametl que será nuestro punto de reunión.

Cozamatl repitió las instrucciones palabra por palabra incluyendo la entonación, tenso el cuerpo firme y partió.

Cuauhtliuil se acercó a Hutzilitzin para informarle de sus planes.

—¡Para qué te arriesgas! No creo que el hijo del calpixque quiera atentar contra los comerciantes, aunque la tentación de una caravana bien cargada puede ser grande —Hablo con el sigilo que se debe a los planes militares.

—¡Es lo pertinente! —respondió el Capitán en el mismo tono. Para zanjar la discusión le ordenó —te vas abriendo la caravana, yo estoy obligado a mantenerme en medio con dos tenientes tlaxcaltecas. Cozamatl no puede ir en la retaguardia así que distribuye a los guardias a lo largo de la caravana. De momento no corremos peligro. Te haré saber cuando me separé de la caravana —sin esperar respuesta dio media vuelta a

ocupar su sitio en donde viajaba Ixtoc con su séquito de mayeques y cargadores como cualquier comerciante.

Con tranquilidad describió los planes a Ixtoc, después se dedicaron a conversar sobre los objetivos alcanzados con la misión a Nuatlan. Pasada unas horas el hijo se despidió del padre: —Si nada extraordinario ocurre en la noche nos vemos, de otra manera ya te enteraras de los acontecimientos. —En un recodo umbroso se separó de la caravana internándose en la selva acompañado, o más bien cuidado por Tzompamitl y un teniente tlaxcalteca. Rápidamente desandaron el trecho hasta el punto de vigilancia.

Cuando llegaron Tzompamitl dijo ante el compañero de Hueyametl que estaba de vigilante *In coatl tlaquehtzoma* recibiendo la misma respuesta. Tras la duna estaban sentados viendo hacia el pueblo, Hueyametl, Cozamatl y su acompañante. Al sentir a su capitán se levantaron en actitud de saludo. Cozamatl flanqueado a la derecha por un teniente tlaxcalteca informa: — Cuauhpopoca y los capitanes aztecas tomaron rumbo al Tajin, los seguimos por un tiempo, pero su andar era firme en la dirección apuntada y decidimos regresar.

—No estaría de más que hicieran un último recorrido por la ribera, nos veremos en la noche en el campamento.

Cozamatl y su compañero tlaxcalteca toman dirección a la ribera que siguen hasta el mar encontrándose con manglares que hacían penoso el caminar, una barrera natural al tránsito de las personas. Llegaron a la costa cansados y sudorosos, se quitan la pesada ropa de gamuza para darse un chapuzón en un tranquilo mar. Caminaron por la costa hasta el punto en donde el camino real se aleja del mar en pos de la caravana que se dirige a Mizantla.

Cuauhtliuil ordena: —Levanten que nos vamos al campamento —sin relajar la atención, el grupo llevo al campamento cuando el sol se ocultaba dirigiéndose directamente a la tienda de Ixtoc vigilada por dos tenientes tlaxcaltecas que se plantaron firmes ante el capitán a quién les pregunta: —El señor Ixtoc.

—Adentro le responden.

Dirigiéndose a Tzompamitl le ordena —hágase cargo de establecer las guardias, no debe tardar Cozamatl, en cuanto llegue buscas a Hueyametl y los tres se vienen a la tienda, no importa la hora. —Uno de los guardas franquea el paso al capitán abriendo una de las solapas de la entrada.

Ixtoc había escuchado la conversación y esperaba de pie a Cuauhtliuil. De una manera espontánea, padre he hijo se abrazan con efusión familiar de celebrar un logro compartido. Se sientan en el lugar reservado de la tienda para comer en espera de otros invitados, entreteniéndose con botanas de cacahuete, frutas secas e insectos fritos. Al poco rato entró Initlacua saludando respetuosamente al Capitán quién le respondió invitándolo a sentarse señalando cualquier lugar alrededor de la estera, preguntándole: —¿En qué momento organizaste a los comerciantes en la plaza?

—Lo más difícil fue localizar el punto en donde debería colocarse el calpixque, después ubicar a los sirvientes del señor Ixtoc y de ustedes con las cosas que se van a transportar, con esto se hizo el frente, lo de más fue sencillo pues los comerciantes están acostumbrados a la ceremonia que no les agrada pero soportan en silencio y fingiendo atención para que sea breve. Me parece que le devolvió algo de respeto a Cuaixihtac poniéndolo nuevamente por arriba de Cuauhpopoca. Desde el punto de vista comercial me parece que logró mucho si lo medimos en la cantidad de comerciantes y gente de Nautlan que se nos han unido.

—Aprovechan la protección que les ofrecemos, quién sabe desde cuando no se movilizan por el temor a ser asaltados —apuntó Ixtoc.

—Por el momento podemos estar tranquilos, me informó Cozamatl que Cuauhpopoca se dirige al Tajin. Debemos actuar para que las gavillas preparadas por los aztecas no incursionen al sur del río —remató Cuauhtliuil sugiriendo que deberían pensar sobre el punto.

—Los capitanes Hueyamatl, Tzompamitl y Cozamatl solicitan permiso para entrar —habló uno de los guardianes.

Con la mano Cuauhtliuil dio su anuencia, el guarda levantando una solapa de la entrada dando paso tres de los cinco capitanes acolhuas, guardas de corps y parte del estado mayor del proyecto. El capitán General se levantó manteniendo la vista hacia los jóvenes enfatizando: —Hemos cubierto la parte más riesgosas del proyecto, se han comportado cómo se espera de su formación bélica y humana. Si las cosas se dan como pintan en poco menos de un año estaremos entrando en Xicalango en la frontera maya para ubicar el sitio de espera a los descendientes de Ce-Acatl-Topilítzin-Quetzalcóatl. Como Cozamatl les habrá informado, verificó que Cuauhpopoca tomó camino al Tajin, esto significa que podemos estar tranquilos pero de ninguna manera relajarnos, ejércitos poderosos han sido vencidos por la acción determinada y sorpresiva de un grupo pequeño bien organizado. Tzompamitl puede resumirnos lo visto en Tajin.

El capitán hizo el resumen. Cuando terminó Cuauhtliuil hablo: —Para mantener a Cuauhpopoca del otro lado del río —señaló la dirección con la cabeza —es preciso dejar un pequeño grupo encargado de mantener abierta y segura la ruta Xalapan, Zempoalac, Quiahuiztlan, Mizantla y Nautla. El responsable deberá trabajar hombro a hombro con Macuahuitl el calpixque de Zempolalac para mejorar los caminos, trabajo difícil en este clima tropical. Además, deberá promover el reclutamiento de jóvenes que aplicarían en condición de *centetlacatl* administrado por los calpixques. Cuando lleguemos a Zempolalac deberemos tener un candidato para este importante puesto civil y militar. Vayan a descansar que mañana debemos llegar a tiempo al mercado en Mizantla.

—Eso depende en mucho de los comerciantes, nosotros estaremos listos al amanecer —respondió afirmativamente Cozamatl. El grupo se despidió marcialmente de su capitán.

Cuauhtliuil esperó a que salieran, regresando a sentarse, anunciando: —¡A cenar y a dormir para iniciar nuestra misión

hacia Xicalango! —advirtiendo con esto a Initlacua que no tendría momento de reposo.

Antes del medio día siguiente los comerciantes presentaban sus artículos a los habitantes de Mizantla que pasaban y repasaban los puestos. La gente del pueblo se había convencido de que los ricos comerciantes del centro serían despojados de sus bienes por las gavillas de Cuauhpopoca, pero venían con más artículos locales, llegando en la misma caravana conocidos comerciantes vecinos, parientes y conocidos de Nautlan y otros caseríos que aprovechaban viajar al cobijo de los guardianes chichimecas.

A media mañana Coyonextic y su inseparable colega tlaxcalteca se presentaron en la tienda que fungía como centro de reunión del comando: —*In coatl tlaquehtzoma* —santo y seña con el que se anunciaron ante el personal de guardia, el responsable contestó con la misma frase levantando la solapa de la tienda de campaña anunciando a su jefe quién con una seña dio su anuencia para que entraran. Coyonextic saludó militarmente repitiendo la instrucción de su jefe: —sin novedades en el grupo de campaña.

—¿En donde hicieron sitio? —preguntó el capitán, quién por más que se esforzó durante el camino, le fue imposible descubrir algún indicio de la presencia de esa sección de su pequeño ejército.

—A quinientos pasos hacia el poniente —respondió Coyonextic señalando con el brazo la posición. En esta selva con poco se cubre un grupo pequeño, nos ubicamos al poniente para aprovechar los vientos que vienen del mar transportando voces y olores, y al mismo tiempo arrastrando hacia la selva los nuestros.

—Alguna señal de Cuauhpopoca —preguntó Cuauhtliuil.

—En nuestro rastreo no encontramos evidencias de grupos de asaltantes. Algunas trochas caminadas hace tiempo pero nada que permita sospechar la presencia de gavillas.

—Vete a quitar el olor a selva y te vienes para ayudar a integrar el código —señalando a los capitanes Hueyamatl y

Tzompamitl que ajenos a la conversación daban indicaciones a Tlahcuilohqui —que enviaremos a Ixtlixóchitl. Ve pensando en quién de los capitanes acolhuas está capacitado para quedarse como guardián de caravanas de comerciantes desde Zempoalac hasta Nautlan. Dale instrucciones a tu compañero para que avise al capitán Totocahuan que se integre a nosotros de manera muy discreta. Realizando el saludo militar dio por terminada la breve reunión reintegrándose como cabeza del grupo que elaboraba el código.

Hacia media tarde llegó en capitán Totocahuan, con vestido de faena y sin olor a selva como dice Cuauhtliuil.

Sin nada especial que contar pasaron por Quiahuiztlan haciendo la entrada triunfal a Zempoalac, en donde el calpixque Macuahuitl les dio una soberbia recepción, no sin motivos pues habían aumentado su poder sobre los poblados del norte hasta Nautlan, eso sí, con el incómodo encargo de mantener vigilancia sobre Cuauhpopoca y sus amigos aztecas.

Durante casi cuatro días de festejos preparados por el calpixque, Cuauhtliuil tuvo que representar el papel del estudioso hijo del comerciante Ixtoc. Entrada la noche citó en la tienda a su estado mayor, a Ixtoc, Initlacua y Ce-Mazatl quiénes junto con Tlahcuilohqui daban los últimos toques al código que se enviaría a Ixtlixóchitl.

—Aquí tengo los códigos que se han de enviar a Ixtlixóchitl, el más importante es el que se refiere a Tajin —elevaba sobre su cabeza varios pliegos de papel de ámate y pieles de vanado con ilustraciones de la campaña —es obvio que no pueden caer en manos del enemigo lo que me obliga a separar al grupo. Hutzilitzin se regresa con Ixtoc e Initlacua a Texcoco en la caravana comercial. Ce-Mazatl, Totocahuan y Tlahcuilohqui nos dirigiremos al sur. Ce-Mazatl me informó que desde Zempoalac prácticamente no hay caminos transitables entre pueblos del sur, que el intercambio comercial se hace por mar con Cuatzacualco por esto, el avance será lento. El grupo que comando por recomendaciones de Ce-Mazatl seguirá la ruta Zempoalac, Ahuilizapan, Quahutochco,

Cotaxtla, Atlizintlan, Tuxtla, Tzapotliyeapan. El grupo que comandará Hutzilitzin seguirá la ruta Texcoco, Tlaxcala, Xocoyucan, Huexotzinco, Tehuacan, Mezactepan, Coxamaloapan. En Tzapotliyeapan nos encontraremos para la próxima fiesta de Quetzalcóatl. De aquí nos quedarían Catemaco, Cuatzacualco, Xaltipan, Comalcalco, Cintla en donde se ubicará la residencia de Hutzilitzin y Xicalango en donde haremos el centro de mando más avanzado si podemos negociar con los jefes mayas. Si Hutzilitzin llega primero a Tzapotliyeapan tratará de avanzar en la tercera ruta hasta que le demos alcance. El Grupo del Sur que comando tiene que abrir rutas. El grupo comercial que comandará Hutzilitzin utilizará una ruta comercial conocida, en donde los calpixques son de raíz chichimeca a los que deberá pedirles compromisos firmes con la causa. Su operación será lenta pues deberá transportar a las familias propias y las de los integrantes del Grupo del Sur. Este es un esbozo de lo que nos espera y a grosso modo la manera de enfrentarlo. ¿Tienen preguntas?

Los capitanes pidieron aclaraciones sobre todo en lo concerniente a las familias pues aquellos que integrarían el Grupo del Sur probablemente nunca más regresarían a Texcoco. La mayoría de las preguntas fueron respondidas por Hutzilitzin. Cuando no hubo más Cuauhtliuil continuó:

—La primera cuestión a resolver era determinar quién será el responsable de mantener operando la ruta comercial Xalapan, Tlacuilolán, Zempoalac, Quiahuiztlan, Mizantla y Nautla. Les pedí que pensaran en el candidato. Una vez definido, habrá que pedir a los tlaxcaltecas que nombren a las dos tenientes que se quedarán como segundos con rango de capitanes. Los capitanes acolhuas se miraban unos a otros sin atreverse a hablar.

Después de varios minutos despaciosamente Tzompamitl se levanto diciendo: —Señores Capitanes, recomendar a un compañero para este cargo me resulta penoso, pues perderá la oportunidad de conocer nuevos pueblos o perderá la oportunidad de visitar a sus familiares. Yo familiares directos

no tengo y reconozco que andar en la selva me agobia... — hizo una pausa para tomar aliento y coraje —por esto, si me lo permiten, me ofrezco para tan importante cargo.

De una manera o otra los capitanes acolhuas se habían ido acomodando en funciones y cargos afines a su carácter, el Capitán Totocahuan como jefe de la patrulla de avanzada y mano derecha de Cuauhtliuil; Cozamatl como jefe de la sección comercial y mano derecha de Huitzilitzin, ellos muy a gusto con el cargo y los capitanes comandantes con ellos; Hueyametl al lado de Totocahuan y Coyonextic de Cozamatl; Tzompamitl aun se encontraba sin afiliación o cargo definido, además se llevaba muy bien con los tlaxcaltecas quienes lo admiraban por ser pelirrojo.

—¿Algún comentario al respecto? —pregunto Cuauhtliuil.

—Tiene un carácter muy afable, es un buen compañero — comenta Hueyametl con una sonrisa en los labios —pero es un riesgo para andar dentro de la selva, su pelo *chichiltic* hace enojar a los pájaros que quieren desplumarlo a picotazos — comentario de apoyo a su amigo, que ciertamente de pequeño, los verdugos y cenzones se abalanzaban a picoteaban la cabeza para obtener pelos para sus nidos.

Con una sonrisa en los labios Cuauhtliuil acepta la candidatura recomendándole: —Habla con los tenientes tlaxcaltecas par obtener por lo menos dos voluntarios —. Solucionada esta parte, queda por indicarles que Cozamatl y Coyonextic se irá a Texcoco junto con los tenientes tlaxcaltecas que decidan regresar. Totocahuan, Hueyametl y los tenientes tlaxcaltecas que así lo soliciten con migo hacia el sur, apoyados con conscriptos zempoaltecas. ¿Aclaraciones y comentarios?

Espero unos momentos pero no hubo respuesta terminado con la sesión: —Bueno, preparémonos para nuestros nuevos cargos y obligaciones.

Tres días después partió El Grupo del Sur formado por el Comandante General, el Primer capitán Totocahuan, el Segundo capitán Hueyametl, tres tenientes tlaxcaltecas que

decidieron seguir en la campaña, varios conscriptos zempoaltecas, Ce-Mazatl el guía, Tlahcuilohqui el escritor de códices cumpliendo funciones de proveedor y mayordomo, tres valet uno para cada capitán y cuatro de servicio, en procura de lograr la anexión de los poblados de Zempoalac, Ahuilizapan, Quahutachco, Cotaxtla, Atlizintlan, Tuxtla, Tzapotliyeapan con un plazo de algo más de medio año para conseguirlo. Cinco días después, con la bendición de Macuahuitl parte el grupo comercial al mando de Hutzilitzin, el Primer Capitán Cozamatl, el Segundo Capitán Coyonextic, varios tenientes tlaxcaltecas, Ixtoc como embajador comercial, Initlacua el proveedor y portavoz de los comerciantes, y el personal de servicio restante. A este grupo se suman Tzompamitl el primer capitán acolhua con puesto definido de comandante de avanzada encargado de la Ruta Comercial del Norte, dos tenientes toltecas que eligió de varios que se ofrecieron acompañarlo, como los segundos, varios nuevos conscriptos zempoaltecas, tres valet y *meyeques* de servicio, este grupo iniciará funciones una semana después de su llegada a Xalapan con una nueva caravana de comerciantes para cumplir el ciclo en un periodo lunar en dirección a Nautla y el mismo tiempo de regreso, ciclo que se repetirá sin interrupción mientras las circunstancias lo requieran.

La Reunión.

Las mayores dificultades del Grupo del Sur comandado por el capitán Cuauhtliuil, se debieron a las casi ausencia de rutas de comunicación entre los pueblos que tenía que anexar teniendo que abrir trocha. Mayor dificultad tenía cuando se aproximaba a la costa en donde la selva tropical era agobiante. Por otro lado, aprendieron de las ventajas de la comunicación navegando los ríos abundantes en estas tierras de cerradas selvas y copiosas lluvias. Los conocimientos de Ce-Mazatl coadyuvaron a que el grupo no fuera presa de las enfermedades tropicales. Los calpixques de Ahuilizapan, Quahutachco, Cotaxtla, Atlizintlan, eran de origen chichimeca inconformes con las exigencias de los impuestos de los esclavistas aztecas de manera que aceptaron de buen grado el apoyo que se daría desde Texcoco y Tlaxcala si se integraban a la ruta comercial del Sureste.

El poblado de Tuxtla desde que el legendario Ce-Acatl-Topilitzin-Quetzalcóatl la abandonó en su último viaje lo veneraban en el solsticio de verano mediante una ceremonia en que se dejaba a la deriva, flanqueada por decenas de cayucos, una balsa profusamente adornada que representaba, la que en tiempos remotos uso su legendario héroe. Se iniciaba al ponerse el sol dándole fuego en el lugar del mar que se encontrara, buenos augurios se esperaban si la balsa era arrastrada por las corrientes hacia el horizonte, malos si encallaba en la costa. En las últimas décadas la balsa se ha internado cada vez más en el mar, hacia donde nace Tonatíuh

XI. La Reunión.

indicador que se está acercando el tiempo en que la balsa se pierda en el horizonte, entonces, será el momento que su Dios mentor Quetzalcóatl le indique que debe regresar a hacer grande a sus descendientes, según las consejas de los Tuxtlecos. El *Huei-Tlatoani* de Tuxtla, un anciano respetable y su hijo sucesor recibieron a Cuauhtliuil con ansiedad pues ya se habían beneficiado con el aumento del comercio que a través de la ruta marina que se realizaba con Zempoalac. Escucharon con atención reverencial la explicación de Cuauhtliuil sobre la misión para preparar el regreso de Ce-Acatl-Topilitzin-Quetzalcóatl que según los sabios tolteca-chichimecas y los mismos aztecas esperaban en los muy próximos años, augurios que coincidían con sus creencias. Esta actitud y la importancia del *Huei-Tlatoani* de Tuxtla les abrieron las puertas de los pueblos del sur, de raíces olmecas que habían servido de enlace comercial entre las culturas Teotihuacana y Tolteca con la Maya.

Cuando Cuauhtliuil llegó con una ejército ampliado por entusiastas jóvenes Tuxtlecos a Tzapotliyeapan, punto de reunión pactado con la fracción comercial se encontró con poblado que había vivido tiempos mejores, las rutas comerciales la habían dejado un poco de lado por estar un tanto alejado de la ruta marítima y pluvial. El *Tlatoani* de pueblo trataba de mantener con grandes sacrificios la parte urbana del pueblo sin resultados, especialmente debido a un saqueo inmisericorde de una avanzadilla azteca que lo dejó sin hombres jóvenes y muchas mujeres vejadas matando las ilusiones del pueblo. La familia del *Tlatoani* se había salvado pues visitaba a parientes en Tuxtla. El mismo jefe expresó la necesidad de establecer un compromiso que preservara al pueblo de las funestas incursiones de los aztecas. Cuauhtliuil se vio obligado a tomar una decisión rápida, dejar como calpixque a uno de sus capitanes. Podría lamentarlo después pero requería protegerse las espaldas de una eventual intromisión azteca cercana a su punto estratégico de encuentro, además que les entorpecería el tránsito comercial como sucedía en Nautla.

Se quedó viendo a sus capitanes que participaban en la reunión. Totocahuan sin esperar ser consultado se dirigió a Cuauhtliuil más como amigo que como su superior usando un tono de voz firme:

—Ni me mire señor, preferiría seguir con usted hasta el final, no tengo dotes de administrador.

—Pocas opciones me dejas, Hueyametl será el calpixque de Tzapotliyeapan —dirigiéndose al *Tlatoani* del pueblo le pregunta —¿cómo formalizamos el compromiso?

—Tengo tres hijas que no han sido mancilladas por los aztecas, si el Capitán acepta, las tres pueden ser base para el compromiso.

Esto me obliga a comprometer a dos de mis hombres. ¿Le importaría que fueran zempoaltecas? —preguntó Cuauhtliuil.

—Yo preferiría que las tres fueran esposas del capitán acolhua.

—Con el tiempo Hueyametl se inclinaría por aquella esposa con la que se sienta más a gusto, así dos quedarán discriminadas de una manera más dolorosa.

—Entonces, que sea como usted dice —acepto el *Tlatoani* de Tzapotliyeapan.

El tiempo que llevaba Cuauhtliuil con el mando absoluto lo había transformado en un hombre impaciente y en tono de orden le dijo al *Tlatoani*: —Mande a traer a sus hijas —el *Tlatoani* un tanto amedrentado repitió la petición a uno de sus sirvientes.

Cuauhtliuil notó el temor en el hombre rectificando: —Mañana a medio día se presentarán sus hijas con mis hombres para que nos pongamos de acuerdo, pasado mañana se formalizará el compromiso. —A su lado se escucho un suspiro de alivio de Hueyametl. Se dio por terminado el asunto de las hijas del *Tlatoani* pasando a temas más inmediatos como el lugar en que se alojarían y la manera en que los pobladores de Tzapotliyeapan cubrirían las necesidades de alimento de la tropa.

Por la tarde, después que Cuauhtliuil tuvo tiempo de pensar en las implicaciones de su decisión un tanto apresurada, optó por modificar su actitud considerando los sentimientos de los involucrados en sus decisiones y consecuencia del poder absoluto que detentaba, llamó a su valet indicándole: —Búscame a Hueyametl. —casi inmediatamente entro el capitán acolhua saludando a su comandante quién respondió de la misma manera. Le invitó a sentarse frente a él ofreciéndole un refresco de frutas tropicales, después que este se acomodó inició una charla de explícita disculpa, pues sabe que quién detenta el poder absoluto no puede darse el lujo de equivocarse. Le dice: —Hueyametl, no debí actuar tan apresurado en la mañana, pero las cosas pueden remediarse. ¿Tienes compromiso con alguna muchacha en tu pueblo?

—He tratado a varias jóvenes pero por el momento no tengo compromiso formalizado.

—¿Por qué estas en esta campaña que te ha alejado de tus tierras?

—El *Huei-Tlatoani* Ixtlixóchitl me lo ordenó.

—Así que la campaña se les impuso.

—Creo que únicamente el capitán Totocahuan pidió venir.

—¿Qué piensas de quedar como calpixque de Ixtlixóchitl en este poblado? Toma en cuenta que quizá no vuelvas a Papalotlan, creo que ese es tu pueblo.

—Sí señor, nací en Papalotlan, soy paisano de Totocahuan. Desde que fui asignado a esta misión consideré el riesgo de no volver aunque en honor a la verdad no pasó por mí mente que fuera por nombrarme calpixque.

—¿Cuál es tú origen?

—Mi padre descende de chichimecas y mamá de papalotlanecas.

—¿Estarías dispuesto a ser parte del compromiso que propuso el *Tlatoani* de Tzapotliyeapan.

—Si usted lo manda.

—Respóndeme con tus sentimientos no con lo que yo diga. No puedo preguntarte de sentimientos por la joven porque no la conocemos.

—¡Usted no! nosotros ya las conocemos.

—¿Ya las conocen...? ¿En qué momento?

—Señor, sus pensamientos están en otro lado o comprometidos con la campaña, pero nosotros tenemos ratos libres y buscamos como entretenernos. Aquí las casas son muy abiertas y como en todos lados, los extraños interesamos a los nativos. Las hijas del *Tlatoani* son bonitas y agradables.

—¿Ya conversaron con ellas?

—Y con otras ¿qué no se dio cuenta que en el pueblo no hay varones jóvenes? Más bien ellas buscaron conversar con nosotros.

—Nosotros significa todos.

—No todos, el capitán Totocahuan se parece a usted sus pensamientos vuelan a otros lados o están en la campaña.

—Totocahuan tiene compromiso formal.

—El Capitán Primero tiene un hijito que estará cumpliendo por estas fechas su primer sol.

En el semblante de Cuauhtliuil se revelo el sentimiento de culpa diciendo para sí en voz baja: —Debo considerar que mis hombres no son sólo soldados.

—¿Capitán? —Llama la atención Hueyametl al jefe que se ha distraído.

—¿Qué debí enterarme de la situación y los sentimientos de ustedes?

—Es usted un buen comandante.

—Preferiría que me consideraran además un buen hombre.

—En la tropa hemos hablado que el *Huei-Tlatoani* Ixtlixóchitl le ha cargado con una inmensa responsabilidad. Pero todos estamos con usted para lo que mande.

—Ahora no te mando, te estoy pidiendo un sacrificio.

—Para mí no es un sacrificio, es la oportunidad de avanzar, como le dije, ni en el más aberrante de mis sueños

pensé llegar a ser calpixque aunque sea de un pueblito que se ve abandonado.

—Ya lo dijiste, un pueblito que va requerir de mucho esfuerzo para que vuelva a su antiguo esplendor que se percibe en los ruinosos templos. En esto estarás asistido por dos zempoaltecos que a tu mando establecerán un compromiso con Macuahuitl y el *Tlatoani* de este pueblo.

—¿Los puedo elegir?

—Si me lo pides, pero preferiría que ellos aceptaran para no cometer una injusticia.

—Tiene razón. Me podría asistir en esto.

—¡Claro! Pero antes debemos aclarar una última cuestión. Tú ascendencia chichimeca te permite tener varias esposas ¿quieres a las tres?

—No señor, en eso somos papalotlecos viejos que se unen a una sola mujer. Me gustaría escoger.

—No me digas que en lo que llevamos en este pueblo ya tienes una predilecta.

—Usted es un gran cazador pero no lo ve todo.

—Claro que no, el tiempo en que están francos es de ustedes y no tengo porque fisgonearlos.

Cuauhtliuil volvió el rostro hacia la entrada de la tienda llamando al valet, al que le ordenó: —Que se presenten los cadetes zempoaltecos. —Uno a uno fueron entrando a la tienda en espacios irregulares de tiempo saludando muy formalmente a los capitanes. Al llegar el último ambos capitanes se levantaron colocándose de frente a la hilera de cinco mozalbetes. El comandante les hablo en tono familiar:

—El *Tlatoani* de este pueblo me ha solicitado establecer compromisos formales de ayuda para este pueblo. Como prenda de tal ofrece en matrimonio a sus tres hijas, una de ellas será esposa del capitán Hueyametl —señalando al capitán que se esforzaba en entender la conversación, aun no dominaba el totonaca —las dos jóvenes restantes se casarían con alguno de ustedes. Para que no cometer una injusticia siéntanse con absoluta libertad, quién tenga compromisos con alguna

muchacha o no quiera dejar a su familia y pueblo o no quiera unirse a una desconocida puede salir de la tienda. Los jóvenes de miraban sin intercambiar palabras, uno de ellos se retiró. — Quienes sean elegidos por el capitán Hueyametl será a la vez seleccionado por alguna de las jóvenes y quedarán comisionados en este pueblo bajo las ordenes del capitán. Cuando llegemos a la costa enviaremos correo para Macuahuitl enterándolo de la decisión y para que mande más concriptos necesarios para repoblar este lugar y forjar una falange contra las agresiones aztecas. Habrán observado no hay varones de su edad. Alguna pregunta o condición —los cadetes estaban aun pasmados pues era la primera vez que el comandante se dirigía directamente a ellos, como ratoncillo que se va a comer una víbora hundían la cabeza entre los hombros sin poder rehuir la mirada del rostro del comandante supremo.

—Hueyametl, elige a tus asistentes.

Sin dudarle el capitán señaló a dos jóvenes cadetes dirigiéndose a ellos por sus nombres.

—Los restantes pueden retirarse —ordeno Cuauhtliuil. Espero que salieran para dirigirse a los comprometidos: — Mañana antes del medio día se presentan en la palapa de la plaza arregladitos para la boda.

—Será con un *maxtle* limpio, respondió uno de los jóvenes —dadas las escasas pertenencias que el clima y la campaña les permitían.

—Díganle a Tlahcuilohqui que les consiga algo apropiado para la ocasión —los jóvenes se sonrieron tímidamente, quizá se veían como gallitos en gallinero de pollitas —retírense y no olviden la cita. Esperó que salieran para dirigirse a Hueyametl —para ti va ser difícil conseguir algo apropiado.

—Yo traje algo de ropa para cuando estoy franco y por cierto, no ha habido oportunidad de estrenarla.

—¿Y cómo vamos ha hacer la selección mañana?

—Me llevo a los cadetes para que conversen con las hermanas, yo hablo con la muchacha que me gusta

explicándole la situación para que las jóvenes se coloquen frente del que hayan elegido. Según tengo entendido, la ceremonia, debe ser oficiada por un sacerdote o por el *Tlatoani* de más jerarquía, y este señor es usted. Le sugeriría que consultara a Tlahcuilohqui, debe estar más enterado de estos asuntos. Si no hay más pendientes me retiro. El comandante corresponde al saludo.

Ciertamente, Cuauhtliuil habló con el escribano para que le aconsejara sobre la ceremonia matrimonial que se implicaba en un compromiso de lealtad entre dos estados, situación muy importante en la política, economía y sociología del imperio. Un matrimonio forjaba un compromiso indisolublemente de lealtad entre los *Tlatoani* involucrados extensivo a los *calpolli*. La duda que tenía era si debía mencionar a Netzahualpilli el *Huei-Tlatoani* de Acolhuacán o a su hijo Ixtlixóchitl el *Huei-Tlatoani* de Tepetlaoxtoc. El escribano le mostró los bastoncillos con los créditos. Cuauhtliuil se decidió por el de Ixtlixóchitl, indicándole además que debería elaborarse un sello para Hueyametl si iba a nombrársele calpixque.

—¿Qué otra opción tengo? —preguntó Cuauhtliuil.

—Nombrarlo Capitán de Plaza. El primero es un cargo civil y lo libera de su jerarquía.

Sutiles diferencias que en algunos casos pueden ser trascendentes. Depuse de meditarlo Cuauhtliuil decidió: —Será calpixque, elabora el bastoncillo que acredite a Hueyametl calpixque de Ixtlixóchitl nombrado por mí.

A media mañana del día siguiente a la palapa de la plaza adornada con vegetales y guirnaldas de flores elaboradas por los pobladores, el pequeñísimo ejército que comandaba Cuauhtliuil, el *Tlatoani* y toda la gente de Tzapotliyeapan. El escriba Tlahcuilohqui consiguió sahumadores y copal para ambientar la ceremonia. Los concriptos zempoaltecos bañaditos y con un *maxtle* orlado con ribetes rojos y Hueyametl vestido de fiesta con capa encarnada y cadenilla de oro. El porte de su capitán impresionó a Cuauhtliuil y volvió a

reñirse mentalmente —‘Es imperativo que me interese en mí gente’.

Las novias se distinguían del resto de las mujeres casaderas del pueblo porque adornaban su pelo con encarnadas flores rojas y su cuerpo ungido con aroma de vainilla, una saya limpia atada a la cintura con una tira roja que colgaba del lado izquierdo y un ramo de orquídeas blancas entre las manos. La mayor de unos diez y ocho y la menor de catorce años.

Tlahcuilohqui, inició la ceremonia tratando de acomodar a los involucrados; a Cuauhtliuil con la espalda al oriente, a los hombres con la espalda al norte con Hueyametl a mano derecha del capitán. Insistió en acomodar a las jóvenes de espaldas al sur, y la mayor a mano derecha del celebrante acomodadas por edad. Pero las jóvenes se revolvían y paraban de diferente manera, el mayordomo insistió, pero las muchachas a revolverse. Hueyametl miró con azoro a Cuauhtliuil que no recordaba lo acordado el día anterior. El novio principal con evidentes señales de azoro habló: —Señor, usted decida cómo deben acomodarse las señoritas. El capitán, le retornó una mirada tranquilizadora sugiriéndole al escribano: —Tlahcuilohqui abreviemos, deja que las señoritas se acomoden frente al novio que elijan. —La joven de edad media, una niña de juguetones ojos y manos inquietas que indicaban ser laboriosa frente a Hueyametl quién dejó escapar un suspiro, la mayor frente al más alto de los conscriptos y la menor frente al restante.

Cuauhtliuil, ataviado con una capa y un tocado de plumas perfectamente cuidadas, portando el bastoncillo que le dio Ixtlixóchitl como símbolo de representante plenipotenciario dio inicio a la ceremonia de unir en matrimonio a dos *pilli*. Como símbolo entregaría un bastoncillo elaborado por Tlahcuilohqui, evidentemente más modesto pero con el mismo significado al nombrar a Hueyametl calpixque de Tzapotliyepan. Con la ceremonia se formalizaba la adhesión a Ixtlixóchitl. El compromiso implicaba la recolección de impuestos como el *cente-campoalli* y *cente-tlacatl* que acabó por aceptar el pueblo

dados los beneficios que les recibía. La fiesta costada por el *Tlatoani* del pueblo ahora suegro del calpixque duró tres días, tiempo que la tropa disfruto como gallitos en gallinero.

Daban tiempo a que llegara la sección comercial que aprovecho Cuauhtliuil en aleccionar al flamante calpixque Hueyametl de lo que esperaba de su mandato. Por la mañana del día quince después de su llegada, pidió a su valet que llamara al capitán y al proveedor. Casi inmediatamente entro Tlahcuilohqui quién haciendo una genuflexión y sin pronunciar palabra se acomodó en donde creía menos estorbaba, poco después entró Totocahuan saludado con los movimientos usuales, recibiendo la misma respuesta un poco menos formal. —Preparémonos para salir mañana rumbo a Cuatzacualco.

—¿No vamos a esperar al comandante Hutzilitzin?

—Ya nos alcanzarán, quedamos en eso. He notado que nuestros hombres se están relajando.

—¿Qué esperaba el capitán en este pueblo sin hombres y la tropa con varios meses de campaña?

—¿Ya te enredaste con alguna? —Pregunta que hizo en tono y actitud de compañero.

—No señor, fui creado con las enseñanzas de los ancianos. Tengo esposa y un pequeñín.

—Hueyametl me respondió de la misma manera.

—Ixtlixóchitl insistió mucho en que los cinco seleccionados poseyeran esta característica familiar, me contó que en su familia tenían consideraciones especiales para las mujeres, particularmente para la esposa “enseñanzas de la abuela-abuela” enfatizó. También me recalcó que vigilara este comportamiento en la guardia de corps para evitarnos problemas con usted.

—Tu señor es increíble, en todo piensa, he aprendido a ser más liberal aceptando que muchas costumbres llegan a regirse por reglas diferentes, por ejemplo, los chichimecas tienen varias esposas.

—Y los totonacas también, no se imagina el desplumadero que han hecho.

—Ya me he dado cuenta, por eso urge ponerlos a trabajar antes de que empiece el libertinaje y perdamos autoridad sobre ellos.

—En eso tiene razón, ya empiezan a tratarnos con más familiaridad. Los entrenamientos matutinos y vespertinos no son suficientes, y como siempre ante público femenino, los muchachos tlaxcaltecas y zempoaltecas se desconcentran por sobresalir.

—Cortemos por lo sano, mañana al amanecer nos vamos.
¿Comprendido Tlahcuilohqui?

—Si capitán —respondió el escribano.

—¿Lleva al día los códices?

—Sí capitán, cuando lo solicite se los muestro.

—¿Cómo te das tiempo?

—Lo saco sin descuidar labores, también me he permitido enseñar a dos asistentes, uno de ellos su valet —respondió con voz insegura pues para estos tiempos era mal visto por los *pilli* que la servidumbre, *mayeques* y *tlaimaites* se educara.

Cuauhtliuil adivinó el trasfondo de la respuesta, en tono pontifical le dice: —La educación es un derecho de todos, *tlacatlquen* y *zohuatlquen* sin distinción de sexo o clase. Y es una virtud poder interpretar la naturaleza para plasmarla en los códices.

El escriba pidió permiso para retirarse agachando levemente la cabeza, sin humillarla como antes. El Capitán General dio su anuencia dándole una palmada amistosa sobre el hombro. No terminaba de cerrarse la cortina cuando reapareció Tlahcuilohqui anunciándole: —¡Aquí le buscan! Señor.

Hueyameatl le había descargado de entrevistas con gente del pueblo que le solicitaba para que solucionara sus problemas. Creyó que era relacionado al pueblo, labor que no le agradaba, respondiendo de manera seca y cortante: —Que pasen.

Se le iluminó la cara al ver entrar a Totocahuan acompañado de Coyonextic y el inseparable teniente

tlaxcalteca. El gesto de abrazo que intentaba se vio bruscamente cortado por el saludo de los visitantes y un: —*In coatl tlaquehtzoma* —del recién llegado. No se había cambiado contraseña, o al menos la sección comercial no la sabía.

—*In coatl tlaquehtzoma* —respondió Cuauhtliuil acompañado del saludo militar. Forma que en las sociedades jerarquizadas cortan la familiaridad. Después de las formalidades despidió al teniente tlaxcalteca para que se reuniera con sus paisanos deseosos, como él, de saber de sus pueblos y gentes. Discretamente se desvaneció el escribano.

—¿Por qué se han atrasado? —pregunta obligada por la ansiedad de la espera.

—No se imagina la cantidad de gente que viene, casi el doble de comerciantes, más tropa, tu esposa e hijo —dirigiéndose a Totocahuan —También su esposa señor acompañada de su hermana menor que ahora es mi esposa.

—¿Estás casado con mi hermana?

—No, con la hermana de su esposa, o sea su cuñada.

—Me alegra escucharlo, sobre todo porque Iztayahui no estará sola. Y cómo se comprometieron.

—Verá señor, yo soy de Tlaixpan, cuando estábamos en el *Tlamatiliztli-Cali* conocí a la que ahora es su señora esposa y a la que es mía, entonces muy pequeñas, las deje de tratar cuando entré al calmécac, Iztayahui siempre muy seria y altiva lejos de estos ojos, mientras que Tzicuihtli es como su nombre “viento que corre” siempre me impresionó. Cuando llegamos con la caravana nos dieron unos días francos, cuando me dirigía a la casa alcance a un grupo de personas, era el *Tlatoani* Ixtoc y me ofrecí a ayudarlo. En casa de Gran General Amincatlaloc lo esperaba medio Tlaminca, allí estaba Tzicuihtli que ha acompañado a Iztayahui desde que se paso a vivir en la casa de su abuelito. Con el pretexto de ayudar a su papá a preparar el siguiente viaje me la pasaba en Tlaminca. En la ceremonia en que su papa Ixtoc se comprometía a nombre de usted con Iztayahui, al finalizar la ceremonia, la impulsiva de Tzicuihtli soltó a viva voz “yo me voy contigo Iztayahui,

Coyonextic me pidió que nos casáramos”. Creo que nadie sabía o sospechaba las intenciones de Tzicuihtli, yo lo había pensado y tal vez se lo había mencionado pero no quería comprometerla. Sus papás sin tiempo se reaccionar, aunque hubiera sido inútil aceptaron y ahí mismo se efectuó la ceremonia.

—Así que ahora somos concuños.

—Primero es usted mi comandante y después lo que dice que somos, si lo considera conveniente.

—¿Y Xotlicuica? —pregunta ansiosamente Totocahuan.

—Las tres mujeres Iztayahui, Tzicuihtli y Xotlicuica se ayudan mucho, sobre todo cuidando a Xitzicuintli que no para ni de noche.

—¿Al niño le llama Xitzicuintli? —preguntó con satisfacción Totocahuan.

—Desde que empezó a caminar no ha parado, mueve los bracillos —Coyonextic repite el braceo de los corredores —y salga tras él para que no se caiga. Se lo digo porque Tzicuihtli es la que más disfruta sus andanzas, para cuando llega la noche está muerta, pone la cabeza en la almohada y a roncar.

—Eso dices porque no eres capaz de animar a tu esposa a pasar un ratito de amor —le dice Totocahuan para embromarlo.

—Falta poco para verte como papá de Xitzicuintli, te aseguro que por las mañanas verás más grandes las ceibas, mas tupida la ramazón, más pesado el lodo, más largo el camino, el niño es incansable, debes agradecer a los dioses que no sea un tontón como tú —Coyonextic colgaba los brazos lánguidamente a lo largo del tronco que balanceaba con movimientos simiescos, caricaturizando a Totocahuan, hombre de elevada estatura y anchos hombros.

Cuauhtliuil se dejó participar de la jocosidad del grupo de amigos, ya se había entrado de lo más inmediato, lo importante lo conversaría con Ixtoc y su ahora núbil esposa Iztayahui, así que dio por terminada la charla revirtiendo la orden se salida dirigiéndose a Totocahuan: —Ya no es necesario salir en la madrugada, planificamos las cosas para estar dejando

Tzapotliyeapan hacia el medio día. Llamó a su valet pidiéndole: —Ve a llamar a Tlahcuilohqui.

Al momento entró a la tienda el escribano diciendo: —A sus órdenes capitán.

—Te vas a la casa del *Tlatoani* y le informas que la compañía estaría saliendo mañana al medio día con la primera caravana de comerciantes hacia Tuxtla, que corra la voz.

—Había entendido que iríamos a Cuatzacualco. —Una mirada severa le hizo ver que se concretara a la orden, que no era de su incumbencia, entendiendo el mensaje respondió retobando: —Está bien, no dije nada y obedezco.

La emoción no dejó dormir a Cuauhtliuil, en los ratos de insomnio imaginó miles de formas en que sería el encuentro con su Iztayahui de la que conocía muy poco pues siempre se trataron como amigos no muy cercanos. Hacía un poco de inquieta duermevela para despertar con la idea de la campaña rondándole por la cabeza, imaginando cruentas batallas y peliagudísimas sesiones políticas, otro poco de duerme vela y vuelta al asunto, a valorar si en la antigua ruta comercial entre los imperios Maya y Tolteca habría más problemas. En fin, que las soluciones que crea el cerebro durante las noches de insomnio desasosiegan el espíritu y pocas veces son prácticas. Se levantó más temprano escabulléndose de sus guardias para irse a bañar al río. Calculando la hora que acostumbraba llamarlo su valet entraba a la tienda ante los sorprendidos guardianes. El agua corriente limpió el cuerpo y alma, la mugre y la desazón estarían llegando al mar cuando ellos iniciaran su camino hacia un postergado encuentro. Desayunó frutas tropicales y carne seca, apenas clareaba cuando se presentó en Hueyametl acompañado del *Tlatoani* a solicitar audiencia, por decirlo en un modo elegante.

—Hazlo pasar respondió Cuauhtliuil.

El flamante calpixque entró seguido del vacilante *Tlatoani* tratando de controlar unas piernas que no le obedecen, miedo de encolerizar al poderoso en un momento poco oportuno. Era obvio que Hueyametl no pudo solucionar el caso. Así que se

dirigió al jefe del pueblo en tono de mando: —En qué puedo servirle.

—Como ordenó, corrí la voz que abandonarían el pueblo por la mañana y algunos principales y comerciantes solicitaron su venia para unirse a ustedes —dijo como preámbulo.

—Organizar caravanas de comerciantes es labor del calpixque Hueyametl.

—Señor Capitán, hablo de la gente.

—Gente va a necesitar Hueyametl para levantar éste pueblo. Como no hay varones jóvenes va a pedir un grupo de conscriptos al *Huei-Tlatoani* Macuahuitl.

—Eso ya lo tenemos presente y que los comerciantes se verán beneficiados también, hablo de nuestras hijas. Gracias a su merced pude solucionar el matrimonio de las mías... Pero no todos han tenido esa fortuna. Como usted pudo ver, sus hombres eran como gallitos en gallinero sin copetón. En nueve meses tendremos muchos pollitos.

—*Tlatoani* vaya al grano, no capto lo que quiere decir — Cuauhtliuil respondió en tono impaciente.

—¡Nuestras hijas quieren irse con sus hombres! —las palabras salieron como un borbotón de la garganta del *Tlatoani*.

—Usted debe entender que eso no es posible en una misión tan trascendente.

—¡Hay señor, dejarlas sería como enjaular loras viejas! Tratarán de escapar por todos los medios posibles, las que queden perderán su alma, dejarán de parlotear hasta morir de tristeza.

—Y si le prometo venir por ellas cuando hagamos sitio en nuestro destino.

—¿Y sus hombres las querrán? Para entonces lo más seguro es que se hayan encontrado otras mujeres y recodarán a las de Tzapotliyeapan como una lejana aventura. Son hombres jóvenes gobernados por su sexo, carne nueva amor nuevo. Las mujeres lo sienten y difícilmente podremos detenerlas.

Sobre todos los problemas que como pesadillas de la insomne noche anterior, le cae uno nuevo. Las mujeres estaban dispuestas a seguirlos. Ya veía a sus hombres escurriéndose por las noches al campamento de las mujeres descuidando sus obligaciones y sobre todo, rompiendo la disciplina.

Viendo que Cuauhtliuil tardaba en responder absorto en sus meditaciones, Hueyametl le solicitó: —Sí me permite pasar a dos jóvenes para que hablen con usted —sin poner mucha atención a la solicitud el comandante acepta mediante una seña. El *Tlatoani* va hacia la entrada y jala del brazo a una muchacha que se resiste a entrar seguida de otra que apretaba fuertemente los brazos a sus desnudos senos.

A Cuauhtliuil casi se le salen las lágrimas, los rostros de las jóvenes eran una masa de carne inflamada y cuajarones de sangre, los brazos y cuerpo amoratados. En tono colérico llamó a sus guardias ordenándoles: —¡Que se presenten los tenientes o cadetes que hicieron esto! —dirigiéndose a las jóvenes les dijo —denle los nombres o señas.

Impávidas las jóvenes no dicen nada, Cuauhtliuil con poco tacto las apremia con la mirada. La segunda de las muchachas deja salir entre las piernas la orina con olor a miedo que llega a la educada nariz de capitán.

Hueyametl interviene para atemperar la impaciencia del Capitán respondiéndole en náhuatl por ellas: —¡Fueron sus padres!

Cuauhtliuil tiene que respirar hondo para no perder la compostura, se acerca con tiento a las jóvenes hablando con ternura en totonaca: —Pobres muchachas, abusan de las mujeres porque son más débiles, les pregunta: —¿Qué quieren que haga por ustedes?

Un silencio espeso se hace esperando la respuesta de las jóvenes. El impresionado Cuauhtliuil recordó a su abuelita-abuelita la *Tlatoani* Papalotzin que sufrió a manos de un barbaján con poder. Sin medir las consecuencias les ofrece: — Díganme lo que quieren, les prometo que se cumple —tal vez pensando en un venganza.

La respuesta de las mujeres, o de la que habla, lo provoca un nudo en el estómago: —¡Seguir a nuestros hombres!

—¿Se han puesto de acuerdo con ellos?

—No señor, no lo saben.

—Nos van a seguir por la selva con todos los peligros que representa.

—¡Aquí no nos quedamos! Mejor muertas.

—Y sí sus hombres no las quieren.

—Entonces nos morimos o nos dedicamos a otra vida, aquí no regresamos.

—Así que sus hombres no lo saben. Denle los nombres al señor —señala al valet —para que vaya por Totocahuan y el par de irresponsables... ¿por qué sólo son dos?

—Con una centella de ira en los ojos la joven responde —sí señor, el de ella y el mío.

Cuauhtliuil trató de suavizar la respuesta tratando de retirar un mechón de pelo que un coágulo de sangre pegaba sobre el ojo de la joven, esta retiró la cabeza deteniendo la intención del capitán quién recogió la mano ordenando al guarda: —Dile a Tlahcuilohqui que traiga el botiquín, que tenemos heridos.

Entró Totocahuan seguido de dos tenientes tlaxcaltecas. Al capitán, curtido en la lid guerrera se le encogió el ombligo haciendo un gesto de dolor referido, en la cara de los tenientes apareció un rictus asesino y un par de lagrimones cintilaban en los ojos. Cuauhtliuil en tono de severo reproche encaró a los tenientes: —¡Vean lo que han provocado! —aunque en sus adentros sabía que únicamente eran culpables de seguir los impulsos de su juventud. —¿Cómo van a remediar su imprudencia?

La corta pero intensa convivencia con el comandante supremo les había enseñado a responder de manera directa con la verdad. Inmediatamente responden:—¿Nos podemos casar?

—pégúntenles a ellas.

—¿Se quieren casar con nosotros?

—Dirigiéndose a las muchachas: —¿Son hermas?

—No señor —responden en el tono servil y huidizo de la mujer vejada.

—¿A ti, quién te agredió? —dirigiéndose a la más tímida.

—Mi papá y tío

—¡Válgame, no basto con uno! ¿Y a ti? —pregunta a la otra.

—Mi Papá.

Cuauhtliuil ordenó a los tenientes en tono perentorio repitiendo en totonaca para que todos se enteraran: —Vayan por ellos, y los quiero vivos —el capitán sabía que algunas diligencias punitivas no pueden efectuarse sin violencia, más propiciada por la agresión a lo que en ese momento los tenientes más querían.

—En cuanto supieron que veníamos a verlo huyeron a la selva, la conocen y no los van a capturar —intervino el *Tlatoani*.

—Le aseguro que en menos de dos horas están en la plaza. A cumplir —ordenó a los tenientes que salieron a todo correr.

—Mande a traer a las mamás de las señoritas —se dirigió al *Tlatoani*. —Atiende a las niñas —Ordenó a Tlahcuilohqui, quién las llevó al fondo de la tienda sentándolas sobre un tronco, las madres escuchaban tras las poco discretas paredes de la tienda entraron inmediatamente a socorrer a sus niñas, ya mujeres.

Los capitanes dejan la tienda dirigiéndose a un sitio descampado para hablar con libertad. El primero que habló fue Cuauhtliuil:

—Las jóvenes me pidieron que las llevara con la tropa.

—Y usted dijo que sí —anticipó Totocahuan.

—Así fue.

—Para estos casos hace mucha falta el capitán Hutzilitzin.

—Claro que extraño su atinado juicio, pero ¿ya qué? A lo hecho pecho, la promesa hay que honrarla.

—Que le puedo decir, es una preocupación adicional. Y ¿cuántas mujeres serán?

—Sí se arriesgaron dos, habrá veinte esperando lo que decidamos.

—Madre ¡así será el problema!

—Alguno de los tlaxcaltecas tendrá más de dos mujeres.

—Si lo creo, esto fue un desvirgadero. Los pude medio controlar pero tres meses en la selva cargan los ‘guevos’, aunado a que no hay varones jóvenes en este pueblo. Como dice, a lo hecho hay que adelantar el pecho.

—Me dejan un pueblo de ancianos y niños —se quejó Hueyametl.

—Pues a importar sementales para las pocas vírgenes que te quedan. Ya sabes que en estos andurriales el número de esposas se mide por los recursos, y los que vengan tendrán las puertas abiertas —recomendó Totocahuan.

Coyonextic vio al grupo que parecía conversar abiertamente se acercó saludando formalmente, recibiendo el recíproco del de más jerarquía. Percibiendo la preocupación preguntó: —¿Pasa lago malo?

—Ya te contará el calpixque —señalando a Hueyametl con la cabeza —por lo pronto planifiquemos lo que vamos ha hacer —cortó la charla informal Cuauhtliuil para entrar de golpe a la planificación del proyecto Quetzalcóatl, ahora con un puño de adelitas.

—Coyonextic y el teniente que lo acompañó, Hueyametl y sus dos asistentes partirán a Tuxtla en donde se encontrarán con la fracción comercial que comanda Hutzilitzin. La patrulla de avanzada comandada por Totocahuan nos dirigimos a Cuatzacualco, aquí nos reuniremos para juntos proseguir ha nuestro destino hasta Cintla y Xicalango. Hueyametl deberá enterar a Hutzilitzin de los resultados de nuestra campaña y enviará a uno de sus asistentes acompañado de uno de los antiguos tenientes tlaxcaltecas que acompañara a Hutzilitzin hasta Zempoalac para entregar el correo que tiene preparado Tlahcuilohqui, en el que se solicitan veinte conscriptos voluntarios para venir a repoblar este pueblo con las mujeres que queden, allí mismo deberá preparar, asistido por Itxcoatl y

Initlacua su primera caravana comercial a Cotaxtla, Atlizintlan, Tuxtla, Catemaco, Tzapotliyeapan, Cuatzacualco, Hutzilitzin te dará los nombres de los contactos responsables de rutas comerciales de Cotaxtla, Atlizintlan, Tuxtla y Catemaco sitios que son parte de la ruta vieja y en los que deben haber quedado como responsables, capitanes o calpixques, trata con estos convenios de ayuda en rutas cortas de ida y vuelta mientras gente de tu calpixcato recorre toda la ruta en viaje redondo, procurarán mantener los caminos limpios de vegetación y asaltantes. Entendido. —Coyonextic repitió sus órdenes, Hueyametl las propias. Al terminar se dirigieron a la plaza de pueblo señalada por la palapa comunal en donde esperaba el *Tlatoani* con su familia incluyendo a las tres nuevas esposas y alrededor comerciantes y familias en donde algunas mujeres apretaban a sus vientres pequeños atados. De la multitud se levantó un rumor que crecía a medida que el par de tenientes tlaxcaltecas se acercaban empujando a tres hombres visiblemente golpeados. En ese momento, Cuauhtliuil y su estado mayor entraban a la palapa.

—Le felicito Señor Capitán, no creí que sus hombres pudieran encontrar a los golpeadores y en tan corto tiempo —el incrédulo *Tlatoani* reconoció con admiración la calidad del ejército.

Los tenientes empujaron a los capturados a los pies de Cuauhtliuil informado: —Éste nos enfrentó y tuvimos que portarnos rudos. Enséñale lo que obtuviste con ello —dirigiéndose a más joven de los tres que sangraba de lado izquierdo de la cabeza. El hombre enseñó la oreja que le había arrancado uno de los tenientes. El más viejo de los tres era el que menos golpes presentaba, la gente, ahora en silencio presenciaba con expectación los acontecimientos.

Cuauhtliuil les hizo una seña a los tenientes para que los levantaran hablando en totonaca con voz alta y clara para que el pueblo atendiera: —El castigo para quienes enfrentan a oficiales es la muerte y la confiscación de los bienes en

beneficio de la comunidad y al menos éste lo merece — apuntando al hombre sin oreja.

—¡No los mates señor! —intervino la joven que los acusó —son nuestros padres.

—En sus leyes, según entiendo, no hay castigo para el hombre que agravia a una mujer. En las nuestras sólo sí está borracho, más por el estado de ebriedad que por la golpiza a la pobre mujer. Como tenemos nuevo calpixque, que éste decida la suerte de los hombres —mucho se arriesgaba Cuauhtliuil al dejar la decisión en el inexperto calpixque, pero mejor que se fuera curtiendo cobijado por la fuerza del ejército.

El sorprendido Hueyamatl quedó pasmado por la responsabilidad que le acababan de endilgar. Tardó un rato en salir del asombro que logró acercándose despacio a inspeccionar a los acusados, a su juicio ya habían recibido castigo suficiente, pero al parecer su capitán esperaba escucharlo, pensando en él decidió emitir su juicio. Aclarando la voz con un carraspeo mandó a uno de sus asistentes por el bastoncillo de mando que le confería el estatus de calpixque, consiguiendo con esto más tiempo para pensar, el asistente le entregó la estafeta que tomó con la mano izquierda, levantando la derecha emitió su juicio:

—Éste y éste, los padres de las agredidas deberán cumplir un año de castigo como *tlaimaites* al servicio de la comunidad sin que se les confisquen bienes, pues sus familias no tienen la culpa de sus malos juicios; éste que es apenas tío deberá cumplir dos años del mismo castigo. En ningún caso valdrán como *cente-tlacatl*. En adelante, a los que nos son parientes se les castrará para que el resto de sus vidas sientan lo que es ser mujer —en este momento volvió a ver a Cuauhtliuil quien observaba impertérrito. Al no ver ninguna seña prosiguió —a los reincidentes o los que traten de escapar se les apresará y enviará al país tras las montañas para que cumplan los castigos que allá les impongan —con toda intención no aclaró a qué lugar, dejando que los pobladores asumieran que se refería a Tenochtitlan de donde no regresaban, en el Acolhuacán y

Tlaxcala se les dedicaba a servicios esclavistas por tiempos definidos. Por último ordenó a uno de sus tenientes que les quitara el saya advirtiéndoles —se les regresará y podrán usarla cuando terminen sus castigos —pensó que con eso quedarían vergonzosamente señalados, algo de más en un poblado tan pequeño pero que juzgó necesario, pues en Acolhuacan a los condenados únicamente se les permitía usar taparrabo, incluso en invierno —suéltelos y que esperen en ese lugar a que se les asignen trabajos —señalaba el fondo de la palapa —además, ustedes mismos deberán agenciarse los alimentos, de esta manera verán que necesarias les son las mujeres. Vamos a estar fuera un cambio de luna o más, si escapan, mandaré a los tenientes a buscarlos —con una fuerte expiración terminó la sentencia.

El más impresionado de lo juicioso de castigo era Cuauhtliuil quién también soltó el aire que la tensión le mantenía en los pulmones.

—Atención —se escuchó la voz de mando de Totocahuan. —De este lado la columna que va a Tuxtla —señalaba el lado derecho, —de este los que van a Cuatzacualco —los presentes empezaron a moverse y acomodarse según las instrucciones emitidas en un mezclado totonaca.

Del lado derecho se colocaron los cadetes recién casados, el valet de Hueyamatl y los asistentes asignados y atrás de ellos un pequeño grupo de comerciantes con voluminosos bultos llenos de mercancías que ellos mismos transportarían. Del lado derecho, el resto de la columna del Sur: el guía Ce-Mazatl ataviado con el vestido de gamuza igual que los otros integrantes del grupo, los tenientes tlaxcaltecas, los cadetes zempoaltecas, los valet de los capitanes, la gente de servicio al mando de Tlahcuilohqui y un nutrido grupo de mujeres, jóvenes casaderas, mujeres a las que les habían robado sus maridos, algunas viudas y los familiares de estas. Las mujeres que portaban un atado de ropa alcanzaban un número muy aproximado a lo que había estimado Cuauhtliuil.

Al frente de la columna de avanzada estaban Cuauhtliuil y Totocahuan observando la gran responsabilidad que aumentaba con cada mujer que se colocaba en su columna. En el rostro de Totocahuan se marcaba la preocupación haciéndose la pregunta en voz baja: —¿Cómo estimo que serían veinte?

—Los *mayeques* de servicio también son hombres jóvenes que difícilmente regresarían a sus pueblos y con las mismas urgencias que nosotros —respondió Cuauhtliuil a la pregunta sin dirección.

Totocahuan volvió a hablar —¡Atención! —cuando se hizo silencio empezó a dar las instrucciones para la caminata. —La columna se movía en absoluto silencio, la divide en tres secciones, al frente el guía y un oficial, el medio el cuerpo de la columna en donde van oficiales repartidos y la retaguardia cerrada por dos oficiales. Anuncia, se caminará en fila sobre los pasos del guía sin importar las dificultades, cualquier tropiezo será avisado por el oficial más cercano con voces onomatopéyicas, si algún civil de la columna requiere asistencia —claramente se refería a las mujeres —debe levantar la mano, nunca hablar; no obedecer estas instrucciones pone en peligro a toda la columna y nuestra misión. Si las mujeres no son capaces de acatar estas disposiciones las regresaremos al pueblo.

Pasado el medio día las columnas salieron de Tzapotliyepan con rumbos diferentes pero el mismo destino.



El Encuentro.

La caminata hacia Cuatzacualco no presentó problemas, al oscurecer Totocahuan decidió hacer campamento ordenando: —Durante, y hasta llegar a nuestro destino está terminantemente prohibido el contacto entre hombres y mujeres. Se harán dos grupos, los hombres en la avanzada y las mujeres a la retaguardia con dos tenientes de guardia que se cambiarán como es lo usual. No se permiten fogatas ni el uso de yesqueros.

Las mujeres resentían el esfuerzo, la falta de comida y sobre todo de agua que los soldados conseguían de hojas y bejucos que encontraban al paso. Zohuaxitlatli, portavoz del grupo, una de las golpeadas, recientemente rebautizada por Cuauhtliuil preguntó al capitán: —¿Podemos comer?

—En cuanto hagamos campamento y se les indique —se dio cuenta que no parecía que trajeran mucho bastimento, les pregunta —¿muéstrenme lo que traen para comer?

Algunas enseñaron bolas de masa cocida y ataditos de pinole, apenas para medio sustentar la noche. Totocahuan alarmado fue a hablar con Cuauhtliuil sobre el problema en que estaban metidos. Caminó la columna de soldados que iniciaban el acondicionamiento de su lugar para campamento, lo encontró separándolo del grupo mediante una discreta seña. Una vez solos comunicó: —Capitán tenemos un problema, las mujeres apenas traen comida para pasar la noche y la mayoría están deshidratadas; las que mejor se ven son las mayores.

Cuauhtliuil hace una seña para llamar la atención de Tlahcuilohqui indicándole que se aproxime. —¿Cómo

XII. El Encuentro.

andamos de alimentos? —pregunta en vos alta para que todo el personal escuchara.

—Lo indispensable para llegar a nuestro destino según calculo de Ce-Mazatl.

—Tenemos que compartirlo con las mujeres —en el grupo se escucho un murmullo de consternación.

—No salimos —intervino Totocahuan.

El teniente tlaxcalteca pareja de Zohuaxitlatli intervino: —Que las mismas mujeres ayuden recolectando alimento, ellas conocen estas selvas.

—El problema es que muchos vegetales, sobre todo los camotes son venenosos —intervino Tlahcuilohqui.

—De todas maneras nos van a retrasar, tendremos que arriesgarnos a cocinar por la noche a fuego apagado, eso si logramos encender la madera húmeda —opinó Ce-Mazatl que se había acercado a llamados del Capitán —a cazar y secar la carne, en estas selvas hay mucho tepezcuintle y venado, el hombre se ha hecho experto con arco —señalando al esposo de Zohuaxitlatli.

—Un día de caza y reabastecimiento y tres de caminata —determino el capitán Totocahuan. —Tú y tu compañero se van a enseñarles a las mujeres a abastecerse de agua mientras caminan y advertirles de sus nuevas obligaciones, apóyense en Zohuaxitlatli y las mujeres de más edad. Dirigiéndose a Tlahcuilohqui le pregunto —¿conseguiste mujer en Tzapotliyeapan?

—No señor, tengo mi familia en Tepetlaoxtoc, pero uno de los asistentes se consiguió una viudita de buen ver.

—Que Ce-Mazatl le enseñe a cocinar con fuego apagado como él dice. Estos tres primeros días los haremos compartiendo las provisiones.

Con una sonrisa de gran satisfacción Cuauhtliuil seguía el dialogo, observaba como resolvían el problema sin su intervención, la confianza que les ha dado era correspondida con creces.

Las mujeres aceptaron de buena gana a Zohuaxitlatli como la líder descargando a Totocahuan de un compromiso que nunca quiso. Ayudó a que sus agremiadas se integraran a la disciplina del grupo, para cuando llegaron a Cuatzacualco se daba a entender en náhuatl bastante bien. A la semana caminaban al paso que marcaba el guía, tan silenciosas como lo hacían los hombres, la columna se deslizaba sobre el sotobosque como una anaconda.

Al mando de patrulla comercial iba Coyonextic aconsejado por los comerciantes locales tomó a Tuxtla por una ruta en mejor estado llegando un poco antes que la columna comercial bajo el comando de Hutzilitzin que venía a la cabeza acompañado por Ixtoc. En cuanto los vieron, Coyonextic, su compañero tlaxcalteca y el flamante calpixque Hueyametl se presentaron: —Nos reportamos sin novedad, señor.

—¿Sin novedad? Y el compañero ¿qué es? —hablando en tono malicioso, pues el calpixque, en lugar del traje de gamuza iba vestido como *pilli*.

—El flamante calpixque de Tzapotliyepean.

—¿El qué?

—El calpixque de Tzapotliyepean respondió el mismo Hueyametl —seguridad que iba adquiriendo desde el juicio — que le solicita al comandante Hutzilitzin lo reciba en audiencia.

Mirándolo fijamente a los ojos no percibió rastro de mofa e impresionado, le respondió —desde este momento. No haz saludado al señor Ixtoc como debe hacerlo un civil — recalando la última parte de la frase haciéndole ver que aun le faltaba refinarse para ser un buen político.

—Discúlpeme *Tlatoani* Ixtoc, ¿cómo le fue de viaje? — con palabras torpes; una vida de obedecer y mandar no era fácil de olvidar.

Con la formalidad que se le debe a un calpixque Ixtoc le responde: —Muy bien gracias, ya se enterará por sus compañeros de los acontecimientos desde la última vez que nos vimos, cuando aun era el capitán Hueyametl. —Sin

aguantarse las ansias de padre le pregunta: —¿Qué noticias me tiene de Cuauhtliuil?

—Está muy bien, ya lo verá en Cuatzacualco, y por cierto, él no está casado ni comprometido —Ixtoc extrañado no preguntó más considerando que el flamante calpixque había expresado una idea trastocada.

Un poco más atrás, tres mujeres miraban ansiosas a Coyonextic, una porque se arroparía en sus brazos, las otras, jugando con un niño que se columpiaba asido de las manos de las dos, por saber de sus hombres.

Hutzilitzin sintió en la nuca las miradas de las tres mujeres, despachó a Coyonextic, con el saludo y —vaya con Tzicuihtli, su cuñada y Xotlicuica para que les ayude con Xitzicuintli, y que tengan placenteros sueños —ésta última frase con doble sentido que entendió Coyonextic. En el lecho nupcial, Tzicuihtli por más esfuerzo que hizo no pudo resistir el agotamiento y Coyonextic se vio obligado a postergar sus ansias hasta el otro día en la mañana en la que su madrugadora esposa lo despertó con un beso de perdón y demás en reconciliación.

—¿Y Totocahuan? —Preguntó con una visible tristeza Xotlicuica, actitud que embargaba por igual a Iztayahui, pero de hecho aun núbil esposa de Cuauhtliuil.

—Muy tristes, pero ya los conocen, Xotlicuica sabes que Totocahuan antepone su trabajo, pero me preguntó por ti y le dio mucho gusto saber que su hijo se llama Xitzicuintli; para el capitán Cuauhtliuil es su obligación actuar a favor de la misión Quetzacoatl, él no lo dice pero se le notaban las ansias cuando preguntó por Iztayahui. Calculo que en cuando más dos cambios de luna (quince días) estarán juntos —fue la mención a los dos esposos ausentes. La mayor parte de la conversación circuló alrededor del primer juicio de Hueyametl como calpixque. Vio en su compañero la viva oportunidad de elevar su estatus.

Hueyametl se mantiene en audiencia con Hutzilitzin, Ixtoc e Initlacua enterándolos con pormenores de los sucesos desde

que se separaron en Zempoalac, de su designación como calpixque y la de sus dos asistentes y sin presunción de su primera actuación como calpixque.

Hutzilitzin pregunta sobre los matrimonios.

—El capitán Cuauhtliuil tuvo que tomar la decisión de nombrar un calpixque ante la solicitud de respaldo para frenar las incursiones de los aztecas a solicitud del *Tlatoani* de Tzapotliyeapan. Me eligió para el cargo y a dos conscriptos zempoaltecos como mis asistentes, la verdad es que no tenía opción, pues ya nos habíamos entendido con las hijas del jefe. El comandante envía un correo para el calpixque de Zempoalac, enterándolo de la campaña y solicitándole al menos una veintena de cadetes para repoblar de hombres Tzapotliyeapan montar una falange contra la intromisión de los enemigos, también me responsabilizó de la ruta comercial Tuxtla, Cotaxtla, Atlazintlan, Catemaco, Tzapotliyeapan y Cuatzacualco. Le pediría que en esto me apoyara mandando un correo, para Macuahuitl ¿qué peso tendría Hueyamatl por muy calpixque que sea? Si el capitán tlaxcalteca va de mí parte, si lo envía usted se sentirá obligado a atenderá prontamente la solicitud.

—Enséñame el correo que le envía Cuauhtliuil —orden terminante que Hueyamatl dudó en acatar pues el código indicaba para el *huei-tlatoani* Macuahuitl.

Hutzilitzin pensaba enviar un correo para informar al calpixque de Zempoalac sobre la campaña comercial, le pregunta a Hueyamatl: —¿Leíste esto?

—*Monoyocoyani* no lo permita. En correo no es para mí.

—Velo —se lo muestra desplegado —aquí dice que yo enviaré un correo propio con informes de la campaña que me corresponde. Debe haber confiado en tú buen juicio para solicitarlo. ¿Tampoco me lo ibas a enseñar a mí?

—En capitán Cuauhtliuil no me indicó que se lo mostrara. Me dijo, es para Macuahuitl. Como ahora no puedo estar sin guardia de corps me veo obligado a solicitar su ayuda. De otra manera tendría que mandar al capitán tlaxcalteca que me

acompaña o ir personalmente y la verdad que aun no me siento muy preparado en política, por eso solicito su ayuda.

—Mucha confianza te tiene Cuauhtliuil.

—Con todo respeto creo habérmela ganado.

—Incorporaré a mi correo el de Cuauhtliuil y el tuyo que deberás preparar junto con el escriba indicando tú condición y necesidades. Explícale la situación del pueblo. Mañana tenemos reunión con el calpixque de Tuxtla, es conveniente que se conozcan para puntualizar los días que se hace mercado en las diferentes plazas y cómo van a organizar las patrullas, que le expliques la situación de Tzapotliyeapan y la manera como los aztecas los han dejado sin hombres.

—¡Y sin mujeres! —habló Hueyamatl entre dientes pero no tan bajo que no se le entendiera.

—¿Quieres decir que eres calpixque de un pueblo sin hombres ni mujeres?

—¡Si señor! Sin varones jóvenes.

—¿Y las mujeres jóvenes?

—Algunas van rumbo a Cuatzacualco con sus hombres.

—¿Cuáles hombres? Me dices que no había.

—No había hasta que llegamos nosotros.

—Entonces, los hombres de las mujeres de Tzapotliyeapan que van rumbo a Cuatzacualco son de los nuestros.

—¡Si señor! Tenientes tlascaltecas, conscriptos zempoaltecas y los *mayerques* de servicio, algunos hasta con dos mujeres. Y viajan como parte de la patrulla.

—¡No es posible! ¿Cómo se ha arriesgado la misión Quetzalcóatl de esta manera?

—Ya le informará el comandante Cuauhtliuil cuando lo juzgue conveniente. El capitán se opuso firmemente hasta que vio que no tenía otra salida.

—¿Cómo que no hubo otra salida?

Hueyamatl relató con lujo de detalles el incidente de las dos jóvenes golpeadas y su primer juicio ante el asombro de la pequeña audiencia.

—Ya imagino las que están pasando Cuauhtliuil, Totocahuan, Ce-Mazatl y Tlahcuilohqui, los primeros para mantener el orden, el segundo para elegir la ruta más segura y el tercero para aprovisionar. Y ¿de cuántas mujeres estamos hablando?

—Alrededor de veinte entre jóvenes, mayores y viudas.

—La misión Quetzalcóatl es ahora responsabilidad de un pueblo completo, entre las familias que llevamos y las nuevas que se han formado vamos a parecer una peregrinación en busca de un sitio en donde asentarse —hablaba Hutzilitzin para sí mismo imaginando las dificultades que en adelante enfrentarían.

Ixtoc pensaba en las vicisitudes que estaría pasando su hijo, las que pasará Initlacua en la magnitud de las negociaciones que debía entablar con los comerciantes para conseguir bastimento para una columna de la magnitud de un pueblo de aproximadamente cincuenta familias.

En dos días Hueyametl junto con el escriba elaboraron el códice para Macuahuitl, Hutzilitzin asistido por Ixtoc formalizaron compromisos con el calpixque de Tuxtla mientras Initlacua semblanteaba a los comerciantes siempre reacios a aportar recursos adicionales y rogando a *Monoyocoyani* que Cuauhtliuil tuviera una solución. Al tercer día, la columna de comerciantes tomaba rumbo a Catemaco bajo el comando de Hueyametl con sus tlaxcaltecas asistentes, dos tenientes tlaxcaltecas más y conscriptos proporcionados por el calpixque de Tuxtla con ruta a Atlizintlan y Cotaxtla en su primera misión como responsable de mantener el comercio activo en la ruta asignada. Dos nuevos capitanes acolhuas guiados por personal marino del calpixque de Tuxtla salían vía marítima con el correo para Macuahuitl y retornarían por la misma vía hasta alcanzar la columna ya unificada, dependiendo de las negociaciones de los correos y la velocidad de avance de la columna, en algún pueblo de la ruta antigua de: Xaltipan, Comalcalco, Cintla y Xicalango.

El calpixque de Cuatzacualco daba tan buena bienvenida a la comitiva como la recibida en Tuxtla, era fiel creyente del retorno de Ce-Acatl-Topilitzin-Quetzalcóatl. Como puerto marítimo y fluvial Cuatzacualco tenía una posición estratégica fundamental para la misión facilitando enormemente las comunicaciones por río y mar, que era lo más corriente y seguro en el inestable y difícil clima tropical. Estando en una reunión de trabajo un guarda cuatzacualteco de un puesto de avanzada solicitaba ver urgentemente al calpixque. Se le hizo pasar, el *Tlatoani* se tomó la libertad de escuchar al oído la información del guardia a quién despachó sin premura con la orden: —Escóntenlos hasta el palacio.

Dirigiéndose a los extranjeros en particular y a la audiencia en general informó: —La guardia de avanzada ha contactado a una columna de paisanos de nuestros dilectos invitados y le he ordenado escoltarlos hasta este palacio.

La verdad era que el *Tlatoani* había destinado una patrulla de cinco hombres para recibir a los acolhuas que llegarían por la ruta a Tzapotliyecpan con instrucciones de escoltarlos hasta el palacio. La patrulla retrasada por lo que se ha dicho estaba tensa y nada dispuesta a sufrir un percance, la avanzada tomó por sorpresa a los confiados oficiales cuatzacualcas inmovilizándolos por elemental precaución. Escucharon la buena nueva de la llegada y mejor acogida de la columna de comerciantes. No obstante, Cuauhtliuil envió al mencionado oficial con la noticia, un par tenientes tlaxcaltecas le seguían sin ser notados casi hasta la misma entrada del palacio del *Tlatoani*. Cuando regresaba con la orden de escoltar a la columna, se le emparejaron los tlaxcaltecas. Al llegar rindieron su informe, uno con la invitación y los otros de ausencia de peligro. No obstante, Totocahuan envió por delante a los conscriptos zempoaltecas y a las mujeres que informadas del próximo arribo al puerto se engalanaban con lo que encontraron, flores, aromas y aceites que conseguían al paso por la selva, que colgaban, principalmente del pelo, pues su escueta vestimenta de una falda de tela burda dejaba todos los

encantos a la vista, como se estilaba en esos rumbos. Los soldados ataviados con su vestido de gamuza que entre más al sur caminaban más pesado les parecían. Al centro, como siempre Cuauhtliuil acompañado de su guardia de corps y Totocahuan en la retaguardia. Así, los integrantes de ésta abigarrada columna fue recibida como héroes con la familiaridad que da la confianza de ser aceptados como iguales producida por las uniones de pueblos y razas diferentes, acolhuas, tlaxcaltecas de extracción tolteca-chichimeca de los valles entre las grande montañas blancas y los grandes lagos, y totonacas representantes de la costa. Se sentían protegidos de las incursiones esclavistas de los aztecas que ya habían llegado tan cerca como Tzapotliyeapan. Intuían que el poder del imperio se inclinaba hacia Texcoco y sus aliados.

Con todo y el sigilo que se impuso el guardia que portaba la noticia de la columna de extranjeros que emergían de la selva, en un pueblo que se encontraba en la plaza disfrutando de un exuberante mercado, la noticia no pasó desapercibida extendiéndose como plaga, el pueblo se agolpó por donde suponían aparecerían los acolhuas. Revueltas con el pueblo cuatzacualca estaban Iztayahui, Xotlicuica y su pequeño Xitzicuintli acompañadas por Tzicuihtli, alargando el cuerpo y extendiendo la vista esperando a ver salir de la floresta a sus hombres. El caminar en hilera se había hecho costumbre, escoltadas por cinco soldados cuatzacualcas seguía una hilera de mujeres que mantenían una distancia de paso y medio entre cada una, como de detrás de un telón aparecían uno a uno los hombres ataviados con sus trajes de gamuza, —¡ahí está tú marido! —exclama Tzicuihtli empujando con ímpetu a su hermana hacia Cuauhtliuil haciéndola devolverse arrebolada, su temperamento reservado chocaba con el exultante de la menor. El joven, tratando de mantener la formalidad supuesta a un Capitán General, extiende el brazo en una especie de saludo e invitación, Iztayahui entusiasmada por la exuberancia de Tzicuihtli da un paso, luego otro acicateada por la alegría agolpada por tanto tiempo, convierte el paso en trotecito

montuno que termina como carrera en los brazos de su esposo que la abraza y besa con ternura. Xotlicuica pensando más en lo que esperaría a Totocahuan contiene su ansiedad, se mantiene un poco oculta por la muchedumbre sujetando con gran esfuerzo al inquieto Xitzicuintli que quiere marchar con los soldados, y tal como lo suponía, su marido cierra filas, ansiosa le tiemblas las piernas por la ansiedad reprimida que rompe la carreta de Totocahuan que se olvida de su responsabilidad corriendo a besar a Xotlicuica y arrebatarle a Xitzicuintli que extrañado lo retira con todas las fuerzas de sus bracitos: —Es papá, es papá —le explica la mamá. Siente que el extraño no quiere hacerle daño se distrae con la bolsita de gamuza de venado que trae el papá en el cuello trata de quitársela, el padre se la saca por la cabeza y coloca al pequeño que es estrujado por el abrazo de los esposos.

Las mujeres de la avanzada, amedrentadas ante la multitud y esplendor nunca visto se retrasan hasta mezclarse y emparejarse con sus hombres. Los compañeros de la columna comercial se van uniendo a los recién llegados saludándolos. Totocahuan, con la mirada pide consejo a Cuauhtliuil ante el desorden de su hasta ese momento disciplinada tropa. Cuauhtliuil se encoge de hombros y le indica con las manos que no haga nada y que disfrute el momento. El mismo flujo de la multitud los lleva hasta las puertas del palacio del *Tlatoani* que a la puerta espera rodeado de todos sus invitados. Hutzilitzin se cuadra ante Cuauhtliuil diciéndole —*In coatl tlaquehtzoma*. —El Capitán General le responde con el mismo santo y seña, es saludado de manera formal por Ixtoc, con la mirada se han dicho todo, respetuosamente Initlacua le da la bienvenida, harán lo mismo con Totocahuan. Hutzilitzin hace las presentaciones formales para el *Tlatoani* y este a la vez con todo y los estirados *pilli* asistentes al la fiesta. Cuauhtliuil presenta a las mujeres que le acompañan y al calpixque no le queda más, con todo y los pechos al aire que invitarlas a sentarse a la mesa principal.

Cuauhtliuil comenta ante la asamblea los acontecimientos en Tzapotliyeapan, desde el asalto de la avanzada azteca hasta el nombramiento de Hueyametl como calpixque de Ixtlixóchitl para el pueblo. El calpixque de Cuatzacualco se alegra por su amigo el *Tlatoani* de Tzapotliyeapan, dice tratarse de un buen hombre y mejor amigo.

El calpixque se dirige a Cuauhtliuil: —El capitán Hutzilitzin y su papá el *Tlatoani* Ixtoc me han informado que usted es el responsable nombrado por el *Huei-Tlatoani* Netzahualpilli como comandante de la misión Quetzalcóatl. Sería tan amable de explicar a nuestros invitados en qué consiste.

Cuauhtliuil observa discretamente a su papá, a Initlacua y a Hutzilitzin tratando de informarse mediante la silente conversación de expresiones, cuánto saben del asunto. La comunicación silenciosa se reinicia como si no hubieran estado separados, a no ser por la impresionante madurez y fortaleza que ha alcanzado el Capitán General. Hutzilitzin interviene para darle un punto de referencia: —El Capitán General, como acaban de verlo emerger de la selva después de una campaña por varios meses contactando pueblos tierras adentro desde Zempoalac hasta Tzapotliyeapan no hemos tenido la oportunidad de enterarlo que los pueblos de Cuatzacualco, Tuxpan, Catemaco y otros de la costa son nuestros aliados incondicionales y tan creyentes como los tolteca-chichimecas en el inicio de la nueva era de Quetzalcóatl.

Con esta base Cuauhtliuil habló en totonaca perfecto usando palabras comprensibles sobre la promesa del héroe Ce-Acatl-Topilítzin-Quetzalcóatl precisamente a aquellos que le acogieron y asistiéndolo en su inmolación en el mar en donde inició el viaje hacia su dios mentor Quetzalcóatl. Se dice que llegó hasta los pueblos mayas en donde se le conoció como Kukulkán. Iztayahui escuchaba embelesada hablar a su esposo, dando gracias a *Monoyocoyani* el haber tomado la decisión de unir su vida a Cuauhtliuil de manera tan impensada. Ixtoc satisfecho escuchaba a su hijo y Hutzilitzin se felicitaba por

haber decidido embarcarse en una aventura que ahora empezaba a dibujarse. Cómo si le hubieran dado una pócima mágica, Xitzicuintli permaneció tranquilo en brazos de su padre permitiendo que la reunión discurriera de manera apacible hasta que la prudencia les indicó despedirse de las buenas gentes de Cuatzacualco.

Cuauhtliuil y Cozamatl departieron como amigos durante la reunión, en cuanto salió al descampado Cozamatl se le acercó diciéndole en voz baja: —Capitán recuerde que no puedo dejarlo sin guardias, esto incluye a su familia.

Cuauhtliuil dirigiéndose a su esposa le informó: —Sabías que te han estado vigilando desde que saliste de Tepetlaoxtoc.

—No me he sentido vigilada —respondió un poco extrañada.

Durante el tiempo que Iztayahui pasó en casa de los abuelitos de Cuauhtliuil, la abuela le fue guiando para, según ella, ser una buena esposa y uno de los consejos que le dio, posiblemente orientada por Amincatlaloc fue que debía aceptar muchas cosas de su esposo sin dudar ni reclamar. Pero la curiosidad de su mujer fue interpretada acertadamente por Cuauhtliuil diciéndole a Cozamatl con intención que lo escuchara Iztayahui: —Te agradezco que hayan sido tan discretos, sentirte constantemente vigilado llega a ser una carga muy difícil de sobrellevar, y más aun, tener que aceptarlo en bien de ésta misión de tanta trascendencia para nuestro pueblo en la figura de Ixtlixóchitl quién ha girado la orden de mantener vigilados a los encargados y familiares de la misión directamente por alguno de los cinco capitanes que nombro sin consultarnos.

—¿Y las mujeres que tenemos que ver? —preguntó recelosa Iztayahui.

—Cuando nos prometimos informé a Ixtlixóchitl y Hutzilitzin ya estaba casado. Desde entonces te ha considerado como si fueras mí mi esposa, sin ti o en manos de enemigos mis juicios podrían no ser correctos, al menos eso supone Ixtlixóchitl. Por esto, toda la misión recae en nosotros.

—En usted —insistió Iztayahui.

—Ya te explicare más tarde. Por lo pronto, debes acostumbrarte e tener cerca de dos guardianes, la ventaja es que son muy discretos.

—Ahora que lo mencionas, me ha parecido ver a un joven de esos que me topé más de una vez en Tlaminca después que nos comprometimos

—¿Es uno de sus guardias de corps? —preguntó a Cozamatl.

—Si señor, un excelente capitán, y muy discreto.

—Ahora me siento como invadida en mis sentimientos más íntimos.

—Tenemos que aprender a vivir con esa sensación. Una familia requiere recato para lograr un desarrollo integral, las de personas que tienen cargos importantes deben desarrollarse bajo vigilancia constante. Se pierde la independencia pero se aumenta el recato que se hace más íntimo. La manera de contrarrestar el efecto es tratar a los vigilantes como parte del ambiente, ellos aprenden a no inmiscuirse en asuntos personales.

—¿Me ayudarás para no errar? —solicitó humildemente Iztayahui a su esposo. Este le devolvió una sonrisa de asentimiento.

Se retiró Cozamatl pero únicamente Cuauhtliuil se percató que dos capitanes acolhuas no les perdían mirada y seguían a distancia. Iztayahui caminaba extasiada con la cabeza recargada en el hombro y asida fuertemente al nervudo brazo de Cuauhtliuil. La comitiva que salía de la recepción llegó hasta la tienda, los capitanes y acompañantes se despidieron, Iztayahui considerando que lo que tenía que tratar su esposo con Ixtoc, Hutzilitzin e Initlacua no le correspondía se despidió dirigiéndose a su tienda acompañada de Tzicuihtli y Xotlicuica que escuchaban sin intervenir. Sus esposos aun tenían asuntos que tratar.

—Les voy ha hacer un resumen desde que nos separamos en Zempoalac —dijo Cuauhtliuil quién relató los hechos que

ya hemos mencionado. Al llegar a la designación del calpixcato Hutzilitzin le interrogó: —¿Qué te decidió a nombrar a Hueyametl calpixque?

—El permanente contacto en la selva hace que te vuelvas comprensivo desarrollando tu capacidad humanista, Hueyametl, con paciencia y sapiencia logro que los conscriptos zempoaltecas alcanzaran el nivel militar que nos propusimos. Por otro lado, Tzapotliyeapan ha sido asolado reiteradamente por gavillas de aztecas esclavistas, quizá han considerado que es una punta de entrada a la zona de los Tuxtlas y hay que impedirselos. Los ataque han dejando al pueblo sin hombres, situación que obligó al *Tlatoani* a declinar su poder a un calpixque extranjero en procura de protección, para él y su pueblo. He pensado que el ofrecimiento de la alianza matrimonial fue consecuente con la situación que se creó cuando un grupo de jóvenes que no habían tenido un momento de descanso por varios meses aparecieron desde la selva en un pueblo donde han raptado a los varones jóvenes. Ni Totocahuan ni yo pudimos anticipar los sucesos, las mismas mujeres buscaron la manera de relacionarse con los hombres. Cuando Totocahuan quiso poner orden fue imposible, tuvo que decidir en mantener la disciplina aceptando que los hombres tuvieran relaciones con las mujeres o sufrir desobediencias recurrentes. Me preguntó muy preocupado, le sugerí que fuera liberal, me dijo “van ha hacer un desvirgadero”, entonces preocupémonos darles medios a las familias para que cuiden a los hijos que van a dejar le respondí. Cuando el *Tlatoani* propuso una alianza no sabía que Hueyametl se entendía, junto con dos conscriptos zapotlanecas con las hijas del *Tlatoani*. Se abrió la oportunidad colocar un calpixque nuestro para resguardarnos las espaldas de incursiones aztecas. No había mucho que pensar, el más capacitado era Hueyametl, el resto fue anecdótico. Ahora hay que comprometer a Macuahuitl para que refuerce a Hueyametl con conscriptos y posiblemente familias para que Tzapotliyeapan no sea una puerta de entrada de los aztecas a las playas.

—Hueyametl me solicitó ayuda para abogar por él ante Macuahuitl ¿se lo sugeriste?

—No, pero supuse que lo haría, como te dije, el muchacho maduró mucho. ¿Le ayudaste?

—Claro, él me contó la situación del pueblo, era obvio que requería refuerzos urgentemente para acabar con las gavillas de esclavistas. En otras palabras, Hueyametl se necesita en el pueblo, distraerlo yendo a Zempoalac podría tener consecuencias. En unos días nos debe llegar la respuesta de Macuahuitl. ¿Y cómo fue lo del juicio de Hueyametl?

—Fue un momento crítico, tres hombres agredieron violentamente a dos jovencitas y Hueyametl dictaminó su juicio. Como sabemos la agresión a las mujeres no se considera un delito, ni si quiera una contravención, supongo que Hueyametl actuó más pensando en mí que en lo que manda la ley. Era un asunto civil y tuve que confiar en el criterio del nuevo calpixque, como Ixtoc e Initlacua saben del juicio les diré que a los padres de las muchachas los condenó a un año de trato *tlaimaite* al servicio de la comunidad, al tío a dos años, la reincidencia de cualquiera será castigada con la castración “para que sientan lo que es ser mujer” les dijo y un trato de *tlaimaite* en la capital del imperio dejando que entendieran que era en Tenochtitlan, pensé que había terminado pero de un momento a otro ordenó a sus asistentes que le quitaran la ropa a los acusados diciendo que así permanecerían durante el castigo y que únicamente recibirían alimento de su familia directa “para que aprendan a valorar el trabajo de la mujer” les advirtió. Al finalizar el juicio quedé muy tranquilo con el nombramiento del calpixque Hueyametl.

—¿En que momento decidiste aceptar a las mujeres en la patrulla? Supongo que Totocahuan se opuso.

—Contundentemente, nos costo mucho esfuerzo convencernos. Las mujeres habían sido golpeadas por sus padres y tío porque decidieron seguir a sus hombres. Después de pensarlo, la golpiza fue porque a los ‘guevones’ se les iba la mano de obra y ellos mismos tendían que trabajar para vivir.

Les pregunté a las mujeres quiénes eran sus hombres, no tuvieron que responder, dos tenientes tlaxcaltecas esperaban a fuera de la tienda y se presentaron inmediatamente. Una de las mujeres que llamé Zohuaxitlatli, les dio el nombre y señas de los agresores, los tenientes los fueron a buscar presentándolos con menos muestras de golpes pero más dañados que las hijas. Zohuaxitlatli me advirtió que las mujeres del pueblo estaban dispuestas a seguir a sus hombres. Prometimos regresar por ellas pero Zohuaxitlatli no aceptó, dijo que ella como su amiga y muchas mujeres seguirían a sus hombres. A punto de salir de Tzapotliyeapan tuvimos que decidir, Totocahuan se convenció cuando le hice imaginar a nuestra oculta patrulla seguida por una turba de mujeres ansiosas que escapan perseguidas a su vez por los ‘guevones’ del pueblo para regresarlas a trabajar por ellos. Así, nuestro primer capitán aceptó a las mujeres, la primera noche propuso integrarlas al grupo con las mismas obligaciones que los hombres. Zohuaxitlatli se convirtió en la voz de las mujeres y el vínculo de comunicación de Totocahuan con la disciplina militar. Les puedo afirmar que el retraso se dio por la necesidad de obtener bastimentos y cocinar por las noches a fuego apagado, luego les explico el método ideado por Ce-Mazatl, y no por las mujeres.

—¿Cómo vamos a hacer? Nuestro grupo ya es muy grande y los comerciantes están protestando por la carga económica que les ocasionamos, imagínate lo que pensaron cuando ven llegar a otro grupo.

—¿Qué has escuchado Initlacua?

—Si nos movemos más rápido nos los vamos jalando hacia las tierras mayas con la ilusión de intercambiar cacao, jade, jadeíta, plumas finas y carne seca, cornamentas y pieles de venado. Pero no parece que estén dispuestos a aportar más para cubrir el resguardo de los soldados.

Cuauhtliuil solicitó Ixtoc el código de la ruta que llamaron Olmeca en donde se apreciaban los grifos de Xaltipan, Tlcatlizepan, Comalcalco, Cintla y Xicalango. Mostrando con el dedo índice razonaba en voz alta: —Me parece que Xaltipan

va ha presentar problemas muy parecidos a los que encontramos en Tzapotliyepean por estar muy próxima a zonas controladas por los aztecas, aquí podemos dejar a algunas familias, el resto son pueblos a la orilla del mar y con gran veneración hacia el dios Quetzalcóatl que podemos aprovechar a favor de la causa de Ce-Acatl-Topilítzin-Quetzalcóatl. Si logramos convencer a nuestros hombres y a algunos naturales que el alma de los que mueren ahogados no va al *Mietlan*, que con el último aliento flota hacia la superficie y llega al *Teocalli* a vivir eternamente con los ancestros podremos utilizar la ruta marítima con muchas ventajas de tiempo. Así, el problema se reduce a enviar una patrulla hacia Xaltipan, la encargáramos Coyonextic para asegurar esa frontera; y para las cuatro ciudades importantes a elegir a quienes iremos dejando con puestos de responsabilidad civil o militar para que las familias puedan vivir de los tributos durante los primeros años. Pero esto lo decidiremos mañana, ahora cuéntenme como les fue a ustedes.

A Hutzilitzin le corresponde presentar el informe. —Sin dificultades llegamos a Tlaxcala en donde se intercambiaron tenientes tlaxcaltecas y Cacamaxtli recibió sus tributos que consideró suficientes dadas las características de la embajada de paz y comercial. Se le enteró con pormenores de los acontecimientos. Siete días después, los comerciantes empezaron a presionarnos para llegar a Texcoco, y tomamos una ruta más peligrosa pasando muy cerca de Cholula, pueblo inclinado a la fracción azteca entrando a Texcoco con una parada de dos días en Coatlinchan, aquí dejamos con la responsabilidad a Cozamatl, nosotros tres seguimos hasta Tepetlaoxtoc. Antes habíamos enviado un correo a Ixtlixóchitl avisándole de nuestra llegada, mandó la escolta que nos guió hasta el palacio en donde nos esperaba con una de esas cenas que degustar, en donde no faltó el pulque, lo que es delito en unos es placer para otros, Initlacua y yo si nos bajamos unos jarritos. En el salón colgaban los códices que le enviamos, le relatáramos minuciosamente los acontecimientos. No le agradó

mucho el dejar a los aztecas el territorio al norte de Nautlan, insistió mucho que el primer contacto de los descendientes de Ce-Acatl-Topilítzin-Quetzalcóatl se haría en esta zona, aunque reconoció que no sería con el esperado para efectuar la alianza. Podemos decir que quedo satisfecho. Le preguntó a Ixtoc sobre los resultados comerciales, que te explique.

Ixtoc con su conversar parco para situaciones referentes a la política apoyó lo dicho por Hutzilitzin.

—Primo, dile que te molestó —le conminó a hablar Hutzilitzin.

—Me informó que tenía vigilada la casa de Amincatlaloc, conociendo a tú abuelo me supuse que estaría muy molesto. Por supuesto que le reclamé diciéndole que eso no se la hacia a un hombre de respeto. Aclaró que consideraba a Amincatlaloc un héroe nacional y que de ninguna manera querría molestarlo, y consideraba que aun a sus años era capaz de defender a la familia, pero que la misión Quetzalcóatl descansaba en la salud de tu esposa, sin mencionar su nombre, esto me dio más coraje —Ixtoc estaba en tensión.

—Le fue bien difícil tranquilizar a Ixtoc —apostrofó Hutzilitzin.

—Después de muchas disculpas me tranquilice un poco, contra los poderosos nunca se gana, además estaban ustedes en medio de la discusión y un fundamental presagio. Aquí entre nosotros, los descendientes de Ce-Acatl-Topilítzin-Quetzalcóatl no serán hombres iguales que nosotros y tal vez peores que los aztecas pero es una apreciación personal y no le pongan mucha importancia. Lo que atemperó mi enojo fue pensar en la urgencia de establecer una alianza con un pueblo que posee una técnica más avanzada, capaces de viajar más allá del horizonte de *Tonallatl* sin creer que morir ahogado es un castigo eterno porque el alma no puede salir del agua y subir al *teocalli* a vivir con los dioses y los ancestros.

—Y el abuelo Iz que le dijo al respecto.

—Que desde que salimos hacia el *Tonallatl* siempre hubo un par de capitanes, pero que no lo vigilaban a él sino a

Iztayahui. Le conté de mi indignación y me dijo “tú abuelo Itzcoalt nos repetía, ‘no hay manera de ganarle a los poderosos, hay que convencerlos’. Bien lo había experimentado trabajando para el abuelo del mismo nombre que tú mecenas. Los capitanes sólo cumplían con su deber de manera muy discreta, tal como debía hacerse”. Así, que mi enojo fue innecesario le dije, me respondió “tú lo has dicho, debiste pensar en los beneficios para la nación. Pero te agradezco que hayas defendido mi autoridad. Debes ser muy útil para Ixtlixóchitl que no tomó represalias contra ti”. Yo prefiero pensar que considera mi valía. Lo que interesa es que la confianza del *Huei-Tlatoani* se ha consolidado nombrándome nuevamente su embajador comercial dándonos menos de una luna para alistarnos y regresar con la nueva campaña por la ruta comercial más segura consolidando convenios y compromisos. Me encargó que te entregara esto el día que formalizaras tu matrimonio, así que aquí está.

—Mejor entrégueselo a Iztayahui ahora que bendiga nuestra unión. Initlacua qué me puedes contar.

—Que quiere que le cuente, para ustedes debo ser un libro abierto.

—Bueno no me cuentes, relata lo que consideres importante y no comprometa tu compromiso de vigía para Ixtlixóchitl.

—Y de ustedes, creo que de algo les han servido mis habilidades.

—Claro y aunque sea tarde, debemos agradecerle el haberte atravesado cuando Cuauhpopoca trató de armar bochinche el día preciso que nos veníamos. Nos evitaste un conflicto mayúsculo.

El reconocimiento suavizó al proveedor y ofrece su comentario. —Poco hay que agregar a lo dicho, excepto que desde el punto de vista económico Ixtlixóchitl estaba muy complacido —quedó meditando un poco las palabras que iba a pronunciar. —Me dio a escoger entre quedarme, volver a

engancharme como proveedor, y hacerlo con la familia. Decidí venir como proveedor.

—Hijo, no hagamos esperar más a Iztayahui —corto Ixtoc —avisémosle a Yoyolilin con sus hijos y el que viene — volviendo a ver a Hutzilitzin —a Xotlicuica con Xitzicuintli y Totocahuan, a Tzicuihtli y Coyonextic, por supuesto a Initlacua ¿te parece?

—Si padre —respondió Cuauhtliuil —a quién usted quiera.

Antes de que nadie dijera cómo, Initlacua salió de la tienda a disponer las cosas. Mandó traer a los mencionados, alistar la cena que ya había mandado preparar, como que por si acaso, y personalmente fue por Iztayahui, se paró en la entrada de la tienda llamando: —Señora Iztayahui, soy Initlacua, quisiera hablar con usted si es posible.

—Pase se escucho desde el interior —con actitud huidiza y haciendo genuflexiones entró a la habitación diciéndole a Iztayahui —Señora, si no le ofende, la pido que acepte este humilde presente —entregándole un pequeño envoltorio de tela. —El Señor Ixtoc me manda a llamarla para celebrar su unión con el Capitán Cuauhtliuil, a la señora Tzicuihtli y su esposo Coyonextic, voy a avisar al capitán Totocahuan y a señora Yoyolilin con sus hijos. No vemos en la Tienda del señor Ixtoc.

Iztayahui esperaba a su esposo con vestido blanco muy fino, regalo que le llevó Coatlalopelitzin un día que la fue a visitar para felicitarla diciéndole “este vestido lo uso mamá, lo use yo, lo usó Yoyolilin el día que pasamos de niñas a mujeres, ahora lo tendrás tú para que tus hijas lo lleven en ese momento en recuerdo de Papalotzin” mientras la hermana le ayudaba a colocarse un hermoso collar de jade que sacó del bultito que le regaló Initlacua. Cuando estaban listas para salir se presentó de nueva cuenta Initlacua con una corona y un ramo de orquídeas artísticamente entrelazadas. Tzicuihtli colocó la corona a su hermana, cuando estuvo satisfecha le entregó el ramo que Iztayahui se llevo apasionada hacia el seño. Tzicuihtli se

separó unos pasos, observo a la esposa-novia de arriba abajo preguntando a Initlacua: —¿Verdad que está preciosa?

Initlacua se tomó su tiempo, hizo una revisión concienzuda moviéndose alrededor de Iztayahui sugiriendo una u otra cosa con el objeto de retrasar a las hermanas dando tiempo a que los invitados llegaran. Cuando estuvo satisfecho la escoltó hasta la tienda de Ixtoc que abrió de modo teatral anunciando, la señora Iztayahui, la joven no acostumbrada a tales eventos se sonrojo haciendo resaltar más su rostro. La entrada provocó un ¡ha! De admiración, especialmente de Ixtoc, Hutzilitzin y Yoyolilin que inmediatamente reconocieron el vestido. Ixtoc entrega a Iztayahui un envoltorio le dice: —El regalo de bodas de Ixtlixóchitl. La joven con semblante incrédulo abrió el envoltorio de donde apareció una ajorca y un brazalete de arquero finamente labrados en oro.

Al contacto con el oro la joven macegual siente el miedo ancestral de la prohibición de usar artículos elaborados con el metal de Tonatíuh, rechazándolos trata de regresarlos a Ixtoc. El suegro le habla conciliador: —*Yoyoli* los regalos son suyos, el *Tlatoani* los envía como reconocimiento de su valía como personas, ya te considera *pilli* de su *calpolli*.

La joven los retrae con ternura hacia su pecho, después se los entrega a Cuauhtliuil. El joven alarga el brazalete a su papá tomando la ajorca que coloca con ternura en el brazo derecho de Iztayahui, después toma el brazalete y se lo pone en el antebrazo solicitando a su esposa que le ayude a anudarlo. Ella, con la mirada cintilante por la indiscreta lágrima que quiere escapar, con torpeza, entremete las cuerdas de cuero por los ojillos para fijar la antebrazera. Initlacua hace una señal para que Tzicuihtli entregue el ramo de orquídeas blancas a la novia, acomoda a los celebrantes haciendo una señal de asentimiento hacia Ixtoc. Con voz emocionada que aclara con un ligero carraspeo Ixtoc repite las palabras que había escuchado del sacerdote el día que se casó y cuando representó a su hijo en el matrimonio por poder con Iztayahui. De esta manera sencilla, dos enamorados que poco se habían tratado,

mucho se conocían y más se querían comprometían sus vidas él uno por él otro por el tiempo que durara.

El siguiente día fue de asueto general, el batallón quedó franco confiando la vigilancia a los guardias de calpixque de Cuatzacualco excepto la guardia de corps del matrimonio recién consumado.

Como lo intuyó Cuauhtliuil, en Xaltipan se encontró con una situación similar a la de Tzapotliyepepan recurriendo a una solución similar excepto que esta vez llevó a suficientes conscriptos voluntarios de los pueblos amigos advertidos de lo que encontrarían si estaban dispuestos a casarse y afincarse en ese pueblo para trabajar como sitio de avanzada y rechazo a los esclavistas, y varias parejas de Tzapotliyepepan. Ofreció el calpixcato a uno de los tenientes tlaxcaltecas que se enrolaron con Hutzilitzin de nueva cuenta y que a la sazón estaba soltero. Sabía que Totocahuan y Cozamatl no aceptarían y a Coyonextic lo reservaba para un pueblo de la costa, más próximo a Cintla. Ésta trayecto de la campaña fue breve dándole tiempo para alcanzar a la columna principal en Tlcatlzepepan en donde dejaron a Coyonextic como calpixque con una selecta guardia de capitanes acolhuas y tenientes tlaxcaltecas y más parejas y familias. Prosiguieron a Cintla en donde se quedó como calpixque Hutzilitzin. Cuauhtliuil continuó hasta Xicalango, el asentamiento acolhua más al sur y lugar en donde los augures aseguraban llegaría el descendiente de Quetzalcóatl que establecería la alianza. Ixtoc en su misión comercial y de entendimiento se encaminó hacia los pueblos mayas en donde era muy querido acompañado por su fiel amigo Initlacua.

La Espera.

Esperar, esperar, esperar requiere la paciencia de un anacoreta cuando la imagen de lo esperado depende de un oráculo, un mito, una esperanza, una premonición, una leyenda que ofrece beneficios divinos para unos y castigos infernales para otros. Unos mantienen vivas ilusiones, los otros esperan calamitosas fatalidades.

La llama de la ilusión debía mantenerse encendida recordando los beneficios esperados mediante la visita regular a los calpixques que formaban lo que llamaban la Barra Quetzalcóatl que abarcaba toda la costa atlántica desde Mizantla por el norte hasta Tulum por el sur. Hutzilitzin se encargó de hacer visitas regularmente a los pueblos de la ruta del norte, desde Citla en donde vivía hasta Nautlan mientras vivió el calpixque Cuaixihtac, a su muerte como era de esperar, su hijo Cuauhpopoca fue proclamado calpixque leal a la causa azteca, decidiendo romper el compromiso con los acolhuas, permitiendo, en un tratado no escrito, aceptar la intromisión del Macuahuitl hasta Mizantla.

Cuauhtliuil siguiendo los pasos de su padre. Acompañados cuando coincidieron, en visitar los pueblos mayas cosechando la amistad con los *Halach Uinik* desde Xicalango situado en el bolsón del Golfo de México hasta Tulum, lugares en se creía llegaría el esperado descendiente de Ce-Acatl-Topilítzin-Quetzalcóatl.

Una vez coincidieron en sus viajes de regreso en Champotón, los tres Ixtoc, Initlacua y Cuauhtliuil hicieron

XIII. La Espera.

campaña juntos hasta Xicalango en donde los esperaba un nuevo miembro de la familia, una hermosa niña a la que Iztayahui llamó Xochinectli porque su piel, que parecía miel de abeja recalentada. Ixtoc llevó la noticia hasta Tlaminca en donde la familia agradeció el obsequio a los dioses. Se discutió sobre el destino de la niña a quién suponían la elegida, el que menos intervenía era el abuelo Amincatlaloc quién poco creía en los augurios y consejas, mientras la abuela Chipicatonali afirmaba: —El día que nació Xochinectli (“Flor de Miel”)soñé a una mujer joven sin rostro sentada a la orilla de *Tonallat* mirando hacia donde nace el Sol, cuando en el sueño se me muestre el rostro de la mujer, esa será la elegida. Esta niña tendrá el don de hablar las lenguas de los hombres, mejor que Cuauhtliuil.

Un año después Ixtlixóchitl le encargó a Ixtoc e Initlacua hacer la visita en misión comercial a todos los pueblos de la barra Quetzalcóatl para que la ilusión se mantuviera viva. Medio año más tarde, días después de la fiesta a Tezcatlipoca llegaron, Ixtoc e Initlacua a Xicalango coincidiendo con el nacimiento de la segunda hija de Iztayahui y Cuauhtliuil a la que su mamá llamó Tlanextli pues la niña vio la luz en el momento en que el sol aparecía por el horizonte. Esa noche, Chipicatonali se movía sobresaltada y sudorosa, Iz la despertó preguntándole: —Mujer ¿qué te pasa? Estás sudando y toda temblorosa ¿un mal sueño?

—Al contrario ¡magnífico! Estaba ayudando a Iztayahui a dar a luz a su segunda niña que nacía con el sol y le llamarán Tlanextli (“Luz del Alba”). Y como no me vas a preguntar, de una vez te digo que no es la elegida, me desperté antes de que alumbrara y no se me presentó la carita. —Amincatlaloc no creía en augurios ni consejas de viejas, pero respetaba las creencias de su esposa permitiéndole que anunciara a voz abierta la llegada de la segunda niña de Iztayahui y Cuauhtliuil.

La noticia llegó hasta oídos de Ixtlixóchitl quién envió un correo hasta Xicalango para enterarse. Ocho días después recibió la noticia del nacimiento de Tlanextli, la segunda hija

Cuauhtliuil. El *Tlatoani* tomó dos decisiones, la primera fue enviar al correo a casa de Amincatlaloc para confirmarle la noticia con todo y el códice que se suponía secreto; la segunda llamar a sus augures quienes le informaron que la niña no era la elegida, su destino era asistir y cuidar a las personas. Con desilusión, Ixtlixóchitl envió un nuevo correo dirigido a Ixtoc e Initlacua para que no interrumpieran su misión que abarcaba el territorio Maya en busca de noticias sobre el proyecto Quetzalcóatl. Sin apremios, Ixtoc e Initlacua partieron hacia tierras Mayas, visitarían a viejos conocidos, harían nuevos amigos por espacio de dos años regresando a Xicalango a pasar unos días con sus familias. A medio año, durante la fiesta de la luz de Quetzalcóatl en el solsticio de verano, Iztayahui inició el trabajo de un parto que fue rápido y sin problemas, al ocultarse el sol, el momento más divinizado de su pueblo alumbró a la oscuridad de la noche la tercera hija de Iztayahui y Cuauhtliuil. En la casa de Tlamincas, por la tarde, Chipicatonali se sintió melancólica, tomó de la mano a Iz para que la acompañara al observar la puesta de sol sentados en el poyo que daba al poniente y disfrutar del inicio de las fiestas del día más largo del año. Iz se dejó guiar, ya sentados la esposa se colgó a su brazo derecho a contemplar el ocaso, no preguntó nada, cuando Chipicatonali lo considerara hablaría, mientras gozaban de la comunicación silente de las almas, Chipicatonali relajada por la paz de ocaso divisa en el valle y los islotes de los lagos pequeñas lumbreras, fogatas que durarían toda la noche, fiestas de la juventud para alabar al dios Quetzalcóatl. Entra en un estado de duermevela, exactamente cuando el sol se ocultó por el horizonte sintió un refulgente rayo de luz que penetró a través de sus párpados hasta el cerebelo, sobresaltada apretó fuertemente el brazo de su esposo, diciéndole exultante: —Ya llegó la elegida, he visto si carita emergiendo del agua bañada de rayos de sol, haciéndose adulta, nosotros la llamaremos Mitlaxochitl como “La Flor Que Nace del Mar”, al medio día de su vida se cumplirá la profecía y los hombres le llamarán Nalihtzin, la venerable madre y abuela-abuela de las

generaciones que estarán por venir, unos la respetaran, otros la odiaran, el *Tlatoani* extranjero cumplirá como esposo y ella será feliz.

—Todo eso te fue revelado —preguntó Iz.

—Me fue revelado que será hija del el mar y del y de Sol y símbolo de la alianza con los que creemos descendientes de Ce-Acatl-Topilítzin-Quetzalcóatl, hombres comunes con ambiciones y los cuartos invasores según me cuentas que decía tú padre Itzcoatl. Nuestra niña, será la mujer que obedecerá los intereses de los hombres, aunque sea loable no considerarán su voluntad para establecer una alianza entre guerreros. Al menos los de su pueblo la adorarán, los extranjeros la menospreciaran y los vencidos la maldecirán, pero ese es el destino de las grandes mujeres. Tendrá hijos con el extranjero, como los tendrán las veintiuna doncellas que la acompañen uniéndose el mismo día a otros extranjeros, formarán una raza diferente y juntas las tres razas formarán un pueblo nuevo, tal vez unido.

—Mujer, has hablado con palabras proféticas. Papá nos lo había anunciado como la cuarta invasión que nos vendría por donde nace el sol, por eso soy tan escéptico con la profecía, seremos avasallados, como los fuimos por los copilacas y cuicuilcas venidos del sur; por los chichimecas que llegaron del norte, y por los aztecas que lo hicieron desde el poniente y ahora por estos hombres que llamas barbados que vienen desde el oriente. Al final, los naturales siempre hemos sido vejados.

—Iz, no te angusties, piensa en la niña como Mitlaxochitl, una hermosa flor nacida del mar.

—Si Chipicatonali, uno tiene que cumplir un destino aunque no nos guste, veme a mí que respetaba hasta la vida de los pajarillos, obligado por el destino a ser el Gran General —este título lo expresa en tono despectivo— y vivir sintiéndome observado por con las vacías miradas de los que maté. Antes de que pudiera negarme Papalotzin, mi madre, me izo prometer ayudar a Netzahualcóyotl a cumplir su destino. Ahora le toca a una mujer tocada por los dioses en el alma de Mitlaxochitl.

—Pidámosle a *Monoyocoyani* que la cobije con su amor.

—Pidámosle que nos de juicio a todos para no interferir con su destino. Que sus padres la críen con la libertad y no para cumplir una profecía, un capricho de los hombres.

—Hay Amincatlaloc —nombre que usaba cuando le iba a contradecir o comunicar algo de importancia —tú siempre tan negativo.

—He sido negativo al proponerte que así creáramos a Ixtoc, cuya expuesta vida de embajador de *pillis* hace que lo veamos cada dos años. Y ha sido negativo Ixtoc y su esposa en crear a Cuauhtliuil. O ha sido negativa Coatlalopelitzin al aceptar que Hutzilitzin acompañe a Cuauhtliuil en su odisea y Yoyolilin en acompañarlo.

—No Iz, no has sido negativo, aunque quisiera tenerlos cerca.

—¡Los tenemos cerca! Acabas de tener una premonición para nuestra tercera nieta. Es preferible lejos cumpliendo su destino que pegados a tu falda cumpliéndonos caprichos. Sí la vida nos alcanza la conoceremos cuando llegue al Acolhuacan a tomar posesión de su señorío como esposa del *Huei-Tlatoani* barbado.

—Tú crees

—Si mujer, si la vida es benevolente con nosotros, a las otras nietas también.

—Y si se quedan en donde viven ahora.

—La nuca del imperio está aquí simbolizada por Tenochtitlan. Aquí tendrán que venir a acabar o sojuzgar a los aztecas *pilli* y avasallarnos a nosotros.

—No crees en lo que dice la profecía.

—Me siento más apegado a lo que papá decía “extranjeros vistos como voraces invasores” que, buscarán la manera de quebrantar el compromiso representado por la unión con nuestra Mitlaxochitl.

—¿Y ella?

—Como mujer, tiene pocas oportunidades de cambiar los compromisos de su hombre, confiemos que la amaré como

esposo. Como bien meditas de tú profecía, su recuerdo será bueno de unos pocos, malo de otros pero ese ya no la dañará.

Cobijados por una frazada, Chipicatonali enganchada al brazo de Iz, se entretuvieron conversando de tiempos idos, cuando celebraban con los niños, como la hacían todos los jóvenes de los pueblos, encendiendo en cada barrio hogueras en honor a Quetzalcóatl calificando la magnitud como si fueran estrellas que cintilaban aumentando su refulgencia en respuesta al agregado de combustible. Se fueron durmiendo viendo las fogatas que como luceros tintineaban en la oscuridad de todo el valle.

En menos de un cambio de luna, Ixtlixóchitl les estaba informando del nacimiento de una niña especial, adjetivo que no uso con los nacimientos de las hijas anteriores, llamada por su mamá Mitlaxochitl. El anunció hizo que Iz tomara más en cuenta la profecía de su esposa. El embajador les informó que el *Huei-Tlatoani* se había permitido hacer un augurio que anunció que la niña tendría facilidad para hablar lenguas y humanidad para cuidar a los hombres. Los abuelos agradecieron la atención invitando a comer al embajador quién aceptó sintiéndose honrado con la compañía del Gran General Amincatlaloc. Apenas se despidió el comensal la abuela Chipicatonali afirmó a su esposo: —Mitlaxochitl hablará lenguas con el corazón, mientras Xochinectli lo hará con la palabra, cuidará a los hombres en su espíritu mientras Tlanextli lo hará con los cuerpos. Actitudes sutiles que harán la diferencia.

Las niñas fueron creciendo, bajo las enseñanzas amables de Tlahcuilohqui y Zohuaxitlatli. El primero les enseñaba a cuestiones de protocolo, actuaba como maestro para escribir y leer códigos y el náhuatl, en especial les hablaba de Netzahualcóyotl, *Huei-Taltoani* acolhua del que se decían muchas cosas buenas; la segunda a ser emprendedoras, la lengua totonaca natural de la zona y el antiguo olmeca hablado por algunos pueblos; el maya lo aprendían de los comerciantes. Su esposo, ahora capitán tlaxcalteca le proveía de códigos

calcados de las estelas mayas, La educación la complementaban mentores especializados que hizo traer Cuauhtliuil para la *Tlamatiliztli-Cali* del pueblo.

A medida que crecían, las personalidades de las niñas se fueron delineando, Xochinectli mostró facilidad para las lenguas aprendiendo las que le enseñaba Zohuaxitlatli y gran facilidad para interpretar y elaborar códigos; Tlanextli, con su espíritu cooperador hacía amigos con facilidad desviviéndose por asistir a aquellos que podían necesitarla, su carácter independiente le creaba conflictos con personas que querían imponérsele, sin embargo, su espíritu piadoso le hacía presa fácil de a la manipulación, sobre todo de aquellos en quien confiaba, ésta particularidad se la mencionó Zohuaxitlatli a Cuauhtliuil: —*Tlatoani* Capitán, Tlanextli la segunda de sus niñas es muy de ayudar y se preocupa cuando alguien está enfermo, pero la hace muy susceptible a ser manipulada, Xochinectli, la hermanita mayor lo sabe bien y se aprovecha, cuando Tlanextli se da cuenta se enoja, le advierte que la están utilizando, Mitlaxochitl la consuela pues tiene también el don de ayudar con la ventaja de darse cuenta cuando es manipulada.

—Gracias Zohuaxitlatli, me he dado cuenta. Iztayahui cuando está nostálgica habla con pena de sus gentes de Tlaminca Le he pedido que no lo haga en presencia de las niñas, pero no siempre se controla. Tlanextli la observa y se siente cada vez más responsable por su mamá.

—¡Yo no hablaba de mí señora Iztayahui!

—Porque le tienes cariño y respeto, por eso es más importante tu apreciación.

—Es que es su mamá y Tlanextli da por hecho que sufre estando en este pueblo extractando de lo que es una simple plática entre amigos, yo también extraño Tzapotliyeapan pero nunca lo comento ante mis hijos ni mi marido, a él nunca le he escuchado que esté nostálgico por su pueblo de Tlaxcala, cuando más me dice “algún día vamos a conocerlo” ¡Cuide mucho a mi niña “Luz del Alba” Señor Capitán!

—A mí también me preocupa, a Iztayahui le explico nuestra situación, entonces lo acepta. Pero salgo mucho y por largas temporadas. Por favor Zohuaxitlatli, ayúdame en esto. El mayor riesgo es que viva preocupada y acabe enferma de nostalgia.

—Usted lo ha dicho Señor Capitán, y discúlpeme por meterme en su vida, pero las quiero mucho.

—Te lo agradezco, y se discreta para que Iztayahui no se sienta culpable, ya sabes como son las mamás con sus hijos.

—Mitlaxochitl se percata de la debilidad de su hermanita. El otro día escuche que le decía: “Debes ser como la tía Tzicuihtli. Le dijo a mamá ‘para que piensas en eso mejor haz feliz a tu familia’ los de allá ni se van a ir ni van a venir”. Hermanita, es mejor pensar como tía, para que te maltratas por mamá, cuando nada se puede hacer.

Hasta cierta edad, no percibieron la deferencia con la que las trataban los conocidos, poco a poco fueron percibiendo la soledad del considerado superior. Cuando los compañeritos del *Tlamantlicali* se les acercaban los hacían con temor, cuando desarrollaron el sentido de jerarquía de los adultos lo hacían con respeto. Quien siempre las trató con cariño de hermano mayor fue Xitzicuintli, el primogénito de Totocahuan y Xotlicuica. Las niñas mayores preferían estar dentro de casa protegiéndose del bochorno, la pertinaz lluvia y la compañía de amigas convencionales. Mientras que Mitlaxochitl se sentía más a gusto en el exterior, en contacto con la naturaleza sin escuchar las incómodas quejas de las hermanas. Las casa de Iztayahui y Xitzicuintli quedaban frente con frente, en cuanto salía la niña de la casa Xitzicuintli salía a cuidarla con tal dedicación que los compañeritos le llamaban *Chichipocatl* (“Perro de la niñas”) El niño fue desarrollando responsabilidades hacia Mitlaxochitl que sólo podía compararse con las que Totocahuan tenía con su trabajo.

Esa veneración provocó un distanciamiento entre Iztayahui y Xotlicuica. La primera sentía que su niña podía ser desviada de su misión profética por el cariño que podría desarrollar

hacia Xitzicuintli, la segunda le prohibió al niño salir con Mitlaxochitl, pero fue imposible detenerlo. Totocahuan que conocía la manera directa con que Cuauhtliuil enfrentaba cualquier situación le confió el problema que se había suscitado entre las mujeres: —Cuauhtliuil habrá notado que Xitzicuintli juega mucho con Mitlaxochitl. Pareciera que esto no le gustó a Iztayahui y le pidió a Xotlicuica que obligara a niño a no salir más con la niña.

—Algo me comentó sobre el asunto pero no le di importancia, sí le previne que por ningún motivo le impidiera salir de la casa o decirle algo sobre dejar la amistad de Xitzicuintli. El niño les lleva algunos años y lo que hace es cuidar a las niñas, la que sale es la pequeña y obviamente pasa más tiempo con esta. Me han enterado que los compañeros del *tlamatiliztlicali* le llaman *Chichipocatl* por el cariño que les tiene a mis hijas, en eso salió al padre.

—Gracias, pero.... —trató de contestar Totocahuan siendo interrumpido.

—Sin peros Totocahuan, nadie hay más fiel a la causa de Quetzalcóatl que tú. O fiel a tu trabajo que viene a ser lo mismo. Hay vienen los pequeños de su diaria visita al mar, ahora mismo solucionaré las cosas.

Mitlaxochitl vio a su papá platicando con el tío Totocahuan y pegaron carrera tomada de la mano con Xitzicuintli para que la jalara. Cuauhtliuil se acuclilló para ser abrazado por la niña, Xitzicuintli muy formal saludó al estilo militar a su padre quienes le respondieron de igual modo.

—Ya vamos a comer papi, que nos acompañe Xitzicuintli.

—Si su papá le da permiso.

—Papá —Xitzicuintli inició la petición que fue contestada de inmediato por Totocahuan con el asentimiento de la cabeza y una sonrisa en los labios. La niña le tendió la mano jalándolo hacia su casa.

—Dile a Xotlicuica que disculpe a Iztayahui, que hablo con palabras de madre preocupada a una comprensiva amiga. La niña se regresó para tomar a su papá con la otra mano.

—Ya llegamos y traemos a un invitado —dijo voces Cuauhtliuil a su esposa que se acerca desde el interior de la casa, recibe con un beso al esposo y a su hija, y un hola cómo estás para Xitzicuintli que respondió: —Bien gracias señora — un tono muy formal para que se guardaran las distancias, el niño percibía que no le agradaba mucho.

—Esperen aquí un momento —ordenó Cuauhtliuil que se perdió en la casa para regresar uno o dos minutos después con las manos ocupadas. Dirigiéndose al niño: —Xitzicuintli en posición de firmes. Va a recibir una misión que cumplirá mientras quiera Mitlaxochitl o usted mismo —con la solemnidad de una orden de vida o muerte, Cuauhtliuil pasó por la cabeza del niño un collar con una obsidiana, pidiéndole que levantara el brazo pasando un pequeño carcaj y entregó al niño un pequeño arco diciéndole: —Te nombro guardián especial de Mitlaxochitl, la señora Iztayahui es testigo de esta encomienda. Acepta la misión.

El niño muy erguido levanta la mano derecha en señal de aceptación diciendo con voz que denotaba firmeza: —Seré guardián de Mitlaxochitl por toda la vida.

—Dije que mientras Mitlaxochitl o usted lo quiera.

—Yo lo querré por toda mi vida, si Mitlaxochitl no aceptara, le ruego a usted Capitán Cuauhtliuil que se me permita cuidarla en secreto.

La abnegación del niño conmovió a Iztayahui que escuchó sobrecogida el juramento del niño. Más tarde iría a suplicar disculpas a Xotlicuica y asegurarle que no interfiriera con la misión que se le había impuesto.

Cuando se enteró Totocahuan, preocupado o tal vez molesto buscó a Cuauhtliuil para enterarse preguntándole: —Xitzicuintli me contó que le había nombrado guardián oficial de Mitlaxochitl. Con los sentimientos de los niños no se juega —le reclamo.

Un segundo enfrentamiento entre ambos, el primero cuando se incomodó por la aceptación de las mujeres en Tzapotliyeapan.

—No fue un juego, confío la vida de mi hija Mitlaxochitl a Xitzicuintli como he puesto la mía en su padre. Me sentiré honrado si aceptas mi juicio.

—¡Es mucha responsabilidad para un niño!

—¡Ya lo sé! Pero es el hijo del hombre más responsable que ha cruzado mi camino. Y el hijo no va a desmerecer al padre.

—¿Y cómo asume que será capaz de cumplir? —hablando como padre que siente que a su hijo se le ha encomendado una gran responsabilidad.

Cuauhtliuil le responde con una pregunta: —¿Tú o Tú esposa dudan que Xitzicuintli pueda cumplir?

—No, tan ciertos estamos que cumplirá que nos dio miedo.

—No teman, les encargaré a los guardias de corps de nuestra hijas que cuiden con el mismo celo a Xitzicuintli. Convince a tu esposa, por mí podría deshacer el compromiso, pero en niño ya no lo va a permitir.

—La elección nos complace, es un honor cuidar a la elegida por los dioses, pero le reitero, nos asusta la responsabilidad con la que el niño ha tomado la encomienda.

—La vida nunca es equilibrada, el miedo de ustedes será el descanso nuestro. Lo hablado, hablado está y que *Monoyocoyani* nos ilumine.

—Gran Capitán Cuauhtliuil, gracias de parte de Xotlicuica y mío por en gran honor que nos hace.

—Gracias a ustedes por su comprensión.

Desde ese momento, Xitzicuintli cuidó a Mitlaxochitl, mientras fue niña en presencia, después en secreto hasta la muerte de la anciana Nalihtzin en su casa de Coyoacán, fue llamado Chichipocatl de manera despectiva para los envidiosos, que nunca tendrán la fortuna de cuidar a una leyenda viviente.

Xitzicuintli se transformó en la conciencia de Mitlaxochitl, estaba cuando se le necesitaba y desaparecía cuando no era

requerido. Esta entrañable amistad le dio libertad a Mitlaxochitl.

La niña no se aburría con los relatos de su papá, algunas historias habían pasado de padres a hijos, como la anécdota de Coatlali con los *Copalaztleros*, la aventura de Iz con los *teporingos*, la aventura el abuelo-abuelo-abuelo Itzcoatl con el mismo *teporingo*, la tormentosa tarde en que un rayo tocó a Iz para convertirlo en Amincatlaloc, las invasiones de los pueblos. Una tarde le contó que el abuelo Iz se preparó para ser un gran cazador haciéndose el muerto para coger pajarillos con las manos, Cuauhtliuil que había superado al abuelo Iz, nunca se hizo protagonista de las historias. Éste relato le impresionó, pidió un poco de maíz a Zohuaxitlatli que compartió con Xitzicuintli contándole a la vez la historia de su abuelo-abuelo-abuelo. Se titaron a la sombra de un zapote con granos de maíz en la mano pidiéndole a Xitzicuintli que lo hiciera bajo un camelio. El niño no soportó mantenerse quieto, con cuidado se sentó para ver que hasta la mano de la niña se acercaron dos palomas torcaz a comer de su mano, la rutina se repitió por muchos días al grado de que a la niña se le arrimaban cada vez más palomas ante la mirada vigilante de Xitzicuintli. Con el tiempo atendían al llamado de su voz aunque no tuviera comida. Cuando se percataba por las tonalidades de los cucúes de las palomas que estaban nerviosas, o los paires de peligro de otros pájaros no perdía el tiempo en llamarlas y dedicaban sus juegos a otras cosas.

—¡Siéntate aquí! Pidió con un dejo de orden a su guardián —¡y no te muevas aunque las palomas te revoloteen en la cara! —El niño aceptó con la intranquilidad de no mantenerse quieto como se lo pedían. La niña lo llenó de granos de maíz y empezó a cucar el reclamo del palomo macho. Las hembras excitadas y los machos expectantes se acercaban primero al origen del cuqueo y después a la comida fácil. Xitzicuintli soportó que las aves le picotearan entre el pelo en busca de los granos que se retenían en la hirsuta pelambre, con un susurro y movimientos de los ojos Mitlaxochitl le decía: —Ese palomo

esta retando a este; esta paloma prefiere a este otro; esa dice que su palomo es más grande y más fuerte; esta otra discute que ha perdido peso porque esta empollando.

—Te lo estás imaginando Mitlaxochitl, los pájaros no hablan.

—Escucha a las chachalacas, el macho dice “Yo Quiero un amor, Yo Quero un amor” y la chachalaca responde, “No te doy, No te doy”.

—Yo solo escucho “Pirri piti iii, Pirri piti iii” Y “Purriuo, purriuo”.

—Xitzicuintli ¿es que no entiendes el lenguaje de los animales!

—Los perros sólo ladran y no hablan.

—Cuando avisan que una gente se acerca la casa ladran de una forma, cuando se acerca otro perro ladran de otra, en las lunas de luna llena ladran de otra y si te saludan hasta se ríen. Tenemos que ponerles atención para entenderlos. No dicen los maestros del *tlamatiliztlicali* que en la selva los monos se avisan entre ellos cunado aparece el jaguar. No usan muchas palabras diferentes, lo hacen con cantos, ladridos, aullidos, piales y tienen sus maneras, pero todas dicen algo.

—Esta bien para ti Mitlaxochitl que los comprendes, yo no entiendo pero puedo imitarlos.

—Vamos a hacer una cosa, tú imitas el canto de un pajarillo o la vos de cualquier animal, si está bien cantada o repetida yo te digo que quiere decir y de animalito se trata.

En estos juegos la aniña afinaba el oído y el niño, la paciencia de los años que le llevaba para no contradecirla, afinaba sus habilidades de imitador de cantos, ululares, ladridos, aullidos, croares, mugidos, bufidos, silbidos y demás onomatopeyas de los animales.

Iztayahui, no se comporta diferente a otras mamás, cuida con celo excesivo a Xochinectli, con esmero a Tlanextli, uno de sus temores era que pudieran marcarse el rostro con una herida provocada por un cardo, o una alimaña tropical les hiciera daño. Las constantes negativas a permisos para jugar en

el exterior aunado a la incomodidad que le proporcionaba el bochorno tropical las niñas mayores iban cogiendo aversión al ambiente. Mitlaxochitl, contraria a sus hermanas, no soportaba el encierro aprovechando cualquier descuido de la mamá, o de las acusetas de las hermanas, o la anuencia de Cuauhtliuil para que lo acompañara y salir a jugar al exterior. Con el tiempo, Iztayahui, confiada a los cuidados Xitzicuintli a quién trataba como al hijo varón que se le había negado y a los guardias que no les perdían vista aunque tenían la orden de pasar desapercibidos dejó de quejarse u oponerse a la ausencia de Mitlaxochitl que junto Xitzicuintli y los vigilantes emboscados pasaban cada vez más tiempo a la orilla del mar cuando su papá no estaba de viaje o acompañándolo en sus sesiones de cabildo poniendo mucha atención.

Cuando Mitlaxochitl alcanzó su décimo sol, Cuauhtliuil y Hutzilitzin planificaron una visita a los calpixcatos del norte. Cuauhtliuil decidió que la familia lo acompañara a Cintla para que compartieran con las tías y los tíos de la familia de Hutzilitzin y Yoyolilin. Cuauhtliuil solicita a Totocahuan y Xotlicuica:

—Xotlicuica, Totocahuan te habrá informado que Hutzilitzin y yo tenemos que hacer una visita a los calpixcatos del norte. El tiempo para que se cumpla la profecía se acerca —Mitlaxochitl que no perdía palabra escucho por primera vez de una profecía que parecía importarles mucho a su papá y a su tío abuelo —y debemos mantenernos vigilantes. Totocahuan se quedará con el recargo de los asuntos oficiales. Quiero pedirte, bueno pedirles que permitan a Xitzicuintli que nos acompañe.

—Señor Capitán, deberíamos cambiarle el nombre a *Chichipocatl*. Tendríamos que amarrarlo —respondió Xotlicuica, —no puede estar lejos de las niñas.

—Parece que te molesta.

—No señor, nos honra, como nos honra que lo haya nombrado Guardián de Mitlaxochitl, a pesar de su edad sabemos que cumple a plenitud lo que se espera de él. Y nos complace que Iztayahui lo trata como un hijo, de usted ni se

diga, pues le tiene confianza para tratar asuntos de estado estando él presente.

—Es como un hijo para nosotros y nos sentiríamos extraños cuando no está.

—Nosotros lo vamos a extrañar, aunque sea en las noches y las pocas veces que lo obligamos a comer con nosotros. Sus hermanos y hermanas, también extrañarán a Mitlaxochitl, y seguramente ella también lo va a ha echar de menos pues juega más con nuestro hijo que con sus hermanitas.

—Así son las cosas entre hermanos, les agradezco la confianza y estén seguros que lo cuidaremos como hijo.

Con minuciosidad se programó el viaje que se inició un mes lunar después que regresaban Ixtoc e Initlacua con mercancías y noticias de los pueblos mayas. Los visitantes fueron muy bien recibidos por Yoyolilin. Apenas se enteraron los pequeños que venían los de Xicalango los esperaron en la puerta y el Tío Ixtoc más por los regalos sorpresa que despaciosamente sacaba de sus envoltorios. El antiguo grupo de embajadores esperaron dos días para salir con los comerciantes. Yoyolilin e Iztayahui, generalmente acompañadas por las niñas de la familia recordaron sus experiencias y conversaban de cosas de mujeres, como relató en su momento Mitlaxochitl a su papá, la niña prefería la compañía de los hombres, no por sus calidades de género pues no competía con ellos sino por que prefería pasarla aprendiendo de la naturaleza acompañada del paciente Xitzicuintli atento a cualquier solicitud o a permanecer estoicamente quieto esperando a que los pajarillo o los animalitos del bosque se acercaran a comer de las golosinas que la niña les ofrecía, por cierto, tuvieron que pasar varios días en espera de que la fauna de Cintla adquirieran confianza. Xitzicuintli en su papel de guardián oficial sufría sin inmutarse las burlas que los nuevos amiguitos le hacían en los raros momentos en que no estaba Mitlaxochitl. Esta actitud del niño hacia la niña también le resultó extraña a Yoyolilin, en el momento apropiado comentó su inquietud: —Iztayahui, no te

preocupa que Mitlaxochitl pase tanto tiempo con el muchachito, dentro de poco va a ser mujer.

—Hubo un tiempo que hasta me molestó la constante presencia del niño cerca de ella. Tanto era mi pesar que Cuauhtliuil en una ceremonia muy seria lo nombro vigilante especial de Mitlaxochitl. Le reclame que en lugar de correrlo lo metía a la casa, me explicó que el niño era muy parecido a Totocahuan, fiel a una causa, y que por alguna razón se había dedicado a cuidar a nuestra hijas, pero se inclinó más hacia Mitlaxochitl porque le gusta jugar fuera de la casa.

—No te preocupa que sea mancillada y no pueda cumplirse la profecía.

—De la profecía no hablamos en casa, Cuauhtliuil dice que tiene tres hijas y no es conveniente tratarlas diferente. Lo que ha de ser será, es lo que me dice cuando llego a tocarle el tema, y tiene razón. Si pones atención, los que saben algo de la misión Quetzalcóatl la tratan con deferencia, tú esposo saludo a todas con un fuerte y amoroso beso, para Mitlaxochitl tuvo una mirada reverente, como si estuviera viendo al mismo Quetzalcóatl. Te soy sincera, más me preocupa de la profecía, la espera de no saber qué o cuándo, ésta es una carga muy difícil de llevar. Por otro lado, respeto las decisiones de mi esposo.

La conversación entre amigas se hacía sin tomar en cuenta que las niñas jugaban cerca y aunque pareciera no prestar atención, sus limpios cerebros graban, incluso información sin hilvanar. Tlanextli se entendía mejor con Mitlaxochitl cuando la segunda aceptaba las condiciones de juego impuestas por la primera, también, por su manera de ser, dada a los demás, era poco celosa. Xochinectli con esos aires de superioridad de primogénita se sentía celosa de su hermana la menor entre otras cosas por las atenciones de Xitzicuintli, que según ella más las merecía, de la comunicación que Mitlaxochitl tenía con su papá hasta para llevarla a los cabildos aunque Xochinectli no soportara ni medio minuto las aburridas sesiones, y para acabar, Mitlaxochitl era protagonista de una profecía, aunque

Xochinectli no supiera lo que significaba pero seguro era malo ya que su mamá decía no hablar de eso; por esto se dice que los celos son ciegos. Desde ese momento, cada vez que podía, Xochinectli hacía ver y sentir a su hermanita la infundada superioridad del mayorazgo.

Un día en que Marelis y Xitzicuintli porfiaban en su postura de estatuas en pos de la confianza de los pajarillos, uno de los hijos de Hutzilitzin, que veía en la rigidez estatuaría de los niños un motivo para broma se aproximó a Marelis en un momento de descuido de su vigilante retirándole con fuerza el banquito en que se sentaba. La niña no había llegado al suelo cuando los nervudos brazos del joven Xitzicuintli pudieron aminorar los efectos de la caída, depositándola suavemente en el pasto de la huerta, sin mediar aviso, le asentó un tremendo puñetazo al agresor que rodó a un lado de Marelis, quién al notar la furia en los ojos de su fiel guardián protegió al tío diciéndole: —Xitzicuintli, no le pegues más, era sólo una broma.

El joven guardián se contuvo pero no el agredido quién les gritó: —Me las vas a pagar *Chichipocatl* de una *nahuala*.

El insulto caló en la cólera del joven sostenido por la fuerza interior que el constante trato con la niña de sus ojos había aprendido a atemperar. En insulto entro como cuchillo ardiente en los sentimientos de la niña, como un sueño que se aclara antes de despertar, se agolpan en su memoria jirones de recuerdos de todas las veces que había percibido actitudes diferentes en las personas, de Initlacua que le obsequiaba mejores regalos, de su abuelito Ixtoc que le contaba historias siempre que se las pedía, del Tío Hutzilitzin que la miraba con respeto, de Tlahcuilohqui que siempre le decía mí niña Mitlaxochitl, de Zohuaxitlatli que le hablaba con palabras de mujer, de los regalos que le enviaba la bisabuela Chipicatonali que aparte le entregaba Initlacua cuando llegaba de Tlaminca. Desde ese momento se sintió diferente.

—Llévame a la casa —le pidió a Xitzicuintli con voz dolida, asida a su brazo se levantó y recostó en el muchacho —

que no se enteren que me estoy haciendo mujer —le susurró al oído. El joven conmovido ante la confesión tan íntima sólo atinó a apretarla protector contra su costado.

Los tíos, amedrentados por el vigor de Xitzicuintli y perplejos del dominio de Mitlaxochitl sobre este, se alejaron volvieron a sus juegos sin darle mayor importancia al suceso.

El momento fue impactante, una broma de su tío que sintió como maldición y la llegada de una precoz pubertad tuvieron efecto en el carácter de Mitlaxochitl. Tenía que saber de la profecía que la transforma en *nahual* según su tío y por qué algunas personas la miran diferente. Naturalmente a quién primero preguntó fue a su gran amigo:

—Respóndeme con la pura y limpia verdad Xitzicuintli ¿Soy *nahuala*?

—No Mitlaxochitl, eres la persona más buena del mundo —asumiendo que las *nahualas* eran malas.

Pensó que el hombre más sabio que conocía, por supuesto después de su papá, era el escribano Tlahcuilohqui a quién le preguntó de manera más precavida: —¿Por qué la gente me ve como si fuera *Nahuala*?

Con sinceridad, intuyendo el motivo atrás de la pregunta le respondió: —Eres una personita muy buena y linda. La gente es celosa, tus hermanitas pueden tenerte celos porque pasas más tiempo con su papá que ellas, aunque ellas pasen más tiempo con tú mamá, tus amiguitas te pueden tener celos porque te cuida el apuesto joven Xitzicuintli sin considerar que fue una orden de tu papá, a los niños les da miedo que puedas hablar con el lenguaje de los animalitos, las mujeres quisieran una hija como tú. Son puros celos y envidias.

—Dime sabio Tlahcuilohqui lo que sabes de la profecía.

—Te puedo contar de la vida de Ce-Acatl-Topilítzin-Quetzalcóatl el héroe tolteca-chichimeca que dio origen a la profecía que bien conoces, de la que hablan todos los pueblos de la costa y te enseñan en el *Tlamatiliztli-Cali*. Si tú almita está inquieta, pregúntale al tú papa cuando regrese, cualquier otro te hablaría con su propia verdad.

—Después me cuentas del héroe, acabo de oír una parvada de loras que se posó en el zapote, a esos si cuesta entenderlos, machos y hembras gritan todos al mismo tiempo. Vamos Xitzicuintli —le dice al joven que esperaba sentado en el poyo de la entrada que daba a la huerta de la casa del tío, ahora *Huie-Tlatoani* Hutzilitzin.

Por las tardes Marelis se ponía nostálgica conformándose con perder la mirada hacia el mar, visible desde la loma en que estaba construida la casa del Tío, pero tan lejano como la promesa que hizo a su mamá de no visitarlo mientras estuvieran en Cintla.

La visita a los pueblos de la costa fue consecuente a un correo enviado por Ixtlixóchitl en el que anunciaba que los augures habían pronosticado el eminente arribo de los extranjeros. Por esto, Cuauhtliuil y Hutzilitzin visitaban todos los pueblos de la costa, un recordatorio del compromiso y describirles una estructura anatómica muy general que habían definido los augures de los extranjeros: tez blanca, algunos con ojos de color de cielo y muchos con barba cerrada; el elegido llegaría en paz y espíritu conciliador. Usando la ruta marítima, sin dificultades llegaron a Zempoalac en donde fueron recibidos con gran boato por el calpixque Macuahuitl.

En la visita anterior la esposa del calpixque quedó con dudas y deseaba conversar con Cuauhtliuil, aquella vez le fue más fácil pues el capitán hacía el papel de hijo erudito de Ixtoc, ahora, como principal responsable de la Misión Quetzalcóatl se le hacía más difícil, sin embargo pudo encontrar ese momento cuando la conversación se centraba en aspectos comerciales en los cuales Macuahuitl, Ixtoc y Hutzilitzin, estaban más enterados. La señora se inclinó hacia Cuauhtliuil preguntándole en voz baja para no interferir en las negociaciones:

—Señor Capitán, su hija, la elegida, aquella que los tiempos llamarán Nalihtzin ya es mujer.

—Señora, los Dioses nos han hecho un hermoso regalo de tres mujercitas, la mayor Xochinectli ya es mujer.

—Me refiero a la que se está haciendo mujer en este momento.

—La más probable es Tlanextli que es la segunda.

—¿Es muy dada ha ayudar a las personas que considera desvalidas?

—Las dos niñas pequeñas poseen esa cualidad.

—Una de ellas habla con la voz de cenzontle.

—Miatlaxóchitl la más pequeña está por cumplir once años, dice tener la habilidad de entender el lenguaje de los pajarillos y algunos animales.

—También debe gustarle pasear por la playa.

—Es su pasión, siente una atracción irrefrenable por el mar. Iztayahui, mí esposa no le permite acercarse a la playa sin compañía de algún adulto.

—No debería preocuparse, hay un *Chichipocatl*, un espíritu guardián que la cuida y protege.

—Señora, no soy una persona que crea en profecías y augurios, pero ha sido acertada en lo que me ha dicho. El hijo del capitán de guardias, desde muy pequeño decidió cuidar a las niñas, las dos mayores pasan su tiempo al lado de su mamá, la pequeña sale y aprende de la naturaleza siempre acompañada por Xitzicuintli con tal celo que sus compañeritos le llaman exactamente como usted dijo, *Chichipocatl*.

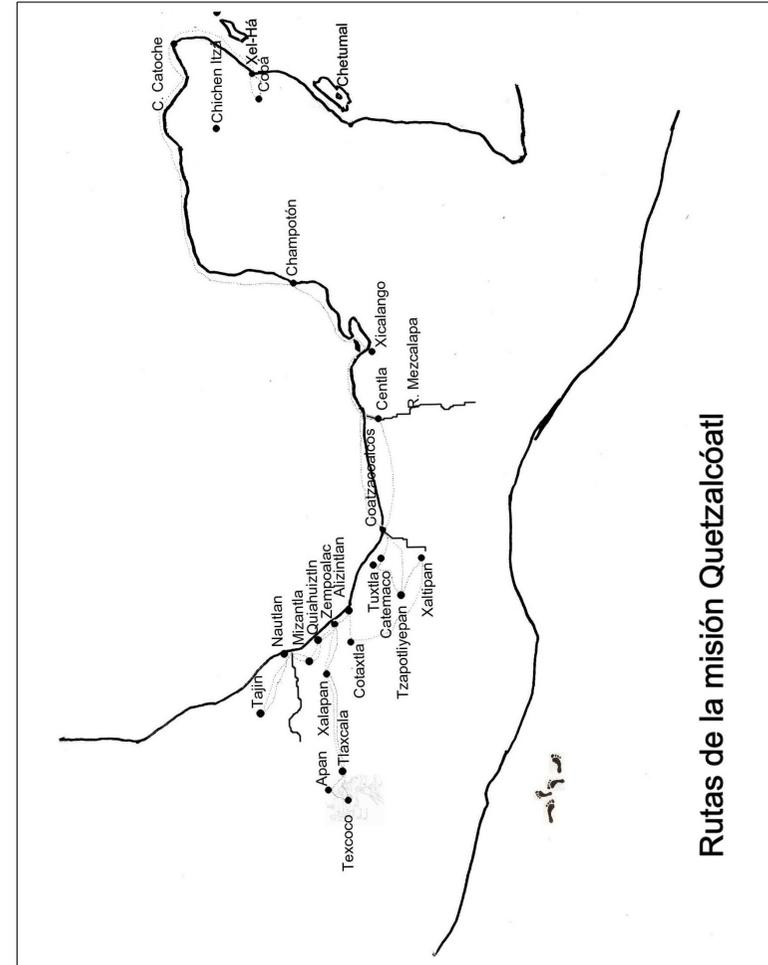
—La brisa matutina me ha traído aromas de otra raza, el tiempo de la profecía se acerca. *Tlatoani* Cuauhtliuil, Nalihtzin va a ser la madre de una raza nueva, un símbolo contradictorio, descalificada por unos, odiada por otros y venerada por otros. Para su consuelo, su hombre la respetará por lo que verdaderamente significa, la querrá como esposa y será feliz — la señora se levantó majestuosa ofreciendo una mirada de admiración y respeto a Cuauhtliuil.

Los embajadores regresaron con la misión cumplida. Los niños esperando regalos y los adultos buenas noticias. Hutzilitzin debía revisar los asuntos que surgieron en su ausencia y prepararse a partir en medio mes lunar con la misma misión hacia los pueblos del sur, esta vez su familia sería la

XIII. La Espera.

invitada a la casa de Cuauhtliuil en Xicalango. La noticia más importante fue la confirmación por Iztayahui sobre la entrada a la pubertad de Miatlaxóchitl.

XIII. La Espera.



La Juventud.

—Te extraña en el cabildo —Cuauhtliuil reclama cariñoso a Miatlaxóchitl su ausencia en el despacho.

—Me dieron ganas de pasear por la playa.

—Saliste temprano, viste el amanecer.

—¡Sí papá! La limpia brisa de la madrugada trae diferentes aromas.

Con el espíritu inquieto Cuauhtliuil recuerda los presagios de la esposa del calpixque Macuahuitl. Estuvo por preguntarle qué como se sentía ahora que era mujer pero se contuvo, ella sabía que su mamá le había enterado, preguntarle podría apenarla. La conversación la encamina a situaciones más prácticas: —Te escapaste.

—De los guardias de corps sí, de Xitzicuintli hasta que encuentra el rastro, según me dice, o sea, uno o dos minutos así que llagamos juntos a la playa, seguro escucho cuando me levante. —Por orden de Cuauhtliuil se construyó una habitación aledaña a la de las niñas, una mañana encontró al niño durmiendo en el dintel de la puerta. Antes les pidió permiso a Totocahuan que comprendía y a Xotlicuica que lo hacía un tanto presionada por su esposo. Desde entonces, el joven Xitzicuintli unas veces dormía en su casa otras en casa de Cuauhtliuil, según semblanteara el estado de ánimo de Miatlaxóchitl. Últimamente dormía en la casa del *Huei-Tlatoani*.

—Y encontraste solución a tus desasosiegos.

—¿Cómo sabe que tengo preocupaciones?

XIV. La Juventud.

—A mí me sacan de la cama las preocupaciones que por mí conducto afectan a otros y los preparativos de una batalla. Supongo que a ti te pasa lo mismo.

—Vera padre —algo importante iba ha preguntar, le hablaba de usted cuando consideraba que el asunto era peliagudo o para reclamarle —uno de los hijos del Tío Hutzilitzin me dijo que era la *nahuala* de la profecía.

—Por qué ¡Té dijo *nahuala*!

—Xitzicuintli y yo estábamos logrando que se acercaran los pajarillos en la huerta de Tío Hutzilitzin, uno de los primos que también son Tíos me jaló el banco y me fui de espaldas.

—¿Te golpeaste?

—No, me apaño Xitzicuintli antes de tocar el pasto y le atizó un puñetazo al Tío que le hizo sangrar de la nariz. Me interpose rogándole a Xitzicuintli que no le pegara más. Fue entonces que el tío en su enojo me dijo *nahuala* de la profecía y a Xitzicuintli *Chichipocatl* en un tono muy ofensivo.

—¿Allí terminó la cosa?

—Aunque discutían no iba a dejar que se pelearan manteniéndome entre los dos, en eso sentí humedad entre las piernas, sentí que se me venía la sangre de mujer y le pedí a Xitzicuintli que me llevara a casa, explicándole la razón.

—¿No te dio vergüenza?

—Por qué habría de darme, acaso es malo, a Xitzicuintli no le puedo mentir, siempre se da cuenta, pero en ese momento sí me hubiera dado pena que los tíos se burlaran de lo que me pasaba. Desde entonces me siento inquieta, ¿qué tiene que ver la profecía conmigo? He notado que la gente me ve como ven al *Tlapahti* y a muchos de esos que les dicen *nahuales*. Me fui a pensar en el mar cómo preguntártelo padre, si no me lo has dicho es que es malo.

—Sabes la leyenda de Ce-Acatl-Topilitzin-Quetzalcóatl.

—Sí, me la enseñan en el *tlatiliztlicali*. Le pregunté al sabio Tlahcuilohqui, me contó más sobre la vida del héroe tolteca-chichimeca. También que la profecía dice que será un vengador para los aztecas. No supo o no quiso contarme más,

pero me advirtió que esa inquietud el único que podría contestármela apegándose a la verdad serías tú.

—Entiendes que Ce-Acatl-Topilitzin-Quetzalcóatl únicamente tomo al nombre del Dios y que se trató de un hombre, con cualidades extraordinarias pero un hombre.

—Por estas tierras lo consideran el mismísimo dios Kukulcán, pero sé que fue un humano.

—Del héroe se dice que sus descendientes regresarían por estas fechas para derrotar definitivamente a los aztecas. El *Huei-Tlatoani* Ixtlixóchitl razonó que si iban a derrotar a los aztecas sería muy conveniente ser aliado de tan poderoso ejército. Te he contado que nuestro abuelito más abuelito Itzcóalt vaticino una invasión que vendría del oriente. Cómo lo único que vemos por donde nace el sol es agua salada y la gente afirma que el agua lava los espíritus que mueren, los sacerdotes dicen que los únicos que podrían llegar por el oriente serían hijos de mismo Quetzalcóatl que había recogido de de la balsa en que se inmoló en Tuxtla antes de que muriera y es aquí donde la gente común confundió al héroe con el Dios.

—Tlahcuilohqui me contó con detalles cómo fue que el pueblo de Tuxtla ayudó a Ce-Acatl-Topilitzin-Quetzalcóatl a embarcarse hacia donde nace Tonatíuh.

—Te habrá dicho que la profecía está por cumplirse, por esto, Ixtlixóchitl preparó lo que conoces como Misión Quetzalcóatl en la que me nombro Comandante Generalísimo, pero no lo hizo especialmente por mis méritos. Los augures que han trabajado para la familia de Ixtlixóchitl por muchos años le han vaticinado que una descendiente de Papalotzin, la mamá de tu abuelito Iz y tía abuela Coatlali mamá del tío Hutzilitzin, será el vínculo de alianza entre el Gran General de Quetzalcóatl según las consejas y el Gran Invasor según Itzcóalt, yo así lo creo. La forma de pensar de Ixtlixóchitl es simple, si los tolteca-chichimecas nos aliamos al poderoso invasor sobreviviremos con ventajas contra los que se opongan. En palabras llanas, los aztecas serán diezmados mientras los acolhuas, tlaxcaltecas y los pueblos tolteca-

chichimecas se verán beneficiados consiguiendo un *calpolli* muy poderoso. Por otro lado, los aztecas tienen otra creencia que dice que una sacerdotisa llamada Malinali fue abandonada en un pueblo llamado Malinalco porque no era partidaria de Huitzilopochtli principal dios de estos. La sacerdotisa tenía un hijo llamado Copil al que envió a atacarlos para vengarse, los aztecas lo mataron y lanzaron su corazón muy lejos cayendo en Tenochtitlan. Cuando Malinali se enteró los maldijo advirtiéndoles que extranjeros que llegarían siguiendo al sol vengarían a su amado hijo Copil recuperando su corazón y quitándoles la tierra. Así, el pueblo no tardó en asocial la leyenda tolteca que espera al héroe siguiendo al sol y la azteca que supone que son los vengadores de Copil enviados por Malinali.

—Papá ¿y yo adonde calzo?

—Los augures de Netzahualpilli me señalaron como padre de la mujer elegida por eso Ixtlixóchitl nos ha rodeado de parientes y gente leal para ganar los pueblos de la costa a favor de la misión y de esta manera asegurar que el extranjero tenga el primer contacto con gente leal a los tolteca-chichimecas y no con aztecas.

—Podemos ser cualquiera de las tres.

—Así lo creí o quise creer. La esposa del calpixque Macuahuitl, cuando la conocí me vaticinó que sería padre de una niña que los tiempos conocerán como Nalihtzin.

—¿Dijo que seré madre cuando llegue a anciana?

—No hija, según la profecía se entenderá como *Nanah* por Mama, *Naliht* por Anciana, *Litzin* por Abuela. Juntando todo alrededor de la profecía: como madre de las generaciones que vendrán.

—¿Eso es bueno o es malo?

—En las batallas entre poderosos la verdad no siempre se conoce, aquí se van a involucrar tres poderosas fuerzas, los aztecas, los tolteca-chichimecas y los extranjeros. Los aztecas te verán como traidora, los tolteca-chichimecas como benefactora, de los extranjeros lo único verdadero según

nuestro abuelo-abuelo Itzcóalt es que serán invasores. Al final, lo más probable es que la historia te verá con los ojos de esos invasores quienes, con toda seguridad traerán técnicas más avanzadas, pues habrán logrado cruzar el horizonte. Lo único seguro es que serás el símbolo de una nueva raza.

—Lo único que me parece malo es que no estén tomando en cuenta lo que yo quiero.

—Me parece escuchar a tú tía abuela Coatlalopelitzin e imaginarme a nuestra abuela-abuela Papalotzin protestando porque a la mujer se le considera una cosa. He estado entre la espada y la pared, la misma Papalotzin pidió al abuelo Iz que asistiera a su hermano Netzahualcóyotl a alcanzar su destino, aun a costa de su propia muerte, siguiendo las órdenes de este llegó a ser el Gran General Amincatlaloc. Ya te conté que cuando salí de su casa me entregó ese arco y carcaj —señalaba a la pared principal del recito —advirtiéndome, “todos tenemos un destino, según la sabia Papalotzin debes cumplirlo”.

—¡Y si no quiero!

—Siempre me ha dolido que una de mis hijas sea utilizada, aunque sea para cumplir una profecía divinizada. Otras muchas cosas me duelen, como haber arrastrado a tú mamá a esta Misión, como a otras que no lo han elegido como tu tía Yoyolilin, otras así lo han querido al seguir a su marido como tu tía Tzicuihtli que vive en Tlacatlzepan, la que fue a visitarlos cuando estaban en Cintla o la misma Zohuaxitlatli que se aferró a su hombre por él que casi la matan a golpes, ya te lo ha contado. Y si nada les he dicho sobre esta profecía ha sido para no interferir con la educación de cada una de ustedes. Hoy me lo has pedido y te lo cuento, la decisión final será hasta el último momento únicamente tuya.

—Y ¿qué me aconsejas que haga?

—Te pediría que esta conversación quede entre nosotros. En adelante tendré que tomar decisiones que podían no gustarte y definitivamente no gustarle a tú mamá y hermanas. Contra todo lo que he defendido, tendré que comportarme con el despotismo de un *Huie-Tlatoani* incluso con la familia.

Espero que con estas decisiones no te sientas ofendida, espero recibir de ti comprensión y apoyo.

—Tal vez lo que me lleva a la playa es la inquietud de tener que soportar una vida que no he elegido, o sea una vida para otros.

—Hija, la mayoría de las mujeres *pilli* tienen que soportar una vida que no han escogido debido a componendas entre poderosos. Casi como muebles elegantes en casa de un importantes *Tlatoanis* de poderosos *calpolli*.

—Y mis hermanas, serán como cosas.

—Yo me estoy obligando a hacer cosas con las que no estoy de acuerdo, pero te juro que no obligaré ni a tus hermanas ni a ti a aceptar al hombre que no elijan ni me opondré al elegido, las mujeres de Tzapotliyeapan me mostraron de lo que son capaces cuando quieren o se apasionan por su hombre. Si en el momento decisivo decides no aceptar la unión convenida con el profetizado extranjero desde hace muchos años sin nuestro consentimiento, no habrá poder humano que me obligue, ni siquiera a pedírtelo. Las personas más infelices son aquellas que se ven obligadas o se obligan a convivir con la pareja que no las quiere y valora, dicen que es preferible vivir dentro de un nido de víboras de cascabel y muriendo un poquito cada día.

—¿A qué hora salen mañana? —la niña da cambio en la conversación. Ha entendido lo que de ella se pide y el compromiso profético en el que han sumergido a su papá.

—Hacia el medio día, pero desde el amanecer estaré en cabildo y me gustaría que me acompañaras.

—¿Y Xitzicuintli?

—Hija, decir Mitlaxochitl es decir Xitzicuintli. El uno es el otro.

—¿Le puedo contar lo que hablamos?

—Siento que lo intuye, según me contó la esposa de Macuahuitl es tu espíritu protector, le puedes contar lo que creas que debe saber. O puedo hablarle si prefieres.

La niña salió buscar a Xitzicuintli que se entretenía en el jardín observando el revoloteo de los pajarillos entre los setos piando para llamarse a pasar la noche juntos, ya pardeaba la tarde.

—¿Qué haces Xitzicuintli? Viendo como los pajarillos juegan en los setos y se llaman para dormir acurrucaditos —le pregunta con voz alegre la niña descansada del pesar que le agobiaba.

—¿Ya les entiendes?

—Claro, este piar si lo entiendo, lo hacen cuando buscan acomodarse para dormir. Ve como se van posando uno al lado del otro, seguro dicen ven, ven, ven y cuando se acomodan uno al lado del otro cambiando por un arrumaco que dice gracias por acompañarme.

—¡Vez, ya sabes que dicen!

—Sólo supongo lo que yo diría, pero, entenderlos debe ser otra cosa Mitlaxochitl.

—Es lo mismo, no es que yo entienda exactamente lo que dicen pero puedo interpretarlo como lo has hecho, Y si soy capaz de repetirlo el pajarillo puede confundirse y arrimarse a mí si siente que no le hará daño. En estas sesudas pláticas pasaban mucho de su tiempo libre, esta vez los interrumpió Tlanextli que salía de la caza diciéndoles: —¿A qué están jugando?

—No estamos jugando, Xitzicuintli me explica como ha logrado entender a los pajarillos que viven entre los setos.

—Otra vez con esa canción, los pájaros no hablan.

—Claro que sí, nosotros le entendemos, ¡verdad Xitzicuintli!

—Xitzicuintli va a responder lo que tu digas —el joven había aprendido que en las discusiones de los hermanos no debía meterse y guardar una presencia muda. —Terminemos esta conversación, mamá me mando a llamarlos para la cena.

—Tlanextli, dile a tú mamá que me disculpe, que ahora dormiré en casa —el prudente joven consideró que la familia prefería estar sola en vísperas de la salida de los Capitanes

Cuauhtliuil y Hutzilitzin a los pueblos Mayas. Cenaría rápido y se iría a la palapa de pueblo en donde se reunían los hijos mayores de Hutzilitzin ha hablar de muchachas, aventuras y amoríos, aunque a Xitzicuintli le interesaba más saber sobre el modo de vida de otros.

La noche anterior Iztayahui indicó a la esposa de Tlahcuilohqui, ama de llaves de la casa que antes del amanecer preparara desayuno para seis más la ama, preparo un desayuno más, al Capitán le gustaba que en la casa siempre hubiera alimento de más. Entraron a la cocina Cuauhtliuil y Miatlaxóchitl, antes de que se acomodaran en sus lugares acostumbrados se presentó Xitzicuintli con gotas de agua perlándole los hirsutos cabellos.

—Siéntate a desayunar —le invitó Cuauhtliuil señalando el lugar a la derecha de Miatlaxóchitl, que a la vez se sentaba a derecha de él, alrededor de una mesa redonda. Chachareaban mientras esperaban que llegaran en orden usual, Iztayahui, Tlanextli y Xochinectli. Esta vez, la excitación de la partida del papá hizo que Miatlaxóchitl cambiara la rutina, usualmente se levantaba tarde y de mal humor, “la niña se levantó de mal atole decía Xitzicuintli” se sentaban lejos de ella o decía “hoy el atole está muy pesado” e iba a desayunar en su casa. Las muchachas del servicio atendieron a la familia con atole y tamales estilo Texcoco decían para distinguirlos de los tamales que se hacían en grandes hojas tropicales de la costa, que la familia consumió entre las broncas usuales de las hermanas con la mamá y el buen apetito del los hombres. Nada se hablo de la partida del papá.

Se levantó Cuauhtliuil seguido por Xochinectli que lo hizo como se lo hubiera disparado un resorte en señal de respeto, despaciosamente Miatlaxóchitl, los tres iban a cabildo. Poco después Yoyolilin, el resto de sus hijos y finalmente Hutzilitzin, que como ya se mencionó, le gustaba disfrutar del lecho cuando no había necesidad de levantarse temprano.

Hacia media mañana salió la columna de comerciantes, flanqueada por más guardias de los usuales y encabezada por

los dos Capitanes con la mencionada embajada hacia los pueblos Mayas. Las mujeres Iztayahui y Yoyolilin se fueron hacia la cocina a conversar de sus cosas, Tlanextli y Xochinectli a conversar con los tíos-primos. Miatlaxóchitl y Xitzicuintli acompañaron a la misión desde que se fue acomodando el los cayucos hasta que se perdieron en los recovecos de la costa en su bogar hacia el norte.

La niña se descalzó para caminar por la playa donde mueren las olas, zigzagueando al perseguir las secuencias. Xitzicuintli le pidió los caites que ató junto con los de él caminando al lado de ella, la niña caminaba con la mirada clavada en las olas que le lamían los pies, enfrascada en profundas meditaciones. El joven, siempre respetuoso de los espacios de ensimismamiento de su amiga, que cada día se hacían más largos. Habían caminado unos quinientos pasos, la niña levantó la cabeza con un profundo suspiro, como si al fin encontrara las palabras apropiadas para hablarle a su amigo:

—Xixitzicuintlitli (“Niñito Corredor”) —uso el diminutivo considerando que debía suavizar lo que iba tratar—sabías que me han profetizado un marido extranjero.

—Sí, desde hace tiempo.

La preocupación de no herir al amigo se cambió en indignación reclamándole: ¿Por qué no me lo contaste?

—Porque no me corresponde.

—Sí no te correspondía ¿Por qué querías seguir pegándole al Tío cuando me lo dijo?

—Las palabras ofenden por la intención y por lo que dicen, en ese momento le pegue por el tono.

—¿Después me lo hubieras contado!

—Te repito que no me correspondía.

—Dejaste que sufriera por más que una luna y lo hubieras hecho por toda mi vida.

—Si me hubieras preguntado te habría respondido que el *Huei-Tlatoani* era el indicado para responderte, y resolver nuestros propios problemas es una forma de madurar.

—Ahora me vas a dar clases de cómo arreglar mi vida.

—Querrías que te lo hubiera contado como un oficial del Calmécac, que te dicen que hacer sin darte razones. Si no soy capaz de entenderlo, cómo quieres que te lo explique. Me parece que es muy difícil vivir para complacer a otros y me he preocupado mucho por lo que tienes que pasar para aceptarlo.

—Y desde cuando sabes que yo era la de la profecía.

—Desde que empezaste a decir que hablabas con los pajarillos, hace como seis años.

—Ingrato.

Xitzicuintli continuó sin responder a la queja: —Papá estaba muy preocupado porque me veía muy apegado a ti. Hablo con tú papá quién le aconsejo que me dijera la verdad. No te imaginas lo difícil que ha sido para mí mantenerme el secreto, me dijo “Hijo, Miatlaxóchitl es una de esas mujeres que el destino separa y prepara para ser de otro”. Aun me encorajina imaginarte apagada, triste, como una mujer que no tiene decisión.

—¿Claro que tengo poder para decidir? Papá me dijo ayer que sí no quería aceptar el destino que dicen que tengo no nos forzaría, incluyó a mis hermanas.

—Es mejor que te vayas haciendo a la idea, como me la hice yo.

—¿A que idea te has hecho?

—A pensar en ti como una hermana.

—¿Entonces quiere decir que me quieres?

—Daría por ustedes mi vida.

—Por ustedes ¿dime que harías por mí?

—Todo lo que me pidas, acaso no te lo he demostrado.

—¡Sí te pido que seas mi esposo!

—Si lo dices en serio debes quitártelo de la cabeza, tú papá te quiere y estaría dispuesto como lo estoy yo a ofrecer la vida por tu felicidad. Pero no sólo los que están involucrados te conocen, tu papá debe habértelo explicado. Nuestra vida corre peligro si ven que nos enamoramos y más si nos encaprichamos. Te quiero como una hermana y te pido que

preparaes tú *yoyoli* para el esposo extranjero que Quetzalcóatl te tiene predestinado.

—¿No me querrías como esposa?

—El amor nace como el ojo de agua, sin saber por qué, pero sus aguas se dirigen a muchos lados, un arroyo los hemos hecho juntos y esto nos ha hecho ser *yoloicnin*, otro arroyito hace que sienta un cariño hacia tú papá como el que siento por Totocahuan, hay un arroyito de amor muy especial que hace que sintamos hacia la pareja algo diferente a los otros. Tienes la ventaja de acanalar tu arroyito para que ames a tú extranjero sin resignación. El que lleva a tú jardín ya está trazado.

—¿Y cómo hacemos ese arroyito?

—Lo único que sé de él es que cada pedacito que avanzas te duele, pero no cejas y avanzas otro más que tal vez sea más doloroso. Si sus ojos te ven sientes que el *yoyol* salta y te avergüenza que se pueda dar cuenta, tus pensamientos únicamente son para planear el siguiente pedazo de arroyito, te duele cuando sus ojos ven a otro y sólo piensas como quitar esa roca para que el agua pase al otro lado, quieres sacarla y eliminarla. Cuando sientas esto es que ese arroyito del amor va por buen camino.

—Eliminar, eliminar, me estás hablando de amor de hombre.

—Y de que otro te podría hablar. Supongo que las mujeres sienten un poquito diferente, el lugar de darle un golpe y desaparecerlo, lo meten a la olla de los frijoles. Pregúntales a tus hermanas, después me cuentas.

—Y para qué quieres que te cuente lo que sienten mis hermanas —en ese momento Miatlaxóchitl levantó el rostro topándose con la mirada del muchacho que se sonrojó.

—¿Qué te pasa Xitzicuintli, tienes la cara *chichiltic-xayac* (“colorada—cara”).

—Nada, es el calor del mar.

—Se me hace que ya tienes un arroyito de amor hacia una de mis hermanas, a que es por Tlanextli.

—Como crees, *inin tecpi amo ximoihtoti ni petlatl* (“esas pulgas no bailan el mi metate”).

—Voy a completar tu ejemplo del arroyito del amor, sucede que muchas veces sale mucha agua del venero y el agua rebalsa las riberas, entonces el agua corre por donde quiere, peor para ti si piensas que no puedes alcanzarlas.

—Es que tú papá es más importante que el mío.

—Los dos son Capitanes, y el que uno sea jefe del otro sólo se debe a la circunstancia que hablamos. Mis abuelitos, y los abuelitos de estos han sido maceguals, según entiendo, el abuelo de tu papá era chichimeca de pura cepa, guardia de corps del antiguo Ixtlixóchitl abuelo del *Huei-Tlatoani*. Si sientes algo especial por alguna de mis hermanas, mejor se lo dices pues hasta los tíos las están rondando. ¡A la mejor por eso le pegaste tan fuerte! —había dado en el clavo, el primer golpe fue por maldocear a Miatlaxóchitl, los que se quedaron en los puños cerrados por la intervención de la niña eran para desquitar sus celos. La cara encendida del joven súbitamente palideció al sentirse descubierto.

— ¡Hay Marelis! También ves dentro del espíritu de los hombres.

—Marelis, se que me lo dices de cariño para halagarme, prefiero Miatlaxóchitl. Qué más quisiera que mi mejor *yoloicnin* fuera mi hermano por matrimonio. Y no te preocupes, yo también te quiero como hermano.

—¿Crees que tengo oportunidad?

—¿Con quién?

—Ya lo dijiste, con Tlanextli.

—También la tendrías con Xochinectli.

—Las dos son muy bonitas, pero te voy a contar mí secreto. Me arrimé a tu casa porque me enamoré de Tlanextli.

—A esa edad los niños odian a las niñas.

—Ya vez, el río del amor corre por donde debe desde cualquier edad. Hasta el día del pleito en Cintla me di cuenta.

—Mejor le declaras tus sentimientos, ya está entrando a la edad de hacer loca, como Xochinectli y cualquiera la puede emocionar.

—Me moriría de pena. ¡Ayúdame!

—Te respondo con tus mismas palabras “resolver nuestros propios problemas es una forma de madurar” no te quedes como el tonto, divisando pa'l camino.

—Si la invito a que nos acompañe ¿té enojarías?

—¡Claro que no! Dudo que venga, no le gusta asolearse. Por otro lado, si acepta sería una señal de interés. La niña estaba casi segura de que la hermana aceptaría, en algunas conversaciones había hablado en tono de queja del apuesto, que no era mentira, Xitzicuintli que sólo le hacía caso a Miatlaxóchitl, que sí lo era.

—Hay Miatlaxóchitl, ya le abriste una represa a mi arroyito.

—¡Otra vez! Pero eres tan tonto que no la vas a aprovechar. Ve que alto van esas aves —cambió de conversación para dejar al joven con el impulso en la memoria.

—Son albatros, dicen que vuelan más allá del horizonte.

—¿Saben lo que hay más allá de donde Tonatíuh nace.

—¿Y de qué nos sirve? Acaso hablan.

—Si aprendo sus cantos le podré preguntar.

—Vas a tener dos problemas, dicen que esas aves son mudas y sólo para empollar se posan en tierra.

—Y tú ¿cómo sabes?

—Me gusta hablar con los pescadores. Pero a ti no te dejan acerarte al mar. Si la señora Iztayahui sabe que regresamos por la costa me va a reñir.

—¿Y quién le va a decir?

—Cualquiera que te conozca, o si me pregunta —en estas culturas la mentira era un signo de debilidad que usaban únicamente los *tlaimaites*, para evitarse castigos que resultaban peores cuando refulgía la verdad. —Si convences a Tlanextli es posible que la señora Iztayahui les de más libertad —carnada arrojada al río para ver si el pez picaba.

—Claro, estaríamos cuidados por cuatro guardias de corps y por supuesto, por tí —brillaban los ojitos de las niñas que percibían una luz en el horizonte, cada uno por razones diferentes.

Muchas vueltas le dio Xitzicuintli a la manera ‘entrarle’ a Tlanextli. Algunos desvelos, de esos que tienen los jóvenes que se reducen a minutos insomnes, y de todos los que pensó, meditó y actuó ninguno sirvió, las cosas fueron saliendo solas, así como se dan los amores entre personas que sienten atracción mutua. Claro, hubo que preparar la ocasión, Miatlaxóchitl también pensó, meditó y actuó alternativas para convencer a su mamá para que le diera más libertad para ir a jugar a la orilla del mar. La misma Iztayahui abrió en pequeñísimo portillo, un día que desayunaban juntos, no estaba Xitzicuintli que lo hacía con sus papás, calculó que las hijas del capitán habían terminado se apersono saludando respetuoso. Iztayahui hablaba para sí misma disponiendo el almuerzo dijo sin dirigirse a nadie: —¿Que ganas de hacer un *michih* con tomatillo?

Miatlaxóchitl ni lerda ni perezosa se ofreció: —Mamá, Tlanextli, Xitzicuintli y yo podemos conseguirlo con los pescadores.

—Tlanextli se extrañó un poco del compromiso en que la metía la hermana, iba a negarse pero observó una ilusión en la mirada de Xitzicuintli y respondió: —Sí mamá, nosotros te lo traemos.

Iztayahui meditó las consecuencias de la solicitud, a pesar de la confianza que tenía Cuauhtliuil en Miatlaxóchitl y Xitzicuintli siempre recelaba que como hombre y mujer estuvieran juntos, le preocupaba lo que representaba su hija en los objetivos de su esposo, por último y más difícil de aceptar era el miedo al mar. Miatlaxóchitl se apretaba las manos impaciente, Tlanextli, esperaba una respuesta que no llegaba, la ilusión de estar sola con Xitzicuintli la acicateo apremiando a la mamá: —¿Vamos o qué?

—Si vayan, el *michih* es para el almuerzo, pasan por la huerta y traen tres *xitomatl*, unos cuatro *tomatl* y un *ayohtli* para una sopa.

Cada uno de los jóvenes pensaba que era poco tiempo el que tendrían para sus propias cosas, y se decían poco más o menos, peor es nada. Tlanextli tomó una bolsa de yute para cargar lo mandado atravesando la puerta que abría Xitzicuintli encaminándose los tres hacia el muelle de pescadores.

—¿A dónde vamos a conseguir el pescado? —preguntó Tlanextli.

—Pasemos primero a la huerta a ver que llevamos para cambiar, no trajimos cacao, pitas u otras cosas para negociar. Yo conozco a unos pescadores —respondió Xitzicuintli.

—Vamos con el más viejo —aconsejó Miatlaxóchitl, convenientemente para desvelar sus incógnitas.

—El más viejo ya está muy anciano, ya tiene a los dioses metidos en su cabeza, mejor te llevo con el que más sabe del mar.

—¿Cuándo tienes tiempo para hablar con los marineros? Si te la pasas con Miatlaxóchitl —pregunta Tlanextli a Xitzicuintli para iniciar conversación con el muchacho.

—Tengo que cumplir con el Calmécac, cuando salgo temprano ayudo a los pescadores a recoger las redes que tendieron en la noche o, a descargar sus chalupas.

—Crees que lo tengo amarrado, es mi mejor amigo y nos divertimos juntos, pero también tiene que hacer sus cosas —abunda Miatlaxóchitl para acentuar que el joven tiene libertad de movimientos. Unos cincuenta pasos atrás, tratando de pasar inadvertidos, tres oficiales de la guardia personal de la familia conversan sin perderles la vista a los jóvenes.

—Yo no conozco esta parte del pueblo —comenta Tlanextli.

—Cómo quieres, si te la pasas en la casa con mamá y Xochinectli, hasta pálida estas. Anímate a salir con nosotros a conocer el mundo —afirma Miatlaxóchitl como la seguridad de saber de que habla.

—Xochinectli me dice que hay muchos peligros: *coatl*, *tectli*, *tilcoatl*, *nexhua* (“culebra, culebra negra, culebra ceniza”) venenosas; lagartos hambrientos en los ríos y lagunas; *cuauhtli*, *cacalotl*, (“águilas, cuervos”) chachalacas, que te vigilan desde el cielo; *tecuaní*, *ocelotl*, *cuapitzotl* (“puma, ocelote, jabalí”) que atacan a los humanos —afirma con temor que se le nota en el mirar hacia la espesura y caminar vacilante.

—¡Ves Xitzicuintli! Por qué no me dejan alejarme de la casa, seguro le han contado cosas terribles a mamá y se le ha metido en la cabeza que estoy en peligro. Cuéntale cuándo nos ha atacado alguno de esos animales.

—Sólo aquella vez que se te acercaron las chachalacas y una trató de quitarme la cintilla roja con la que amarré la pluma de una de estas aves. Muchas ni las conocemos —responde el joven.

—Entonces no hay *michih* gigantescos que vuelcan las canoas y se comen a los marineros cuando recogen las redes —pregunta incrédula por sentirse engañada y hasta manipulada Tlanextli.

—Si hay grandes *michih* que pueden atacar a los pescadores, pero es muy raro, mucho más que un *tecuaní* ataque a un cazador. Les he ayudado muchas veces a recoger las redes. Cuentan que hay un *michih* que chilla como loro que cuando ve a un pescador en peligro lo empuja con su trompa de carcaj hasta la orilla, son como el *chichiton* del mar, los pescadores les regalan pescado para que los acompañen cuando juntan las redes para que los *michih* peligrosos no los ataquen, hasta jugamos con ellos. Si están contentos pegan grandes saltos sobre las olas.

—¡Porque dices jugamos! No te creo Xitzicuintli, si no sales de la casa, bueno de la compañía de Miatlaxóchitl, o ¿se escapan engañando a mamá? —los amigos cruzaron miradas de entendimiento, la conversación apuntaba a caminar por donde no les convenía, Miatlaxóchitl iba a responder cuando un saludo gritado desde lejos hizo innecesaria cualquier justificación.

—HOLA JOVEN TENIENTE, NOS TRAE AYUDA PARA LEVANTAR LA PESCA —un hombre de mediana edad, hablando totonaca, levantaba la mano derecha mientras con la izquierda eleva a ratos la red que era arrastrada lentamente por varios pescadores. Las dos muchachas y el joven pegaron una carrera para acercarse.

—Michitlacatl —Xitzicuintli se dirigió al hombre de manera muy familiar —la esposa del *Huei-Tlatoani* Cuauhtliuil quiere almorzar pescado y vengo con las hijas al mandado, tenemos unas verduras para cambiar.

El hombre apenado por su falta de tacto ante tan importantes visitantes humilló el cuerpo y suavizó la voz: —*yoloicnin* Xitzicuintli —“amigo” una de las pocas palabras que sabía del náhuatl —con lo que nos ha ayudado a recoger se ha ganado todo el pescado que necesite. La mirada de Tlanextli veía con algo más que admiración, y arrepentida haber dudado del joven teniente. —Para las bellas niñas del *Huei-Tlatoani* Cuauhtliuil lo que quieran —en su hablar osado de pescador ofrecía una disculpa por su atrevimiento.

—*Yoloicnin* Michitlacatl, la señorita Miatlaxóchitl — señalando a la más pequeña —quiere que le enseñe todo lo que sabe del mar.

—El mar es muy grande para conocerlo con unas pocas palabras.

—Si no le incomoda señor *Yoloicnin* Michitlacatl, estaría dispuesta a escucharlo tanto como usted quisiera —intervino Miatlaxóchitl.

—Después de media mañana podríamos platicar, si no le importa que esté arreglando las redes. Aquella es mi palapa — señalaba hacia unas construcciones de palma en un pequeño caserío.

—¿Me enseñaría?

—Es un trabajo rudo para unas manitas delicadas.

—¡Pruébeme! —respondió la niña con aire retador

—¡Ha que niña, no niega ser hija del “Águila de los Cielos”! No hay cerro que se le empine ni flecha que se le atore.

—Quédate platicando con *yoloicnin* Michitlacatl mientras nosotros escogemos el pescado —le dice Tlanextli para quedarse unos momentos a solas con Xitzicuintli, que para cosas del amor las mujercitas son más avisgadas. Sin esperar respuesta toma al joven de la mano llevándolo hacia unas grandes canastas repletas del pescado del día.

Miatlaxóchitl corre poco más allá de la marca de la pleamar, se quita los caites y regresa a plena carrera hasta acomodarse pegada a la red que seguían sacando del mar con movimientos pausados pero firmes. Le dice al pescador — ¿Puedo?

—Mi niña, usted puede hacer lo que quiera —los pescadores incrédulos atienden a la conversación sin perder la concentración que requiere el trabajo, un jalón excesivo, un atorón de la red que no sea detectado hará que se rompa y se desparrame la pesca.

Marelis se agacha y toma con sus manitas el áspero calabrote que circunda la sutil red de yute y pita. Se concreta a sentir el movimiento, sube cuando el pescador jala, cada dos o tres tirones el pescador hace un movimiento de levantar y empujar hacia adentro en sincronía con otro pescador que tiene enfrente y hace los mismos movimientos. En ambos hombres de confunde en forma y sabor, el sudor y las gotas de agua que el viento les arroja. Con brevísimos pasos van acercando la red al rompiente, el peso de la red y lo blando de la arena hace que se hundan los pies en el agua. La niña ha tomado el ritmo como sí siempre lo hubiera hecho. La parte más riesgosa se acerca, la red pesa cada vez más y se distiende por la carga de pescados, la mayoría plateados y algunos rojos coletean tratando de escapar a la eminente muerte por asfixia. Unos estridentes y sincrónicos chillidos llaman la atención de la niña que despega la vista nublada por sudor y agua salada dirigiéndola hacia los ruidos. En pescador nota el tenue cambio en la tensión de la

red que no viene de dentro del mar, sin despegar la vista del bolsón que lentamente emerge alecciona a la niña:

—Son *chimiactl* que nos han arreado cardúmenes de peces, estamos recogiendo la segunda redada del día. Ese pez es amigo, no tienen necesidad de la comida que les damos porque la pueden conseguir directamente, pero como *chimiactl* les gusta jugar con los humanos, en cuanto acabemos nos metemos en los cayucos, les regalamos el pescado que no sirve para la gente y jugaremos un poco. La niña estaba recibiendo su primera lección.

—¿Puedo ir? —pregunta la niña en son de tanteo.

— ¡Ha mí niña Marelis! Tengo que decirle que no, primero tiene que demostrarme que puede nadar como pez en el agua. ¿Qué cuentas entregaríamos al *Huei-Tlatoani*? Y ¿Cómo le iría a su amigo Xitzicuintli? Y ¿qué pasaría con aquellos oficiales? Que están emboscados tras los cocotales. Aprenda a moverse como pez en el agua y yo mismo la llevo.

—¿Y quién me enseña? Para hablar con los peces tendría que saber moverme como ellos.

El pescador la miró escrutador, había escuchado que se decía que la elegida podía hablar con los animales, huyó la vista para que la niña no descubriera su asombro respondiéndole con la vista hacia los delfines: —Pues el teniente *Yoloicnin* Xitzicuintli, el se mueve en el agua como *chimiactl*. Es más fácil en el mar que en los ríos o lagos, el cuerpo flota mejor.

A la niña se le iluminaron los ojitos, tenía a un profesor a la mano, se ensombreció un poco imaginando que su mamá no le diera permiso. Para esto, la red había sido arrastrada unos pasos arriba del rompiente bullendo de brincos agónicos de peces que hábiles manos separaban en canastas según la especie y el tamaño. La niña sintió el jabonoso cuerpo de los pescados eligiendo aquellos que se parecían más a la canasta que le quedaba cerca. Los pescadores miraban admirados la precisión y soltura de movimientos de la pequeña, como si fuera hombre nacido pescador. Xitzicuintli y Tlanextli se

habían sentado en la arena conversando ensimismados, la exclamación de los marineros ante la magnífica pesca los alertó. Un preocupado Xitzicuintli dijo: —Tlanextli, si queremos que nos vuelvan a dar permiso tenemos que irnos corriendo —el joven se sonrojó pues había hablado de nosotros, se preocupó de inmediato por su falta de cordura arrepintiéndose de lo que había dicho y cómo lo había pronunciado.

La joven lo miró fijamente a los ojos, ablandando el semblante le dijo simplemente: —Apurémonos —acercándose presurosos a la absorta Miatlaxóchitl le dijo, —hermana, regresemos si queremos que nos dejen venir a la playa, que madre debe estar preocupada.

—*Yoloicnin* Michitlacatl teníamos esto para cambiar por pescado ¿qué hago con ello? —formaliza el intercambio Xitzicuintli.

—Ya le dije que usted y las señoritas tienen todo el pescado que necesiten, pero si queda más tranquilo puede llevárselo a Michihuehuentzin, de paso lo conoce Mí Niña Marelis, el hombre es quién más sabe del mar.

—Michitlacatl ¿por qué me llama Marelis? Hoy Xitzicuintli también lo hizo.

—Todos los pescadores la llaman así, “Lirio del Mar”. Verdad que ¿No le molesta? —le respondió el pescador un tanto apenado.

—No *yoloicnin* Michitlacatl, en náhuatl así me llamo. Se oye muy bonito. Adiós *yoloicnin* nos veremos pronto.

Se despidieron presurosos, pasaron por los caites de Miatlaxóchitl que se llevó en la mano dirigiéndose al trote a la casa de Michihuehuentzin que junto con la esposa arreglaban una red casi a tientas, la niña llama su atención:

—Michihuehuentzin, el señor Michitlacatl le manda esta mercancía.

Los ancianos detienen su trabajo y vuelven la gastada vista hacia la desconocida voz de la niña esperando más explicación.

—Soy Xitzicuintli el teniente, *yoloicnin* Michitlacatl le manda esta mercancía que cambiamos por el pescado —en el surcado rostro de arrugas de los ancianos se dibujó una amplia sonrisa de las bocas con unos raigones de dientes, la mujer estiró la mano hacia el joven para recibir el cambalache de su pescado, el muchazo le entregó toda la bolsa con las verduras. —Hoy no me puedo quedar a conversar, otro día venimos con las hijas del *Huei-Tlatoani*, quieren saber del mar.

—Escuché la voz de un ángel —respondió el anciano.

—Vea que son dos señoritas que hablan con voz educada. Pero otro día venimos con más tiempo.

—Es poca verdura por el pescado que llevan —habló la anciana en tono inconforme.

—No te fijas mujer, son las hijas de Cuauhtliuil.

—Por eso digo, si tiene, que de más —regateaba la mujer.

—Ya váyanse, ya váyanse, yo me encargo de mi mujer.

—La próxima vez que venga le completo el adeudo — prometió Xitzicuintli. Saliendo hacia la casa a toda carrera.

Al llegar a la huerta Xitzicuintli le entregó el envoltorio de hojas de malanga con el pescado a Tlanextli diciéndole: — Adelántense con el pescado yo las alcanzo con la verdura.

Las niñas se detuvieron al mismo tiempo frente a la puerta de la entrada principal, se miraron y acordaron sin mediar palabras entrar por la puerta que da a la cocina entregando a Zohuaxitlatli el pescado que colocó sobre una mesa junto a unos jitomates y tomates recién cortados, advirtiéndoles: — Hace rato que preguntó su mamá por ustedes.

Tlanextli, más sensible a las incomodidades de la mamá preguntó con preocupación. — ¿Estaba preocupada?

—¡Claro que sí! Al ver que tardaban me fui para la huerta a recolectar las verduras para el pescado que llegaría volando. Cuando su mamá preguntó le enseñe la verdura dejando que su mente completara la respuesta. ¡Niñas no deben hacerme mentir!

Miatlaxóchitl se le abalanzó a abrazarla por la cintura diciéndole: —Gracias Zozohuaxitlatli, te quiero mucho —no

era la primera vez que cubría las travesuras de la niña. En ese momento entró como tromba Xitzicuintli con jitomates, tomates y chiles apretándolos con los brazos y manos contra su pecho.

—Muchacho, vas a derribar la puerta, o sacarme los dientes con un portazo —le recriminó Zohuaxitlatli. Vayan a asearse viene con olor de mar y a su mamá no les va a gustar, ya la comida no tarda.

Los jóvenes salieron de la cocina caminando hacia el aljibe, caminaron unos pasos y soltaron un sonoro suspiro, ésta vez se salvaron gracias a la comprensiva Zozohuaxitlatli, continuaron hasta su destino parlotando y entraron a la casa por la entrada principal con el mismo barullo.

—Parecen una parvada de chachalacas —recombino cariñosamente Iztayahui a los jóvenes que llegaban a ocupar un lugar entre los que dejaron desocupados los invitados que los esperaban.

—¡Sí, parecen chachalacas peleando por un aguacate — abundó Xochinectli con el tono pedante de las adolescentes que se desviven por darse importancia —¿De donde vienen? —pregunta nuevamente asumiendo de antemano que Tlanextli la secundaria y dirá ‘del mar’ lo que provocaría un reclamo obligado de la mamá.

Al unísono responden: —Del Aljibe —admirándose de la concordancia. Xochinectli sintió que había perdido a una aliada en la continua disputa por la preponderancia familiar, especialmente por la atención de la mamá que se sentía más identificada y acompañada por la hija mayor. Desde entonces, al menos dos veces por cada cambio de luna comían mariscos.

Los tres aventureros esperaron en una larga sobremesa a que los invitados fueran retirándose, pacientemente hasta que Yoyolilin solicitó permiso para hacer la siesta en una de las hamacas del corredor. Entonces, Tlanextli proclive a la piedad comenta: —Mamá, en el pueblito de los pescadores conocimos a una pareja que deben ser los esposos más viejos del mundo.

—¿Viven solos? —preguntó la mamá.

—Xitzicuintli, ¿los ancianitos viven solos? —la joven transfiere la pregunta a quién puede responderla con conocimiento de causa.

—Sí, viven solos, tuvieron varios hijos varones pero ya murieron todos —el joven se abstenía de abundar el comentarios diciendo que un temporal que los tomó desprevenidos adentro del mar volcó su cayuco sin que pudieran llegar a la playa.

—Fuimos a buscar el pescado con un señor que conoce Xitzicuintli que nos lo regaló. Nosotros insistimos en dar vegetales a cambio, a nuestra insistencia le dijo a Xitzicuintli que se los diéramos a Michihuehuentzin, que así se llama el anciano. Le dimos la verdura con todo y bolsa.

—¿Y el jitomate que vi en la cocina?

—Nos dio tiempo de pasar por más a la huerta —la señorita mentía con seguridad, ante la mirada atónita de los cómplices, resultado del temor a que la mamá no comprendiera; acciones equivocadas de los adultos que por un lado exigen la verdad y por otro ponen condiciones absurdas, o difíciles de cumplir, o por incomprensión a los olvidos tan frecuentes en los humanos jóvenes, para los que el tiempo discurre a otro ritmo —la ancianita nos reclamaba que era poco lo que se le estaba cambiando por el pescado, yo creo que tenía razón.

—Los ancianitos sin quién los cuide deben pasar hambre —pregunta la mamá.

—¿Pasan hambre Xitzicuintli? —Tlanextli vuelve a redirigir la respuesta.

—No, los pescadores siempre le dejan la parte del pescado que les corresponde, pero deben estar aburridos de comer todos los días lo mismo. Las verduras que les dejaron —refiriéndose a las jóvenes —es como fiesta para ellos.

—¡Dejamos Xitzicuintli! Dejamos los tres —aclara determinante Miatlaxóchitl la costumbre de mantenerse separado de la familiaridad cuando estaba presente la señora Iztayahui.

—Ya lo había notado Xitzicuintli, debes considerarte de la familia, eres como un hijo para nosotros —habló Iztayahui de manera terminante pero conciliadora.

—Cuando quieras más pescado se los cambiamos por chocolate o por miel o algún guisado sabroso de los que hace Zohuaxitlatli —habló Tlanextli dando por hecho que en breve les harían encargos similares, y para poner firmeza —vieras me montón de clases diferentes de pescado sacaron del mar los pescadores con una red grande, hasta Miatlaxóchitl... —la joven se detuvo abruptamente. La mamá con lo opíparo de la comida dormitaba pero Xochinectli adivinó que lo que seguía de la conversación era una indiscreción.

—Ya sé, no necesitas decirlo, la loca de mi hermana se metió a ayudarles a sacar la red —intervino la hermana mayor con evidente interés de provocar un regaño por parte de la mamá.

—¡No inventes, no estabas allí! Miatlaxóchitl miraba embobada viendo sacar la red cuando un pez se escapó y saltando a coletazos se le metió entre los pies haciéndola saltar de miedo —una vez más los cómplices observaban incrédulos la mentira mejor elaborada. Rogándole con la mirada que mejor se callara para no meter la pata.

Sin poner mucha atención, Iztayahui en su dormitar les prometió —Cuando cambie la luna van por un pescado rojo, dicen que es muy sabroso.

—¿Les estás dando permiso para el siguiente cambió de luna? —intervino Xochinectli para hacer recapacitar a su mamá, pues el cambio de luna era en dos días.

Con el enfado de quién es interrumpido en su siesta Iztayahui confirmó —Ya dije, ¡que no entendiste! —la hermana mayor quedo corrida.

—Ya terminamos, vamos a la huerta —pidió autorización Tlanextli. Xochinectli veía con enojo mal disimulado que definitivamente perdía a una aliada en la familia, que consideraba segura.

XIV. La Juventud.

Los tres jóvenes salieron a la carrera de la casa rezongándole con un son cantadito: —Xochinectli, la luna cambia en dos días, la luna cambia en dos días.

En la huerta, Miatlaxóchitl buscaba compañía imitando voces y actitudes de los pajarillos y animalitos observada por Tlanextli y Xochinectli que conversaban entre ellos. A los días regresó el papá, los invitados regresaron a Cintla. Las restricciones para ir al mar se acabaron, aumentó el consumo de pescado en la casa pero disminuyeron el chocolate, la miel, el azúcar y el maíz que iban a parar a la casa de Michihuehuentzin y su esposa en intercambio por pescado, real o imaginario. También disminuyó la visita de Miatlaxóchitl y Xitzicuintli a los cabildos o eran acompañados por Tlanextli.

XIV. La Juventud.



Representación del mercado. Códice Xolotl
Elaborado en papel del árbol llamado *ámate*, por esto, los libros de los antiguos mexicanos se llamaban *amoxtli*.

La Madurez.

—Hoy es cambio de luna, vamos a decirle a mamá que es día de comer pescado —recordaba Tlanextli a su hermana menor lo que se había hecho una rutina en la familia, comer pescado dos veces por semana, domingo y jueves en la contabilidad que usamos actualmente para medir el tiempo. El día anterior Tlanextli se encargaba de conseguir con Zohuaxitlatli algunos postres, alimentos poco frecuentes, chocolate, artículos para Michihuehuentzin y su esposa. Las señoritas salían levantando el sol, Xitzicuintli al romper el alba para recoger las redes que el día anterior, por la tarde había ayudado a tender.

Se fue haciendo costumbre que después del almuerzo, Tlanextli, Miatlaxóchitl y Xitzicuintli dieran un paseo por la playa que en ocasiones se alargaba hasta la caída de la tarde, o hasta que Iztayahui los mandaba buscar con alguno de los guardias personales de la familia.

A los pocos días de su regreso, una vez que Cuauhtliuil se puso al día con los asuntos del calpixcato buscó el momento para hablar con Miatlaxóchitl. La tomó de la mano conduciéndola a la habitación reservada que usaba como despacho, la joven se dejó guiar, una noticia importante me van a comunicar, pensó.

—Me he dado cuenta con agrado que te llevas muy bien con Tlanextli.

—Si papá, pero no es sólo por mí.

XV. La Madurez.

—Haber cuéntame.

—Creo que Tlanextli y Xitzicuintli se entienden.

—Quieres decir que se han comprometido.

—¡No padre! Conversan de cosas que sólo a ellos les interesan.

—Como si estuvieran intentando ser más que amigos.

—Eso es, hablan de cosas en voz baja y mirándose a los ojos.

—No te dieron celos.

—¿De que Xitzicuintli la prefiera? No papá, sabemos que eso no es posible, la amistad de ellos me ha dado más libertad para pensar cerca del mar —Cuauhtliuil sintió un alivio, aunque confiaba en el joven y la comprensión de su hija, quedaba una pequeña probabilidad de que se formalizara la relación entre ellos. Ya sabía que al menos su pequeña no iba a sufrir una decepción por un cariño insatisfecho. Por otro lado, Xitzicuintli era un muchacho muy formal y sobre todo leal y confiable, del que podría echar mano más adelante, en suma, un buen esposo para su hija, no estaba tan seguro de que así lo considerara Iztayahui, pero eso se vería en su momento.

—Ya me di cuenta que tú mamá los deja ir al mar.

—Estoy tratando de entenderme con las aves marinas pero es más difícil. Xitzicuintli conocía a los pescadores, especialmente al que llama *Yoloicnin* Michitlacatl.

—Yo lo conozco como Michitlacatl, es el jefe.

—Ese, y un matrimonio de ancianitos, al señor le llamamos Michihuehuentzin.

—El hombre sabio, del que dicen que es el que más sabe del mar.

—Me desespero por no entender a los pelícanos, a las gaviotas, a las golondrinas, con los albatros ni lo he intentado, dice Xitzicuintli que son mudos, que sólo paran en tierra para empollar un solo huevo cada año.

—De donde sabe tanto Xitzicuintli.

—Les ayuda a tender y sacar las redes, por eso se levanta tan temprano.

—Y por eso llegan tan tarde.

—Unas veces porque yo lo entretengo, él y mi hermana no dejan de carrerearme, otras porque nos quedamos a nadar en el mar.

—Que bueno que ya saben nadar. ¿Y que hace tu hermana mientras tú hablas con las aves y Xitzicuintli tiende las redes?

—Se sienta en la playa como embobada a verlo trabajar.

—Cuauhtliuil se percata que entre Tlanextli y Xitzicuintli hay más que una buena amistad, graba en su agenda mental hablar con su hija y después con el muchacho.

—En este momento me dedico más a los pelícanos, son más tranquilos, ya dejan que me les acerque, los pescadores me regalan del pescado que no se come para convencerlos de que somos amigos. *Yoloicnin* Michitlacatl dice que le parece más fácil que me entienda con los *chimiacaatl* (“delfines”), unos peces que algunas veces les ayudan a pescar arreando hacia las redes, los pescadores les dan los pescados que no se comen.

Cuauhtliuil se percata con asombro y un poco de tristeza lo que han madurado sus hijas en los poco más de tres meses lunares que estuvo en la misión. Se pierde un poco en sus pensamientos hasta que Miatlaxóchitl le dice: —Papá, se te fue el alma al cielo.

—Si hija perdóname. Te quería enterar de algunas cosas que ocurrieron durante el viaje y te interesan. Con Ce-Mazatl y guías de los pueblos visitamos muchos lugares en donde ni nos imaginábamos que podían vivir humanos. En un pueblito de la punta de la península Maya, un sabio muy respetado nos informó que hace tres años solares se le reveló que el elegido por Kukulcán había desembarcado en una isla del *Atleotlquetl*, “el mar del Dios Quetzalcóatl” según entendimos.

—Yo tenía entonces ocho años.

—Poco más o menos ¿por qué?

—Unos tres días antes de que llegaras, decepcionada de no poder imitar los chasquidos que hacen los pelícanos para entenderse fui a preguntarle Michihuehuentzin si sabía algún secreto para entender a los pelícanos. Me dijo “en ocasiones es

más simple entender lo que habla la tierra, o acarrea el mar y los vientos” —Cuauhtliuil abrió el entendimiento, si este tiene una puerta que facilite que las cosas se graben en cerebro, para él esto tenía lógica —Nos pidió que lo acercáramos al mar, íbamos los tres, le ayudamos y despacito lo colocamos en donde rompen las olas, después se alejó unos pasos hasta la pleamar y se detuvo haciendo una pantalla con su mano en la oreja, en dirección al viento, nos dijo, “el viento trae ruidos de tormenta”, después levantó la cabeza inspirando varias veces por la nariz diciendo “el aire huele ha azufre, es una tormenta con rayería”, pidió que lo acercáramos al agua, se metió hasta las rodillas caminando a lo largo de la playa, se inclinó sacando unas algas que palpó, rompió unos globitos de aire cerca de su nariz y olió diciendo “por este lado ha habido días muy tormentosos, las olas arrancaron las algas y las corrientes las trajeron”. Mi hermana y yo estábamos pasmadas, Xitzicuintli le dijo “Michihuehuentzin, esas cosas yo las he aprendido a deducir de estudiar la selva”. “Tierra y mar no son tan diferentes si uno escarba en sus entrañas. Lléneme a casa que ya me he cansado”. Lo llevamos hasta el tronco en el que se sienta, Tlanextli y Xitzicuintli se regresaron a platicar a la orilla del mar y yo me quede, no me había respondido sobre los pelícanos. Le volví a preguntar “cómo entiendo a los pelícanos” me respondió “Mí Niña Marelis, no puedo hablar ni entender la lengua de las aves, pero he aprendido a leer las señales del mar. Hace muchos soles, cuando mí cuerpo era aun fuerte y el tiempo no nublabo mis ojos, usted estaría recién nacida pero puede preguntar a su papá, por la fiesta de Xipe-Tótec sufrimos unos temporales terribles, una mañana salimos a pescar, el papá del que llama *Yoloicnin* Michitlacatl, la mar fue generosa y nos ofreció buena pesca, con la emoción nos descuidamos, por el nororiente se formaron nubes negras, cuando nos dimos cuenta ya era tarde, una tromba nos alcanzó arrastrándonos hacia el oriente, siempre nos prevenimos con calabazas de agua que atamos al cayuco, les sacamos el agua para que nos sirvieran de flotador y botamos toda la pesca. Al

otro día amainó y empezamos a remar siguiendo el camino de Tonatíuh, pero era inútil, las corrientes nos arrastraban hacia el norte, al otro día nos tocó mal tiempo y al siguiente la cola de un huracán que nos arrastró más hacia el nororiente. Nos dábamos por perdidos, achicando agua y afianzando las calabazas vacías nos mantuvimos a flote, sin agua ni comida, al garete de las corrientes. Cuando amainó pudimos juntar un poco de agua de lluvia que recogimos de la que acumuló el cayuco después de sacarle toda el agua de mar. El huracán nos alejó de la costa pero proveyó de elementos para sobrevivir, unas hojas de palmera con las que hicimos una vela y cuerdas que nos ayudaron a buscar corrientes que nos arrastraran hacia el noroeste, llevábamos varios días sin comer y el mar nuevamente nos proveyó con el cuerpo de un pelícano, desplumarlo fue fácil pues su carne empezaba a descomponerse, pero no había más, con un poco de algas que venían con él fuimos tragando pedazos de carne, el papá de *Yoloicnin* Michitlacatl abrió al pelícano presionándolo contra las cuerdas y brotó una bolita de plomo, mujer tráeme la cajita de recuerdos —esperaron a que la esposa refunfuñando entregara a Michihuehuentzin una cajita, el anciano rebuscando en el interior encontró una posta de plomo que entregó a la niña reanudando la charla. —A esto me refiero, Mí Niña Marelis, no conozco a ningún pueblo que elabore estas cuentas para adorno, son feas, pesadas y dañan la cabeza, y el pueblo que elabore un arma capaz de arrojarlas con fuerza tal que taladre la pechuga de un pelícano debe ser poderoso. Los huracanes siempre llegan del oriente, nacen más allá del horizonte, los Dioses me han dado oportunidad de meditar en esa y otras señales que en esa aventura arrastró el mar. Ha estado arrimando a la costa maderas desconocidas, cables fabricados son fibras diferentes, he llegado a la conclusión de que más allá del horizonte, a tierras lejanas ha llegado una raza de hombres con una tecnología avanzada, capaz de viajar por el mar en cayucos que carguen comida y agua por muchos días. Eso Mí Niña Marelis es lo que le puedo contar de los que sé

del mar. Sí va a repetirlo, diga que ha sido Michihuehuentzin, el anciano que ya tiene los espíritus metidos en la cabeza, como dicen los amigos pescadores que me conocen, quién se lo ha contado.

—No me va a dejar con la duda ¿cómo se salvaron? —le pregunte.

—¿De verdad quiere saberlo! ¿No piensa que los *Amocualli* se me han metido en la cabeza?

—¿Por qué había de pensarlo? Me está hablando con una verdad que tiene en su corazón desde hace mucho tiempo.

—“Los Dioses me han dejado vivir para que Mí Niña Marelis supiera este secreto”.

—¿Por qué lo mantuvo en secreto? No parece cosa de *Amocualli* —le insistí.

—“El papá de *Yoloicnin* Michitlacatl no regresó muy lúcido, una noche, poco antes de llegar a tierra la sed era insoportable y sin que me enterara tomó agua salada y empezó a alucinar. Lo ató con una cuerdas, no pensé que llegara a la noche, afortunadamente llovió y pude guardar un poco de agua que lo calmó, el viento nos arrojó a una playa desconocida en donde conseguimos agua y comida de la selva. Según los astros y el sol estábamos muy lejos de Xicalango, con remedios de la selva y agua de coco mí compañero se fue componiendo, construimos unos remos, una vela, recogimos agua en las calabazas y empezamos a navegar hacia el sur sin perder la costa, mi amigo se volvió locuaz y conversaba de la aventura repitiendo frecuentemente “nadie nos va a creer”. Después de dos o tres meses lunares llegamos a un río que se le nos hizo conocido, los pescadores nos acogieron y no pusieron mucho cuidado a las historias pues los espíritus empezaron a hablar por él. Nos repusimos y cuando llegamos a Zempoalac nos encontramos con amigos y unimos a los pescadores que hacían el viaje con los comerciantes, allí conocimos a los capitanes, su Papá y Tío que venían con una historia de Quetzalcóatl, escucharon la historia de un pescador loco que hablaba de cuentas de plomo y hablaron con nosotros, nos

creyeron pero antes les hice prometer que no contarían la historia, no regalaron unos tlacos de plata, vea niña” —el anciano rebuscó nuevamente dentro de cofrecillo extrayendo una barra de plata ennegrecida atada con una cuerda —“tome niña” —me la regalaba.

—Observe la joya detenidamente, tenía el símbolo de Quetzalcóatl y el tuyo, se la regrese diciéndole —*Yoloicnin Michihuehuentzin* que los espíritus del dije le acompañen en su viaje al Teocalli. Tomó el dije, revisó el nudo y se lo pasó por la cabeza, de los velados ojos del anciano rodaron dos lagrimones que limpie con las manos y le di un beso en la arrugada frente. Espero un rato y le pregunte —¿Quién más conoce la historia?

—“Conocerla... Muchos, creerla, serán los *Tlatoani* y *Yoloicnin Michitlacatl*. A los pocos días de nuestro regreso, a mí compañero se fue con los Dioses que tenía en su cabeza al Teocalli, como ustedes dicen, y con la medalla de Kukulcán igual a esta en su cuello” —apretaba con su puño el preciado dije —“Todo el pueblo hizo fiesta hasta con plañideras, su papá nos acompañó. Pocos días después se me acercó *Yoloicnin Michitlacatl* a preguntarme sobre la veracidad de las locuras que contaba su papá, le dije que todo era verdad, que se había trastornado porque había tomado agua de mar cuando estaba yo dormido, ve, él es ahora el jefe de los pescadores, desde entonces se ha preocupado más por leer los signos del mar y los vientos. Todo se lo conté a mi esposa pero ya la ve, tiene más *animantzin* en la cabeza que yo. Mí Niña Marelis eso es lo que puedo contarle de lo que me platica el mar, *Yoloicnin Michitlacatl* puede tener noticias más frescas pues hace muchos soles que no navego.

—El anciano se perdió en el profundo infinito de su memoria. Yo veía sus ojos esperando pacientemente hasta que una luz juvenil refulgió en las pupilas del anciano me preguntó “Verdad Mí Niña Marelis que aquí esta la imagen del Dios Kukulcán” mostrándome el dije.

—Sí *Yoloicnin Michihuehuentzin* —le respondí.

—“Mí Niña Marelis, podría pedirle a su papá, el *Huei-Tlatoani* Cuauhtliuil que autorizara que cuando los Dioses dispongan llevarme al Teocalli, la haga como él dice que lo hizo el héroe Kukulcán”

—Al Héroe Ce-Acatl-Topilitzin-Quetzalcóatl, lo corregí sabiendo que hablaba del mismo.

—“Sí Mí Niña Marelis, a ese héroe que dice usted”

—Se lo pediré a papá con toda mi alma.

—“Gracias Mí Niña Marelis”.

—Ahora ya sabes lo que conversé con el anciano pescador y prométeme que los harás como se lo prometí a *Michihuehuentzin*.

—Todas las cosas llegan a su tiempo —le dice Cuauhtliuil —así me lo relató cuando estabas por nacer, el tiempo se acerca y en cuanto a la última voluntad de Cuauhtliuil, dalo por hecho.

A la mañana siguiente, apenas amanecía, *Michitlacatl* se presentó al palacio del calpixque a informarle: —Señor, anoche los Dioses lo llevaron al Teocalli a *Michihuehuentzin*.

—Espere un momento —Cuauhtliuil salió de la habitación regresando con *Miatlaxóchitl*. —Hija *Michitlacatl* me está informando que tú *Yoloicnin Michihuehuentzin* se ha ido al Teocalli. Ve con *Michitlacatl* para preparar el último viaje del anciano tal como te lo pidió. Adelántense mientras doy las órdenes pertinentes. —La niña y *Michitlacatl* salieron hacia la palapa de *Yoloicnin Michihuehuentzin*.

La Niña Marelis y la anciana no se separaron del cuerpo de *Yoloicnin Michihuehuentzin*, todas las solicitudes de la niña fueron cumplidas por *Michitlacatl* quién preparó a los pescadores y amigos del anciano, por *Zohuaxitlatli* en lo tocante a los ritos funerarios de las familias y por *Totocahuan* en voz de *Xitzicuintli* en los honores que le haría el ejército. Al atardecer, el cuerpo del anciano fue colocado en su viejo cayuco rodeado de flores su preciado cofre y el dije al cuello, a cada lado un cayuco repleto de leña, copal y petroleo. Los pescadores se alistaban para llevar la embarcación hasta donde

la corriente la arrastrara hacia adentro del mar cuando la anciana se metió en el cayuco de su esposo abrazada a su cuerpo. Michitlacatl la trataba de alejar llamándola: —*Nantzin* (“madre”) déjelo ir, yo la cuidare como si fuera mi madre. — La anciana se negó varias veces.

—*Nantzin* ¿ésta segura que quiere acompañar a *namic* (“esposo”) en su viaje al Teocalli? —Le preguntaba reiteradamente Michitlacatl.

La anciana, con la mirada de una mente clara afirmaba vehementemente: —*Quemah nicnequi namic, Quemah nicnequi namic* (“sí, con mi esposo”).

Michitlacatl volvió la mirada interrogadora hacia el *Huei-Tlatoani*. Cuauhtliuil se dirigió a quien más podría querer a la anciana: —Miatlaxóchitl, sé qué la decisión es terrible, tú y *Yoloicnin* Michitlacatl son quienes más quieren a los ancianos, me pregunta ¿qué hacer? Usted, Mí Niña Marelis debes decidir lo mejor para ellos.

La niña observaba la veneración de la mujer hacia su esposo, meditó por un momento y dijo con firmeza: —Si la esposa de *Yoloicnin* Michihuehuentzin hubiera sido llamada al Teocalli antes que él, habría decidido acompañar a su esposa. La anciana quiere acompañar a su esposo y que Kukulcán los reciba con honores. ¿Le podemos ayudar ha hacer el viaje?

—Si hija, respondió el padre —le entregó un dije similar al del esposo, volvió la vista hacia Zohuaxitlatli afirmando con la cabeza. El ama entregó una copa de oro a Miatlaxóchitl que tomó con ambas manos. Caminando despacio, meditando en las consecuencias de la decisión volvió a ver a su padre en busca de algún consejo, Cuauhtliuil compungido por el dolor de la hija y por el peso de sacrificar a un amigo que cargaría para toda su vida. Le devolvió una mirada comprensiva del dolor que llega a producir la responsabilidad. La joven le acercó la copa a Michilamatzin que tomó con unas manos que el tiempo había hecho temblorosas y huesudas sobre las de la niña, con decisión acercó el cáliz a la boca y apuró el contenido, tomó la cara de la niña, le dio un beso en la frente

diciéndole con lucidez sorprendente: —*Nanah Nalihtzin* — “Mamá-Madre De Generaciones” —gracias por ayudarme a acompañar a Michihuehuentzin en el bendito viaje, pediré a Kukulcán en el Teocalli que guíe tú divino destino.

—La niña pasó por la cabeza el dije. La anciana se movió penosamente en el cayuco hasta ponerse a la par de su esposo, le levantó el brazo izquierdo, se recostó sobre su hombro, tocándole la mejilla. El sueño soporífero empezó a apoderarse de Michilamatzin. Michitlacatl esperó a que el Sol empezara a ocultarse en el poniente desplegando sus rayos color naranja sobre las nubes altas de un cielo ventoso, hizo una seña a sus compañeros pescadores que empezaron a tirar del cayuco fúnebre hacia el oriente hasta alcanzar uno doscientos pasos. Cuauhtliuil pidió el arco que le obsequió su abuelo Iz, le entregaron una flecha con una torunda mojada en aceite mineral que encendió en un anafre que acarrea el Fuego Nuevo desde el templo, armo el arco, tensó la cuerda, bajo el brazo hasta tomar tino al cayuco, levantó con lentitud el arco tensado, calculo mentalmente la distancia y disparó. La flecha convertida en un tea de Fuego Nuevo trazó una flamígera parábola que iluminó la penumbra del anochecer clavándose en la parte del cayuco que daba al poniente en donde se había colocado esteras empapadas de petróleo. Con un rumor crepitante se levantó una gran hoguera que envolvió los cuerpos, los pescadores siguieron arrastrando la balsa hasta que el mar apagó las llamas y se llevó al fondo los cuerpos calcinados de Michihuehuentzin y Michilamatzin, sus almas habían sido transportadas por el purificante *Pocltli* del Fuego Nuevo y copal hasta el Teocalli. El pueblo alumbrándose con teas esperó el regreso de los pescadores que sacaron sus cayucos del mar, al otro día saldrían a pescar como siempre.

La Niña Marelis era arropada por los brazos de la comprensiva madre que no acababa de aceptar las cosas que decían que el destino tenía dispuestas para su pequeña, en su cabeza martillaban las palabras pronunciadas en tono de

augurio por la anciana hasta provocar un sordo dolor del alma que repetía una y otra vez “¿Por Qué, Dioses, por qué?”

Desde ese día, Iztayahui dejó de restringirle a la niña las visitas al mar, comprendió que sería inútil, pero le insistía que fuera acompañada de Xitzicuintli o de Tlanextli.

Respetando los quehaceres de su amigo y compañero Xitzicuintli y de su hermana Tlanextli, Mitlaxochitl les pedía que la acompañaran a la playa. El día que no podía ir acompañaba a su papá en el cabildeo aprendiendo a manejar el poder con justicia y piedad, se dio cuenta que esta amalgama era muy difícil de lograr. A medida que fue creciendo, Cuauhtliuil pedía su consejo o ella misma, discretamente se lo daba.

Cierto día se suscitó un diferendo entre un comerciante que regularmente hacía la ruta Tuxtla, Catemaco, Cuatzacualco, Xaltipan, Comalcalco, Tlcatlzezan, Cintla, Xicalango y un comerciante que llegaba por primera vez a la plaza de Xicalango. El diferendo se dio porque el extranjero ocupó el sitio del antiguo comerciante. Los vecinos le advirtieron que estaba ocupando un lugar con dueño, respondiendo con despotismo se burló de las advertencias. Cuando el comerciante local llegó ha hacer puesto el extranjero se negó a dejarlo, el comerciante local informó a la guardia del suceso, el guardia le explicó la situación al infractor, éste se negó apoyado por cuatro forzudos sirvientes. El guardia no quiso entrar en conflicto avisando al superior que envió un pequeño destacamento para conducirlo ante el calpixque. Al parecer al extranjero se le cumplió un objetivo pues no opuso resistencia haciéndose acompañar de dos sirvientes pero negándose a desalojar el puesto. Cuauhtliuil pidió a los guardias que le describieran el caso que explicaran la situación que escuchó atentamente. Esto no era raro pues como se ha dicho Xicalango y Cintla eran centros de concurrencia de comerciantes de muy diferentes pueblos. Cuauhtliuil solicitó al comerciante local que se retirara que su presencia no era necesaria, que sería un asunto de trámite. El comerciante

extranjero, se acercó sigilosamente a uno de sus sirvientes hablándole en secreto, este hizo mutis saliendo discretamente del recinto atestado de guardias, comerciantes que consideraban podrían ser afectados por el resultado de la discusión y curiosos que nunca faltan. Cuauhtliuil explicó al comerciante extranjero las leyes y costumbres que regían en la plaza, y que tales daban derecho de piso al comerciante que por años había pagado por él. El comerciante extranjero mandó al otro acompañante que abriera a los pies del calpixque un cofre diciéndole en tono de reto: —¡Eso paga el pisó y los años de uso!

Miatlaxóchitl que no perdía detalle a pesar de actuar como un mueble decorativo se acercó al cofre sacando joyas de oro y plata que acariciaba con deleite, tomó un collar de jade que se acercó al cuello en la posición que este quedaría si se lo colocara. Rebuscó en el cofrecillo pero aparentemente no encontró lo que quería, llamó a uno de los sirvientes de la sala pidiéndole algo, el sirviente salió de la habitación regresando con un espejo de bruñida plata que entregó a la señorita. Miatlaxóchitl volvió a ver a su papá con una mirada que parecía de ambición alejándose hacia un sitio reservado a verse al espejo con el collar. Cuauhtliuil dejó el trono de mando yendo hacia su hija. El comerciante extranjero sonreía triunfal imaginando que la avaricia del calpixque había triunfado sobre la cacareada ley y costumbre. Los comerciantes locales observaban desencantados los acontecimientos y los curiosos esperaban. Cuauhtliuil se colocó frente a Miatlaxóchitl que parecía extasiada contemplándose el collar que sostenía sin clocárselo, Cuauhtliuil alargó la mano para tomar el collar y acercarse a la hija moviendo la cabeza con evidentes signos de aceptación, Miatlaxóchitl hablaba en susurros de manera concreta: —El comerciante extranjero habla en lengua extraña, parecida al zapoteca, le dijo al primer acompañante que fuera a avisar a un pelotón que tenía apostado cerca del pueblo, para que atacara al medio día cuando los soldados que traía disfrazados de sirvientes empezaran el alboroto en la plaza.

Cuauhtliuil movía la cabeza afirmativamente con una sonrisa en los labios diciéndole a su hija: —Ve a consultar a tú mamá —dirigiéndose a Xitzicuintli le ordenó en tono militar —Totocahuan, acompáñala y haz lo que te diga, ya sabe que hacer.

Los jóvenes abandonaron en chacota el palacio, Miatlaxóchit se dirigió hacia el cuartel ocultándose en un recodo jalando con violencia a su acompañante: —Yo voy para la casa, tú buscas a Totocahuan y le dices que por el camino a Chimalapa hay un ejército emboscado esperando atacar hacia media tarde, no deben estar lejos pues esperan un alboroto que provocaran soldados disfrazados de sirvientes que trajo el extranjero. El sabrá que hacer.

Xitzicuintli, sin premuras pero diligentemente fue a localizar a su papá a quién le informó: —Emboscados por el camino a Chimalapa hay un ejército esperando atacar cuando los extranjeros que llegaron a dar problemas en la plaza hagan un alboroto. El calpixque me llamó “Totocahuan, acompáñala y haz lo que te diga; ya sabe que hacer”.

—Te podía hablar directamente —preguntó Totocahuan.

—No, entendí que debería codificar el mensaje que me daría Miatlaxóchit.

—El Capitán te ha nombrado responsable de la misión, vamos a planificarla mientras reunimos a nuestra gente. — Totocahuan eligió a un grupo de veinticuatro oficiales al mando de Xitzicuintli para encargarse de los emboscados, eligió a cinco que se vestirían de marchantes para encargarse del grupo que estaba en la plaza, este estaría bajo su mando, previo a los guardias de corps del calpixque ubicados en el palacio.

El teniente Xitzicuintli recién salido del Calmécac se haría cargo de la defensa en un momento determinante para la misión Quetzalcóatl, Totocahuan en su papel de militar de mayor rango le indico: —La acción debe ser determinante, no puede escapar nadie, el resultado deberá ser un ejemplo para aquellos que pretendan atentar contra la misión Quetzalcóatl.

Nosotros atacaremos cuando el sol esté en esta posición — Totocahuan señalaba la posición del sol a las dos de la tarde.

Xitzicuintli enfrente a sus veinticuatro oficiales ya vestidos de gamuza y armados con arcos y cuchillos de obsidiana les da instrucciones: —Saldremos por parejas a intervalos regulares de veinte pasos dispersándonos hacia la selva, no juntaremos en el ceibo del camino a Cintla —dos oficiales, tlaxcaltecas de la patrulla original de Totocahuan serían los mentores de veintidós tenientes locales, todos al mando de Xitzicuintli partían a la primera misión bélica formal desde la llegada a Xicalango.

En silencio fueron llegando al mencionado ceibo, Xitzicuintli partió la patrulla en tres fracciones que harían un rodeo envolvente alrededor del sitio en donde suponían a los ofensores, se entenderían con cantos de chachalacas, aves abundantes en la zona. Un chasquido de un chocar de picos fue respondido por dos similares, la fracción de uno de los tenientes tlaxcaltecas había localizado a unos extraños ataviados con trajes de guerra, lanzas y escudos. Se escuchó un fuerte graznido seguido de veinticinco silbidos de jaras que terminaban en un golpe seco y hueco al penetrar cuerpos que se desplomaban emitiendo estertores guturales de muerte, en menos de un minuto, cuarenta y dos cuerpos habían entregado sus almas pagando la osadía de quién sabría quién, tal vez, algún arrojado calpixque contrario. La orden fue determinante y ejemplificadora.

Al mismo tiempo, en la plaza cinco extranjeros eran degollados y cargados discretamente hacia la selva más cercana. Totocahuan se dirigió al palacio de cabildos.

Miatlaxóchitl fue por su mamá pidiéndole: —*Nanah*, papá quiere que vea unas joyas como esta —entregándole el precioso collar de jade.

Iztayahui se alisó el pelo y estiró pliegues inexistentes de la falda acatando la orden de su esposo en boca de la hija menor, preguntando con la inocencia de quién desconoce motivos: —Hay muchas joyas como esta.

—Si *nanah*, brazaletes y ajorcas de plata y oro, collares de jade, jadeíta, ojos de tigre, obsidianas, zafiros, rubíes y muchas piedras preciosas.

—Y tú papá dejará que las luzcamos.

—No lo sé, mejor le pregunta a él, ya vamos llegando.

Hija y madre entraron al palacio, la niña como en su casa, la mamá como perro en casa ajena, de la mano de la hija que la llevó hasta el arcón de joyas. Iztayahui nunca había visto tanta belleza junta, tantas cosas lindas para ponerse, tantas joyas para sentir como sus iridiscencias alegran el espíritu. Sacaba una joya que entregaba a su hija que ya tenía varias apretadas en su seno que amenazaban caer obligando a la intervención de los asistentes.

—¿Este collar en donde se hizo? Preguntó Miatlaxóchitl al comerciante extranjero para distraer a su mamá.

—De cerca de Chichen Itza hay un pueblo que orfebres que trabaja para el *Huei-Tlatoani* —en un náhuatl que sonaba intencionalmente mal pronunciado.

—¿Y este otro? —Preguntaba la niña de otra joya que llamaba la atención de la mamá. Así estuvo preguntado hasta que el impaciente comerciante extranjero respondió con forzada amabilidad: —Todas las joyas son para el *Huei-Tlatoani* por el sitio en la plaza.

Las palabras sacaron a Iztayahui del éxtasis contemplativo de joyas, parecía que las palabras del extranjero se referían a su esposo.

—¿Todas estas joyas son para mi esposo por un favor?

—Si señora, si le parece que no son suficientes puedo duplicar la cantidad.

Iztayahui miró a su hija, después a su esposo, miró a los ojos al extranjero quién desvió la mirada. Volvió la mirada hacia su hija pidiendo alguna explicación, no estaban hablando de su esposo. Miatlaxóchitl la abrazó con el brazo izquierdo alargando el derecho exhibiendo el hermoso collar de jade. Miró hacia el collar, volvió la cara para suplicar respuesta.

—Sí mamá, respóndame ¿no es hermoso el collar?

Ahora vuelve la vista hacia su esposo, la comunicación silente de dos personas que han vivido el uno para el otro le dio la respuesta. La cara relajada de su esposo no concordaba con la mirada de águila puesta en la presa signada en el comerciante extranjero esperando atacar en el momento preciso, debía seguir el juego alargando la conversación. Cambiando de tono y talante, con el desparpajo del acostumbrado a recibir prebendas a cambio de favores, con la voz melosa de la codicia preguntó al comerciante extranjero: —¿En verdad tiene otro cofre con joyas?

—Si señora, y será mi contribución a esta ciudad de Xicalango por permitirme comerciar en el lugar que he elegido.

—¿No le parece mucho dar para tan poco por recibir?

—No me parece, si además se me asegura el sitio para otras ocasiones y algunos socios comerciantes.

—Aún así, me parece mucho. Pero si cree que es justo, estaría dispuesta ha conversar con mi esposo —ésta última frase la pronuncio en voz baja del acuerdo infame de los avariciosos.

—A mí me parece justo, y aun tengo algunas escondidas si interviene en mi favor.

A Iztayahui se le estaba acabando el repertorio de sandeces y al comerciante extranjero el tiempo para iniciar la revuelta. El público pendiente de la inusual conversación entre la esposa del calpixque y un comerciante extranjero negociando por un sitio en la plaza no notó la discreta entrada de Totocahuan mirando directamente a los ojos de su Capitán General. Iztayahui que volvía la mirada hacia su esposo en espera de instrucciones percibió el cambio en su mirada, se estrecharon las pupilas emitiendo un refulgente rayo notado por madre e hija.

—Mire señor extranjero, mí hija vale más que este collar, mí esposo más que este cofre de bagatelas, y yo más que ambos juntos —mirando hacia el objeto de su enojo. Tomo el collar de las manos de su hija, con su mano izquierda agarró la mano del comerciante extranjero depositándole el collar en la

palma y con fuerza le cerró el puño encajándose. En ese momento, cuatro capitanes tlaxcaltecas de la guardia de corps tomaban por los brazos al comerciante extranjero y al sirviente que era su segundo al mando.

—Señor comerciante, ha ofendido a mi esposa y a nuestra hija, deberá responder por esto.

—*Huei-Tlatoani* Cuauhtliuil —ahora pronunciaba el náhuatl correctamente y sin acento —no ha sido mi intención ofenderlas y ofrezco a su señoría una disculpe que ruego acepte.

—La ofensa no ha sido porque ofreciera pagarle por una concesión, ha sido por ofrecernos joyas obtenidas del saqueo y robo. Ninguna de ellas está elaborada en Chichen Itza, son trabajos del centro del país.

—Algunas piezas son del centro del país, lo reconozco, pero son producto del mi trabajo como comerciante. Sería incapaz de ofenderlo ofreciéndole un soborno y menos con artículos que no fueran de mí propiedad, conseguidos con el esfuerzo de mi trabajo.

En ese momento, entraba Xitzicuintli con un caminar enérgico y decidido hasta pararse enfrente a Cuauhtliuil saludándolo militarmente dándole el parte: —Cuarenta y dos espíritus.

Se acercó Totocahuan saludando y enterando el parte que le correspondió —Cinco espíritus.

—Con esa mercancía y dos más de mi parte, paguen la osadía de este mentiroso —Xitzicuintli hizo una seña a uno de sus oficiales que paso por la cabeza del comerciante extranjero cuarenta y dos bolsas de cuero atadas a cordeles de piel de venado que lo arrastraron al suelo, con acción similar el asistente de Totocahuan colocó los cinco restantes en el cuello del asistente. Los extranjeros custodiados por los guardias de corps abandonaron el palacio de cabildos.

Cuauhtliuil hizo señas a los asistentes del palacio diciéndoles: —Lleven este y otro cofre que les entregará

Totocahuan a los sacerdotes del templo que los custodiarán, que Tlahcuilohqui los registre en los códigos uno a uno.

—¡Este estúpido comerciante pretendiendo comprarnos!
—Habló Iztayahui a su hija.

—Vamos madre, aquí nada tenemos que hacer —cruzó su brazo por debajo del se su mamá encaminándose juntas a la casa.

—Que lindo se siente ponerse un collar de esos, las joyas se hicieron para nosotras las mujeres. ¡Pero no esas! —rectificó su diáfano sentimiento.

—Si mamá, ya habrá tiempo y momento para lucirlas —sentenció agorera Miatlaxóchitl.

Los comerciantes y curiosos presenciaron un suceso que no entendieron. A su regreso a la plaza pudieron notar que el antiguo conocido ocupaba el puesto de siempre.

A los dos días, el día de plaza en Chimalapa, un par de cuerpos empalados recibieron a los madrugadores. Este acontecimiento se fue repitiendo en los pueblos fronterizos a la mancomunidad de Qutzalcóatl, incluyendo Nautlan que recibió al comandante del batallón de los cuarenta y dos.

Al día siguiente, paseando por la costa, Xitzicuintli preguntaba a Mitlaxochitl: —¿Cómo supiste que los extranjeros querían atacarnos? Y no me digas que te lo contó un pajarito.

—Interpretando el lenguaje de los pajarillos aprendía a interpretar el de los humanos. Las primeras palabras del comerciante extranjero llamaron mi atención, trataba de fingir que hablaba mal el náhuatl, lengua en que se dirigió a papá, el debe haberse dado cuenta, un jilguero canta como jilguero y no puede fingir su trino, ni las misma loras. Agucé el oído y la vista, me moví jugando hacia donde pudiera observar su boca, afortunadamente se inclinó a hablarle en secreto al sirviente mirando hacia mí, lo hacía en una lengua que parecida a la que se habla por la zona de Zapotecapan, pero tampoco la hablaba bien, al sirviente no le veía bien la boca pero respondía en un

lenguaje parecido, pero de manera clara. Escuché todo lo que te conté.

—Pero ¿cómo supiste que los agresores estarían por el camino a Chimalapa?

—En la cabeza me quedaron dando vueltas los diferentes tonos y giros de las lenguas que hablaron los extranjeros. Cuando salimos de la casa de cabildos aún no ubicaba la lengua del sirviente, pero sabía que estaba guardada en algún lugar de mis recuerdos. Cuando empecé a darte las instrucciones, algún Dios de esos que en ocasiones le hablan a uno dentro de la cabeza, me llevó al día y hora en que había escuchado ese trino, cuando tenía uno seis o siete años, unos familiares de Zohuaxitlatli vinieron a visitarla, uno de ellos era de Chimalapa, su familia cantaba en otro tono, hablaban para que me entiendas, después de unas horas de jugar con ellos ya hablaba igual, el sirviente del extranjero hablaba claramente el zoque. Era evidente que no era macegual pues sus respuestas tenían de autoridad de mando. Lo de más fue atar.

—¿Qué paso? Mamá llegó contando que un comerciante extranjero había tenido un conflicto con un comerciante local por el sitio en plaza, que trató de comprarlos con hermosas joyas que fueron a parar al templo confiscadas por papá, que se probó algunas que le quedaron muy bien. Pero no menciono nada de gente agresiva que venía de Chimalapa —preguntó Tlanextli a Miatlaxóchitl y Xitzicuintli.

Estos se miraron, su entusiasmo los llevó a cometer una indiscreción. El joven decidió enterar a su prometida, pues al fin iba a compartir con ella el resto de su vida. Miró interrogante a Miatlaxóchitl que le devolvió una mirada que le decía “amigo es tu decisión”. El joven contó los sucesos en los que estuvieron involucrados él y su papá con todos sus pormenores. Miatlaxóchitl hizo lo propio de su participación.

—Me estás diciendo que tú habilidad para entender lenguas de animales y gentes nos salvó de una agresión bien planeada por extranjeros —señalaba reiteradamente con el índice a su hermana. —Y que tú, el tranquilo Xitzicuintli, fue

quien acabó rápida y certeramente con los invasores —se dirigía a su prometido con palabras llenas de asombro.

—Si hermana, pero no creas que lo que hicimos es de vanagloriarse. Se truncaron vidas de personas que tenían familias. Es verdad que Xitzicuintli nos defendió con gallardía y eficacia, pero te puedo asegurar Tlanextli que está apesadumbrado por los resultados que implicaron cumplir una orden necesaria para salvaguardar nuestra integridad y futuro —el joven presionaba fuertemente la mano de su prometida quién soportó el dolor hasta que se dio cuenta de su reacción, acariciándole la mano dañada con la otra —es conveniente que hables con papá antes de comentar en secreto que te hemos revelado. Pondrías en riesgo la vida de Xitzicuintli que nos acaba de rebelar un secreto de estado. Lo que nos dijo, yo no lo sabía.

—No hermana, de mi boca no saldrá ni media palabra, quiero mucho a Xitzicuintli, pero te prometo que hablaré con papá esta misma tarde.

Después de la muerte de los ancianos Mí Niña Marelis siguió visitando a *Yoloicnin* Michitlacatl, para aprender a ver la naturaleza desde los ojos de un pescador y enterarse de las cada vez más frecuentes señales que acarrea el oleaje y las tormentas de sitios lejanos. El sabio Michihuehuentzin le había mostrado que la realidad, es convincente mientras las interpretaciones personales suelen ser tendenciosas. En sus momentos de nostalgia, que iban siendo cada vez más frecuentes, se dirigía a las aves marinas en busca de respuestas.

La Primera Noticia.

Siguiendo la recomendación de Miatlaxóchitl, la misma noche de la confesión de los acontecimientos con el comerciante extranjero Tlanextli se acercó a su papá con una actitud medrosa de los hijos que no han desarrollado plena confianza en la comprensión paterna. Cuauhtliuil se percató de la ansiedad de la hija y la invitó a hablar, diciéndole: —Qué me quieres contar. Te prometo que sólo escuchare y si me lo pides, te aconsejaré.

Tlanextli relató todo lo que Xitzicuintlile habían confesado reiterando la recomendación de Miatlaxóchitl: —Mi hermana me recomendó que no lo comentara con nadie y me acercara a ti para que me aclararas inquietudes y dudas.

Las conversaciones de Cuauhtliuil con las hijas mayores no eran tan directas como la que tenía con Miatlaxóchitl, esta empatía de caracteres era mal interpretada por otras las hijas como preferencia que de ninguna manera existían. El papá entendió que el conflicto de la muchacha se debía al desconocimiento de las situaciones que tenía que afrontar como jefe de estado, algunas incomprensibles y otras debido a la formación ética de la familia y sobre todo tanto para él como padre y jefe de Xitzicuintli como militar. Tanteando el camino le dice: —Hija, ya estas en edad de entender, que tanto Xitzicuintli como yo tenemos obligaciones con el país que muchas veces pueden interpretarse equivocadamente cuando no se conoce la naturaleza de nuestro trabajo. Estas

XVI. La Primera Noticia.

obligaciones con el país nos llevan a enfrentar situaciones que vistas fuera de contexto pueden verse como inmorales o sin ética y sobre todo, despertar en nuestros seres queridos aversión a acciones inimaginables en el papel de padres, esposos o prometidos.

—No es aversión papá, es que no me cabe en la cabeza que Xitzicuintli no se sienta arrepentido.

—Debes entender que Xitzicuintli obedeció órdenes y que finalmente el responsable de los resultados soy yo, ni siquiera Totocahuan quién se lo ordenó de manera directa. Al hablarte de responsabilidades con el país o con el estado debes entender que es con todas las familias que en él vivimos. En este pueblo de Xicalango, alejados del centro de poder del país, las tensiones de gobiernos no nos afectan tan inmediatamente. Sabes que el poder central está repartido, dos quintos lo ejercen los aztecas, dos quintos los tolteca-chichimecas representados por los texcocanos y un quinto los antiguos descendientes de los teotihuacanos ahora con un *Huei-Tlatoani* aliado a Texcoco. Te he platicado que estamos aquí en espera de cumplir una profecía que terminará de una vez por todas con el poder de los aztecas.

—Sí papa, la que dice que los descendientes de Kukulcán llegarán para derrotar definitivamente a los aztecas.

—Y que Kukulcán se llamó Ce-Acatl-Topiltzin-Quetzalcóatl el héroe tolteca-chichimeca y la manera de asegurar la lealtad de ese enviado de Kukulcán sería ofreciéndole el respaldo de los tolteca-chichimecas del país, esto es, texcocanos, tlaxcaltecas y sus antiguos aliados los mayas. Y más precisamente negociando con el enviado una alianza que se base en la descendencia de sangre para crear un gran *calpolli*.

—Un matrimonio de conveniencia.

—Exactamente hija, una unión que nos convierta en enemigos comunes de los aztecas. Velar por que se realice esa alianza es la misión que nos mantiene a tú tío Hutzilitzin, a mí

y a los capitanes texcocanos y tlaxcaltecas, en estos confines del país.

—¿Y quién será la princesa que formalizará esa alianza?

El Cuauhtliuil padre miró a su hija con ternura que interpretó Tlanextli de manera personal exclamando: —¡Yo no! ¡Quiero a Xitzicuintli!

—Y él debe quererte mucho al confesarte un secreto de estado en la confianza que lo entenderías y no lo divulgarías. Hija, tienes fortaleza de carácter y quieres a Xitzicuintli para entenderlo y aceptarlo como compañero con todas las consecuencias que esto arrastra.

—Claro papá que lo acepto, nos queremos desde muy pequeños y sería injusto, para mí, para Xitzicuintli y para el tal descendiente de Ce-Acatl-Topilítzin-Quetzalcóatl pues nunca lo amaría. Pobre de la hermana que sea la profetizada.

—Todo apunta a Miatlaxóchitl y tienes razón de compadecerte, aun suponiendo que ame y sea amada este Ce-Acatl-Topilítzin-Quetzalcóatl, siempre sentirá la responsabilidad de una carga que nunca eligió. Tú por el contrario te unirás al hombre que has elegido, digamos el próximo mes.

—¡Así de rápido!

—Si hija, supongo que sin tener la intención, Xitzicuintli te ha hecho partícipe de un secreto, no dudo de tú responsabilidad para mantenerlo así, pero preferiría que se vinculara con el compromiso del matrimonio.

—Como tú digas, se lo puedo decir a Xitzicuintli.

—Lo usual es que lo convengamos con Totocahuan, pero sé que no se va a oponer, se lo puedes decir.

—Y a mí hermana.

—A todos. Te pediría que lo que hablamos a cerca del descendiente de Kukulcán no lo comentes con Miatlaxóchitl, déjala que sea feliz con sus ilusiones.

—Si papito —Tlanextli le plantó un beso en la mejilla saliendo de la habitación hecha un torbellino de alegría para

comunicárselo a quién primero encontrara. Inmediatamente se arrepintió, quién primero debía saberlo era su prometido.

Las obligaciones de Xitzicuintli en el calpixcato y como esposo de Tlanextli dejaron a Mí Niña Marelis más sola, buscando respuestas dialogando con sus amigos los animalitos:

—Señor pelícano ¿Cuánto tiempo debo esperar a mí destino? —Pregunta que hacía reiteradamente a estas aves cuando la nostalgia la llevaba a pasear por la playa, cerca de los muelles de los pescadores —ave anciana, la más sabia de las aves del mar, dime que nuevas me tienes —un viejo pelícano, se acercaba a la joven con su movimiento de barco velero que el viento bambolea de un lado al otro, abriendo el pico emitiendo un sonido gutural matizado con la castañuela de su pico en espera que los pescadillos que le lanzaba cayeran en su bolsón. —¿Qué la tormenta arroja una madera curvada que no conocemos? Ya me la enseño *Yoloicnin* Michitlacatl. Mira me dio un pedazo —mostraba un pedazo de la madera. —Viejo del mar, no acabo por entender tus pocos graznidos y el castaño de tu pico, mucho me estarás diciendo. Que les pregunte a las gaviotas. —estos buitres del mar, rápidamente aprendieron que si Mí Niña Marelis llevaba un balde lleno de mariscos que desechaban los pescadores, volaban en raudos círculos que estrechaban cuando arrojaba el pescado al bolsón del pelícano hasta que alguna le robaba la presa. —Ya llegaron alborotadoras y barulleras, que noticias me tienen —lanzaba un pescado de manera que hiciera una mayor parábola hacia el bolsón del pelícano. Alguna gaviota calculaba la distancia, el pelícano chasqueaba el pico sobre una presa que le había sido escamoteada, en algunas ocasiones casi dentro del saco. —Regalo este manjar a quién tenga noticias de mí amado que vive allende el mar —Mí Niña Marelis levantaba un brazo con un pescado en la mano en espera de que alguna descarada gaviota se lo arrebatara —Sólo chillidos de peleas, que “ahora yo te gane”; que “te atravesaste porque era mío”, pero de lo que les pregunto, nada me dicen. A últimas fechas, las descaradas aves, como sagaces bandidos se posaban en la orilla

del balde escamoteando el pescado. —¡No más, pájaros locos! —regañaba Marelis, las aves, como arrepentidas se retiraban tan rápido como habían llegado. Al pardear la tarde, en los días calurosos de mar tranquila la joven se encaminaba a los riscos en donde, veía pasar a los inalcanzable albatros. —Si pudieras bajar a decirme que ves desde esa altura, qué hay más allá del horizonte. Cómo podrías hablarme si eres mudo y únicamente conversas con tú pareja raspándose los picos.

La espera empezaba a agobiarla, sus visitas a la playa se habían espaciado, había aprendido de Michitlacatl todo lo que éste podía enseñarle sobre el mar y mucho antes de que fuese noticia ella misma lo descubriría. Ahora prefería pasar las tardes con su hermana Tlanextli hablando de las ilusiones del matrimonio, si Xitzicuintli no llegaba hacían tertulia hasta avanzada la tarde, juntos, hasta cuando la discreción le indicaba que la pareja prefería estar sola, su hermana le acababa de decir en secreto que creía estar embarazada. Muy contenta regresó a la casa. En cuanto apareció su mamá la abrazó y se soltó a llorar consolándola usando el nombre que le daban los pescadores: —Mí Niña Marelis, Mí Niña Marelis.

—¿Qué pasa mamá?

—Ya te contará tu papá, me encargó que preparara tus cosas.

—¿Para qué?

—No me dijo —estaba por demás insistir, no le diría nada. Se concretó a consolarla y esperar impacientemente a que regresara su papá.

—No debe ser nada grave pues me hubiera localizado —la señorita se iba hacia su habitación pero regresó aceleradamente diciendo a si mamá —mejor lo busco, ya estoy enfadada de esperar y aguardar a que me digan las cosas que me afectan.

A paso rápido cruzó la distancia entre su casa y el palacio de cabildos, siempre seguida a la distancia por sus guardias de corps. Saludo con una genuflexión de la cabeza a los guardianes de la entrada que le abrían la puerta. Un numeroso grupo de pescadores, Totocahuan y Xitzicuintli estaban

alrededor del calpixque. Al abrirse la puerta la conversación se detuvo. Cuauhtliuil le hablo mientras Miatlaxóchitl se aproximaba con paso firme —Que bueno que llegaste, estaba por mandarte a buscar, que Michitlacatl te informe sobre las últimas noticias.

—Mí Niña Marelis, recuerde, hará un mes del huracán que encontramos en la ensenada unos trozos de madera y calabrote desconocidos, que usted comento “pobre la gente que navegaba en estos cayucos; el mar debe habérselos tragado” mientras me enseñaba las tablas. Y que le dije “no siempre es tan malo como parece, ya vio a Michihuehuentzin y a mí papá, se salvaron”. Pues parece que esta vez el mar fue benevolente con unos extranjeros —Michitlacatl se detuvo volviendo el rostro hacia el calpixque como pidiendo anuencia para continuar. Cuauhtliuil le animó con una afirmación de la cabeza: —Los señores —señaló a un par de garrudos jóvenes ataviados a la manera de los oficiales mayas —eran correos — se dirigió a ellos hablándoles en maya —podrían relatarle a Mí Niña Marelis lo que nos acaban de decir.

Uno de los jóvenes empezó ha hablar dirigiéndose a Cuauhtliuil que lo interrumpió: —Háblele directamente a mí hija, entiende perfectamente su lengua —el joven volvió el cuerpo hacia la joven que se acercó al lugar que siempre ocupaba junto a su papá. El joven extranjero esperó hasta que Mí Niña Marelis ofreció toda su atención.

—Desde hace varios años notamos restos de cayucos fabricados y enjarcados con maderas y cables desconocidos, hace un mes, como mencionó Michitlacatl, el último huracán arrojó a la playa, además de restos de cayucos a un individuo vestido con ropas de urdimbre desconocida, gordo, sin pelo aquí —señalándose la coronilla —de tez blanca, barba cerrada y ojos color de cielo. Ese mismo día el *Halach Unik* envió correos a los pueblos de la costa para que se mantuvieran pendientes de cualquier cambio, se supo de otro extranjero que dejó el mar cerca del pueblo en donde llegó el primero. El *Halach Unik* me indicó específicamente las postas que debía

hacer por mar y por tierra para traer la noticia, también me dio la estafeta con su marca para que no dudaran. —En joven dudó un momento, observó a Cuauhtliuil, después a los oficiales Totocahuan y Xitzicuintli, a los pescadores y se decidió a preguntar: —¿Mí Niña Marelis? Usted es la elegida por Kukulcán.

Un exultante Michitlacatl se atrevió a responder en nombre del Cuauhtliuil como autoridad competente y de Miatlaxóchitl como directamente señalada suponiendo que ninguno de los dos se atrevería a afirmar algo que era una conseja —Sí, Mí Niña Marelis es la elegida por Kukulcán para dar origen a la nueva raza que gobernará este país —con la certidumbre de la premonición asegurada. Los jóvenes se postraron a los pies de Miatlaxóchitl alabándola y solicitándole bendiciones. La joven, sorprendida y abochornada quedó pasmada. Volvió a ver a su amigo Xitzicuintli que se aproximó listo a intervenir cuando los jóvenes correos se le acercaron de improviso, entonces la joven habló:

—Déjalos Xitzicuintli, no quieren perjudicarme, me están llamando “Mí Niña Marelis” en maya, quieren que los bendiga —la joven se levantó de su sillón de concejal tomándolos del brazo y haciendo que se levantaran. Estos lo hicieron lentamente con la vista humillada y temblando ante el contacto de las manos, de la que para ellos elegida de Kukulcán. Dejo correr el tiempo necesario para que los jóvenes correo se repusieran dirigiéndose a los presentes habló sentenciosamente —Ha llegado la hora de actuar, debo ir a donde está a ese hombre y ver si es el elegido, si no, es necesario aprender su lengua y enterarse de su cultura que seguramente será muy diferente a la nuestra.

Cuauhtliuil escuchó atentamente, no estaba siendo sorprendido por la decisión de su hija, admiraba la visión que había desarrollado del acontecimiento. Habló dirigiéndose a los pescadores: —Michitlacatl, cuándo podrían viajar hasta la punta de la península.

—Juntando bastimentos para unos siete pescadores, pasado mañana.

—Pues a trabajar. ¿Te quedarías acompañar a Miatlaxóchitl hasta que considere prudente regresar y asistirle en lo que requiera?

—Para Mí Niña Marelis todo el tiempo del mundo.

—Bueno *Yoloicnin* Michitlacatl a trabajar. Parece que habrá buen tiempo para zarpar, si papá no decide otra cosa —habló Miatlaxóchitl apurando para enfrentarse a lo que ha esperado toda su vida.

—Mí Niña Marelis, ya habla como marinero y conoce la mar mejor que nosotros, sí, tendremos buena mar pues la quiere y respeta.

El jefe con su grupo de pescadores se despidió saliendo de la habitación. Cuauhtliuil hizo señas al mayordomo del palacio de cabildos que se acercó con ese paso flotante de los sirvientes hasta colocarse al lado del calpixque en espera de órdenes. —Preparen alimentos para estos hombres —dirigiéndose a los correos —y alójelos en la habitación de los embajadores, denles nueva ropa y todo lo que requieran. Prepárenles el temascal. —Se dirigió a los correos en lengua maya —acompañe al señor, él los atenderá para que descansen del penoso viaje, esperamos acompañarlos en su regreso, si no tienen otros asuntos dispuestos —los jóvenes extranjeros se despidieron haciendo reverencias dirigidas a Mí Niña Marelis quién les devolvió una cálida sonrisa.

Quedó en el recinto la familia, que relajó las formalidades, aunque Totocahuan parecía ser el mismo militar en todos los casos. Cuauhtliuil se levantó del sillón principal diciendo —lo que tenemos que resolver compete a nuestra familia, les pediría que nos reuniéramos nuevamente en casa, Totocahuan me gustaría que llevaras a Xotlicuica y Xitzicuintli a Tlanextli —amigablemente salieron del recinto, los sirvientes se encargaron de apagar las teas y cerrar las puertas, los guardias acompañaron a Cuauhtliuil y Miatlaxóchitl que se alcatató del brazo de su papá. A medio camino le dijo en tono reservado:

—Papá, Tlanextli me informó hace un momento que creía estar embarazada, no me corresponde a mí decírtelo, pero dado el momento me parece que es mejor que estés enterado. — Cuauhtliuil, aunque fuera un acontecimiento siempre esperado en las familias, sintió en su espíritu un gozo que le recordaba el que le dio la noticia se que iba a ser padre de Xochinectli, aunque este le parecía más placentero, más tranquilo, como el cumplimiento de una ilusión que se fue acrecentando con los cambios de sus hijas. Entraron a la casa y los guardias se apostaron ante la puerta principal.

Encontraron a Iztayahui con los ojos enrojecidos y los párpados inflamados, abrazada por Xochinectli que, impaciente, repetía una de las tantas advertencias que se le ocurrieron para calamar a su mamá. Miatlaxóchitl se inclinó a abrazarla hablándole con dulzura: —*Nanah*, te alegraste cuando te enteraste que Tlanextli y Xitzicuintli se casarían — dando a entender que ahora podría ser ella quien lo hiciera.

—Pero Xitzicuintli es como de la familia, aquí gané un hijo. Pero tú ya te vas, contigo pierdo a una hija.

—*Nanah*, no somos cosas, un mueble o una joya, somos personas que nos mantenemos unidos por los pensamientos y sentimientos. Has sido muy buena conmigo y todos los días estaré recordándote con cariño. Yo creo que no he sido mala, un poco caprichosa y voluntariosa que me hace desobedecerte, pero nada más.

—Y cómo sabes que no estarás junto a mí.

—Desde que eras pequeñita lo supe, no podemos estar juntas, ya lo dijiste, conmigo eres voluntariosa y caprichuda, eso no va a cambiar. —Iztayahui utilizaba los mismos argumentos de su hija para justificar su posición. Miatlaxóchitl se descorazono sintiéndose derrotada aflojó la presión del abrazo que hizo reaccionar a Iztayahui aclarando —Mí Niña Marelis —una vez más la llamaba con el nombre que usaban los marineros —desde que tu abuelita Chipicatonali me contó del presagio que había sobre una de nuestras hijas mi corazón ha estado temeroso del momento en que el destino se haga

realidad, me he negado a ver los signos que otros han percibido para que no pesara en la manera de tratarlas, su mismo carácter ha provocado diferencias, me entiendo mejor con Xochinectli pero me he preocupado por las tres. Cuando tú papá me dijo “prepara las cosas de Miatlaxóchitl” supe que el momento ha llegado. No puedo parar de llorar, como si el río de mis ojos hubiera estado esperando muchos años, y no es tristeza, tampoco es alegría, es un sentimiento que no puedo definir, necesito que me abracen sin preocuparse, sin decirme nada, sólo abrácenme.

En ese momento entraron Tlanextli y Xitzicuintli, la joven esposa presenció el drama y fue a abrazar a su mamá sin preguntar. Su corazón empezaba a experimentar la necesidad de sentirse protegida sin percibir la razón. Iztayahui papachada por las hijas se fue tranquilizando. Tlanextli, esperando terminar con la tristeza de la mamá le dice en tono bajo para ser escuchadas por el corrillo: —Creo que estoy embarazada —pero Xitzicuintli no lo sabe y quisiera ser yo quién se lo diga. —Con ese bálsamo para el alma, Iztayahui se secó las lágrimas, se alisó el pelo recomponiendo el semblante se desprendió con un poco de brusquedad de los brazos de las hijas, precisamente cuando entraban Xotlicuica y Totocahuan que se dirigieron a saludar a la dueña de la casa. Después de las saluciones y de acomodarse para la cena Cuauhtliuil, ya presente, entró de sopetón al asunto.

—El mar ha lanzado a unos extranjeros de otra raza a las costas mayas. Los correos nos hablan de dos hombres de tez blanca y barba abundante, es necesario entrar en contacto con ellos y después actuar en consecuencia.

—Es un asunto de estado —comentó Totocahuan —no veo el caso de preocupar a las mujeres.

—Amigo mío, hace muchos años que partimos juntos de Tepetlaoxtoc en donde los hombres tomamos decisiones sin consultar a nadie, estos son otros tiempos y las familias están directamente involucradas. Eres el único que sabe de la premonición de la esposa de Macuahuitl que llamó a la elegida

Nalihtzin. Hemos luchado por una ilusión pero amigo, de una vez te digo que sí Miatlaxóchitl no quiere aceptar al extranjero como pareja no la forzaré.

—Y todos estos años serán en vano —protesto Totocahuan.

—¡En vano no! Hemos hecho crecer el poder del *Huei-Tlatoani* Ixtlixóchitl y agregamos a la nación tolteca-chichimeca muchos territorios olmecas y totonacas y hemos consolidado alianzas con varios *Halach Unik* mayas.

—Dicho de otra manera, la misión Quetzalcóatl quedaría incompleta.

—Así sería, también sé que tienes el poder otorgado por Ixtlixóchitl para poner la misión por arriba de todo. Y a pesar tuyo tendrías que cumplir con tú deber.

—Nunca me dijiste a quién señaló la esposa de Macuahuitl como Nalihtzin, así que tendremos que esperar a que se desarrollen los acontecimientos —el cuadrado oficial estaba doblando su recto proceder sin entrar en la desobediencia —confiemos que la profecía se cumpla.

—Como las otras veces que he tenido que salir, te encargarás de los asuntos del calpixcato.

—Como otras veces, haré mi mejor esfuerzo. Pero... No sería conveniente que te acompañara Hutzilitzin, únicamente se retrasarían unos días.

—En le tiempo que llevamos viviendo en Xicalango hemos aprendido a leer las señas del mar, algunas veces trae semillas desconocidas, otras acarrea trozos de maderos, esta vez aventó a las playas personas diferentes a nosotros, si lo piensas bien, quiénes vengan con intereses mayores, como dice la profecía, a terminar con el dominio de los aztecas, no llegarán como muebles arrojados por una tormenta marina arrancados de cualquier lugar. En este caso la misión será de observación y aprendizaje.

—Si dices que ninguno de los extranjeros es el profetizado —intervino Iztayahui en tono ligeramente retador —¿para qué te vas a llevar a Miatlaxóchitl?

—¿Preferirías que fuera Xochinectli? —en tono impaciente de quién no tiene que dar explicaciones en asuntos del estado, recapacitó que estaba ante su esposa y suavizó el tono —En Xicalango hemos tenido que darnos a entender en al menos tres lenguas, estarás de acuerdo en que es muy probable que los extranjeros hablen una lengua diferente a las que conocemos.

—Pues sí, y es posible que tengan otras costumbres.

—De los que estamos en esta habitación, o de las personas que conozcas ¿quién tiene la habilidad de entender y aprender otras lenguas?

—Pues Miatlaxóchitl.

—Va con nosotros y no la veremos por el tiempo que considere conveniente para aprender de los extranjeros.

—La vas a dejar en un país lejano, al menos estará bien resguardada.

—Cuidada por la persona más indicada.

—Solo una persona.

—Para no crear sospechas solo una persona, el *Halach Unik* del pueblo es leal y proporcionará los oficiales necesarios.

—Yo me voy con él —intervino vehementemente Tlanextli adivinando sin mucho esfuerzo quién sería el elegido.

—¡Tú no! —se opuso tercamente Iztayahui.

—Explíqueme *Nanah*, por que no habría de seguir a mi esposo... No siguió usted al suyo y ni estaban casados —la joven esposa le lanzaba una mirada de advertencia.

Xochinectli, sentada al lado de su mamá le tomó el brazo llamando enérgicamente su atención —Cierto mamá, es cosa de ellos, así que mejor no intervenga, ya dijo que Xitzicuintli es lo más importante para ella.

Recordando la confesión y advertencia de Tlanextli, solo atinó a decir —Es que se me van dos de mis hijas.

—Queda una que te acompañará mientras regresan, papá no ha hablado de que se queden —le dijo Xochinectli.

—Pero puede pasar.

—Claro que puede pasar, como pueden pasar muchas otras cosas, unas buenas y otras malas, pero así es la vida. No podemos estarnos oponiendo a todo, debes apoyarnos a cumplir nuestro destino como dices que te habló la tía abuela Coatlalopelitzin cuando decidiste seguir a papá —sin estar convencida, Iztayahui decidió no intervenir más, aceptar decisiones, siendo mamá suele ser conflictivo.

Tlanextli recapacitando su intempestiva intervención recordó una promesa reciente hecha a su esposo, dirigiéndose a él le consultó: —¿Verdad que pudo ir? Te prometo no estorbar.

—Nunca estorbarás, podrás distraerme un poco de mi objetivo pues pensaría primero en ti, pero no estorbas, en todo momento te prefiero junto a mí.

—¿Cómo sea?

—No sé qué quieres decir con ¿cómo sea? Pero te quiero junto a mí en todas las circunstancias.

—Pues creo que estoy embarazada. Recuerda que lo prometiste.

Xitzicuintli quedó pasmado, se sintió manipulado para aceptar una situación que en otro caso se hubiera opuesto, o por alegría que le provocaba la noticia, la exclamación de su mamá terminó el pasmo del joven: —Vamos a ser abuelos Totocahuan ¡vamos a ser abuelos! —la tensión de la asamblea se rompió para prodigar felicitaciones, muy sinceras y amorosas para Tlanextli, para Xitzicuintli y los papás que no estaban enterados.

Las cosas se calmaron Xotlicuica se dirigió a su nuera diciéndole —Hija mía haces lo correcto, la parte más triste de mí vida fue cuando quedé embarazada esperando en casa de sus papás a este pedazote de hombre —dándole un beso a Totocahuan quién se ruborizó —acompañalo siempre, él sabrá hacer lo mismo contigo. Xitzicuintli, algo timorato aun, abrazó mecánicamente a su esposa, esta le respondió con tal calor que lo hizo reaccionar provocándole un centelleo en lo ojos.

—Ya resolvieron todo, pero nunca dije que sería Xitzicuintli el responsable de la seguridad de Miatlaxóchitl en

ese pueblo maya. El capitán —refiriéndose a su yerno —puede decirles que en el palacio de cabildos se la encargué a Michitlacatl.

Como se trataba de un asunto oficial Xitzicuintli no estaba preparado para escuchar un comentario con un sentido de broma y respondió directo y hasta resentido: —Señor, desde pequeño me conocen como *Chichipocatl* algunas veces en tono de mofa, a mí siempre me honró pues habla del cariño que siempre sentí hacia ustedes. Me siento con derecho a solicitarle que me asigne el cargo.

—Tonto romántico —le dijo Tlanextli que lo mantenía abrazado —no ves que papá nos está embromando.

Un poco más allá se escuchó un suspiro de alivio, Totocahuan se había sentido ofendido porque creyó que habían menospreciado a su muchacho. Ya hemos dicho que su carácter era directo, no entendía de sutilezas ni de bromas veladas, y en esto el hijo salió al padre.

—Aclarado el punto concretemos, en cuanto nos indique Michitlacatl que está listo saldremos hacia el pueblo maya en donde está el extranjero, en éste el abuelo Ixtoc es muy estimado así que el *Halach Unik* estará muy complacido en recibir a los nietos bajo la pantalla de comerciantes, aquí Xitzicuintli tendrás que hacer un esfuerzo. Me pondré de acuerdo con el *Halach Unik* para que los reciba como *pilli*, usaremos parte de las joyas que están en el templo para aparentar suntuosidad. Sí un personaje importante es servido por otro que parece de la misma categoría, la gente se doblega, para lograr este impacto, Miatlaxóchitl actuará como mujer de confianza de Tlanextli, no importa que se comporten como hermanas, siempre que mantengan el perfil de la poderosa y la que sirve.

—¿Porqué a Tlanextli le toca hacer el papel de poderosa? La importante es Miatlaxóchitl —preguntó Xochinectli.

—Así como el poder impone, también cohibe. Una persona tiende a abrirse con aquellos que parecen iguales, un *mayerque* no se sincera con un *pilli*, pero es posible que un *pilli*

se abra con un *mayerque*, y muchas veces hablará frente a un *tlaimaite* sin cuidarse asumiendo que no comprende lo que expresa o teme repetirlo. Si el extranjero ha sido creado como poderoso será más difícil que hable o lo hará con Tlanextli, si ha sido creado como *mayerque* se abrirá con Miatlaxóchitl, si eventualmente es comerciante o soldado hablará con Xitzicuintli. Por otro lado, el humano tiene necesidad de comunicarse, y lo hará con quien primero lo entienda en su lengua, Miatlaxóchitl posee la extraña virtud de hacer amigos tratándolos con la gentileza que le enseñaron sus amiguitos del campo, con paciencia logra que se sientan seguros de que nos les hará daño y aceptan sin resabios su contacto.

—Y cuanto tiempo calculas que estarán mis hijas en ese pueblo —preguntó Iztayahui a su esposo.

Intervino Miatlaxóchitl diciéndole —Depende de la dificultad de la lengua, si es como la de los pajarillos, tres meses, si es seca como la de los pelícanos, medio año, si es confusa como la de las gaviotas tres cuartos de año o un año. Pero creo que tardaré más en enterarme de su cultura y forma de vida y esto es más importante que hablar su lengua, ¿Verdad papá?

—Sí hija, lo que averigüen, tú, tu hermana y Xitzicuintli de los extranjeros ayudará mucho para prepararnos para usar sus cualidades y debilidades en beneficio de la misión Quetzalcóatl.

—¡Más de un año! —dijo con desesperanza Iztayahui.

—El mar arrojó a un par de extranjeros que se han localizado, no sabemos a cuantos dejó en lugares que no están habitados, o cuántos se tragó el mar, todo indica que los extranjeros están cerca, en la inmensidad del mar no podemos verlos, esto obliga a nuestras hijas e hijo a aprender mucho de los extranjeros en poco tiempo. Además debemos tomar en cuenta el embarazo de Tlanextli, si tardan más de seis meses (lunares), moverla será arriesgado para la mamá y el niño y tendrán que irse hasta doce meses y hacerlo con el niño. Como dice Miatlaxóchitl, el tiempo dependerá de cómo aprendan su

lengua y costumbres. El viaje por mar es largo pues hay que llegar al punto sagrado en donde se puede ver nacer y morir a Tonatíuh en *Tonallatl* el mismo días y seguir hasta un poco más en la costa donde sólo se ve nacer. La ventaja es que de ida sabremos los que se ha descubierto en los pueblos mayas y a mí regreso, instruirles sobre los aspectos que permitan identificar a estos extranjeros. Dices bien Iztayahui, nuestras hijas, hijo y nieto o nieta estarán regresando en trece meses.

—¿Por qué no te quedas Tlanextli? No es conveniente que te arriesgues poniendo el peligro tu vida o la del niño —hablo Iztayahui tratando de convencer a su hija.

—No madre, me voy con mi esposo. Y no le pidas a papá que envíe a otro en lugar de Xitzicuintli, demuéstranos tú amor dejándonos tomar nuestras decisiones, es nuestra vida. Hasta ahora entiendo muchas de las decisiones de papá y acciones de Miatlaxóchitl, tienen que pensar en otros que ni siquiera vemos. También me vienen a la mente las historias del abuelo Ixtoc sobre Papalotzin nuestra abuela *Nalihtzin*. —A Cuauhtliuil se le hizo un nudo en el estómago al escuchar el nombre presagiado por la esposa de Macuahuitl dado por Tlanextli a Papalotzin, su bisabuela,

En tres días, el trabajo diligente de los pescadores liderados por Michitlacatl prepararon los cayucos abastecidos con artículos poco voluminosos que el calpixcato recogía como tributos en previsión a los gastos por manutención que pudieran pedir los jefes de los pueblos que irían visitando. Cuando viajaban con embajadas los oficiales guiados siempre por Ce-Mazatl proveían su sustento intercambiando productos de la caza, más apetecida en los pueblos de pescadores, por otros alimentos y bastimentos. Esta vez la guardia de oficiales se restringe a la guardia de corps para Cuauhtliuil confiando mucho del aprovisionamiento a los pescadores y como se dijo, a los bienes acumulados por el calpixcato. Las estadias en los pueblos de la costa eran de un día explicando el motivo del viaje y reabasteciéndose de agua y alimentos en previsión de aquellos días en que había mal tiempo o las distancias entre

pueblo de la costa que los obligaban a acampar, entonces tiraban redes en la madrugada y Ce-Mazatl salía de caza con un oficial. Aun cuando Tlanextli y Miatlaxóchitl se opusieron, Cuauhtliuil dispuso que las acompañara una de las hijas de Zohuaxitlatli, casada con un oficial nativo de Xicalango elemento de la guardia que acompañaría a Xitzicuintli en el resguardo de las jóvenes. Sin contratiempos llegaron a la punta de la península en donde hicieron una parada de dos días para hablar con *Halach Unik* mayas de los pueblos vecindados, debido a que por su posición geográfica habían recogido más señales de extranjeros. Reiniciaron su viaje hacia el sur, hasta llegar al pueblo pequeño a donde aparecieron los extranjeros. El jefe informó a Cuauhtliuil que después del huracán aparecieron extranjeros en la playa, dos de ellos, de actitud sumisa fueron enviados al *Halach Unik* de Xel-Há, otros aparecieron muertos y a otros los mataron porque mostraron conducta agresiva. El jefe los atendió muy bien dadas sus circunstancias, al otro día acompañó a Cuauhtliuil a Xel-Há y asignó a dos guías para que mostraran a Ce-Mazatl y a Xitzicuintli el lugar en donde habían aparecido los naufragos.

Potonchan el *Halach Unik* de Xel-Há los esperaba ansioso, pues Cuauhtliuil había mandado de antemano a los correos con la noticia de su llegada y la cantidad de personas que lo acompañaban en misión oficial de embajada. A su llegada en el puerto de Xel-Há, los guardias del *Halach Unik* los guiaron hasta el palacio en donde los esperaba un ansioso Potonchan. Sin preámbulos o saluciones se postró a los pies de Miatlaxóchitl, alabándola: —Bendita Mí Niña Marelis esposa de Kukulcán, por favor, bendice a este tu pobre ciervo —todos los asistentes se postraron de rodillas.

Cuauhtliuil pensó: —‘para nosotros, los tolteca-chichimecas Ce-Acatl-Topilítzin-Quetzalcóatl es un héroe venerado a cuyo cobijo terminaremos con la dominación azteca, para los mayas, Kukulcán era un semidiós y su futura esposa la Gran Señora. Y por qué sin dudar eligió a

Miatlaxóchitl. Tal vez informado por los correos’ —algo más respecto a su hija para meditar.

Miatlaxóchitl volvió a ver a su papá para solicitar consejo. Cuauhtliuil le respondió con un lento cerrar de ojos y movimiento de cabeza para animarla a hacer lo que Potonchan le pedía. La muchacha estiró las manos y las acercó a la coronilla del hombre sin decidirse a tocarlo. Potonchan le iba a tomar las manos para que las asentara en el cráneo, la joven respondió bajándolas con lentitud. En la penumbra se percibió una chispa de electricidad azul cobalto entre las manos y el pelo de calpixque, una pequeña descarga eléctrica que interpretó como una premonición divina que respondió con alabanzas y bendiciones. Los presentes exclamaron en un rumor de admiración hacia la joven. Dando el tiempo que le pareció prudente, Miatlaxóchitl tomó al calpixque del brazo para ayudarlo a levantarse, más que la edad, la emoción le entumeció las piernas teniendo que ser auxiliado por Cuauhtliuil.

La reunión se prolongó hasta muy entrada la tarde, cuando Potonchan despidió a los invitados y encargó a los visitantes con el mayordomo para que los acomodara en los aposentos. Quedaron los jefes solos, el primero que habló fue Potonchan: —Después de la llegada de los extranjeros me reuní con Na Chan Can calpixque de Cobá y decidimos que era más conveniente trasladar a los extranjeros a ese poblado, no parecían peligrosos y se optó por darles una libertad restringida y vigilada.

—Señor Potonchan, agradezco profundamente la emoción que expresó esta mañana hacia Mí Niña Marelis, como usted le llama. Sin embargo, considero que la personalidad de ella se mantenga en secreto, es más, le pido que le muestre más consideración a Tlanextli, que fingirá ser la señora tolteca a la que todos le debemos respeto. Mí Niña Marelis hará el papel de doncella de la dama, es conveniente para el proyecto Kukulcán que tanto hemos planificado. Dado que los extranjeros están en Cobá, es necesario que se adelante a

advertir a Na Chan Can de nuestros planes, la llegada de una princesa tolteca para concertar una alianza con el *Halach Unik* de Cobá. Estarán por llegar dos de mis gentes, un guía llamado Ce-Mazatl y mi yerno, casado con mi hija segunda Tlanextli, que está embarazada. El capitán que se llama Xitzicuintli, hará el papel de guardia de corps de la señora y de Mí Niña Marelis. Na Chan Can deberá proveer la guardia adicional acorde a la calidad de una *Tlatoani*. Yo debo actuar, como es la verdad, de embajador de Ixtlixóchitl *Huei-Tlatoani* texcocano.

Conversaron especialmente del próximo arribo de Ixtoc que Cuauhtliuil estimó en seis meses. Entrada la noche se presentó un guarda acompañando a Ce-Mazatl y Xitzicuintli anunciando: —Señor Potonchan, los señores preguntan por el *Tlatoani* Cuauhtliuil.

—Los estábamos esperando —aunándose a los pensamientos de su amigo —pasen y siéntense. Llama al servicio —se dirigió al guarda que se retiró haciendo una reverencia. Se hicieron las presentaciones y hablaron de trivialidades dando tiempo a que se presentara un asistente del mayordomo. —Que preparen comida para los señores —ordenó al sirviente que se retiró con pasos silenciosos a hacer efectiva la solicitud. Sin escuchas indiscretos Cuauhtliuil preguntó: —¿Qué pudieron encontrar?

Aun cuando el más indicado para responder era el guía, Xitzicuintli tomó la palabra sabedor de la parquedad de Ce-Mazatl: —Después de tanto tiempo quedan pocas señales. Unas grandes tablas curvadas que nos hacen pensar en cayucos mucho más grande de lo que conocemos.

—¿Qué tanto más grandes? —preguntó Potonchan.

Xitzicuintli paró a Ce-Mazatl en un extremo del salón diciendo: —Esa sería la punta —después caminó lentamente siguiendo la curvatura de tabla colocando flechas de tramo en tramo. Midió a Ce-Mazatl, puso el carcaj en el suelo e hizo lo mismo, esta vez dirigiéndose hacia Ce-Mazatl. Al terminar echó una mirada y calculo —unas veinte brazadas —abriendo los brazos en cruz para hacer más gráfica la medida.

—¿No esta exagerando? Preguntó incrédulo Potonchan.

—Michitlacatl, el experto pescador que nos acompaña y quedó en el pueblo comerciando y su gente estimaron este tamaño, yo simplemente estoy repitiendo lo que hicieron —respondió Xitzicuintli.

—Ya nos enteraremos —intervino Cuauhtliuil —cuando podamos entendernos con los extranjeros. ¿Alguna otra cosa? —dirigiéndose a Ce-Mazatl.

—Hay señas de un enfrentamiento y trece cadáveres de gente más basta que nosotros. Los del pueblo nos indicaron que fueron agredidos y simplemente respondieron. Hablaron de otros dos que se encontraron en dos lugares distintos que enviaron a Xel-Há. Después de tanto tiempo es difícil encontrar rastros que puedan ser fiables, de lo que puede leerse no hay señas de que hayan escapados —respondió el guía.

—*Halach Unik*, alguna otra duda —preguntó Cuauhtliuil a Potonchan.

—No señor —respondió. Llamó a su mayordomo y giró órdenes para acomodar a Xitzicuintli en el aposento asignado a la dama Tlanextli. Iba a dar instrucciones para acomodar a guía, pero este intervino.

—Agradezco su invitación, pero prefiero dormir en descampado, si no le ofende, quisiera regresar al puerto a donde están los pescadores.

—De ninguna manera me ofende, puedo ofrecerle un guía.

Intervino Cuauhtliuil para terminar la discusión antes de que Ce-Mazatl respondiera de la manera cortante que usaba cuando se le obligaba a hablar de más. —Ce-Mazatl es nuestro guía y le puedo asegurar que encontrará el camino de regreso aun en la noche más oscura. —El guía se despidió con una genuflexión alejándose a paso vivo con el rumor de la gamuza de su vestimenta.

—Raro su guía.

—Lo reclutamos al inicio de la campaña y nunca ha dormido bajo techo. Es muy reservado, de pocas palabras, de actuar rápido y determinado. Nos ha enseñado a entender la

selva, y si dice que no hay rastros de extranjeros huidos, puede estar seguro que no los hay. Se entiende bien con nuestro *Yoloicnin* Michitlacatl, hablando uno de la selva y el otro del mar.

—Planeemos lo de mañana Capitán Cuauhtliuil, como entenderá no me puedo mover libremente, debo preparar a mí séquito según corresponde a mi investidura de *Tlatoani* de Xel-Há, calculo que partiremos al cuarto de día —señalando la imaginada posición del sol hacia las nueve de la mañana. —Ya mandé aviso a Na Chan Can quién debe preparar mi recibimiento. Ustedes saldrán hacia medio día —ahora señalaba a la posición del sol hacia las once de la mañana — Usted será tratado como embajador de Ixtlixóchitl y las damas toltecas como las hijas de este. De más está recomendarle que las traten de acuerdo al rango que les estamos suponiendo. Le pediré a Na Chan Can que deje que los extranjeros vean su llegada pero que los mantenga muy vigilados. ¿Le parece?

—Perfecto, el plan me parece perfecto.

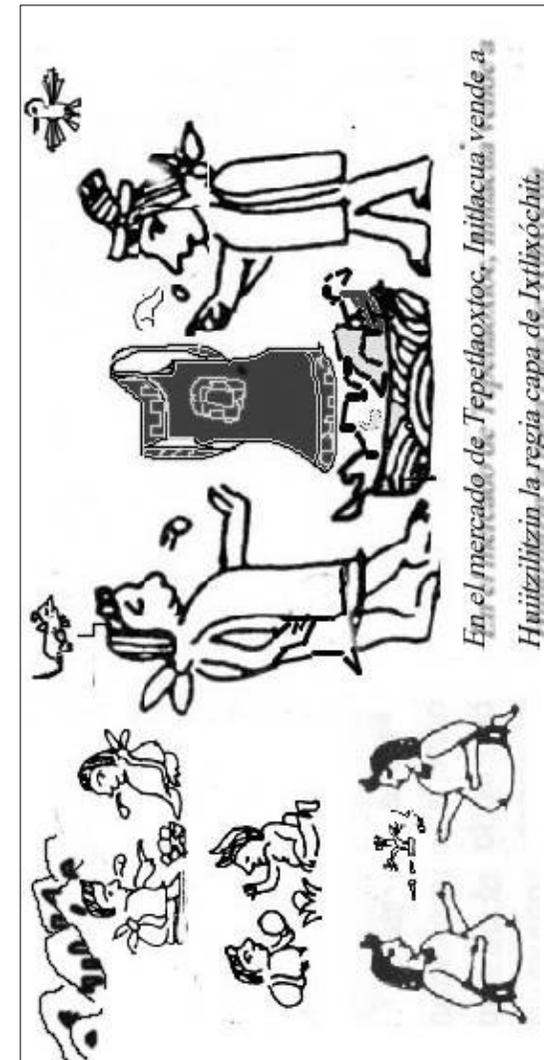
—Es hora de descansar, lo acompaño a su habitación.

Cuauhtliuil se dirigió a un perchero en donde estaba colgado su arco y carcaj. Potonchan se le quedo viendo diciéndole: —Arma poco común en estos sitios, me permite. —El capitán, sacó el trozo de gamuza impregnado de cera de Campeche del carcaj, frotó gentilmente la madera hasta que ésta cogió calor para permitir que se le montara la cuerda sin riesgo. Preparado se lo entregó a Potonchan con una flecha. El *Tlatoani* regresó la flecha, tomo el arco observándolo con ojo de experto, lo montó como si fuera a disparara a un blanco con una flecha imaginaria, tensó un poco la cuerda, la destensó con lentitud regresando el arma al Capitán albándola:

—Nunca había visto una joya tan perfecta, el que la fabricó debe ser un experto artesano.

—Si señor, un regalo de mi abuelo.

—Debí imaginarlo, tiene el sello de Amincatlaloc, sabemos de la fama del Gran General —regresando el arco con la gentileza de quién sabe valorar el trabajo de expertos.



En el mercado de Tepetlaoxtoc, Imilacua, vende a Huitzililtzin la regia capa de Ixtlixóchitl.

La Decisión del Arcabucero del Rey.

Como corresponde a su dignidad, Potonchan fue transportado en andas mediante cargadores que se reponían frecuentemente para llegar entrada la tarde a Cobá. Na Chan Can, como era su obligación ante un *Halach Unik* preparó la suntuosa recibida de Potonchan que entró en andas, abanicado por plumas preciosas y gran boato. En cuanto tuvieron oportunidad, los dos *Halach Unik* planificaron la llegada de las damas toltecas, supuestas hijas de Ixtlixóchitl para el día siguiente. Enviaron correos para avisar a Cuauhtliuil que sería recibido al medio día. Enviaron dos andas y gente para simular una cohorte digna de las damas y su embajada, vestida con atuendos del centro conseguidos entre los *pillis* de Cobá. Al medio día, el séquito de las damas entraba a pueblo de contacto con los pueblos mayas del interior y Xel-Há, el puerto de cabotaje que servía de enlace marítimo entre pueblos tan alejados como en Nicoya, Costa Rica. A los andrajosos extranjeros se les permitió presenciar muy de cerca el acontecimiento.

La refulgente luz del medio día tropical hacía resplandecer las joyas que portaban Tlanextli y Miatlaxóchitl aupadas en doradas andas. Ajorcas de oro para la Dama y de plata para la acompañante, collares de jade y piedras preciosas, vestidos con hilos de oro, capas de rojo cochinilla para la dama y azul maya para la acompañante, abanicadas con preciosas plumas. Xitzicuintli y Cuauhtliuil ataviados a la usanza de los *pilli* del centro de México, se veían incómodos en el calor y humedad tropical. El séquito disfrazado con atuendos similares. A paso

XVII. La Decisión del Arcabucero del Rey.

lento pasaron en medio de la multitud que bordeaba el camino real. En la plaza esperaban bajo dos toldos, los entronizados Potonchan y Na Chan Can ataviados como su rango les exige. Se adelantan a recibir a las Damas. En su carácter de embajador Cuauhtliuil presenta el bastoncillo que le acredita como enviado por Ixtlixóchitl, aceptadas reverentemente por los *Halach Unik*. Hace la presentación de la Dama:

—La *Tlatoani* Tlanextli —el anda es depositada con gentileza en el piso, el embajador ofrece la mano a la Dama, La altura del anda está preparada para un varón dejando un alto escalón al piso, un portador se da cuenta y arroja a los pies de la dama haciendo de peldaño. Tlanextli, con la mirada pide auxilio a su papá. Cuauhtliuil le hace una seña con los ojos y aprieta la mano de su hija que utilice sin reparos el peldaño humano. La Joven inmediatamente se rehace y con él majestuoso porte que da ser educada como reina, baja del anda dirigiéndose a los señores Potonchan y Na Chan Can que hincaron la rodilla y humillaron el porte. Se irguieron y colocaron a la dama entre ellos.

En seguida, el embajador anunció a Miatlaxóchitl como hermana de la señora principal. El mismo movimiento de uno de los portadores la joven inició su descenso. Ataviada con menos joyas de jade y más de oro su faz de bronceína refulgía a los rayos del metal que guarda al sol haciéndola radiar elegancia. Se irguió en el anda, con donaire recorría desde su otero a la multitud congregada que al unísono emitía un murmullo de admiración. Fue inevitable posar la vista en los andrajosos extranjeros que atónitos observaban el despliegue de grandeza y magnificencia no igualado por las cortes europeas. Miatlaxóchitl sintió el peso de unos ojos que tenían una expresión que magnificaba la tez blanca y rubicunda del sacerdote, un estremecimiento recorrió su cuerpo, sintió hielo en las venas, su experiencia en el trato de gentes y su don natural de ver en las almas no le servían para identificar el tipo de mirada desconocida para ella que le intimidó. Cuauhtliuil

percibió la palidez de su hija e intervino anunciando: —La *Tlatoani* Miatlaxóchitl, hermana de la *Tlatoani* Tlanextli.

Miatlaxóchitl se repuso y hurgó e su ágil memoria un recuerdo que le permitiera discernir el significado de la mirada del extranjero de cara blanca y ojos color de cielo. La que más se le acercaba era la de admiración y reverencia, pero había un elemento que no calzaba, recordó la mirada celosa de Tlanextli cuando por las noches platicaba de sus aventuras con Xitzicuintli. También recordó la rencorosa mirada del mexicana que quiso sorprenderlos, cuando su amigo fue ascendido a capitán. No poder interpretar la mirada avariciosa del extranjero se le metió en el alma, sintió que sería instrumento para que los extranjeros pudieran obtener todo lo que esa terrible mirada escondía. El mundo de ilusiones que había tejido alrededor de su esperado descendiente de Ce-Acatl-Topilítzin-Quetzalcóatl se derrumbó como castillo de naipes. Cuauhtliuil que no le perdía mirada, notó el cambio en su hija, se adelantó a Xitzicuintli para asistirle en su descenso desde el anda, se le acercó y murmuró cerca del oído: —Mí amor, estas empezando a sentir el peso de las obligaciones que vienen con el poder. No desfallezcas, una nación depende de ti —cómo si hubiera leído en el alma de su pequeña. Miatlaxóchitl parpadeo para borrar esos atisbos de lágrimas, sonrió al pueblo que la admiraba y aclamaba, posó delicadamente el pie en la espalda del cargador hecho un ovillo que servía de peldaño para facilitar el paso a Mí Niña Marelis.

Por una semana hubo festejos, juegos de pelota, entre poblados para la diversión de las gentes y de ofrendas para complacer a los dioses. El cambio en el carácter de Miatlaxóchitl fue notorio, al menos para Cuauhtliuil y Xitzicuintli que se dolían al ver que se apagaba su otrora exultante carácter. Al siguiente día solicitó a su padre que pidiera a Na Chan Can que le permitiera entrevistarse con los extranjeros. El *Halach Unik* acepto de mil amores, él pensaba exhibirlos como se hacía con los prisioneros capturados en batallas, pero cambió al notar la gentileza con que los trató

Tlanextli a solicitud de su hermana arguyendo que se le debía como descendientes de Ce-Acatl-Topilítzin-Quetzalcóatl. La mecánica planificada no se modificó, Tlanextli sería la encargada de tratar con los extranjeros mientras Miatlaxóchitl, mantendría siempre un bajo perfil facilitándose el análisis.

Aunque preocupado por el cambio de carácter de Miatlaxóchitl, Cuauhtliuil preparó su regreso confiándose a la madurez y responsabilidad de la mujer. Por la tarde del día de su salida se reunió con su familia para ultimar detalles.

—No puedo atrasar más mi partida y he decidido hacerlo mañana por la mañana. Se le ha avisado a Na Chan Can. Este prepara la salida de Potonchan que como jefe deberá hacerlo de acuerdo al protocolo, así que será cuando el sol esté al medio día. A cargo de la misión queda Miatlaxóchitl bajo la vigilancia y consejo de Tlanextli para asuntos familiares y de Xitzicuintli para militares y vínculo político.

—No voy a necesitar mucho tiempo para aprender su lengua —advirtió Miatlaxóchitl.

—Se los repito, al mando quedas tú —refiriéndose a su hija menor —regresen cuando lo decidas, Na Chan Can está avisado. Recuerden hijas, diríjanse al *Halach Unik* a través de Xitzicuintli. También hablaré sobre el asunto con Michitlacatl, de todos modos, avísenle con tiempo para que prepare la salida. Hijas, les recuerdo que en seis o siete meses esperen la llegada de su abuelo, tal vez ese sería un buen momento para regresar. —Los jóvenes asintieron al jefe.

Al otro día, según lo esperado, Na Chan Can y sus sacerdotes bendijeron a la caravana de comerciantes y embajador aunque en todo momento fue tratado como *Huei-Tlatoani*, especialmente por Na Chan Can.

Miatlaxóchitl insistió en que ella se mantendría como sirvienta de la señora y que no la hiciera hablarles a los extranjeros, que el peso de las conversaciones la llevaría Tlanextli.

El primer mes, Xitzicuintli solicitó a Na Chan Can que permitiera y preparara entrevistas con los extranjeros por la

mañana. El única cosa en que el *Tlatoani* exigió, fue mantener una guardia de dos oficiales y que trataran de no hacer las entrevistas con los dos extranjeros al mismo tiempo, imposición que no agradó a Miatlaxóchitl pero aceptó a insistencia de Xitzicuintli que hacía el incómodo papel de “corre ve y dile”.

Las entrevistas se dificultaban porque Tlanextli no poseía la cualidad de lenguas de su hermana y era más lenta en entender y hacerse entender a pesar de las clases que recibía de Miatlaxóchitl de manera estoica por las noches. A medida que Tlanextli fue aprendiendo la lengua extranjera, las entrevistas se hicieron más dilatadas y enriquecedoras. A ella le gustaba más la conversación del regordete hombre blanco de ojos color de cielo; Miatlaxóchitl se interesaba más por la conversación del compañero, mas moreno, de ojos negros y nariz aguileña, más parecido a ellos.

Está por demás decir que Miatlaxóchitl aprendió rápidamente la lengua y con paciencia seguía el ritmo de su hermana. Lo que primero aprendieron ambos fueron los nombres: el moreno de ojos negros se llamaba Gonzalo Guerrero nacido en Palos de la Frontera. El compañero, de tez clara y ojos color de cielo, parecía más joven había nacido en Écija (Sevilla) los dos pueblos al sur de una gran nación llamada España.

Más abierto a la explicación resultó Gonzalo Guerrero, de profesión militar arcabucero, situación que orientó a Miatlaxóchitl a pedirle a Xitzicuintli que se integrara a las enriquecedoras conversaciones con este extranjero. El joven capitán consideraba que desobedecía a su comandante Cuauhtliuil resistiéndose hasta que Miatlaxóchitl le hablo con severidad, como nunca lo había hecho: —Xitzicuintli — señalando directamente hacia la hermana presente —Tlanextli y yo escuchamos lo que papá nos ordenó. Si estoy equivocada me corrigen. Tú Xitzicuintli te encargaría de nuestra protección y de actuar de mediador con los *Tlatoani* Potonchan y Na Chan Can; Tlanextli haría el papel de gran señora y yo con el cargo

de esta misión. Xitzicuintli, tal vez consideres que la labor de aprendizaje que estamos realizando mi herma y yo no vaya con tu quehacer militar, sin embargo. Te digo que será el trabajo más importante que harás en tu vida. De lo que aprendamos de estos extranjeros dependerá el éxito o fracaso de nuestra misión. El Señor Gonzalo Guerrero tiene la misma profesión que tú y es una especie de arquero, pero el arma de que nos habla y no la conocemos, la podemos imaginar por los dibujos que hace. Por esto Xitzicuintli, te pido como mí amigo que te nos unas para conseguir de estos extranjeros la mayor información que podamos, y por favor, no me obligues a ordenártelo. —Tlanextli se irguió con la intensión de hablar a favor de su esposo pero la actitud de Miatlaxóchitl la detuvo.

Xitzicuintli después de pensar su respuesta respondió: — Miatlaxóchitl, sabes que no tengo buena memoria... —hizo una pausa para encontrar las palabras adecuadas, pero únicamente encontraba pretextos mentirosos y no iba mencionarlos a su apreciada amiga. Después de una densa espera hablo. —La verdad es que no me gusta.

Tlanextli intervino de manera pausada y temerosa de ofender a su esposo: —Amado esposo, yo venía a ser una espectadora y asistente de mi hermana, lo que percibió del extranjero Jerónimo de Aguilar hizo cambiar sus planes. Todo lo planificado se modificó, ahora me veo obligada a aprender con Miatlaxóchitl lo que se logra en el día y planificar la estrategia del día siguiente, te pediría que te unieras a nosotras par cumplir cabalmente con las expectativas de *Huei-Tlatoani* Cuauhtliuil.

Xitzicuintli impresionado de la manera en que su esposa había tomado su papel y con la experiencia que había adquirido de la convivencia con Miatlaxóchitl sabía lo contraproducente que resultaría para su relación de pareja el oponerse a la solicitud de su esposa y no le quedó más que aceptar su nuevo papel de interprete profesional con el militar Gonzalo. Respondió: —Esta bien, vamos a trabajar juntos, pero deben ayudarme a entender esa lengua extranjera.

—Empezamos ahora mismo, cuando acompañes a Gonzalo, Tlanextli te pedirá que te quedes, en su lengua, le explicará que eres de profesión militar y que es conveniente que estés presente para ayudarlo a entender términos castrenses.

A diferencia del fraile, el arcabucero Gonzalo Guerrero tenía una actitud más abierta hacia sus captores, la cotidianidad le había granjeado la simpatía de una de las hijas del *Halach Uinik* que llegado el momento le llevarían a decidir hacerse Maya en cuerpo y alma casándose con esa doncella y convirtiéndose en el primer español que luchó como jefe maya contra sus antiguos jefes españoles.

Xitzicuintli y Gonzalo se identificaron mediante sus profesiones, a medida que ampliaban el conocimiento mutuo de las lenguas la comunicación se hacía más enriquecedora. Xitzicuintli concibió que el arcabuz era una especie de cerbatana fabricada con un metal más duro de lo él conocía, que lanzaba a gran distancia y precisión bolitas de plomo como cuentas de un collar que no se veían cuando aproximaban; que tenían armas de un metal más duro que cualquier macana de las que él conocía. Que viajaban por el mar en canoas mucho más grandes de las que tenía Michitlacatl. También tenían una capa fabricada del mismo metal del que estaban hechas las armas llamada cota a la que no le penetraban las flechas pero si las balas de los arcabuces. A los tres meses, Tlanextli, Miatlaxóchitl e Xitzicuintli habían aprendido del extranjero que estaban en una enorme desventaja en tecnología bélica haciendo más patente la necesidad de una alianza. Aprendieron que a los extranjeros los movía el conseguir la mayor cantidad del metal del sol y de la luna que llamaban oro y plata para lograr lo que llamaban riqueza, conceptos que no entendían por más explicaciones que les daban. La situación les hizo meditar en la prohibición de los sacerdotes de que únicamente los *pilli* pudieran lucir los metales de los dioses. En suma, de Gonzalo Guerrero aprendieron la parte noble y sincera de la raza extranjera.

Más inquietante para Miatlaxóchitl resultó la relación con Jerónimo de Aguilar, le sobrecogía la indescriptible mirada que con la cabeza agachada y los ojos entreabiertos, hacia a Tlanextli cada que esta se descuidaba, como si deseara las joyas que traía puesta pero no para él. A Tlanextli le resultaba chocante la evidente diferencia de trato que tenía con el grupo; a ella la adulaba de una manera servil, no era la sumisión al poder del *mayerque* o *tlaimaite* que no esperan recompensa, actuaba como si siempre estuviera en espera de una recompensa. Xitzicuintli no lo soportaba, sentía que lo observaba como si fuera un entre diabólico ávido de sangre humana. A los tres los inquietaba la constante alusión a un Dios que llamaba Cristo que, que junto con otros dos eran como su *Monoyocoyani*, el hacedor del todo y del siempre. Pero más los molestaba el sentirse tratados como incultos *tlaimaites* incapaces de reconocer el bien del mal. De Jerónimo aprendieron que tanto los de su categoría, como la de Gonzalo perseguían los metales de los Dioses con la diferencia que éstos la querían para convencer a las personas que dejaran de creer en *Monoyocoyani* que era un Dios malo y creyeran en Cristo, un Dios bueno, lo que no podían deducir era el cómo utilizarían los metales de *Tonaltzintli* y *Metzli* para conseguirlo. Con la conversación de Gonzalo supusieron que debían usarse para hacer más felices a *mayerques* y *tlaimaites* cuando se aceptaban las enseñanzas de ese Dios; con las pláticas con Jerónimo consideraron que había que simplemente entregárselos a él.

Un día a media mañana, cuando conversaban amigablemente con Gonzalo Guerrero en español, náhuatl y maya, un guarda les avisó que el *Halach Uinik* Na Chan Can le ordenaba presentarse en su palacio a las señoras Tlanextli, Miatlaxóchitl y al capitán Xitzicuintli. Sin dilación y sin el boato que anteriormente tenían ante la presencia de los extranjeros despidieron de Gonzalo que para entonces se movía libremente en el poblado, para ser escoltados por el guarda y su pequeña patrulla al palacio de Na Chan Can. En la plaza

notaron más comerciantes y bultos de los usuales. Un salto le dio el corazón a Miatlaxóchitl presagiando el encuentro. Al entrar en el palacio, Na Chan Can la vio aproximarse corriendo a una de las jóvenes sin tiempo de prevenir a Ixtoc que fue llamado: —Abuelito, abuelito Ixtoc —al volverse recibía un fuerte abrazo y besos de Miatlaxóchitl.

Ixtoc sintió la exultación que sentía su nieta del encuentro, pero, dentro de esta, el escondido pesar de la angustia. Con el mismo cariño el abuelo recibió el saludo de Tlanextli. Pasadas las emociones del momento, le informó: —Xitzicuintli, es mi esposo.

—El hijo mayor de Totocahuan, en primer capitán de tú papá.

—Si abuelito.

Sin protocolo, Ixtoc abrazó al un esquivo Xitzicuintli, que rígido y tratando de mantener la distancia, no podía sustraerse a la presencia del Halach Unik, el representante presente de Cuauhtliuil. Actitud que hizo recapacitar a Ixtoc, que estaba ante un *Tlatoani* poderoso: —Halach Unik, le pido que nos disculpe, hace tiempo que no veo a mis nietas, ni sabía que la mayor estaba casada y embarazada.

—Embarazada —preguntó incrédulo Na Chan Can.

—Si señor, por lo que sentí en el abrazo, es un embarazo de unos siete meses (lunares).

—Me alegra por el nacimiento de un bisnieto y más porque vamos a disfrutar de la estancia de sus agradables y hermosas nietas hasta que el niño esté en condiciones de viajar —respondió Na Chan Can.

—Mucho me temo que no va ser posible, es más, acortaremos nuestra estancia hasta el próximo cambio de luna. Miatlaxóchitl me acaba de informar que la misión estaba cumplida y urgía enterar a Cuauhtliuil de los resultados —En el abrazo, Ixtoc percibió la angustia en el corazón de la Miatlaxóchitl y decidió que debía retirarla del estrés que estaba sufriendo.

La visita de Ixtoc como comerciante embajador de los poderosos señores de más allá de las montañas siempre fue muy celebrada como señal de buena amistad entre los *Halach-Unik* mayas y los *Huie-Tlatoani* chichimecas y por el don de la verdad que irradiaba Ixtoc en donde fuera. Dos días tuvieron que esperar los descendientes de Papalotzin para poder dedicarse a ellos. El asunto perentorio era el adelantado embarazo de Tlanextli, por esto, la primera conversación formal del abuelo fue una recriminación al esposo: —Xitzicuintli, por qué arriesgaste a Tlanextli en ésta aventura.

—*Coltzin*, no lo decidí mi esposo, yo le obligue a que me trajera —respondió firme Tlanextli.

—Y ha sido fundamental en la misión, si no hubiera venido yo no habría podido llevarla a cabo —respondió con voz tensa Miatlaxóchitl.

—Es mucha la responsabilidad que hemos cargado sobre tus espaldas. La última vez que hablamos estabas convencida de soportar el compromiso, me dijiste “abuelito, voy a ser capaz de fortalecer el poder de mi pueblo como signo de alianza con el jefe de los descendientes de Ce-Acatl-Topililtzin-Quetzalcóatl” y te sentí dichosa.

—Pienso igual, pero no estoy segura de que voy a ser dichosa.

—¿Por eso has cambiado tanto? —intervino aliviado Xitzicuintli —nos extraño tú cambio repentino el mismo día de nuestra llegada —tomaba de la mano a su esposa —lo comentamos mucho, pero sentimos que una pregunta personal la tomarías como crítica a la capacidad de juicio que te encomendó el *Huei-Tlatoani* Cuauhtliuil.

—Mi amor, la presión del poder es terrible, te cayó de improviso —le dijo Ixtoc en un tono comprensivo y solidario.

—Papá me lo advirtió en varias ocasiones, pero no creí que fuera una carga tan pesada —respondió Miatlaxóchitl con la vos quebrada.

—Siempre has sido la compañera de Xitzicuintli y sabrás lo difícil que ha sido para él cumplir las órdenes. Y estoy

seguro que tú papá te explico la razón de éstas y por lo que me cuentas, la carga moral que representan cuando te han educado en un ambiente de justeza.

—Eso lo he asimilado bien abuelito. Pero, sentí que no estoy preparada para lo que se me viene encima. Los extranjeros son muy diferentes a las personas que he conocido.

—Pero únicamente has hablado con dos.

—No he hablado con ninguno. La que siempre habló fue Tlanextli.

—Ni una palabra.

—Ninguna abuelito. Preferí hacerme lo menos presente posible.

—¿Y se puede saber por qué?

—Una mirada del que se llama Jerónimo hacia mí hermana el mismo día de nuestro arribo, me apretó en alma, sentí una angustia que aún no he podido entender y me atosiga el alma —nuevamente se le quiebra la voz.

Se iba a levantar Xitzicuintli pero se le adelantó Tlanextli abrazándola. Estaba presenciando algo que nunca creyó que sucedería, se derrumbaba la fortaleza de su hermanita. El abuelo, con toda su experiencia, estaba desconcertado, detuvo el impulso de cobijarlas con un abrazo con la intención de mantenerse lo más ecuánime posible ante el dolor de sus nietas y nieto. Expectante aguardo a que la misma Miatlaxóchitl se tranquilizara para decirle de la manera más dulce y sincera: —Hija, si nos cuentas intentaremos ayudarte.

—En la mirada de ese extranjero percibí nuestro futuro y no me gustó.

—Estas hablando de ti o de nuestro pueblo.

—Estoy hablando de todos los que no seamos como los extranjeros.

Los hermanos, y sobre todo Xitzicuintli no dudaron de Miatlaxóchitl, y comprendieron el cambio tan drástico que había sufrido sin razón aparente. El abuelo, con más experiencia sabía que su amadísima Miatlaxóchitl debía hablar sobre su angustia para que se desahogara solicitándole en tono

de simulaba incredulidad: —¿Cuéntanos hija? nos gustaría saber lo que te angustió tanto. Trataremos de encontrarle una explicación.

—Lo que sentí no me lo he podido explicar. Y no creo que me ayuden a explicarme lo que no sintieron —actitud que desconcertó hasta a su alma gemela, el fiel Xitzicuintli.

—Mí Niña Marelis —usaba el nombre cariñoso que le daban los pescadores —hemos sido más que hermanos. Siempre he respetado tus decisiones, tanto que he tenido problemas serios con Tlanextli que insistió en preguntarte sobre el drástico cambio de actitud. Ahora te suplico que nos cuentes, debe ser muy malo lo que has visto del futuro que nos aguarda con esos extranjeros que nosotros no hemos sido capaces de percibir —se hizo un silencio pesado esperando que Miatlaxóchitl se decidiera a hablar.

Percibiendo que posiblemente su nieta no supiera a ciencia cierta lo que esa mala sensación significaba, Ixtoc se decidió a hablar: —En nuestra familia, la abuela Papalotzin ha sido la luz que ha guiado a esta familia, sus enseñanzas nos han llegado muy directamente de la tía Coatlalopelitzin y nos hemos olvidado del abuelo Itzcóalt, un hombre tan sabio que permitió que la exuberancia de su esposa Papalotzin se mostrara en toda su plenitud. Papá Amincatlaloc nos relataba historias de su papá Itzcóatl, El sabio abuelo les contaba cuando eran pequeños. Una de ellas dice:

—La nación de Texcoco había sufrido tres invasiones. La primera llegó del sur empujada por el Xitle, el volcán al sur de los lagos que hizo erupción empujando a los habitantes de sus faldas hacia el norte, nos decía que la invasión la había propiciado el Dios Regenerador que no es otro que Huehuetéotl el Dios del Fuego, asistido por su aliado Xipe Tótec, el de los cielos rojos. Muchos años después, a Texcoco le llegó la segunda invasión desde el norte, de las praderas en donde vive *tatanka* el pueblo chichimeca conquistó al pueblo tolteca al que después se unió para aumentar su poder absorbiendo su sabiduría con tanto éxito que la influencia ha

llegado hasta las tierras mayas, nos decía que esta invasión se realizó bajo el cobijo de Tezcatlipoca, el Dios color de humo, el Dios negro del invierno. La tercera invasión llegó desde el poniente en forma de los aztecas de los que aun nos estamos defendiendo, porque a diferencia de los chichimecas, no aceptan compartir el poder, por eso estamos aquí, los aztecas quieren apropiarse de los pueblos tolteca-chichimecas, bajo el auspicio del Dios Huitzilopochtli, el de los cielos azules. La leyenda Tolteca habla de Ce-Acatl-Topilítzin-Quetzalcóatl, un hombre de gran fortaleza moral y capacidad guerrera que, según se cuenta, se perdió en una balsa navegando hacia donde nace el sol y que regresará a fortalecer al pueblo tolteca-chichimeca. El mismo personaje para los aztecas es un verdugo que les robará el poder para entregarlo a los descendientes de Ce-Acatl-Topilítzin-Quetzalcóatl. El abuelo Itzcóatl decía que los cuartos invasores vendrían bajo el auspicio de Quetzalcóatl, el dios de los cielos blancos, color que reflejaría en el color de su piel. Nos contaba que tales hombres habrán alcanzado avances técnicos construyendo grandes chalupas para cruzar el gran mar al que no se le ve principio, que lucharán en nombre de un Dios Nuevo que les anima a acumular cosas y propiedades por las que lucharán con poderosas armas desconocidas para nosotros.

—Señor, cómo pudo su Sabio Abuelo Itzcóatl saber todo esto. No es muy diferente a lo que me ha contado el español Guerrero —preguntó un sorprendido Xitzicuintli — seguramente era un poderoso chaman.

—No hijo, era un tutor de los hijos de Ixtlixóchitl el Viejo e instructor de astrología en el Calmécac. Si lo meditamos, es un pensamiento lógico, los humanos amplían su poder poseyendo más tierras. Así, cuando los que dices españoles alcanzaron el desarrollo para aventurarse en el *tonallatl* busca de tierras en donde plantar nuevos pueblos o poner a sus calpixques en los que encuentren. Nada diferente a lo que han hecho y están haciendo los chichimecas y los aztecas. Es posible que lo que haya percibido Miatlaxóchitl en la mirada

de español blanco fue el oro, la plata y las piedras preciosas transformadas en granos de cacao —el Abuelo Itzcóatl dedujo que para viajar por el gran mar debían tener producto, que no pesara mucho ni ocupara mucho lugar para cambiar por comida y vestido con los las gentes de los pueblos que fueran conociendo. Yo cambio todo lo que puedo por semilla de cacao bien tostada para poder viajar con poca carga y un poco de oro y plata. Según me cuentan ese Jerónimo de Aguilar es un sacerdote, que debe servir a un Dios al que le venera con artículos de oro y plata, y lo que vio Miatlaxóchitl en la mirada del hombre fue ansias de poseer las joyas que llevaba Tlanextli para asegurarse, con esas, según él, magníficas dádivas, un lugar privilegiado en el Teocalli dispuesto por *Monoyocoyani*.

—¿Matarán por estos metales? —preguntó Xitzicuintli. Haciendo una pausa se respondió él mismo. —Sin duda, si nosotros matamos por poner un calpixque leal a nuestro *Huei-Tlatoani*, ellos matarán por complacer a su Dios, al cabo no hay mucha diferencia.

—Y a mi hermanita ¿qué le espera? —consultó Tlanextli.

—Es difícil imaginarlo. Si a su Dios le interesa acumular cosas que le dan categoría y poder, es muy probable que no quieran compartirla y tendrán una esposa. En nuestra familia la costumbre se ha mantenido por respeto a los texcocanos de antes de la llegada de los chichimecas, y por obediencia a nuestros abuelos más antiguos Papalotzin e Itzcóatl. Pero recordemos que *mayeques* y *tlaimaites* sólo pueden tener una pareja, según a la ley.

Miatlaxóchitl se ha mantenido absorta. La última parte en que Ixtoc mencionó el matrimonio captaron su atención, preguntado: —Abuelito ¿crees que seré feliz unida a un extranjero que ni conozco.

—El ser feliz depende mucho más de la actitud de uno mismo que de las circunstancias que nos rodean. Si propicias una relación de respeto, confianza y amor, como la que siempre que hemos hablado de este tema has hecho evidente. Pues serás feliz.

—Sentí miedo de la mirada de ese hombre.

—¿Miedo tú? —respondieron incrédulos al unísono los hermanos.

—No critiquen la actitud de su hermana —y dirigiéndose a ellos les preguntó: —¿Qué hacen cuando de improviso entran a un cuarto que no esté alumbrado en una noche oscura? —sin esperar la respuesta habla —extienden las manos hacia delante y se detienen. Eso es lo que sintió Miatlaxóchitl cuando observó una mirada desconocida en la faz del español. Estaba entrando en un terreno desconocido y oscuro.

—¡Hay Abuelito! Me amedrente hasta sentirme incapaz de cumplir con mi responsabilidad.

—Te comprendo hermanita —habla cariñoso Xitzicuintli —cada vez que Cuauhtliuil o Totocahuan me dan una orden siento miedo de no cumplir.

—Xitzicuintli ¿Y cómo lo solucionas?

—Hay que hacer lo que se tiene que hacer. Muchas veces va hasta contra tus principios. Mí Niña Marelis, tú bien sabes de mis conflictos existenciales. Hemos visto al *Tlatoani* Cuauhtliuil pasar horas y horas en la oscuridad de su despacho cuando tiene que tomar una decisión que pueda involucrar vidas. He estado al lado de papá Totocahuan antes de dar la orden de batalla. Recorren en su mente todas las posibilidades, toman aliento y lo hacen.

—No creo que tú papá te esté obligando —intervino Ixtoc.

—No abuelito, el día que salimos a esta misión me lo dejo bien claro. No me obligarán a hacer nada que yo no quiera.

—Mí hijita, tienes esa salida. En su momento yo fui elegido para esta misión hace tanto tiempo que se pierde en el recuerdo y lo acepté. He tenido que hacer cosas que no me gustan, la principal descuidar a la familia para ser embajador de Ixtlixóchitl. He imaginado las consecuencias y muchas, como me han escuchado, no son agradables. La cuarta invasión va a ser muy perjudicial a nuestra raza pero siento que tengo la obligación de procurar que sobrevivamos de la mejor manera y con la mayor dignidad. Como bien dice Xitzicuintli: Decidí

cumplir con lo que me toca hacer. Hijita Miatlaxóchitl habrás meditado que la dignidad de nuestro pueblo depende de ti. Esperamos que las generaciones futuras de estos pueblos que nos apoyan te llamen Nalihtzin, la madre de un nuevo pueblo, la madre de una nación pues los chamanes, las consejas de los sabios y el propio Ixtlixóchitl te ha elegido como símbolo de alianza con los extranjeros en contra de los aztecas. De ambos se espera que te llamen la resurrección de Malinali, la sacerdotisa abandonada por estos en un pueblo, por esto los maldijo profetizando la caída de aztecas a manos de los descendientes de Ce-Acatl-Topilítzin-Quetzalcóatl. Pero Mí Niña Marelis, la decisión está en tus manos.

—Sí Abuelito, eso lo tengo bien claro, pero atemoriza. Me has dado una luz para comprender esa mirada del tal Jerónimo de Aguilar. Y sobre todo, me has hecho ver la responsabilidad que me han cargado sobre los hombros, a la que no me opongo. Pero si el elegido por los Dioses para la alianza es como el hipócrita Jerónimo, espero tener la entereza para aceptarlo.

—¿Preferirías que fuera como Gonzalo Guerrero? —preguntó Tlanextli.

—Claro que lo prefiere —respondió enérgico Xitzicuintli —se ha educado como soldado y puede ser áspero y hasta grosero pero es directo —terminando la frase con un hilo de voz comprendiendo lo fuera de lugar que estaba su intervención, pero en la respuesta se notaba la afinidad que se había cultivado entre el arcabucero español y el capitán texcocano.

Ixtoc percibió que los jóvenes se habían tranquilizado recomendó: —Hijos, preparémonos para partir a la brevedad. Una última pregunta Xitzicuintli, parece que confías en ese extranjero Gonzalo, ¿no te estarás equivocado?

—Si me preguntara por una perra le diría que si, que estoy seguro, pero ya sabe Abuelito, que en lo tocante a perros y humanos nunca puede estarse seguro. El perro te abandona por una perra, el humano por una mujer, el perro regresa con la cabeza gacha, pero el humano si lo hace te hará ver culpable.

Siento que es sincero, pero no me pregunte si le creo. ¿Por qué es la pregunta?

—Veo al extranjero con catadura de enemigo. He notado que has desarrollado una amistad sincera con él. Lo conveniente sería llevarlo con nosotros pero no es una decisión que nos corresponda y como dices, nunca se está seguro y no debemos poner en peligro a Miatlaxóchitl. Pero podrías abogar por él con Na Chan Can.

—Habría usted a su favor, abuelito —intervino Tlanextli tratando de ayudar a su esposo.

—No me corresponde hija. Xitzicuintli es quién decidirá comprometerse. Si el español traiciona su confianza actuando contra Na Chan Can o cualquiera de nuestros aliados, Xitzicuintli se convertirá en traidor.

—Eso lo sabemos abuelito —interviene Miatlaxóchitl en un tono natural —esa es una ley no escrita de nuestros pueblos, pero ¿si los españoles no son así? Sería mejor que no se comprometiera.

—Dices bien hija, es una ley no escrita que depende mucho de la entereza de carácter de las personas, por esto, debe ser una decisión exclusiva y meditada de Xitzicuintli. — Por el tono de voz de Miatlaxóchitl, Ixtoc se dio cuenta que la nieta había recobrado la entereza de su carácter y decidió dar por terminada la conversación diciendo: —Preparémonos para salir a la brevedad, nos apura el embarazo de Tlanextli y la entrada de las tormentas en el mar, según me informó Michitlacatl que espera en el puerto.

Los preparativos se hicieron con todo cuidado pero con premura. La primera acción fue enviar a un correo a Michitlacatl indicándole que debía estar preparado para partir en cuanto llegaran, que sería pronto, sin especificar una fecha.

Pocos días antes de salir, por la mañana, Xitzicuintli fue a buscar a Gonzalo Guerrero a la cabaña en que lo mantenían vigilado, sin quererlo presencié una escena íntima entre el español y la hija de Na Chan Can. Al darse cuenta de su impertinente presencia se hizo notar con un carraspeo, la pareja

de enamorados se desprendió del abrazo con pánico reflejado en la cara de la muchacha y la congoja en la de Guerrero. La joven observó a Xitzicuintli con angustia, éste le respondió: — Muchacha no te preocupes, no los voy a decir nada —el rostro de la muchacha cambió, en su mirada cintilaban las lágrimas que trataba de retener. De improviso, tomó la mano de Xitzicuintli apretando su frente a ella en señal de agradecimiento. El capitán la retuvo poniendo la otra mano sobre su cabeza, esperó a que se tranquilizara y la dejó salir de una manera huidiza. Dirigiéndose al arcabucero le pregunto: — no me habías contado, desde cuando es esto.

—Ya tiene tiempo, empezó casi desde que llegamos, la enviaron para aprender mi lengua y averiguar lo que pudiera, ya entiendo maya y ella ha aprendido castellano pero no lo usa para darnos más tiempo.

—¿Sabes en la situación que la has colocado?

—Claro, ella me lo ha explicado muy bien, nos matarían a ambos.

—Y a pesar de eso has mantenido esa peligrosa situación.

—Sabemos que no hay salida a lo nuestro y Zazil Há — nombre de la hija del *Halach Uinik* — así lo ha aceptado por más que le insisto en que desista de esta situación que nos llevará a la muerte.

—Hasta donde estás dispuesto a llegar por Zazil Há.

—¡Hasta donde sea necesario!

—¿Hasta ponerte en contra de los tuyos? Los traicionarías.

Gonzalo meditó profundamente su respuesta y dijo: —Si amigo, me pondría contra ellos. No los traicionaría mientras hicieran lo que estoy dispuesto a hacer.

—Y ¿qué estás dispuesto a hacer?

—Respetar a los pueblos que encontremos.

—En todo sentido.

—En todo sentido, nuestro *Tloque-Nahuaque* nos manda “querrás a tu prójimo como a ti mismo” esto significa que no debemos hacerles lo que no queremos que nos hagan.

—Esto te puede llevarte a enfrentarlos.

—Estoy conciente, pero no a traicionarlos. Ellos traicionarían primero a Dios Nuestro Señor.

—Gonzalo, hay una posible solución. Siento que eres sincero y suficientemente justo para no traicionar a nadie.

A Gonzalo Guerrero se le iluminó el alma y claro que la faz cubierta por la descuidada barba preguntando con incredulidad: —Me estás diciendo la verdad o quieres dejarme con una ilusión.

—Te estoy hablando con la verdad. Y como me has dicho qué estás dispuesto a enfrentar cualquier cosa, lo vamos a intentar, pero no enteres a Zazil Há, ella no debe saber nada. Te voy a nombrar Calpixque de Ixtlixóchitl pero esto te compromete a servirle, incluso contra los tuyos.

—No conozco a mí Rey y Tampoco a tú Señor. Te prometo ser fiel a nuestra amistad siempre que no comprometamos a tú *Tloque-Nahuaque* ni a Mí Dios Nuestro Señor.

—Con esto me basta, ahora mismo iré a hablar con Na Chan Can.

Xitzicuintli se presentó en el palacio del *Halach-Unik* solicitando audiencia. Uno de los guardias se perdió en el edificio retornando después de un corto lapso haciendo que el capitán texcocano lo acompañara hasta la habitación en que Na Chan Can conversaba amigablemente con Ixtoc.

—¿Qué es lo que lo trae a mí presencia joven capitán?

—Un asunto oficial Na Chan Can.

—¿Debo pedirle al Señor Ixtoc que se retire?

—No Poderoso Señor, el Señor Ixtoc podrá ser testigo de la petición.

—Está bien. Que el Señor Ixtoc sea testigo de lo que va a pedir y de lo que pueda otorgar. ¿Cuál es su solicitud?

—Que acepte al extranjero llamado Gonzalo Guerrero como Calpixque del señor Ixtlixóchitl formalizando el compromiso otorgándole en matrimonio a su hija Zazil Há.

—Me sorprende su determinación Capitán, sé que está autorizado por Cuauhtliuil a proponer la alianza. Usted tendrá

sus razones para hacerlo con un extranjero y supongo que éste, es conciente del compromiso que adquiere al desposar a Zazil Há como esposa principal.

—Será la única esposa y estoy conciente del compromiso que yo mismo contraigo con el *Huei-Tlatoani* Ixtlixóchitl y con Mí *Halach-Unik* Na Chan Can.

—Traigan a Zazil Há —ordenó Na Chan Can. Al momento regresó el mayordomo con la joven que se postró a los pies del *Halach-Unik*, entronizado era más que su padre. Sin más preámbulos ordenó a la muchacha. —Mañana establecemos una alianza formal con el *Huei-Tlatoani* Ixtlixóchitl, te unirás en matrimonio con su calpixque el extranjero llamado —volvió el rostro hacia Xitzicuintli quién respondió por él:

—Gonzalo Guerrero calpixque del *Huei-Tlatoani* Ixtlixóchitl. —Para engrandecer nuestro *calpollí*.

La joven palideció de pies a cabeza sufriendo un ligero desvanecimiento al que se sobrepuso casi de inmediato, respondiendo incrédula: —¿Con el extranjero?

—Sí, con el extranjero —respondió determinante el *Halach-Unik*.

Zazil Há soltó el llanto que el padre interpretó como una negativa hablando a su hija de manera terminante: —Pequeña, lo harás aunque no te plazca.

—Lo que usted mande mi señor —fue la servil respuesta de Zazil Há. No era momento de expresar su alegría que si hizo cuando regresó a su habitación pegando saltos. Aun así le entro el juicio que tenía que disimular, al menos hasta que se cumpliera el deseo del padre, pues en cualquier momento podría cambiarla por alguna de sus hermanas.

Ixtoc observaba admirado y preocupado por la salida que había encontrado Xitzicuintli; admirado por el recoveco legal que protegía a Gonzalo Guerrero y a Zazil Há, y preocupado por lo que estaba arriesgando.

El compromiso se formalizó un día antes de la partida de los texcocanos. Una fastuosa ceremonia formalizó la primera

XVII. La Decisión del Arcabucero del Rey.

unión en México entre dos razas en las personas del Arcabucero del Rey, Español Gonzalo Guerrero y la hija de un *Halach-Unik* maya Zazil-Há procreando tres hijos. Vale decir que Gonzalo Guerrero, con la investidura de *Halach-Unik* combatió contra los españoles que traicionaron los mandamientos de su Dios y Señor venerado además como *Tloque-Nahuaque*.

El regreso a Xicalango se realizó de manera apresurada por el adelantado embarazo de Tlanextli pero de ninguna manera descuidada. Llegaron sin contratiempos, a las dos semanas nació la primogénita de Tlanextli y Xitzicuintli a la que llamaron Marelis.

XVII. La Decisión del Arcabucero del Rey.



Kukulcán descendiendo de los cielos. En un juego de sombras con la pirámide, el sol dibuja sobre la estructura de la pirámide de Chichen-Itzá al caer la tarde en el equinoccio de primavera la figura de una serpiente que desciende desde la cúspide.

El Encuentro.

El pueblo de Xicalango se mantuvo pendiente de los logros de los jóvenes que estaban en tierras mayas aprendiendo de los extranjeros. Las familias querían a las hijas de Cuauhtliuil; los pescadores añoraban a su líder Michitlacatl; y los oficiales y funcionarios del Calmécac deseaban saber de Xitzicuintli, pero sobre todo, sentían curiosidad por saber de los tan esperados descendientes de Ce-Acatl-Topilítzin-Quetzalcóatl. La misma solemnidad con la que se habló de ellos y la leyenda que les rodeaba les había dado un cariz de seres mitológicos. Individuos superdotados que luchado a la par de los aliados acabarían en un abrir y cerrar de ojos con la oprobiosa dominación azteca. Cuauhtliuil recibía informes mediante correos estafeta cada cambio de luna con un retraso de hasta quince días cuando las condiciones climáticas eran adversas. Apenas se enteraba, el pueblo se aglomeraba en el palenque para saber las noticias. Ya viene en Jaina se murmuraba aun antes de que llegara. Ya pasaron por Champotón, en tres días los tendremos en casa.

Usando el correo de las hadas, el pueblo entró en ebullición por la mañana, los pescadores salieron al mar con antorchas, palmas y flores, los del pueblo se prepararon con arreglos florales, entrada la tarde, el barquito de Michitlacatl apareció en el horizonte seguido de la pequeña flota que transportaba a la comitiva de embajadores y la que transportaba al Embajador-Comerciante Ixtoc. ¡Ya vienen... Ya vienen! Un murmullo que se hizo exclamación al mismo

XIX. La Alianza.

tiempo que los barquitos más adelantados de los pescadores les topaban para iluminarles el camino hasta el puerto en donde una multitud expectante, esperaba si mencionarlo, ver aparecer a algún extranjero.

El primer cayuco en atracar fue el de Michitlacatl que transportaba a Miatlaxóchitl, seguido del de Ixtoc que venía con Tlanextli, después en el que venía Xitzicuintli, quién había decidido poner a cada uno de los que mantuvieron contacto con los extranjeros en cayucos diferentes en previsión de preservar el conocimiento adquirido.

—Sin novedad en la travesía —informó Michitlacatl a Cuauhtliuil que no quitaba los ojos de sus pequeñas que desembarcaban. Miatlaxóchitl ágil como venado e Tlanextli asistida por la hija de Zohuaxitlatli manejando con bastante ligereza el vientre del avanzado estado de preñez.

Iztayahui no aguantó la espera protocolaria que ordenaba que el primero en recibir a los embajadores fuera el *Tlatoani* Cuauhtliuil, seguida de Xochinectli abrazaron emotivamente a hijas y hermanas soltaron lágrimas de gozo, prudentemente y sin volver a ver a su esposo Xotlicuica se acercó a abrazar a las recién llegadas, pero con especial interés a su nuera. En cuanto se liberaron de la espera de varios meses, las mujeres de la familia abrazaron a Zohuaxitlatli solicitándole informes sobre la llegada de la nueva nieta. La joven nana les informó que sería en menos de un ciclo lunar y que todo parecía estar bien. Con gran pesar tuvieron que ajustarse a las necesidades del gobierno, las recién llegadas junto con Xitzicuintli recorrieron entre saludos del pueblo, flores y palmas. El camino desde el atracadero hasta el palacio de gobierno. Nuevamente Miatlaxóchitl se sintió observada por guardias que se mantenían discretamente ocultos entre la multitud y la espesura próxima, volvía a sentir el estrés de aceptar ser vigilado sin poder hacer nada para evitarlo. A momento de entrar al recinto volvió a sentirse parte de plan, de un proyecto en donde por más liberal que fuera, parte de su vida no le pertenecía. La eminencia de la importancia de sus reportes se hizo patente al

observar que su tío Hutzilitzin, el Capitán Coyonextic, el Capitán Totocahuan y su papá portaban sus sellos de mando. Los presentes tomaron lugares indicados por Cuauhtliuil, señalando al Miatlaxóchitl el lugar a su mano derecha como siempre, y a Tlanextli que se iba a sentar fuera del círculo alrededor de la hoguera, lo hizo junto a su esposo, unos minutos a que apareciera Ixtoc para dar inicio a la asamblea de estado con esta palabras: —En ésta reunión debemos ubicarnos nuevamente dentro de la misión Ce-Acatl-Topilítzin-Quetzalcóatl, por tanto rigen la canonjía militar. Todo es importante, se hablará con respeto pero sin inhibiciones. Escuchemos primero el informe del Capitán Xitzicuintli —con la cabeza le hizo la invitación.

El joven capitán se irguió y refirió específicamente su labor como vaso comunicante entre Miatlaxóchitl y el *Halach Unik* Na Chan Can. Al llegar al punto del nombramiento del español se detuvo para tomar aire y hablar de su única decisión de consecuencias trascendentales diciendo: —Tlatoani, tomé una decisión y aceptaré las consecuencias —los presentes se irguieron en sus asientos espoleados por el tono sentencioso de la frase, excepto Miatlaxóchitl quién siempre estuvo segura de la decisión de su amigo, ofreciéndole una alentadora sonrisa. —Consideré prudente nombrar al español llamado Gonzalo Guerrero calpixque de nuestro *Huei-Tlatoani* Ixtlixóchitl —hizo una pausa para dar libertad a comentarios.

—¿Por qué no lo nombraste calpixque de Cuauhtliuil? —Preguntó Hutzilitzin, lógico de alguien que considera importantes las jerarquías, pues tal nombramiento correspondía a su jefe inmediato.

—Al Capitán quedó con la autorización para hacerlo, pero escuchemos sus razones —intervino Cuauhtliuil.

—La decisión fue muy difícil, entre el arcabucero, que quiere decir encargado de una cerbatana que dispara bolas de metal, y yo se crearon lazos de amistad y traté de hacerlo de manera que únicamente prevaleciera el juicio que es apropiado para la misión —el Capitán relató el proceso de cambio en el

arcabucero sin omitir la relación con Zazil Há la hija de Na Chan Can —al final me decidió el mismo objetivo de la misión Ce-Acatl-Topilítzin-Quetzalcóatl: establecer una alianza con los que consideramos descendientes de nuestro héroe mediando las hijas de nuestra raza.

—¿Cómo sabes que no nos traicionará en cuanto se vea con sus amigos? Por lo que nos has contado, dudas de la sinceridad del otro extranjero —preguntó Coyonextic.

—No lo sé, como tampoco la sabe Ixtlixóchitl. La esperanza es que nos ayuden en contra de los aztecas y por eso estamos aquí. Advierto que en ningún momento he querido igualarme al *Huei-Tlatoani*, pero lo tomé como ejemplo.

—¿Qué opinaron Tlanextli y Miatlaxóchitl? —Preguntó Totocahuan.

—No les informé de mi decisión.

—No lo discutiste.

—Claro que sí. Todas nuestras acciones estuvieron planeadas y decididas por unanimidad excepto esta.

—Sí no les consultaste es que no estabas seguro, entonces ¿para qué te comprometes? —Totocahuan hablo en tono paternalista.

—Usted lo ha dicho, no estaba seguro y aun no lo estoy, por esto no quise comprometerlas, e insisto: Las consecuencias de esta decisión son totalmente más.

Como padre que percibe horizontes nebulosos para su hijo quiso informarse más preguntando: —¿Qué opinan las niñas? —en el carácter cuadrado del Totocahuan, los jóvenes seguían siendo pequeños.

Miatlaxóchitl iba a responder pero se adelantó Tlanextli: —Los extranjeros hablan de un Dios Cristo que es nuestro *Tloque-Nahuaque* que les ha mandado “amar al prójimo como uno mismo” y “no hagas a otros lo que no quieres que te hagan”. Puedo decirles que Gonzalo Guerrero no habla de Dios Cristo pero es capaz de acatar sus mandamientos mientras que Jerónimo de Aguilar habla mucho de ese Dios Cristo pero es

incapaz de obedecer sus mandatos. Con esto quiero decir que Gonzalo Guerrero será un calpixque justo.

—Eso no asegura que sea leal a la causa —insistió su suegro.

—Sólo sí la causa de Ce-Acatl-Topilítzin-Quetzalcóatl no es justa —respondió Tlanextli segura de sí.

—El nombramiento de ese Gonzalo Guerrero como calpixque de Ixtlixóchitl implicó el compromiso de Na Chan Can —preguntó Hutzilitzin.

—Sí *Tlatoani*, la alianza se consolidó al otorgar a su hija Zazil Há como primera esposa. Aunque me parece que Na Chan Can es incondicional al *Tlatoani* Cuauhtliuil.

—No dudo de esa lealtad, dudo de la que podría tener a Ixtlixóchitl.

—No tengo mucha experiencia en elaborar bastoncillos de mando, pero el que se le entregó al calpixque lleva en la cabeza el grifo de Ixtlixóchitl, abajo el de Na Chan Can, y abajo un canuto que expulsa semillas de pirú para el nombre de Guerrero de la Cerbatana.

—Confío plenamente en el juicio de Xitzicuintli —habló Cuauhtliuil —y como bien dijo, Ixtlixóchitl lo nombró para formalizar alianzas con los extranjeros —habló con la intención de terminar con la discusión sobre el tema. —Dime Xitzicuintli, que puedes decirnos de sus intenciones y pertrechos.

—Hablan de un *Huei-Tlatoani* al que le dan título de Rey. Aquí tengo los dibujos de las armas que realice copiando los que trazaba en la tierra o pintaba con yeso en las rocas. La mayoría estaban fabricadas con un metal que llaman hierro. Esta macana le llama espada, esta es una lanza con macana —mostraba una alabarda—. Este es uno de sus cayucos de largo de cuarenta o más pasos —mostraba una carabela—. Esto es una cerbatana que lanza bolas de metal, es el arma que manejaba Gonzalo Guerrero —mostraba un arcabuz—. De estos canutos tienen unos muy grandes que lanzan bolas de piedra más grandes que un puño a más de quinientos pasos con

tanta fuerza que destroce el tronco de un ocote —mostraba un dibujo parecido a una bombardita—. Su Rey está mandando a un ejército grande a una isla que llama Cuba, y señalaba al oriente, para hacerse más poderoso guerreando con los pueblos para ganar más tierras para su *Huei-Tlatoani*. Gonzalo Guerrero me dijo que eran fieros guerreros pero que no se comían el corazón de los jefes que pierden la batalla, que su Dios Cristo se los tiene prohibido. Igual que aquí, los apresan.

Una parte de su ejército pelea arriba de unos animales más grandes que un *mazatl* y que los obedecen como *chichiton*, un animal así sería como *cachitopilli* —el perro más poderoso — que vale como cinco soldados.

Se hizo un silencio pesado al escuchar sobre los esbozos de las armas desconocidas y su poder. Las noticias no eran prometedoras, estaban llegando muchos y era evidente la desventaja en armas.

—Ésta fue otra de las razones para nombrarlo calpixque, pensé que nos ayudaría a negociar.

—Los de su pueblo le van a llamar renegado y le tratarán como traidor —hablo en voz baja Miatlaxóchitl en un tono fatalista y casi para sí misma... —Lo mismo que a mí.

El único que escucho toda la frase fue Cuauhtliuil, volvió a ver a Miatlaxóchitl con un semblante dolido. Desde su regreso notó el cambio en su hija que le preocupaba.

—Miatlaxóchitl ¿Por qué piensas así —la interrogó Hutzilitzin.

La joven se disponía a responder, pero nuevamente, en su afán por protegerla su hermanita Tlanextli se adelantó respondiendo por ella: —Miatlaxóchitl, habló con mucha firmeza. Tío, usted está aquí porque le juró lealtad a Ixtlixóchitl igual que papá. Cacamatzin, leal a los aztecas, cree que usted y papá son sus calpixques. Qué va a pensar cuando se enteren que en realidad son calpixques de Ixtlixóchitl. Nos van a llamar renegados y considerar traidores.

—Voy a hablar por tú papá, Totocahuan y Coyonextic, aceptamos por que creemos en lo que Ixtlixóchitl defiende. No

aceptamos la forma en que quieren avasallarnos los aztecas. Y no se puede servir a dos amos.

—Pues algo muy parecido debe haber pensado Gonzalo Guerrero cuando aceptó ser calpixque de Ixtlixóchit. En su caso, lo hizo por creer en su mujer Zazil Há. Xitzicuintli, Miatlaxóchitl y yo pensamos que será como nosotros, leal a la causa justa. Y tiene razón, no se puede servir a dos amos, pero se puede hacer creer que sí. El otro extranjero, Jerónimo Aguilar, pregona que *Tloque-Nahuaque* le ha mandado que no debe poseer cosas materiales, pero se le salían los ojos cuando me vio ataviada con joyas y plumas hermosas —Miatlaxóchitl escuchaba cuidadosamente a hermana admirada de la capacidad de disertar que no le conocía, la última le llegó al alma, había percibido lo mismo que ella, tal vez, por eso la defendía con tanto denuedo —a esos seres que pueden fingir lealtad es a quién hay que temer, no a las almas directas como las del arcabucero.

El silencio se hizo pesado, la realidad expresada por la boca de una mujer inteligente les había golpeado como un mazo. Serían héroes para unos y renegados para otros, pero así lo habían decidido o la habían aceptado que para los fines era lo mismo, unos por principios y otros por lealtad al jefe, al amigo o a la pareja. Un meditabundo pero orgulloso Cuauhtliuil les habló a sus hijas: —Vayan a la casa no hagamos esperar más a su mamá y hermana que querrán saber como le fue.

Una vez más el grupo responsable de la misión Ce-Acatl-Topilítzin-Quetzalcóatl en la costa del Golfo de México tenía que tomar medidas en previsión de la eminente llegada de los supuestos descendientes del héroe tolteca. Para centrar la discusión hablo Cuauhtliuil: —Espero que hayan percibido de la conversación de nuestros hijos que los extranjeros poseen armamento más poderoso y es de esperar, que para aventurarse a cruzar la inmensidad de agua cuentes con navíos que soporten los embates de mar. Soy de la opinión que no deberíamos enfrentarlos en una guerra que no podríamos ganar, estoy convencido que la salida más apropiada es la

negociación, proseguir con nuestra misión tal como se ha planeado desde el principio, hasta consolidar una alianza.

El Capitán había abierto el diálogo en espera de la lluvia de ideas y opiniones. La primera fue de Hutzilitzin: —Según pude deducir de la apreciación de nuestros hijos, o que Xitzicuintli me corrija, los mueve un ansia de poseer los metales de los dioses y las joyas permitidas a los *pilli*, quizá entre más tengan de estos más poderosos serán. El mar arrojó a varios extranjeros de los que quedaron vivos dos. Siguiendo a estos, llagarán otros y a estos, otros más. Quiero decir que posiblemente estemos, como me advirtió mamá el día que le dije que vendría con Cuauhtliuil “hijo, papá Itzcóatl contaba que siguiendo al Sol llegarían poderosos hombres para apoderarse de nuestras tierras en una cuarta invasión”. Sin intención de ser fatalista, estoy de acuerdo con Cuauhtliuil, debemos cumplir con nuestra misión para proteger en lo posible nuestro modo de vida.

—No nos queda otra que defendernos hasta la muerte —expreso fatalista Totocahuan.

—Disculpe que le contradiga, eso es exactamente lo que no debemos hacer —le dice respetuosamente su hijo Xitzicuintli —no hay ningún sentido práctico el enfrascarse en batallas perdidas, debemos salir de ellas con el menor daño posible. Imaginemos, en un frente peleando con los aztecas y por el otro los españoles, estaríamos irremisiblemente acabados. Aprovechemos esa coyuntura para aliarnos con los españoles en contra de los aztecas, con esto, es posible que algo no quede, aunque sinceramente lo veo difícil, la mayoría será como Jerónimo Aguilar que desean todo para sí mismos o sus *calpolli* asumiendo papeles de salvadores en nombre de *Tloque-Nahuaque*.

—Bien dicho joven Xitzicuintli —intervino Coyonextic —Tú papá siempre toma el camino recto, a mi juicio, en este caso no es lo correcto. Recordemos que controlamos todo el sur hasta Nautlan ¿qué pasaría si los extranjeros con planes de invasión desembarcan más allá?

—Ya tenemos el primer punto concreto para resolver —puntualizo Cuauhtliuil.

Ixtoc que había permanecido en silencio intervino diciendo: —Sin quererlo se han ido desvelando fragmentos de nuestra misión, si de una buen vez la hacemos pública y cierta pidiéndole a Macuahuitl que difunda la noticia de que los texcocanos ya ha establecido una alianza con los extranjeros y aprovechamos además, la función comunicadora de los comerciantes que ya saben de la presencia de los extranjeros en Cobá y del matrimonio de Gonzalo Guerrero con Zazil Há la hija del importante *Halach-Unik*, Na Chan Can, restaría puntualizarles que el extranjero es calpixque del *Huei-Tlatoani* Ixtlixóchitl. Si la noticia se desliza a los oídos adecuados, no tardará en llegar la orden de Moctezuma de considerar a todos los extranjeros enemigos.

—Bueno primo, desvíe su ruta y lléguese a Zempoalac a visitar a su buen amigo Macuahuitl. Para que Ixtlixóchitl este enterado, enviaremos un correo con lo que usted mande —puntualizó Hutzilitzin.

—No se los vamos a poner fácil como veo que piensan —dijo Totocahuan en tono serio —debemos tener ventajas para tratar. Esto significa contar con suficientes soldados.

—Y cuántos serían suficientes —interrogó con un dejo de rivalidad profesional Coyonextic, tal vez porque se adelanto a sus pensamientos.

—Cinco Mil.

—Así, ni más ni menos.

—Si fueran más sería mejor —respondió inmutable Totocahuan.

—Y a dónde los vamos a mantener y por cuanto tiempo, cinco mil soldados requieren de mucho bastimento, y cómo lo vamos a transportar al sitio donde desembarquen los extranjeros.

—Que estén disponibles —intervino Cuauhtliuil —para evitar una eminente confrontación a una pregunta lógica a la que posiblemente Totocahuan no tendría respuesta —esto

significa que los podamos juntar en un sitio determinado en poco tiempo. ¿Qué harías Totocahuan si fueras el jefe de los extranjeros?

—Conseguir un guía.

—Con toda seguridad eso harán los extranjeros, buscar a alguien que los oriente en un terreno desconocido.

—Cómo jefe de ese ejército de cinco mil soldados, a donde preferirías recibir a los extranjeros.

— ¡Aquí en la Laguna de Xicalango o él río en Centla! Seguramente llegarán en sus grandes barcos, hay selva abundante para ocultar suficientes soldados. Buscaría un lugar alejado de la playa de manera que se pueda cortar la comunicación con sus abastecedores. Si pudiera ser fangoso mejor para que no puedan usar sus *cachitopilli* que según entendí es un animal poderoso pero pesado —El carácter directo de Totocahuan lo hacía un excelente estratega, en un momento visualizó el escenario para estar en ventaja en una posible batalla con un enemigo con mejores elementos técnicos.

—Es necesario difundir entre los pescadores que los extranjeros que lleguen en grandes navíos les van a pedir los metales del Sol y de la Luna, que los engañen diciendo que donde hay mucho es en Xicalango, sí es lo que buscan, aquí lo encontrarán —concretó Cuauhtliuil. —Hay que ponerlo en práctica, a quién mandamos hacia el sur.

—A Xitzicuintli —recomendó Hutzilitzin —el jefe de los extranjeros le hará más caso a un soldado que a un sacerdote. Quero decir, que el calpixque Gonzalo Guerrero le puede enseñar de cuerpo presente las ventajas de ser un aliado mediante un matrimonio con una mujer hija de un *Tlatoani* importante, con suerte hasta lo nombra su calpixque. Esperamos que la amistad que hiciste con el extranjero funcione a nuestro favor. —Dirigiéndose Xitzicuintli le dice: —perdóname hijo, conocerás a tú hijo cuando regreses de esta importante misión.

XVIII. El Encuentro.

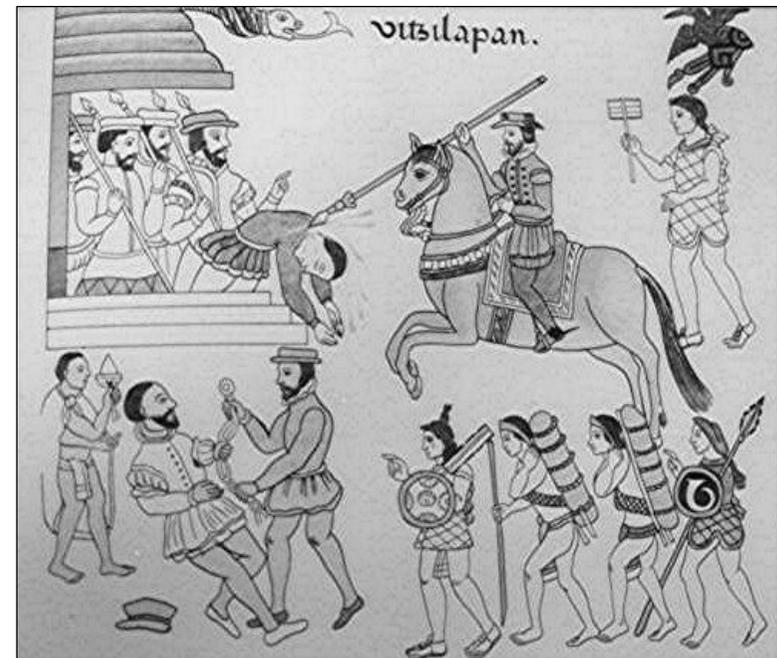
El rostro del joven se contrajo, quién mejor lo conocía se aprestaba a abogar por lo que suponía mejor para él, pero el mismo lo detuvo: —Gracias padre, pero en este momento no podemos ponernos a pensar en lo que me gustaría, sé que Tlanextli aceptará la decisión y comprenderá la importancia de la misión. Esta misma noche le avisaré que mañana parto hacia el sur.

—Esta vez te irás sin Michitlacatl. Considero que es el adecuado para alertar a los pueblos de la costa desde Xicalango hasta Nautlan.

—Mientras, con los buenos oficios del señor Hutzilitzin, mí amigo el Capitán Totocahuan y yo nos encargamos de preparar al ejército de cinco mil soldados —habló Coyonextic, dirigiéndose a su compañero en tono de embromarlo, recibiendo de Totocahuan la misma mirada inmutable. Para terminar dirigiéndose Cuauhtliuil: —Y usted *Tlatoani*, preparando el recibimiento.

En menos de dos horas se había orquestado toda la trama para el recibimiento de la inminente llegada de los españoles. De la que sería moneda de canje no se hablo nada.

XIX. La Alianza.



Escenas del Lienzo de Tlaxcala.

La Alianza.

Cuauhtliuil no tenía manera de saber que los españoles llegaban por oleadas a establecerse en las islas del caribe y habían fundado varias poblaciones como Santiago, Puerto Príncipe, Trinidad y la Habana. El gobierno repartía tierras e indios a colonos encomenderos.

En febrero de 1517 un centenar de españoles capitaneados por Francisco Hernández de Córdoba decidieron explorar nuevas tierras con la autorización del gobernador de Cuba Diego Velásquez de Cuellar. Después de veintiún días de navegación llegaron al Cabo Catoche, a los barcos se acercaron indios en sus cayucos, fueron atacados por los españoles y saquearon sus adoratorios. Inmediatamente la noticia se difundió hacia el sur llegando a Cobá alertando a Na Chan Can y a Gonzalo Guerrero. Días después la noticia llegó a Xicalango en donde la orden terminante fue aniquilar a los extranjeros que no vengan en paz difundida con la ayuda de Michitlacatl y sus pescadores que trasportaban por mar a los correos desde el norte hasta Nautlan. Hacia el sur partió Xitzicuintli para llegar a Cobá ha hablar especialmente con su calpixque Gonzalo Guerrero.

Hernández de Córdoba siguió su viaje hacia el occidente buscando un lugar en donde abastecerse de agua que se les terminaba. En su viaje hacia el sur Xitzicuintli fue alertado que navíos extraños viajaban hacia el norte. El capitán chichimeca decidió seguirlos sin hacerse visible, enviando correos a los pueblos que había dejado atrás para juntar un pequeño ejército

que debía mantenerse oculto adelantando el derrotero de los navíos. Los españoles decidieron recalar en una pequeña ensenada cerca de Champotón. Xitzicuintli los esperaba aguardando el momento adecuado para atacarlos, los españoles desembarcaron una patrulla de exploración que regresó con unos barriles de agua y sin novedad. Un día después los españoles decidieron desembarcar para terminar el abastecimiento, por la tarde, cuando estaban descuidados fueron atacados por el pequeño ejército que comandaba Xitzicuintli infringiéndoles severas bajas y en contraparte, probando la eficacia del armamento español. Los españoles levaron anclas con tan mala suerte que un temporal los arrastró hasta Florida. Por fin, regresaron a la Habana en donde Hernández de Córdoba murió tiempo después a causa de las heridas recibidas. Pero los objetos de oro y plata saqueados en Catoche y sobre todo el relato de las riquezas de aquellas tierras acicateo la ambición de los españoles para emprender una nueva expedición.

El gobernador Velásquez mandó una nueva expedición a las órdenes de su sobrino Juan de Grijalva, con instrucciones de explorar las tierras descubiertas, recoger oro y plata y poblar si lo creía conveniente.

La expedición salió de Cuba en febrero de 1518 y siguió el mismo derrotero de Hernández de Córdoba, llegaron a la isla de Cozumel en donde iniciaron el recorrido de la costa noroeste de Yucatán, al cual dieron el nombre de Nueva España que después se extendería a todo el país.

Al llegar a Champotón los naturales los dejaron desembarcar retirándose al interior sin dejar ningún ornamento de los metales de los dioses o comida. Los españoles estuvieron cuatro días vigilados por los naturales que habían dado aviso a Xicalango de donde se emitió la orden de ser amigables para valorar las intenciones de los extranjeros. Los españoles llegaron al río Mezcalapa llamándolo Grijalva en honor al jefe, penetrando en él usando dos barcos pequeños. El medio de comunicación más eficiente de la humanidad empezó

a funcionar, las dos culturas, sin conocerse, hablando lenguas diferentes comerciaron trocando los abalorios que traían los españoles por oro y plata, así, los españoles obtuvieron oro y joyas, los mezcalapas vistosos adornos, así son las cosas del comercio. Unos como urracas trocaban para guardar las riquezas, otros como quetzales, se adornaban con vistosos abalorios.

Los acontecimientos eran sabidos de inmediato en Xicalango por Cuauhtliuil y Hutzilitzin quienes emitieron la orden por medio de los correos: —Mientras sean amigables manténgase amigables, en cuanto su jefe pida hablar con los jefes guíenlo a Xicalango.

En su viaje hacia el norte, los navíos españoles pasaron frente a Xicalango recalando en río Papaloapan, al cual le dieron el nombre de Alvarado, apellido del primer capitán de la expedición, después entraron en el río Xamapa, al que nombraron Banderas en donde permanecieron varios días comerciando con los pobladores ribereños. Siguieron su navegación hasta la isla de Sacrificios así llamada por los indios que encontraron muertos resultado de los últimos enfrentamientos entre el calpixque azteca Cuauhpopoca que enterados de la llegada de los españoles traspasaron la frontera del río Nautlan, apresados y ejecutados por gente del calpixque Macuahuitl aliado a la causa Ce-Acatl-Topilítzin-Quetzalcóatl. Los españoles fueron recibidos como comerciantes que parecían ser, estaban maravillados por la cantidad de oro y plata que los naturales poseían y la facilidad con que se desprendían de él. Los comerciantes viajaron más rápido que los navíos, cuando los españoles recalaron en Xamapa, los mexicanos se habían preparado para cambiar con los españoles los abalorios para lucirlos en los festejos, como mencionamos, cosas del comercio en el libre mercado.

Grijalva se encontraba indeciso ante la magnitud de la empresa que tenía adelante y ordenó a Pedro de Alvarado que regresara a Cuba para informar a Velásquez de todo lo

descubierto y solicitar auxilio para continuar la empresa iniciada.

Cuando Alvarado llegó a Cuba mostró a Velásquez las joyas que llevaba, el Gobernador se llenó de codicia y lamentó que Grijalva no se hubiese resuelto a colonizar esos países.

Después de haber recorrido toda la costa veracruzana hasta el río Pánuco Grijalva se volvió a Cuba, recibiendo un regaño de Velásquez por su falta de decisión. El gobernador decidido a conquistar los pueblos descubiertos solicitó el permiso correspondiente al Consejo de Indias y sin aguardar a que llegara la respuesta se apresuró a organizar una nueva expedición. Buscó a un hombre de toda su confianza, con capacidad y arrojo para llevar la empresa a su mejor éxito pero sin robarle a él la gloria y el provecho de la misma. Para tal fin se fijó en Hernán Cortés, un hombre de treinta y tres años que por su ilustración y sagacidad había logrado ocupar el puesto de Alcalde de Santiago y secretario personal de Velásquez.

Los padres con sacrificios lo enviaron a la Universidad de Salamanca pero Cortés prefirió la carrera de las armas, pretendió marchar a Italia. En 1504 logró embarcarse a América en compañía de Diego Velásquez en calidad de oficial de la Real Hacienda. Cortés logró de Velásquez apoyándose en dos amigos suyos oficiales del gobernador a quienes les ofreció compartir las ganancias de la empresa. Una vez conseguido el nombramiento lo proclamó por toda la isla logrando reunir fondos y más de 300 hombres dispuestos a acompañarlo.

Como en todas las empresas en donde se vislumbran grandes beneficios aparecieron los envidiosos que empezaron a socavar la confianza del gobernador. Cortés, temiendo perder el nombramiento apresuró su salida de Santiago hacia noviembre de 1518 dirigiéndose a Trinidad a recoger a los hombres que le iban a seguir. Velásquez alarmado por la actitud insubordinada de Cortés ordenó al alcalde de Trinidad detener su marcha obligando a Cortés a adelantar su partida con 508 soldados armados con ballestas y mosquetones, 4 cañones, 16 caballos conducido en 11 barcos con un centenar

de marinos, además, indios y negros para los servicios de a bordo.

Contrariando las órdenes de Cortés, Pedro de Alvarado se adelantó a Cozumel apoderándose de objetos de oro. Cuando llegó Cortés lo castigó obligándolo a devolver lo robado buscando mantener con los indios una política conciliatoria solicitó hablar con él o los jefes indios.

El abuso reconocido del extranjero y la solicitud de hablar con los jefes cambió la actitud de los mayas quienes de inmediato le ofrecieron guías para llevarlos ante los jefes. Los extranjeros dejaron Cozumel dirigiéndose, bajo la guía de los mayas a Xel-Há en donde, según lo planificado por Xitzicuintli y Na Chan Can se tendría el primer encuentro. Cortés Nombró a Cristóbal de Olid como embajador que desembarcó acompañado de un intérprete caribeño y un guía maya para establecer el primer contacto con los jefes mayas. Los recibieron en el palacio del *Tlatoani* del importante puerto, dos personajes vestidos a la usanza tolteca-chichimeca, uno joven y garrido, el otro, para sorpresa de Olid, era español quién se presentó con aire militar: —Gonzalo Guerrero, Arcabucero del Rey ahora calpixque del *Huei-Tlatoani* de Texcoco Ixtlixóchitl y del *Halach Unik* de Cobá, Na Chan Can —y refiriéndose al acompañante —el Capitán Xitzicuintli que en su legua quiere decir “Niño Corredor”. Es el representante del poderoso Rey de Texcoco Ixtlixóchitl que traducido quiere decir “Flor de Maguey” un cactus muy apreciado por producir una bebida parecida a la sidra.

—Cristóbal de Olid —respondió el embajador de Cortés —Capitán del ejército español acantonado en Cuba bajo las ordenes del Capitán General Hernán Cortés —las órdenes recibidas de jefe eran no mencionar al Gobernador Velásquez para no degradar su valor al mando.

Guerrero invitó a Olid acomodarse sobre bancas mientras él y Xitzicuintli lo hacían en sillones ricamente labrados e incrustados en oro y plata situación usual cuando la calidad de los personajes era dispar. Olid escogido por sus habilidades de

negociador permaneció en silencio esperando que le autorizaran a hablar siguiendo un elaborado protocolo determinado por una persona mayor cubierto de una bata blanca de algodón discretamente bordada que recibía órdenes mediante señas de Guerrero. A Olid le fue evidente que estaba tratando con indios muy diferentes a los que había conocido, con costumbres tanto o más sofisticadas a las de los nobles españoles y con poder. Cuando terminaron el lavado de manos y las demás atenciones a los embajadores de personajes importantes Guerrero les preguntó: —¿Qué es lo que les hace solicitar audiencia con los principales de este país cuando la costumbre es, digamos comerciar con abalorios tenidos por estas gentes como valiosos o saquearlos?

Olid un tanto ofendido por la verdad que acababa de escuchar de un compañero de armas tuvo la prudencia de responder tal como se lo había exigido el estilo que había delineado el Capitán General para la misión, que por siempre lo identificaría, con cortesía respondiendo: —La intención de nuestro Capitán General es mantener la cordialidad con los habitantes de los nuevos países, que según se aprecia son cultos y preparados para concertar alianzas comerciales.

—Estos países de este Nuevo Mundo son muy buenos comerciantes, no usan dinero, no lo conocen pero son hábiles en el trueque. Ahora que soy parte de esos dos mundos, sé que los españoles consideramos a la plata y al oro riquezas para atesorar; los habitantes de este Nuevo País consideran que el oropel y los abalorios son riquezas para ponerse y mostrar y no soy quién para señalar si alguno está equivocado —Respondió Guerrero.

—Con todo respeto ‘cacique’ o capitán Guerrero ¿cómo es que ahora defiende a estos salvajes, criminales come hombres? —preguntó un tanto dolido Olid.

—No soy capitán, soy Arcabucero del Rey, si por cacique quiere decir calpixque, prefiero el segundo, esa es en este momento mi posición. Respondiendo a su pregunta: Precisamente porque aprendí que no son salvajes ni criminales,

lo de come hombres tiene sus razones religiosas que no comparto pero que acepto como ellos han aceptado las mías y las del Fraile Jerónimo de Aguilar que ha compartido con migo esta aventura.

—¿Pero es que hay más españoles?

—Una tormenta hizo naufragar nuestro navío, quince llegamos a esta playas, otros dos a unas más lejanas y sólo quedamos los dos, el resto murió de fiebres o sacrificado por los naturales cuando quisieron aprovecharse de su cordialidad sustrayendo sus posesiones.

—No me dijo que no les interesa poseer oro y plata.

—Claro que les interesa como símbolo de poder pero no como posesión de riqueza en el sentido que los europeos le damos. Lo que nosotros llamamos robo es castigado con la muerte, si usted entrega un bien suponen que no le sirve y se lo apropian, si lo reclama se lo devuelven inmediatamente. En todo caso, pueden llegar ante el *Tlatoani*, que ejerce labores de juez quién decide quién deberá cuidar mientras viva el artículo, la tierra o alimento. Las guerras entre pueblos se deben a acciones de saqueo, si el saqueador es vencedor se queda con las posesiones de los que pierden y únicamente los jefes son sacrificados, si los saqueadores salen vencidos, todo ellos son sacrificados y ambos en ambos casos, los corazones son comidos por los guerreros sobrevivientes... Regresando a su petición: Díganos cuál es la intención del Capitán Cortés — Xitzicuintli le hecho una mirada reprobatoria a la elocución de considerarlo parte activa en la reunión, se había quedado en que el capitán texcocano desconocía el español. Aunque para cualquiera con dos dedos de frente podía considerar que si Guerrero había aprendido el lenguaje indígena, algún indígena pudo aprender español, pero la soberbia social hace estúpido a más sabio de los hombres, así que el giro de la pregunta pasó desapercibida para Olid.

—Cacique, si considera conveniente, usted mismo podrá preguntarle al Capitán General Hernán Cortés sobre sus intenciones. Mi posición es la de un simple embajador que

solicita que su jefe sea escuchado. Y por el momento, permita que nos abastecemos de agua que la que traíamos se ha dañado.

—Si el Capitán Cortés lo considera, mañana al medio día mande recogerlos para corresponder como merece. Y nuestra gente le ayudará con el reabastecimiento. Se pueden retirar.

Salieron los españoles del palacio flanqueados por un par de guardias bien apertrechados con cuchillo de obsidiana, escudo y lanza. En el interior quedaron Xitzicuintli y Guerrero, a este último se le rodaron un par de lagrimones. Dándose cuenta el joven capitán le dijo con tono reconfortante: —Son las amarguras que da el poder, se que te morías por abrazar a tus paisanos, pero debes estar orgulloso de haber mantenido tu posición de negociador.

—Si amigo, de estos debes saber mucho. Claro que me desesperaba por abrazarlos y saber de mi país, pero mi compromiso con lo que se tiene que hacer es más importante que mis sentimientos.

—Te sentiste traidor cuando te preguntó “¿cómo es que ahora defiende a estos salvajes, criminales come hombres?”

—Me incomodó el trasfondo de la pregunta, pero no, no me sentí traidor. Puedo perfectamente defender a dos señores que son aliados y vistos como iguales según la doctrina de Cristo. —Gonzalo Guerrero no era de ninguna manera tonto, era un crédulo y convencido idealista que los creyentes españoles verían a los habitantes del Nuevo Mundo como sus iguales en derechos y obligaciones.

El *Tlatoani* de Xel-Há a solicitud de Xitzicuintli ordenó entregar y ayudar a cargar frutas tropicales, maíz y agua a los marineros españoles que hacían el reabastecimiento, quienes no perdieron la oportunidad de trocar joyas por abalorios.

El *Tlatoani* de Xel-Há, Xitzicuintli y Guerrero se mantuvieron en reunión por varias horas planificando las acciones y anticipando los movimientos de los extranjeros. La primera acción fue enviar un correo a Cuauhtliuil mencionando específicamente la magnitud de la misión extranjera: 11

navíos, con cien Michitlacatlixtli (pescadores por marineros) 508 soldados con cerbatanas ruidosas de tiro lejano (por mosquetes), 4 arcos ruidosos grandes (por cañones) y 16 *cachitopilli* (por caballos), un respetable contingente que requería de toda su atención y visión guerrera, palabras que el correo debía repetir a cada estafeta para que llegaran sin cambio al Capitán General Cuauhtliuil aparejado con el *amoxtli* correspondiente. Se ordenó que los cayucos que se habían sacado del pueblo con arcos, flechas empapadas en petróleo, se aproximaran sin hacerse visibles, manteniéndose pendientes para atacar a los barcos en caso que Xitzicuintli y Guerrero lo requirieran. En cuanto a la reunión programada, mantenerse expectantes y confiar en las intenciones de Cortés dejando a Guerrero como tratante, lo estaba haciendo muy bien.

A su regreso Olid informó: —Un paisano llamado Gonzalo Guerrero ha sido nombrado cacique. El cacique, según lo entendí, es un jefe como adelantado de un gran señor de esos pueblos.

Cortés, además de sorprenderse tanto como Olid, percibió un abanico de posibilidades que ni en sus sueños más optimistas hubiera imaginado, aprender de primera mano y de un español sobre las costumbres de los países de este Nuevo Mundo. La ágil mente de Cortés imaginó inmediatamente la posibilidad de obtener beneficios si escuchaba con atención a ese Arcabucero Gonzalo Guerrero. Antes debía borrar de su mente todo prejuicio: no por ser arcabucero tenía que ser tonto, ni por ser cacique de un jefe del Nuevo Mundo tenía que ser traidor.

Al otro día antes de la hora convenida en la playa del puerto esperaban tres lanchas de desembarco, en dos de ellas venían soldados y marineros como guardias, en otra los Capitanes Cristóbal de Olid y Francisco de Montejo como embajadores de Cortés para recibir a los caciques Xitzicuintli y Gonzalo Guerrero que abordaron a la hora convenida acompañados de dos guardias. Subieron a la nave Insignia y

fueron dirigidos por el capitán del barco hasta el camarote en donde despachaba Cortés. El anfitrión les ofreció asiento en una amplia mesa, dadas las condiciones usuales de estrechez de los navíos, en la cabecera a Xitzicuintli acompañado a la derecha por Cristóbal de Olid, Cortés en la cabecera opuesta de manera que pudiera observar de frente la mirada del joven capitán texcocano, a su derecha colocó a Gonzalo Guerrero. Motejo quedó de pie cerca de la entrada flanqueada por los guardias de Xitzicuintli que como se ha mencionado, tenían prohibido perderlo de vista. Esta situación requirió de una corta explicación de Guerrero.

Al entrar al camarote, Xitzicuintli observó con asombro un sable de caballería que adornaba uno de las mamparas, la traicionera mirada fue percibida por Cortés conduciendo su primera acción de atención a los embajadores obsequiando el sable a Xitzicuintli diciendo: —Una excelente arma para un excelente guerrero —palabras que tradujo Gonzalo. El color subió a las mejillas de capitán texcocano recriminándose por que su fugaz asombro por el sable hubiera sido leído correctamente por el Capitán extranjero, y eso, no debería ocurrir más. A Gonzalo Guerrero lo agasajó con una copa de vino para su consumo personal.

—Señores principales de este país, hemos venido, comisionados por nuestro Rey con la intención de establecer vínculos de amistad y entendimiento con los pueblos y países de este Nuevo Mundo —hablo Cortés advertido del cargo de cacique (por calpixque) importante conferido al Arcabucero del Rey Gonzalo Guerrero por uno de los personajes más importantes en el gobierno de un gran país, y el explícito deseo que se le tratara con la deferencia que tal cargo merecía y sobre todo, en atención al acompañante, delegado directo de tal señor. Guerrero iba traduciendo las frases en lengua maya, de manera que Xitzicuintli recibía dos interpretaciones y sobre todo tiempo para meditar la respuesta.

—Señor Capitán, —respondió Xitzicuintli —al igual que usted, he sido comisionado por un *Tlatoani* que a la vez es leal

al *Huei-Tlatoani* Ixtlixóchitl de una poderosa nación que abarca toda la costa hasta las altas montañas, para recibirlos pacíficamente si nuestras gentes y pueblos no son agredidos y saqueados como lo han sido en otras ocasiones y quiero suponer que por otras personas.

A Cortés con todo y que había preparado el ambiente para que la luz de las lámparas iluminara el rostro del jefe nativo y ocultara el propio, no lograba distinguir expresión en la oscura mirada de unos ojos visados por un tocado para la cabeza que le bajaba a media frente y daba sombra a la mirada de Xitzicuintli sobreada con negro de humo. “Estos nativos conocen los trucos de las negociaciones. Nos enfrentamos a un experimentado negociador, aun cuando sea muy joven” pensó Cortés, había que hablar con mucho cuidado, pero sobre todo actuar. Con precaución respondió: —El Señor Xitzicuintli —pronunciándolo correctamente —tiene motivos para desconfiar pues estará enterado de que uno de nuestros capitanes saqueó un poblado de Cozumel. Tal capitán fue castigado y lo sustraído fue inmediatamente reintegrado al pueblo. —Guerrero traducía.

—En nuestros países el saqueo es el mayor motivo de conflictos bélicos. Y la apropiación indebida de tierras o cosas se castiga con la muerte del saqueador —Xitzicuintli volvió lentamente el cuello hacia Guerrero que procedió a traducir.

La advertencia era directa, sin ambages reclamando que el infractor aun estuviera vivo. Cortés se sintió por primera vez seriamente amenazado. La respuesta debía ser igualmente concreta pero sobre todo sincera, hablo lentamente: —Nuestras leyes hablan de saqueo cuando hay estado de guerra, y nosotros, mí Señor Xitzicuintli, no venimos es ese plan. Reconocemos la falta cometida por el Capitán Alvarado como robo, según nuestra ley el castigo es una pérdida de privilegios militares, que ya ha recibido. Espero que lo considere suficiente aunado a la promesa de que no volverá a ocurrir —ahora Cortés pedía con movimientos del cuerpo a Guerrero que tradujera.

—Nuestras leyes exigirían, al menos, que el Capitán Alvarado —también pronunciado correctamente por Xitzicuintli —perdiera sus privilegios como nos ha informado ha ocurrido, con esto nos damos por satisfechos. Sólo soy un embajador de personas más importantes y no estoy facultado para acordar compromisos, mí función es proporcionarles los medios para que lleguen hasta la presencia de quienes sí están facultados para consolidarlos. Pueden permanecer todo el tiempo que quieran en este puerto. Cuando decidan partir se les ofrecerá un guía que los llevará hasta la presencia de mis *Tlatoani* con los que podrá tratar asuntos de estado. Así mismo, si al Capitán Cortés le parece conveniente, utilizar a Jerónimo de Aguilar para que les sirva de intérprete.

—¿Qué pasará con el cacique Gonzalo Guerrero?

—Entiendo que aun es soldado de su Rey. Para nosotros no hay ningún conflicto si nos mantenemos en las condiciones manifiestas y dispuestos a formalizar la alianza. El Calpixque Gonzalo Guerrero es libre para decidir en ir con ustedes o quedarse como *Tlatoani* del pueblo que dirige. Yo me retiro pues no hay más que tratar, el Calpixque permanecerá con ustedes para ultimar detalles. Sus hombres tienen la libertad de comerciar, desde pueblos alejados se han enterado de las novedades que comercian y han venido a intercambiarlas según las reglas generales de los comerciantes. Los guías les irán indicando los pueblos en los que se tienen mercados importantes en la ruta —diciendo esto se levantó y dirigió a la puerta que abrió uno de sus guardias. Les hablo en náhuatl ordenado que uno se quedara cuidando al calpixque, el otro lo acompañó hasta el palacio. Esa misma tarde, Xitzicuintli y su patrulla salieron presurosos para llegar con el mayor tiempo de antelación hasta Xicalango.

Xitzicuintli decidió dejar solo a Gonzalo Guerrero con sus paisanos como inspiración de último momento, tal vez, orientado por la sincera amistad que tenía con el arcabucero, en la que cimentaba la lealtad de éste.

Como era natural Gonzalo Guerrero platicó con lujo de detalles su aventura que vivió con el fraile Jerónimo de Aguilar ante Gonzalo de Sandoval, Cristóbal de Olid y Francisco Montejo, capitanes distinguidos de Cortés, Pedro de Alvarado estaba castigado. Cuando el arcabucero relataba el episodio de haber sido nombrado calpixque de Ixtlixóchitl, Cortés redobló su atención, se enteró de la importancia que los *Tlatoani* y *Huei-Tlatoani* del Nuevo Mundo daban a la alianza de sangres que implicaba la unión con una hija de algún principal y para su asombro, un *Tlatoani* o *Huei-Tlatoani* podía tener varias esposas, esto es, varias alianzas pero de diferencias importantes que definía también la posición de la esposa dentro de la familia. Visto de otra forma, Las lealtades eran cosa de las categorías maritales compromisos con *calpollis*.

Varias horas y vino corrió en la mesa, Cortés bebió poco y menos Gonzalo Guerrero, no quería desmerecerse ante sus súbditos así que al final la tarde, ambos estaban sobrios y enterados de las intenciones de uno y otro. Después de meditarlo concienzudamente, Hernán Cortés le otorgó el primer título verbal, nunca formalizado o legitimado en documentos legales, de primer cacique de la Nueva España. Así que al poner pié en tierra el Arcabucero del Rey era Calpixque de Ixtlixóchitl y Cacique de Hernán Cortés. El sagaz capitán extranjero decidió de última hora, nombrarlo parte de su pequeño ejército con el cargo de guardarle las espaldas, consideró que todos los intentos de conquista habían iniciado en estas tierras y suponiendo que una acción punitiva del Gobernador Diego Velásquez de Cuellar iniciara en esas tierras, encontraría la feroz resistencia Gonzalo Guerrero Calpixque de Ixtlixóchitl, recién nombrado Cacique de Hernán Cortés y antes Arcabucero del Rey.

Guiado por los tenientes dejados por Xitzicuintli y asistidos en la traducción del maya al castellano por el fraile Jerónimo de Aguilar Cortés recaló el río Mezcalapa siete días antes del equinoccio de primavera, cuando se celebraría en todas la tierras que habían recibido la influencia tolteca la

Festividad del Nuevo Sol. Era momento de desempolvar las terríficas máscaras para los niños y moler carbón para embadurnarse el cuerpo en el supuesto que el sol detuviera su camino hacia el norte vencido por la noche. El año nuevo agrícola daba inicio con el descenso de Quetzalcóatl, Kukulcán para los mayas, por la escalinata de la pirámide erigida como su adoratorio en Chichén Itzá en donde se congregaba una gran cantidad de gente esperando que antes de que el sol se ocultara la figura de la Serpiente Emplumada reflejada físicamente por la sombra en la pirámide, bajara de los cielos a fertilizar los suelos de los humanos para obtener buenas cosechas. En el equinoccio de otoño, Kukulcán haría el camino de regreso hacia los cielos, en el tiempo de levantar las cosechas. Ese año especial, se había agorado la llegada de los descendientes de Ce-Acatl-Topilítzin-Quetzalcóatl a las tierras de las culturas mesoamericanas. Cortés quiso remontar el río Mezcalapa pero avisado, el Halach Uinik Taabscoob les opuso resistencia esperando que los capitanes Cuauhtliuil y Hutzilitzin pudieran preparar el recibimiento.

Dos días después de verse rodeados por cada vez más cayucos que se aproximaban a tiro de flecha. Su actitud era amenazadora y no cordial como cuando mostraban artículos que pretendían comerciar. Los guías nativos habían desaparecido en la misma noche de su llegada. Antón de Alaminos comandante de los navíos con experiencia en las dos expediciones anteriores de Francisco Hernández de Córdoba y Juan de Grijalva nervioso le dijo: —Señor Capitán Cortés, en ninguno de los viajes anteriores los indios nos han recibido como estos. Sus intenciones no parecen buenas, el desembarco en estas condiciones podría costarnos muchas vidas.

Cortés no requería ser hombre de mar para percibir la amenaza, debía detener la tensión de su piloto principal antes de que empezara a trascender. Así, se decidió desembarcar en una misión desesperada en la que haría patente la intención de no saquear a los pueblos confiando en la promesa del embajador Xitzicuintli. En una sola lancha de desembarco con

diez marinos y Jerónimo de Aguilar se dirigió a la costa rodeado de varios cayucos, en uno ellos le pareció identificar al joven embajador.

En la costa esperaban Cuauhtliuil y Hutzilitzin que se hicieron visibles cuando el extranjero puso pie en el muelle acompañado únicamente por el fraile. Iban ataviados a la usanza tolteca-chichimeca, con muchas joyas, plumas preciosas y capas rojo cochinilla. Al lado de estos estaba Miatlaxóchitl también regimiento ataviada.

—Señorías, nuestra intención es establecer amistad entre nuestros pueblos. No venimos a saquear sus templos ni a apoderarnos de sus tierras o mujeres —toco el hombro del fraile para que tradujese.

—Mientras las intenciones que expresó al Capitán Xitzicuintli y al Calpixque Gonzalo Guerrero en Xel-Há no cambien, respetaremos lo prometido por nuestro embajador. Y *Tlatoani* Capitán Cortés —correctamente pronunciado por Hutzilitzin —puede traer a dos de sus oficiales para poder conversar esta tarde, también puede hacerse acompañar por su guardia personal. Nosotros retiraremos a la gente de Michitlacatl. —A una señal de Cuauhtliuil los cayucos empezaron a alejarse de los navíos. Hutzilitzin con una ligera genuflexión le pidió al traductor de Cortés que tradujera.

—Entonces me retiro y nos volveremos a reunir cuando el sol esté en esa posición —repitiendo la señal que hizo Hutzilitzin en el momento de la invitación. Con dos genuflexiones se retiró para abordar la barca de regreso a su nave insignia.

Cuauhtliuil, Hutzilitzin y Miatlaxóchitl se retiraron hacia el palacio de gobierno a planificar la estrategia que usarían en la reunión. Hutzilitzin que llevaría la voz cantante preguntó: —Miatlaxóchitl, fue correcta la traducción que el extranjero hizo a nuestras palabras. En lo básico, sí, la intención fue incorrecta cuando dijo “estos salvajes dicen...”.

Cortés de regreso a su nave comunicó a sus hombres el resultado de las negociaciones indicándoles que por el

momento no habría peligro pero que se mantuvieran a la expectativa. Denominó a Alonso Hernández Portocarrero y a Cristóbal de Olid como acompañantes, al primero por su porte distinguido y calidad humana y al segundo por haber estado en la reunión anterior y una guardia de cuatro infantes que portarían alabardas, y al imprescindible fraile Jerónimo de Alvarado. Con tiempo abordaron la barca que los llevó hasta el muelle en donde los esperaba Tlahcuilohqui con una guardia de cuatro tenientes que los condujo hasta el palacio de gobierno. Los hizo pasar a un amplio aposento ricamente decorado y adornado con gusto y calidad, indicando a los capitanes que tomaran lugar del lado oriente de la mesa de patas cortas sobre cojines de algodón bordados con hilos de plata y oro, diciéndole al fraile que tradujera que en la habitación únicamente podrían estar dos guardias propios acompañados de dos guardias de ellos, los otros debían esperar afuera y que no hablarán hasta que se les permitiera. Hizo una señal a un sirviente que partió a dar aviso, de regreso entraron al aposento Coyonextic presentado como Capitán del Ejército del Norte; Totocahuan presentado como Capitán del Ejército del Sur, Hutzilitzin presentado como *Huei-Tlatoani* de los países de Norte, Cuauhtliuil como *Huei-Tlatoani* de los países de la costa y a Miatlaxóchitl presentada como la hija menor de Cuauhtliuil. La entrada provocó miradas de admiración entre los extranjeros. Tlahcuilohqui indicó a los recién llegados sus lugares, de izquierda a derecha Totocahuan, Cuauhtliuil, Miatlaxóchitl, Hutzilitzin y Coyonextic. Una vez que estos se hubieron sentado, ofreció a los invitados el asiento y elementos para efectuar el aseo personal antes de comer. Después que se hubieron acomodado, se sirvió la mesa con alimentos de todo tipo que primero probaron los anfitriones para mostrar que no había nada que perjudicara al cuerpo.

Los invitados expectantes imitaban los movimientos de los anfitriones degustando con recelo alimentos desconocidos tanto en su origen como en la cocina. Después de que se habían probado varios de los majares habló Hutzilitzin: —No

ganaremos nada si en esta mesa no se habla con la verdad y respeto. Nosotros no somos salvajes como dice el sacerdote —apuntando con el dedo al fraile Jerónimo de Aguilar. Cortés demudado volvió a ver al interpelado al que se le encendió el rostro al verse descubierto, el mismo Cortés le había reñido “darle gracias a Dios que no entienden. Pudimos perder la cabeza con su imprudencia” —a ninguno nos conviene que traduzca en esta reunión. Preferiríamos que se retirara —dirigiéndose a Miatlaxóchitl le pidió que tradujera.

El fraile de rostro rubicundo demudó a una palidez cadavérica, reconoció a la joven que acompañó a aquella princesa que hablaba con ellos en Cobá a la que siempre trató como sirvienta. Con la mirada acusadora de todos, el fraile escucho la suave cadencia, de tono aterciopelado, en claro y correcto castellano la traducción de Miatlaxóchitl. En ese tiempo de una poderosísima inquisición, en España los clérigos tenían poder sobre la vida y hacienda de los hombres, por esto Cortés le solicitó de buen modo: —Fraile, los Señores no lo quieren en este salón, podría retirarse.

—Es que son unos... —respondía en tono altanero.

La voz potente y determinante de Alonso Hernández Portocarrero se escuchó decir: —Fraile, calle y salga o soy capaz de matarle aquí mismo.

El fraile, como perro apaleado abandonó la estancia que respiró una aroma de libertad. La reacción imprevista del moderado capitán extraño a los propios y complació a los extraños abriendo la sinceridad al diálogo.

—Mi hija, Miatlaxóchitl llamada por los marinos Mí Niña Marelis aprendió su lengua en Cobá con Jerónimo de Aguilar y nuestro Calpixque Gonzalo Guerrero, ella se encargará de traducirnos fielmente lo que en esta mesa se diga —habló por primera vez Cuauhtliuil —hablaremos despacio para que lo haga de manera simultánea para dar fluidez a nuestra entrevista.

Conversaron de cuestiones generales, cada bando enalteciendo sus virtudes y minimizando sus deficiencias. Los

invitados extranjeros entendieron perfectamente que estaban frente a una empresa que sobrepasaba con mucho sus posibilidades y que la única salida posible sería negociando políticamente. Los anfitriones nacionales entendieron que eran aventajados en tecnología bélica, que una confrontación estaba perdida, llegarían más extranjeros y costaría muchas vidas, y lo más prudente era seguir el plan Ce-Acatl-Topilítzin-Quetzalcóatl consiguiendo una alianza. Adentrada la noche se suspendió la entrevista quedando en reiniciarla al día siguiente a la misma hora. Mientras, en la nación proseguían los preparativos para la Fiesta del Nuevo Sol.

Muy de mañana, Cortés llamó a sus capitanes, del ejército y marinos, a reunión general. Los presentes en la entrevista con los texcocanos explicaron, cada uno según su apreciación de lo ocurrido. Al finalizar de las exposiciones habló Cortés: —Lo más prudente es conseguir un pacto de amistad y buena voluntad.

—Dejémonos de contemplaciones. Ataquemos a esos salvajes, con sus piches flechas no nos quitarían ni el óxido de las cotas —opino Pedro de Alvarado.

—Este cabrón nos va a meter en dificultades. Habla sin haber entendido nada de lo que aquí se dijo —respondió en tono airado Hernández Portocarrero.

—Le aseguro Alvarado que por lo menos aquí, no podríamos ni desembarcar y a parecer, en una gran parte de la costa con el riesgo de encontrar situaciones más hostiles en el norte—le advirtió Juan de Grijalva.

En la cabeza de Cortés bullía como geiser la conversación sostenida con su cacique Gonzalo Guerrero sobre la costumbre de los jefes, señores y Reyes de este Nuevo Mundo de establecer alianzas matrimoniales diferenciadas de las europeas en que un jefe podía tener varias esposas y concertar compromisos con otros tantos jefes. También pensaba en la Santa Inquisición, el poder tras el trono que se inclinaba hacia donde estaba el poder o el dinero y que definitivamente que el clero con sus inflexibles cánones y el doble o triple concierto

para aplicarlos no era confiable. Afortunadamente los Señores del Nuevo Mundo excluyeron a Jerónimo de Aguilar de las reuniones y acuerdos. Regresando a la discusión de Pedro de Alvarado contra los restantes miembros del comando hablo para dar por terminada la discusión: —No se hablará más, votemos el asunto ¿Quiénes están de acuerdo en que se busque una concertación pacífica con los tezcucanos?

El primero en levantar la mano fue Hernández Portocarrero, después el capitán de navío Juan de Grijalva al que siguió su compañero Antón de Alamitos, por último y de mal modo Pedro de Alvarado. —El asunto estaba resuelto, se buscaría una solución política —Cortés terminó la reunión con una definición por la que tendrían que trabajar —Alonso y Juan, se quedarán a planear estrategias de defensa y ataque, los demás a sus labores y por favor, no hagan disparos —advirtió con dirección específica a Alvarado.

A la hora determinada se inició la asamblea en donde se jugaba el destino de la alianza acolhuacana. La discusión la abrió Hutzilitzin: —En esta reunión le explicaremos a los Capitanes españoles la situación que nos ha arrimado a estar en esta asamblea y este preciso momento. Desde hace años se presagia que nuestro país será objeto de una invasión proveniente del oriente, con humanos que llegarán por el mar. Con ustedes aquí esto queda confirmado. —hizo una seña a Tlahcuilohqui quién desplegó sobre la mesa un *amoxtli* que por colores y estructura sorprendió a los españoles.

—Hace muchos años, el poder que gobierna a muchos países se ha mantenido más o menos equilibrado determinado como —Miatlaxóchitl traducía de manera simultánea —dos quintos para la alianza mexicana —Hutzilitzin señalaba islotes en el medio de en lago identificados con un escudo en color verde, blanco y rojo y varios sitios con dos glifos, uno era el mismo que estaba en el centro del lago —dos quintos del poder lo ejerce la alianza Tolteca-Chichimeca —Hutzilitzin señaló el glifo con figura de coyote en el lado norte del lago y varios pueblos en donde el glifo se repetía con otros representando al

Huei-Tlatoani de Texcoco y al *Huei-Tlatoani* de pueblo aliado —un quinto del poder lo ejerce Azcapotzalco, un pequeño glifo de agua en el oriente del lago que se repetía en unos pocos sitios en las orillas del lado opuesto.

—El gobierno de todos los países está centrado aquí —preguntó Hernández Portocarrero señalando al lago.

—Si, dos quintos para el escudo, dos quintos para el coyote y un quinto para el tule —respondió Hutzilitzin pasando de un glifo al otro.

—Debo entender —preguntaba Juan de Grijalva señalando puntos específicos —que el coyote gobierna toda la costa.

—Si señor, desde los países mayas que dejaron atrás —Hutzilitzin señalaba la costa del sur, —los países totonacas —señalaba glifos de la costa del centro y norte de la costa, —y los países bajo el control del señorío de Tlaxcala —señalando una amplia franja entre los países a la orilla del mar y el lago.

Para los españoles era evidente que para llegar hasta el centro de gobierno deberían de cruzar muchos pueblos y zonas controladas por coyotes.

—¿Qué distancia hay desde aquí al lago? —preguntó Juan de Grijalva.

—Un correo llega en dos o dos y medio días; los comerciantes suele durar tres meses de luna; un ejército puede hacerlo en un cambio de luna —Cortés hacía cálculos mentales rápidos hasta que pudo deducir que la semana lunar tenía siete días como la semana española.

—Supongo que ustedes están representado al poder coyote —pregunto Hernández.

—Sí, pero debo aclarar un punto fundamental para poder seguir negociando —advirtió en tono prudente Hutzilitzin —el coyote representa los países incondicionalmente leales al *Huei-Tlatoani* Ixtlixóchitl —ya era traducido por Rey Ixtlixóchitl. —El tiene dos hermanos Cacamatzin y Coanacoc, ambos son leales al *Huei-Tlatoani* Moctezuma Xocoyotzin representado por los escudos.

—Quiere decir que Moctezuma, Cacamatzin, Coanacoc están siendo engañados por Ixtlixóchitl y los pueblos señalados con el coyote, los del escudo creen que son leales a ellos — afirmó con incredulidad Hernández Portocarrero.

—Seños Capitán, lo ha expresado correctamente — respondió Hutzilitzin.

—Si decidimos aliarnos entonces digamos que el león español se uniría al coyote texcocano en contra de los escudos y el tule —preguntó Hernández Portocarrero.

—De otra forma, el coyote se uniría al escudo y al tule en contra del león español —intervino Cuauhtliuil.

—Parece que no tenemos muchas opciones —le respondió Cortés.

Hutzilitzin le respondió con un arqueamiento de cejas. El silencio se hizo pesado, los capitanes españoles cruzaban miradas de entendimiento; los capitanes acolhuas esperaban una respuesta.

—En donde firmamos el compromiso —puntualizó la aceptación Cortés.

—Miatlaxóchitl nos habla de *amoxtli* que hablan y aprendió a interpretarlos. Parece que ustedes confían en cosas que se pueden destruir, perder o cambiar. Nosotros confiamos en la lealtad de la sangre. El Capitán General de los leones y varios de sus soldados, específicamente 21, tendrán que aceptar a una doncella hija de principales *Tlatoani*, como esposa principal, si es que ya tienen alguna, en señal de alianza de sangres, estos jóvenes serán nombrados calpixques de Ixtlixóchit de 21 pueblos importantes de la confederación de los coyotes —Cuauhtliuil puntualizó las condiciones del compromiso.

—Deberán darnos tiempo para pensarlo —Cortés estableció la única condición.

—Si deciden aceptar mañana a la misma hora deberá estar presente el Capitán Cortés con 21 compañeros para formalizar el compromiso ante representantes de Moctezuma, Cacamatzin, y Coanacoc. La alianza se celebrará el día y hora

que Quetzalcóatl descienda de los cielos. Si no están de acuerdo, es preferible que se regresen a su país de origen.

—Debemos tomarlo como una amenaza —respondió en tono serio Juan de Grijalva.

—Los capitanes entenderán que ante una negativa de ustedes tendremos que buscar la manera de que no establezcan un compromiso por su lado con los aztecas. Sabemos que ustedes no van a cejar en su intento, la recompensa es demasiado grande, pero debemos proteger a nuestro *Huei-Tlatoani* y a nuestras familias en el centro del país de la reacción siempre sangrienta de los aztecas. Así que la advertencia puede sonar a amenaza. Mientras no seamos agredidos respetaremos nuestra promesa, no los atacaremos —respondía tajante Hutzilitzin.

—¿Hasta que hora tenemos tiempo? —preguntó Hernández Portocarrero.

—Mañana al medio día en que llegarán los embajadores aztecas que han sido notificados de su presencia, y para darnos tiempo en preparar la fiesta del Nuevo Sol —respondió en tono conciliador Hutzilitzin.

—Sin más que tratar nos despedimos. Antes del medio día sabréis nuestra respuesta —se despidió Cortés levantándose de la mesa acompañado de sus capitanes.

De regresó a su nave Cortés cito a una reunión de emergencia para enterar a su comando de las consecuencias de la reunión. Antes de que los últimos se acomodaran Cortés habló: —Es muy, muy frágil la situación para andarme con rodeos. Los jefes de los indios exigen que yo y 21 hombres aceptemos a una india como esposa.

—Usted es casado y no podría aceptar —advirtió de la restricción religiosa Alonso Dávila.

—Es verdad recalcaron varias voces.

—Claro que es verdad —recalcó con voz tronante Pedro de Alvarado —por qué creen que Cortés no llamó a esta reunión fraile Jerónimo de Aguilar. Pero... —hizo una larga

pausa —La causa bien vale engañar a los indios y traicionar a Doña Juana de Zúñiga.

—Dice bien el impetuoso capitán Alvarado. Hay mucho en juego para ponerse a pensar en canonjías —intervino Francisco de Morla —con que se corra la voz de que nos entregan esclavas a cambio de no matarlos o saquear sus templos dejamos tranquilos a los curas.

—¿Y de los 21 mozos que nos piden? —preguntaron varios capitanes.

—A estos los van a nombrar caciques de pueblos importantes, esto es, representantes de su Rey Ixtlixóchitl, lo que sería para nosotros como alcaldes. A nosotros nos convendría que fueran leales para empezar a poblar la zona y resguardarnos las espaldas con ejércitos de indios comandados por españoles leales a nuestra cusa —intervino Cristóbal de Olid —queda tomar la decisión de nombrarlos o dejar que ellos decidan.

—¿Podrían ser marineros? —preguntó el capitán de la flota Antón de Alaminos.

—Supongo que no habría problema, siempre que juren lealtad al Capitán Cortés —respondió Hernández Portocarrero mirando interrogante a Cortés —por otro lado, no disminuimos nuestro ejército. El trabajo de un marino puede ser compensado por otros y estos no tendrán que adentrarse al territorio, pero un infante significa una ballesta o un mosquetón, determinantes en la lucha.

—Que sean marineros —hablo terminantemente Pedro de Alvarado. Recapitando agregó —Si el Capitán General no dispone otra cosa.

—Dejemos que la selección sea abierta, no cerremos oportunidades a los hombres —opinó Hernández Portocarrero.

—No es ninguna oportunidad juntarse con una india —hablo despectivamente Pedro de Alvarado.

Cortés se levantó del asiento y caminado en el estrecho camarote hablo: —Espero en Dios que madures, si no cambias de actitud contra los naturales nos vas a traer problemas. El

atemperar tú carácter no se compara con el sacrificio de compromiso que voy a contraer. No debo engañar a esta gente, más temprano que tarde sabrán que ante los ojos del verdadero Dios sólo habrá una esposa, Doña Juana de Zúñiga, ante ellos, que permiten que un hombre tenga tantas mujeres como su poder se lo permita, habrá una esposa principal. Bien dices Alvarado, nuestra misión se basará en un engaño, en una traición y en una falta con mí Dios. Sabed que me sacrifico por ustedes y la causa, así que en la misma medida les exigiré. Que la guardia corra la voz sobre el ofrecimiento de los Señores Naturales de otorgar a 21 doncellas como esposas para forjar una alianza. Los elegidos serán los primeros propietarios de tierras en este Nuevo Mundo —Cortés asumía que la designación de caciques (por calpixques) implicaba la asignación de tierras, propiedades y súbditos como en Europa. Una cosa más, los galeotes pueden alcanzar su libertad si aceptan. —Cortés tomó una decisión que no le correspondía, pero no era momento de pensar en nimiedades.

Durante la noche, aun más cayucos volvieron a rodear los buques españoles, la gente advertida por sus capitanes, aunque preocupados, no dejaron de efectuar sus labores. Apenas salió Cortés de la audiencia, la noticia de que 21 hombres obtendrían tierras hizo que por la mañana del día siguiente sobrarán voluntarios, jóvenes y viejos, la mayoría galeotes que veían una manera de terminar su castigo y poseyendo bienes. Cuando Cortés pasó revista a los elegidos su único comentario fue: — Que los bañen y vistan como marinos. Entréguenles un mes de paga en dinero o abalorios, ya sabrán como usarlos, y que Don Antón de Alaminos prepare la carta de liberación indicando en un párrafo que quedarán como personal de retaguardia.

Un poco antes de medio día entró al puerto la nutrida caravana de comerciantes con los embajadores de Moctezuma, Cacamatzin, Coanacoch y demás aztecas. Hutzilitzin los recibió en el palacio como correspondía. Los embajadores fueron entrando y presentándose con el bastón de delegado en la mano según la jerarquía iniciando con el de Moctezuma.

Como buen anfitrión y avezado político Hutzilitzin iba poniendo atención a características físicas mientras almacenaba los nombres en la memoria. El que seguía le había llamado la atención desde el principio pero no lograba ubicarlo en el tiempo o espacio, llegado su turno se presentó: —Initlacua, *Tlatoani* de Tlaixpan y delegado de los *Huei-Tlatoani* de Texcoco, Cacamatzin, Coanacoch —Hutzilitzin tuvo que echar mano a toda la entereza de carácter y ubicar la situación para no dar señas de perplejidad, al parecer Ixtlixóchitl había logrado infiltrar a su mejor espía en las huestes de sus hermanos. Como lo estaba confirmando Ixtoc que se había colado en la comitiva silbando el canto del tildío identificado de inmediato Cuauhtliuil que sigilosamente se le acercó. Hutzilitzin escucho un son conocido e instintivamente volvió la cara para toparse con la de Cuauhtliuil que discretamente le aseveraba con la cabeza.

Después de las presentaciones, y cuando la comitiva tomó sus lugares, Hutzilitzin anunció en público los resultados de las negociaciones con los extranjeros: —Señores embajadores y delegados de los *Huei-Tlatoani* aztecas, nos complace anunciarles que se ha concertado un pacto de buenas intenciones con los extranjeros. El Capitán Cortés, jefe del ejército extranjero ha aceptado a Miatlaxóchitl, hija de nuestro *Tlatoani* Cuauhtliuil, calpixque del ilustre *Huei-Tlatoani* Netzahualpilli hijo del más ilustre aztequista Netzahualcóyotl como primera esposa. Como es la costumbre de nuestros pueblos, la dama será acompañada por 21 jóvenes de ilustre linaje, la misma edad de Miatlaxóchitl, para consolidar alianzas con 21 hombres extranjeros. Estros serán los primeros calpixques de la alianza y la base de su *calpolli*. En un momento los conocerán —daba por terminada la asamblea para prepara la entrada de los extranjeros. Pero una voz y tono bien conocido le hablo.

—*Huei-Tlatoani* Hutzilitzin, sobrino del ilustrísimo General Amincatlaloc, permítame hacerle un obsequio para que la luzca en la ceremonia del Nuevo Sol en la que forjará la

alianza con los extranjeros. Conozco todas las vicisitudes que ha tenido que pasar y los peligros enfrentados para llegar a este momento, permítame obsequiarle este humilde regalo que espero no desmerezca sus virtudes y linaje —Initlacua, el famoso Tlacuache, desplegaba ante los ojos de la asamblea un regia capa carmesí, delicadamente bordada en oro, plata y pedrería y una cadena de la que colgaba un tlaco de plata. Nuevamente, Hutzilitzin tuvo que echar mano a toda su entereza para que las lágrimas no lo traicionaran, aunque el tarugo de la garganta únicamente le permitió agradecer el obsequio con una ligera genuflexión, apenas un poco mayor que la permitida y una mirada de admiración hacia el antiguo proveedor de la misión Ce-Acatl-Topilitzin-Quetzalcóatl.

Al medio día, dos barcas escoltadas por multitud de cayucos desembarcaron, una, conduciendo a Cortés, Alonso Hernández Portocarrero y a Juan de Grijalva y la otra a 21 recién ascendidos galeotes a marinos libres y con el probable cargo de caciques leon-coyote, obviamente, después de la unión con las doncellas naturales. En el muelle esperaba Tlahcuilohqui con una guardia más nutrida y formada por dos grupos de infantes, unos uniformados a la usanza azteca y otros a la tolteca-chichimeca. Ceremoniosamente fueron conducidos al palacio. La entrada de los españoles, vestidos con uniformes de gala despertó rumores de admiración, más en el sentido de cómo eran capaces de estar tan arropados con ese clima tan caliente y húmedo. Los galeotes, ascendidos en minutos de carne de patíbulo a marineros de la corona soltaron un rumor abierto de incredulidad. Nunca habían visto tanto colorido ni tanta riqueza junta. Empezaban a percibir la bondad del Nuevo Mundo.

—Mucho nos complace que haya aceptado nuestra invitación para presentarlos a los embajadores de los *Huei-Tlatoani* aztecas —aquí Hutzilitzin recitó una lista interminable de nombres y señores que los españoles no entendieron ni Miatlaxóchitl se preocupó por aclarar.

A una señal de Hutzilitzin, Tlahcuilohqui hizo la presentación en náhuatl: —El Capitán General Hernán Cortés, El Capitán del ejército Alonso Hernández Portocarrero y el Piloto Juan de Grijalva.

Para responder a Hutzilitzin, Cortés tomó la palabra: —Más nos complace ser invitados por tan ilustres señores. Como se ha acordado, estamos dispuestos a convenir una alianza de buena voluntad con los pueblos azteca, tolteca-chichimeca y tlacopanecas —Miatlaxóchitl traducía fluidamente.

—Parece que los extranjeros están muy bien informados —intervino Initlacua volviendo a ver al resto de los representantes aztecas de los que únicamente recibió señales de apoyo, desde ese momento, el sagaz Tlacuache, espía de Ixtlixóchitl se apropió ser la voz de los representantes y embajadores aztecas.

El día previo a la fiesta del Nuevo Sol en que se celebraba el inicio del año agrícola en Mesoamérica era de muchos preparativos tanto por el personal de los templos para las ceremonias de velación en cuidados del fuego nuevo que era encendido cuando la figura de Quetzalcóatl delineada por las sombras del sol poniente se dibujaba en la pirámide de Kukulcán en Chichén Itzá representando el momento en que el Dios fertilizaba a la Tierra. Fuera de los templos se hacían velatorios en espera de los augurios de los sacerdotes, por medio de hogueras en todo Mesoamérica se sabría el augurio para el año, si era bueno para los humanos se iniciaba la fiesta encendiendo grandes fogatas, si era malo, el fuego se mantenía en ascuas, los mayores se tiznaban el cuerpo de negro esperando pasar desapercibidos a los malos espíritus y a los niños se les colocaban máscaras de animales míticos para que los malos espíritus los confundieran. En las casas se cocinaban los manjares que se comerían a las afueras de los templos y plazas, se preparaban los sahumerios para transportar ascuas de fuego nuevo de los templos a los hogares, y las malhadadas máscaras para los niños. Los extranjeros admiraban y se extrañaban de las similitudes con la fiesta de carnaval que daba

inicio a la cuaresma católica. Al caer la tarde, se volvieron a reunir en el palacio para que Miatlaxóchitl les explicara a los extranjeros y visitantes la manera en que se llevaría a cabo la celebración que sellaría la alianza de España con la triple alianza entre México-Texcoco-Tlacopan cuando se unieran el esperma renovador de los descendientes de Kukulcán con la sangre de las hijas de Chicomecóatl, intencionalmente no utilizó el sinónimo náhuatl Ce-Acatl-Topilítzin-Quetzalcóatl dejando a la imaginación de los representantes aztecas el nombre deificado. Iniciada la noche se dio por terminado el ágape, los españoles regresaron a sus naves, los embajadores y representantes del centro del país a las casas que los recibían como huéspedes, los sacerdotes a vigilar los preparativos; Cuauhtliuil, Hutzilitzin, Coyonextic, Totocahuan, Xitzicuintli a prevenir acciones punitivas en caso de que los extranjeros decidieran no aceptar los convenios; Miatlaxóchitl, acompañada de su mamá Iztayahui, sus hermanas Xochinectli e Tlanextli y la aya Zohuaxitlatli, junto con las veintiún damas de compañía, por decirlo de alguna forma, que se unirían con otros tantos marinos que serían nombrados calpixques e irían a ocupar sus sitios de mando en ciudades estratégicas de la velada confederación coyote.

Los españoles regresaron a sus naves flanqueados por cayucos que alumbraban un tranquilo mar mediante teas empapadas en petróleo. Antes de abordar las naves, Cortés preguntó uno a uno de los veintiún marinos si estaban dispuestos a sacrificarse por la Patria, por el Rey y por la Misión, les explicó que no regresarían a las naves pues irían a diferentes pueblos como adelantados con responsabilidades civiles y militares; todos, sin saber a ciencia cierta en qué se metían dijeron aceptar. La última advertencia fue tratar el asunto como secreto de estado de qué no debían enterarse nadie so pena de perder la vida.

Los marineros elegidos para futuros caciques pasaron la noche en la nave capitana bajo estricta vigilancia en previsión de una fuga de información hacia el clero. Cortés reunió a su

cuerpo de estado para preparar el día siguiente. Jerónimo de Aguilar y otros capellanes habían sido transferidos a otras naves so pretexto de agregar efectivos a la capitana ante la proximidad hostil de los cayucos. Una vez en el camarote de mando habló Cortés: —Los veintiún jóvenes y su Capitán nos vamos a sacrificar por la causa. Quedará como secreto de estado el motivo real de esta unión puesto que sí el Santo Oficio se entera que hemos consentido, en una alianza a través de la unión matrimonial bajo los cánones de los mexicanos, además de ser excomulgados, nuestras familias avergonzadas, es muy probable que seamos ejecutados a garrote vil. Para todo motivo, se dirá que los indios han entregado esclavas para mí y para los adelantados en señal de sumisión, de los marinos caciques se hablará lo menos que se pueda. El que no esté de acuerdo con estas disposiciones que lo exprese. Si no hay Acuerdo unánime, se tomarán otras medidas.

Unos que otros intercambiaron miradas, pero se respiraba la conciencia de unidad que únicamente se logra ante las grandes empresas en las que se vislumbra cuotas de mucho poder para los cofrades involucrados. Había mucho en juego para que disposiciones clericales impidieran conquistar un nuevo mundo. Los capitanes apostaban al doble concierto clerical asumiendo que aceptarían el concubinato impuesto por las circunstancias de hombres lejos de sus mujeres como un mal menor a cambio de riqueza. Los capitanes de naves y ejércitos se retiraron a sus diferentes naves en espera del nuevo día. Cortés hizo transportar de la nave cercana al capellán para que les oficiara la misa en Honor de San José, a él, a Alonso Hernández Portocarrero y a Juan de Grijalva.

Al otro día muy de mañana citó a reunión con sus oficiales de estado para discutir y definir órdenes: —Hoy es un día determinante para la causa, todo augura a que formalizaremos la alianza con uno de los grupos de poder más poderosos de este país de indios. El festejo termina mañana al ocaso del sol así que nos veremos poco más o menos al medio día. Don Gonzalo de Sandoval queda al mando, si no saben de mí

mañana en la tarde tomará las decisiones permanentes. No debemos descuidarnos, permaneced alertas. Ahora bajarán Don Antón de Alamos y Don Alonso Hernández Portocarrero a entregar las cartas de liberación a los veintiún marineros que irán a pueblos que los indios consideran estratégicos como caciques para formalizar la alianza, y como adelantados militares del Rey.

—Se les va a dar tierras —Preguntó altanero Alvarado.

—Nosotros no, los indios tiene otras costumbres y parece que la posesión de tierras es una garantía para los caciques.

—Os repito, manteneos alertas. Yo me retiro y no me molestéis si no es absolutamente necesario.

Como se había convenido, Don Antón de Alamos, Don Alonso Hernández Portocarrero y el escribano oficial fueron transportados a tierra para formalizar con Xitzicuintli y Tlahcuilohqui el destino de 21 españoles y 21 doncellas mexicanas unidos en matrimonio para formalizar la alianza de los españoles con la fracción coyote disidente de la triple alianza mexicana. Al azar, un elegido español era asignado a un pueblo importante, así, junto con la unión de sangres aparecería el mestizaje de nombres, un Juan cualquiera, de profesión antiguo galeote, se convertiría en cacique (por calpixque) de San Andrés Tuxtla. El escribano español extendía un nombramiento y Tlahcuilohqui diseñaba un bastoncillo de mando que serían entregados al momento en que se deificara la unión. Llegada la hora del almuerzo, españoles y ‘mejicanos’ se sentaron alrededor de una mesa de patas bajas a degustar abundante comida. En cierto momento, Hernández Portocarrero preguntó, más para él mismo pero en voz alta: —Y cómo irán a Gobernar estos pobres sin saber el lenguaje.

—Cada familia irá acompañada por guardias al servicio del calpixque, suficientes sirvientes. Los *Tlatoani* de los pueblos que han ofrecido a sus hijas para esposas los estarán esperando.

—A eso no me refiero, ninguno habla el indio.

—Además de su lengua de origen que puede ser náhuatl, maya, totonaca o alguna otra, entienden las otras. Miatlaxóchitl la que será esposa de Cortés y mí esposa Tlanextli han enseñado el castellano a las doncellas.

—Así que para entenderse en sus labores de caciques dependerán de las mujeres.

—Así se ha pensado.

—¡Carajo! Habéis pensado en todo. En un lugar desconocido, con una guardia de corps india y sin saber la lengua estarán a expensas de su mujer.

—Aquí importa la misión de mantener a los pueblos apoyando la alianza que se realizará cuando Quetzalcóatl descienda de los cielos. Entre más rápido aprendan a comunicarse con sus soldados menos dependerán de la esposa. Y adviértales que no las maltraten, los guardas personales llevan la consigna de apresarlos y entregarlos a los comandos para ser castigados.

—De eso ya están muy advertidos intervino Antón de Alamos.

Entrada la tarde regresaron los españoles a sus naves, Xitzicuintli a sus labores militares coordinado con Michitlacatl las responsabilidades de los pescadores y Tlahcuilohqui a preparar los códices para mantener informado mediante los jóvenes estafetas a Ixtlixóchitl que salían al menos dos veces al día.

Pasada media tarde se abordaron tres barcas, una con la guardia que estaría presente en la ceremonia, venía al mando de Cortés, la de los novios, por decirlo de alguna manera, al mando de Juan de Grijalva y la patrulla que permanecería vigilante en el puerto. Esta vez, no había cayucos que flanquearan a las lanchas desde la nave capitana al puerto, los cayucos estaban adornados para festejar el descendimiento de Quetzalcóatl.

El devenir de la fiesta más importante en Mesoamérica marcó los acontecimientos. En el templo, los sacerdotes seguían los cánones de la fiesta del Nuevo Sol, esta vez,

agregada la unión de 22 doncellas mexicanas y 22 españoles en señal de alianza. Tlahcuilohqui y el escriba español asistidos por Tlanextli iban emparejando a español con mexicana, en el momento cumbre, las 22 parejas recibían la deificación de los sacerdotes forjando la tan elaborada alianza. Por primera vez, Miatlaxóchitl recibió del sacerdote principal el nombre de Nalihtzin, la madre de todas las madres de las nuevas generaciones.

Las parejas se retiraron a aposentos ricamente adornados y preparados para uniones entre personajes importantes, exóticos alimentos y el temascal ceremonial. Hacia la media noche el albo vestido de Nalihtzin, el mismo que vistió su bisabuela Papalotzin y había acompañado a las doncellas de la familia, mostró la prueba viva necesaria para que los insensibles hombres aceptaran que se había formalizado la alianza entre dos potencias, que el esperma de Quetzalcóatl se había derramado en las entrañas de Chicomecóatl.

Epílogo.

El descubrimiento formal de América realizado por los españoles desencadenó el nacionalismo, la xenofobia y el fundamentalismo más execrable que la humanidad ha conocido.

La historia ha ignorado empecinadamente que Hernán Cortés recibió en bandeja de plata los elementos para sojuzgar a poco más de veinte millones de mesoamericanos. Su traición a una mujer y el engaño a otra con la complicidad de un clero acomodaticio le han valido el título de Gran Capitán cuando su mérito fue usar los dones anteriores en la manipulación política denominada ‘cortesía’. Esta “conquista” fundamentada en mentiras y engaños ha creado una complicada América de múltiples clases sociales:

Los EUROPEOS emigrantes, despectivamente llamados Indianos por los españoles que no tuvieron las agallas de emprender “Las Américas” en busca de fortuna. Gozando de las bondades que el nuevo mundo les ofrecía, añorando lo que dejaron atrás y criticando a;

Los CRIOLLOS, esos charros, gauchos, pamperos, sabaneros, llaneros, abarroteros y tantos hijos de europeos nacidos en el Nuevo Mundo que aprendieron a quererlo a pesar de las constantes críticas de sus padres...

Los MESTIZOS ESPAÑOLIZADOS, hijos de aquél lejano Gonzalo Guerrero que aceptó unirse a Xel-Há en un Nuevo Mundo aceptando sus costumbres, el llamado renegado por los españoles y respetado como *Halach-Unik* por los

Mayas y humillado reiteradamente por los xenófobos que no aceptan la igualdad de los seres humanos...

Los *PILLI* o *PILTIN* caciques, indios ladinos, naturales poderosos del Nuevo Mundo que convinieron con los extranjeros a cambio de no ser despojados de sus privilegios, aquellos que como los pueblos, conservaron su honorable nombre como segundo apellido, los Fernando Pimentel Ixtlixóchitl...

Los MACEGUALES, esos indígenas de clase media trabajadora y creativa que fue sostén económico de las sociedades del Nuevo Mundo y del actual...

Los *MAYEQUES* y *TLAIMAITES*, indios desposeídos que fueron esclavizados y sacrificados a dioses ávidos de sangre por los poderosos *Piltin* o *Pilli* y martirizados por los encomenderos españoles. Los indígenas actuales que han perdido sus antiguos privilegios, educados para ser pobres...

Y los MESTIZOS INDIADOS, esos hijos de Nalihtzin, a la que llamaron sus padres Miatlaxóchitl, los pescadores en la novela *Mí Niña Marelis*, los aztecas Malinali y los españoles Malinche, esos hijos de madre india y padre europeo desconocido ocupando la última categoría social.

Ochocientos años de dominación árabe enseñaron a los españoles que ofrecer una educación diferenciada, dentro de una canonjía hipócrita, es la forma más efectiva de mantener a millones y millones de seres humanos socialmente esclavizados, aceptando esperanzados mejores días aunque estos no lleguen durante en su vida terrena.

Fin.

GLOSARIO:

ACATL. Caña o carrizo.

ACOLHUACÁN. País en el Valle de México que ocupaba el oriente del Lago de Texcoco desde el municipio de Los Reyes hasta Atenco.

AHUILIZAPAN Es el nombre que recibía el Valle de Orizaba. Cabe hacer mención que Ahuilizapan, era el nombre de la región o comarca compuesta por varias poblaciones que fueron: Maquila, Tlilapan, Ostotipac (actualmente Nogales), Izhuatlán, Texmalaca y probablemente Orizaba se originó en Izhuatlán.

AMANALCO. Nombre de uno de los palacios habitados por los descendientes de los *Huei-Tlatoani* de Texcoco.

ÁMATE. Ábol del que se hacía papel. Los libros se conocían como amoxtli.

AMINCATLALOC. Cazador del Rayo, nombre que se adjudicó el abuelo de Cuauhtliuil cuando de niño se salvó de ser alcanzado por un rayo.

AMOCUALLI. Diablos o espíritus malignos.

AMOXTLI. Nombre que se daba a los códices elaborados en papel de ámate.

AMAZOC, de Mota. Es una ciudad mexicana cabecera del municipio de Amozoc, en el estado de Puebla. Artesanos que trabajan la plata, especialistas en espuelas y frenos incrustados en plata.

ANIMANTZIN. Alma.

APIPILHUASCO, Santo Tomás (“lugar donde pían los pájaros”) está situado en el Municipio de Tepetlaoxtoc (en el Estado de México). Tiene 3134 habitantes. Ubicado a 2650 metros de altitud sobre el nivel del mar, sobre la carretera Texcoco a Apan.

ATLEOTLQUETL. “Mar del Dios Quetzalcóatl”. Nombre creado por el autor para nombrar al mar.

ATLIZINTLAN hoy Puerto de Alvarado en Veracruz México. El nombre quiere decir “junto al agua abundante”, pues el lugar se encontraba al suroeste de una península que se formaba entre la desembocadura del Río Papaloapan y un sistema de lagunas sobre el Golfo de México.

AYOHTLI. Calabaza.

AZCAPOTZALCO. Una de las 16 delegaciones del Distrito Federal de México al noroeste del Distrito Federal. En náhuatl, este nombre significa “en los hormigueros” (*azcatl*, hormiga; *potzoa* o *potzalli*, médano o montículo; *co* en).

CACALOTE. Cuervo.

CACAMATZIN O CACAMA (1483 - 1520) fue *Tlatoani* de Tetzcuco, ciudad que formaba parte de la Triple Alianza, junto con Tenochtitlan y Tlacopan. Hijo de Netzahualpilli y una de sus amantes. En 1515, la elección

de Cacamatzin, fue hecha bajo una considerable presión de su tío Moctezuma Xocoyotzin, *Huei-Tlatoani* de Tenochtitlán. Moctezuma deseaba disminuir el poder de Tetzcuco a favor de la mayor centralización en Tenochtitlán.

CACAMAXTLI. Nombre literario del Señor de Tlaxcala, formado por las palabras *cacamatl* elote pequeño y *xochitl* flor.

CALMÉCAC. (del náhuatl *calli* “casa”, *mecatl* “morador” y *-c* “lugar”) era la escuela para los hijos de los nobles. Los jóvenes entraban a partir de los 7 años.

CALPIXQUE. Españolizado como Cacique, Título que recibían los jefes delegados por los *Huei-Tlatoani*.

CALPOLLI. Grupos familiares con relaciones comunitarias sujetas a divisiones territoriales, una unidad administrativa que funcionaba como una corporación que controlaba distintos ámbitos de la vida económica y social del pueblo mexicana.

CATEMACO. Se ubica en la región de Los Tuxtlas, en el extremo centro sur del estado. Da su nombre a la Laguna de Catemaco que es una de las principales atracciones turísticas, por sus especialidades de peces endémicos de la laguna. Es un centro importante de la tradición ancestral de la brujería.

CE-ACATL-TOPILÍTZIN-QUETZALCOALT. “Uno Caña Nuestro Príncipe Quetzalcoatl” o “Kukulcán” para los Mayas. Héroe tolteca que se inmoló en una balsa en la zona de los Tuxtlas en el estado de Veracruz México.

CE-MAZATL. “El mejor Venado” de *ce* “primero” y *Mazatl* “venado o ciervo”.

CENTE. Número 1.

CENTE-CEMPOALLI. Combinación de: *cente* “uno” y *cempoalli* veinte. Uno en 20 o 5% como un impuesto obligatorio a los macegales.

CENTÉOTL. En las mitologías de Mesoamérica, Centéotl (también llamado Centeocíhuatl o Cintéotl) era literalmente el dios del maíz, *centl* es maíz y *téot*, dios. Originalmente era una diosa y pasó a ser un dios dual, hombre y mujer, o a menudo ya solo la versión masculina, la femenina pasó a ser Chicomecóatl.

CENTE-TLACATL. Combinación de “uno y hombre” para indicar el impuesto de un hombre por familia efectuando labores para la comunidad.

CILAN. Uno de los palacio de Netzahuaocóyotl en Texcoco.

CINTLA Hoy puerto de Frontera. La palabra Centla proviene de las voces náhuatl *Sen-tila* que significan “En el maizal”. Pueblo de Tabasco, México en donde se tuvieron los primeros encuentros entre Cortés y los mexicanos.

COANÁCOCH O COANACOCHTZIN (¿? - ¿1525?) fue *Tlatoani* de Tetzcuco, ciudad que formaba parte de la Triple Alianza, con Tenochtitlan y Tlacopan. Fue hijo de Netzahualpilli, y nieto de Netzahualcóyotl. Tuvo

numerosos hermanos entre ellos Tetlahuehuezquititzin, Netzahualquentzin, Tecpachochitzin, Tecocoltzin, Huaxpitzcactzin, Cacamatzin su antecesor y fuerte opositor a los conquistadores españoles, y en contraste: Ixtlilxóchitl quien ambicionaba la gobernación de Tlacopan, motivo por el cual se alió a Hernán Cortés.

COATL. Culebra no venenosa.

COATLALI y COATLALOPELITZIN. Poderosa sobre la serpiente, (de *Coatl* serpiente y *Patlachtic* aplastado) nombre literario de la tía abuela de **COATLINCHAN**, San Miguel. Está situado en el Municipio de Texcoco (en el Estado de México). Tiene 21247 habitantes. Está a 2300 metros de **CUAUHTLIUIL** y mamá de **Hutzilitzin**.

COBÁ. Se localiza al oeste del poblado y zona arqueológica de Tulúa. El nombre del sitio habría sido Kinchil Cobá, en alusión al nombre del Dios Solar Maya y de una denominación esencialmente geográfica que se relacionaría con los vocablos mayas “Cob” (o “Kob”), turbia o picada, y “Ha”, agua, que formarían la denominación “lugar de agua turbia o picada”, seguramente en referencia a los lagos en torno a los cuales fue edificada la ciudad.

COLTZIN. Abuelo en náhuatl.

COMALCALCO. Es un municipio del estado mexicano de Tabasco. Se encuentra localizado en la región del río Grijalva y en la subregión de la Chontalpa. Su nombre proviene del vocablo náhuatl *Comalli-calli-co*, que significa “casa de los comales”. También se le llama popularmente, La Perla de la Chontalpa.

COPALAZTLEROS. Nombre común por su afinidad a la semilla del priul de unos pajarillos de color café, pico fuerte, copetón, con un lunar encarnado en la articulación de las alas y amarillo en las puntas de las remeras. Viajan desde Canadá al Valle de México en invierno.

COTAXTLA. Poblado del Estado de Veracruz. La toponimia es: *Kuettlach-tla. Kuettlachtlí*; en sentido figurado “Hombre valiente, intrépido, lobo mexicano llamado *Xoloitskuintl*, “Tlan; junto a, Cerca del *Xoloitscuintl* o de los hombres intrépidos”.

COYONEXTIC. “Coyote Cenizo” de *coyote* “coyote” y *nextic* “ceniza”. Nombre literario del teniente número 2.

COXAMALOAPAN hoy Cosamaloapan. Del náhuatl *cozatli* “zarigüeya”; *málotl* cautiverio y *apan*; “río de las zarigüeyas en cautiverio, es el nombre de uno de los municipios del estado de Veracruz en México.

COZAMAT. “Zarigüeya de Agua” Con **Totocahuan** fueron los generales principal de Ixtlilxóchitl el padre de Netzahualcóyotl, murieron asesinados juntos. En el libro hijo del padre con el mismo nombre.

COZUMEL. Del maya *Kosom* “golondrina” y *Lumil* “tierra de” formando la palabra *Kuzamil* “Tierra de las golondrinas” es una isla que se ubica al

sureste de México, en el Mar Caribe, a unos cincuenta kilómetros de Cancún.

CUAIXIHTAC. “Vista de Gavilán” de *cuixih* “gavilán” e *ixtelolo* ojo, nombre literario del señor de Nautlan.

CUAPITZOTL. Palabra náhuatl que significa pecarí, después de extendió a los cerdos.

CUATZACUALCO hoy Coatzacoalcos. Es un puerto en el estado de Veracruz en México. El Municipio de Coatzacoalcos, ubicado al norte del Istmo de Tehuantepec.

CUAUHPOPOCA. (?-Tenochtitlan 1519) (náhuatl *kwaw-popōca*, Águila humeante) fue un noble mexica, vivió en una guarnición cercana a Tuxpan y era regidor-cobrador de tributos de la zona de Nautla, en el norte del actual Estado de Veracruz.

CUAUHTLI. Águila.

CUAUHTLIUIL. Águila del Amanecer, nombre literario compuesto por la raíz *Cuautli* águila y *Tlahuilli* luz.

CHAMPOTÓN. De *Chakán Putum* en maya *Chakán* significa “sabana”, *Putum* variante de petén significa “región ó comarca” es decir la “región de la sabana”. Es una ciudad del estado de Campeche en México.

CHICOMEÓATL. En náhuatl “Siete-serpientes” la diosa de la subsistencia, en especial del maíz, principal patrona de la vegetación y, por extensión, diosa también de la fertilidad. Chicomeoatl era la parte femenina de Centéotl. Según la cosmogonía nahua, es decir, nació de la unión de Piltzintecuhtli y Tlazoltéotl. Es esposo de Xochiquétzal. Tras su nacimiento se refugió bajo la tierra convirtiéndose en distintos sustento, entre ellos el maíz.

CHICHILTIC. Color rojo.

CHICHIPOCATL. “Perro de la niñas” de *chichiton* “perro” y *ichpocatl* “Señorita”. Vocablo creado por el autor.

CHICHITON. Perro.

CHICHITOPILLI. “El señor de los perros” Composición que hace el autor para nombrar al caballo de *Chichiton* “perro” y *pilli* “persona de nivel social elevado”.

CHICUACEN. Seis.

CHILLITLACUA. “Comedores de chile”, de *chili* “chile” y *tlacua* “comida”. En el interior de la república mexicana a los del centro se le dice despectivamente *Chilangos*.

CHIMALAPA, Santa María. Es un municipio ubicado en el sureste del estado de Oaxaca. Ubicado en la región del Istmo de Tehuantepec.

CHIMIACATL. Delfines, nombre que el autor da a estos cetáceos uniendo *chichiton* “perro” y *miacatl* “pescado”.

CHIPICATONALI. Lluvia de Sol, nombre literario compuesto por las raíces *Chichipica* gotea y *Tonalli* sol o día.

hablan estos pueblos; un son también conocido como huapango, propio de la región Huasteca de México; el pueblo portador de la cultura huasteca, antecesor prehispánico de los huastecos actuales.

CHOLULA. Es un sitio histórico localizado siete kilómetros al poniente de la Heroica Puebla de Zaragoza, capital del estado mexicano de Puebla. Su nombre deriva del vocablo náhuatl *Cholollan*, que en significa “Agua que cae en el lugar de huida”. Se trata de uno de los asentamientos más antiguos de México, y presenta una ocupación continua desde el período preclásico superior. A pesar de ello, su importancia en Mesoamérica fue variable a lo largo de los dos mil años de historia de la civilización nativa de América media.

HALACH-UNIK. Señores con calidad de gobernadores de los pueblos mayas, equivalentes a los *Huei-Tlatoani* en náhuatl.

HUASTECA. Se puede referir a: un pueblo indígena mexicano que habita principalmente en los estados de San Luis Potosí y Veracruz.; el idioma que

HUEHUETÉOTL. Del náhuatl: Huehue-téotl, “Dios Viejo”. Es el nombre con el que se conoce genéricamente a la divinidad mesoamericana del fuego. Su culto fue uno de los más antiguos de Mesoamérica, como lo testifican las efigies encontradas en sitios tan antiguos como Cuicuilco y Monte Albán.

HUEI-TLATOANI. “Supremo Hablante” título de los gobernantes.

HUEXOTZINCO. Poblado de Tlaxcala México. De importancia en el nacimiento de Tlaxcala como poblado teochichimeca.

HUEYAMETL. Nombre del árbol oyamel y Nombre literario del número 3 de la patrulla en la novela.

HUITZILITZIN. “Hijo de Colibrí Sabio” nombre literario del segundo al mando en la novela.

HUITZILIHUITZIN. “Colibrí Sabio” mentor de Netzahualcóyotl.

HUITZILOPOCHTLI (en náhuatl *Huītzilōpōchtli*, “colibrí izquierdo” o “colibrí del sur”), fue la principal deidad de los mexicas. También fue conocido como *Ilhuicatl Xoxouhqui* y ha sido asociado con el sol. Al arribo de los españoles a Mesoamérica, era la deidad más adorada en el Altiplano Central por la imposición de los aztecas. Los conquistadores lo llamaron *Huichilobos*.

IN COATL TLAQUEHTZOMA. “La culebra que muerde” in “artículo el la los”, *coatl* “culebra” y *tlaquehtzoma* “morder” frase del “santo y seña de la patrulla”.

INITLACUA. El comelón; nombre literario de *in* “a, el, la en” y *taclua* “come”.

ITACATE. En México, provisión de comida que se lleva en un paquete. Sinónimos cocaví (países andinos), roquín (Chile, regiones del centro-sur) Sustantivos masculinos. Palabras de origen náhuatl

IXTLIXÓCHITL. Nombre de varios gobernantes acolhuacanos (de *Ixtli* maguey y *Xóchitl* flor).

IXTELOLO-TECUANI. “Ojo de Puma” de *ixtelolo* “ojo” y *tecuan* “puma”.

IZ. Pequeña obsidiana. Nombre familiar del abuelo Cazador del Rayo.

IZTAYAHUI. “Nube Blanca en Cielo Azul” de *Iztac* blanco e *Yahuítl* azul.

ITZCOATL. “Serpiente de obsidiana” nombre literario del una antepasado de los protagonistas.

JAINA. La isla de Jaina se sitúa frente a las costas de la península de Yucatán, en la frontera con Campeche. En principio sólo se trata de un islote separado de la costa por un estrecho canal de agua, de unos 60 metros de ancho aproximadamente.

KUKULCÁN. Es un importante dios en la mitología maya, (maya: *k'u uk'um* y *kaan*, “pluma y serpiente”) también conocido como *Gucumatz* (quiché : *Q'uk'umatz*, “serpiente emplumada”). Es referido con este último nombre en el *Popol Vuh* como un dios creador del universo junto a *Tepew*.

LINOLUÉ. Nombre local de un árbol aromático utilizado en artesanías ahora extinto en muchos lugares en que era común.

calzonera que se hacía caer por delante y atrás.

MACUAHUITL. Macana y nombre de un personaje en la novela.

MACUILLI. Número 5.

MALINALCO o **MALINALXOCH.** Viene del náhuatl, *malinalli* pasto carbonero y *xochitl* “flor” y el sufijo *co* lugar de. Y significa “Lugar de la flor de Malinalli”. Un pueblo del Estado de México.

MALINALI. Cuentan las leyendas aztecas que *Malinalxoch* o *Malinalxochitl* era la diosa hermana de *Huitzilopochtli*, quien además de ambiciosa, era sacerdotisa y hechicera, y se rumoraba que usaba sus poderes para controlar a los animales. La leyenda dice que durante la peregrinación azteca desde *Aztlán* hasta el valle de *Anáhuac*, *Malinalxoch* juntó a un grupo de devotos, y se opuso a *Huitzilopochtli*. Por esa traición, abandonaron durante la noche de pasión y a sus seguidores en una etapa del camino. *Malinalxoch* tuvo que seguir un camino distinto, y finalmente se estableció en *Malinalco*. Para vengarse, envió a su hijo *Copil* a causar problemas entre los aztecas que continuaban en su éxodo. Los aztecas mataron a *Copil* y aventaron su corazón muy lejos. La leyenda dice que cayó en *Tenochtitlan*, el final del éxodo azteca, precisamente en los que hoy es el barrio de *Tepito* en el Distrito Federal, México.

MAYEQUES. Venidos de las tierras Mayas. Clase social baja, hacían labores casi como esclavos.

MAXTLE. Tela de algodón que se enredaba en la cintura sosteniendo la

METZTLI. La Luna.

MEZACTEPAN, San Martín. Poblado del Municipio de San Sebastián Tlacotepec en el Estado de Puebla, México.

MEZCALAPA. O río Grijalva en Tabasco.

MIAHUATLI. “Espiguita” de *miahuatl*.

MICHIH. Pescado.

MICHIHUEHUENTZIN. Nombre que da el Autor al pescador más anciano. De *michi* “pescado” y *huehuentzin* “anciano”.

MICHLAMATZIN. “Anciana que pesca” de *michih* “pescado” y *lamatzin* “anciana”. Nombre que dio el autor a un personaje.

MICHTLACATL. “Hombre que pesca” de *michih* “pescado” y *tlacatl* “hombre”. Nombre que dio el autor a un personaje.

MIETLAN. Infierno.

MITLAXOCHITL. “La flor que emerge del mar” de *mitla* “agua grande o mucha” y *xochitl* “flor” composición del autor para nombrar a la protagonista.

MIZANTLA. Está situado en el Municipio de Antiguo Morelos en el Estado de Tamaulipas, México.

MILTON. Gato.

MOCTEZUMA ILHUICAMINA, Huehue Moctezuma o Moctezuma I El Viejo “Su Señor el Airado, Flechador del Cielo” (1398 - 1469) fue el quinto *Huei-Tlatoani* o emperador mexica (1440 - 1469)

MOCTEZUMA XOCOYOTZIN. (Náhuatl *Motēuczōmā Xōcoyōtzin* “Moctezuma el joven”) o Moctezuma II (1466 – 29 de junio 1520) fue *Huei-Tlatoani* de los mexicas entre 1502 - 1520.

MONOYOCOYANI. Ser superior o Tloque-Nahuaque, deidad texcocana hacedor del cerca y del lejos, del todo y la nada.

NA CHAN CAN. Jefe del pueblo en que estaban los primeros españoles en Yucatán, México.

NANAH. Mamá.

NANTZIN. Madre.

NAHUAL. Espíritu de la noche, fantasma se usa como sinónimo de brujo.

NAHUI, Número 4.

NALIHTZIN. “Madre de todas las generaciones” de *nanah* “mama”; *naliht* “anciana” y *litzin* “abuela” Nombre profético de Marelis.

NAUTLAN O NAUH-TLAN. Nautla, en idioma náhuatl (Cuatro lugares) era una provincia totonaca que estaba bajo el dominio del Imperio azteca, el lugar había sido bautizado durante la expedición de Juan de Grijalva como “Nueva Almería”.

NECAZ. Orejas.

NETZAHUALPILLI. (1472-1515) Hijo de Netzahualcōyotl, fue coronado un año después de la muerte de su padre. Engrandeció el templo mayor edificado por su padre y realizó grandes conquistas junto con los reyes de Tenochtitlan. Fue padre de 144 hijos.

NEXHUA. Culebra ceniza.

NUTLE. Pulque.

OCELOTL. Jaguar y Ocelote.

OLMECA. Es el nombre que recibe una cultura que se desarrolló en Mesoamérica durante el Preclásico Medio. Aunque se han encontrado indicios de su presencia en amplias zonas de esta área cultural, se considera que el área nuclear olmeca —o zona metropolitana— abarca la parte sureste del estado de Veracruz y el oeste de Tabasco. Se desconoce a ciencia cierta la filiación étnica —esto es, quiénes son los descendientes de este pueblo—, aunque hay numerosas hipótesis que han intentado resolver la incógnita de la identidad de los olmecas. En ese sentido, es necesario hacer la aclaración de que el etnónimo olmeca les fue impuesto por los arqueólogos del siglo XX, y no deben ser confundidos con los olmeca-xicalancas, que fueron un grupo que floreció en el Epiclásico en sitios del centro de México como Cacaxtla.

OME, Número 2.

OME-CEMPALLI. Combinación de dos y veinte para indicar un 2 tantos de 20 o 10% como impuesto a las familias que no aportaran el trabajo de un hombre a la comunidad.

OME-MACUILPOALI. Combinación de números “dos y cien” para indicar un impuesto del 2%.

PALAPA. Palabra de origen Malayo. Es una vivienda al aire libre con techo formado con palmas secas y soportes de madera de palma. La palapa es quizá uno de los aportes arquitectónicos y de identidad regional más significativos que la cultura filipina legó al Occidente mexicano.

PAPALOTLAN. “Lugar de mariposas”, del náhuatl *Papalotl*, “mariposa” y *tla* “abundancia”. Los antecedentes más remotos que se tienen de Papalotla, se orientan al horizonte preclásico, como lo indican los arqueólogos. En el posclásico, grupos chichimecas llegaron a asentarse a Texcoco y formaron el imperio Acolhua.

PAPALOTLI. Nombre literario que debe interpretarse como mariposita de *papantli*.

PILALACTLI. Despectivo de joven, afeminado.

PIPILTIN O PILLI. Clase social privilegiada.

POCTLI. Humo.

QUAHUCHINANGO, Huauchinango. Poblado perteneciente al estado de Puebla, México. La palabra se deriva del vocablo náhuatl *Cuauchinanco* que a su vez, proviene de la raíz *cuautli*: “árbol”, *chinamitli* “muralla” y *co* “en” lo que se interpreta como “En la muralla de árboles”.

QUAHUTOCHCO, hoy Municipio de Carrillo Puerto en Veracruz, México. Fue una ciudad fortificada con 35 edificios siendo el principal es el conocido como El Fortín la última etapa de cuatro corresponde a la era de Moctezuma Ilhuicamina, en Tenochtitlan.

QUETZALCÓATL (náhuatl: *Quetzalcōātl*, “Serpiente emplumada”) Kukulcán para los mayas, es una deidad de las culturas de Mesoamérica. Es

considerado por algunos investigadores como dios principal dentro esta cultura prehispánica.

QUIAHUIZTLÁN. Es una zona arqueológica y antigua ciudad totonaca en el Estado de Veracruz, en el municipio de Actopan sobre el Cerro de los Metates cerca del Pueblo costero de Villa Rica.

TAABSCOOB. Taabscoob fue un Halach Uinik de la jurisdicción de Potonchan, conocido porque dirigió a los mayas-chontales en la batalla de Centla contra los españoles dirigidos por Hernán Cortés el 14 de marzo de 1519. Su señorío tuvo lazos comerciales con los mexicas y otras jurisdicciones mayas, especialmente con la jurisdicción de Chakán Putum, quienes después de haber tenido contacto con las expediciones de Francisco Hernández de Córdoba y Juan de Grijalva advirtieron a los chontales estar prevenidos. Se piensa que el nombre del estado mexicano de Tabasco proviene del nombre de éste gobernante. Existe en un monumento en la ciudad de Villahermosa (Tabasco) dedicado a su memoria.

TAJIN. Es una zona arqueológica precolombina cerca de la ciudad de Papantla y de Poza Rica, Veracruz, México. La ciudad de Tajín fue la capital del estado Totonaca. Tajín significa Ciudad o Lugar del trueno en el Lenguaje Totonaca. Se piensa que Tajín también fue el nombre de algún dios totonaca.

TAMAZUNCHALE. Municipio al Sur del Estado de San Luis Potosí. Es un pueblo prehispánico del cual ya se tiene referencia desde el siglo XII, según el códice Chimalpopócatl la zona fue gobernada por una mujer llamada Tomiyauh Miyahuatl (espiga de maíz), la cual hizo florecer durante su mandato la cultura huasteca, como un centro político y cultural en paz y armonía, hasta que un acontecimiento importante destruyó la gran cultura huasteca que fue la invasión de los aztecas en la primera mitad del siglo XV cuando conquistaron los principales señoríos huastecos.

TAMIAHUA o TAMIOHUA. Población Huasteca de Veracruz México. En una época, en el siglo XII fue capital del imperio Huasteca, cuando Tomiyauh, también Señora de Pánuco y Tampico se casó con Xólotl, Señor de los Otomíes o chichimecas con asiento en Otontepec, y con él emprendió la reconquista, seleccionando a Tenayucan por capital.

TATANKA. Nombre con que algunos pueblos de Norteamérica dan al Bisonte Americano.

TATAH. Papá.

TECTLI. Víbora de cascabel o venenosa.

TECUANI. Puma.

TEHUACAN. Del náhuatl *teo* “Dios”, *hua* indicador posesivo y *can* “lugar”, es decir “lugar de dioses”. Es una ciudad, municipio y cabecera municipal ubicada en el sureste del Estado mexicano de Puebla.

TEMOACATL. “El que busca caña o carrizo” palabra clave para identificar al guía de *temoa* “que busca” y *acatl* “caña o carrizo”.

TEOCALLI. Casa de los dioses.

TEOTL. Dios.

TEPETLAOXTOC. “Cuevas de Tepetate” Pueblo al este de Texcoco.

TEPORINGO. Nombre de un pequeño conejo endémico en la sierra que divide el Valle de México con el Valle de Puebla.

TEQUEXQUINAHUAC “Donde nace el de Tequezquite” Pueblo de la sierra en el municipio de Texcoco.

TEQUESQUITE, tequexquite o tequixquilt (del náhuatl *tel*, “piedra”; *quixquilt*, “brotante”, “Piedra que sale por si sola, eflorescente”) es una sal mineral natural, utilizada en México desde tiempos prehispánicos principalmente como sazónador de alimentos.

TEZCATLIPOCA. Es señor del cielo y de la tierra, fuente de vida, tutela y amparo del hombre, origen del poder y la felicidad, dueño de las batallas, omnipresente, fuerte e invisible. El lado norte del universo se identificaba con el Mictlán, región del reposo, y se llama Mictlampa, rumbo de los muertos. Se asocia con el color negro, con la imagen del Técpatl o cuchillo de pedernal, lo preside Yayauhqui Tezcatlipoca (Oscuro espejo su esplendor). El norte es una región árida por donde soplan los vientos fríos. Tezcatlipoca es señor de los guerreros y gobernantes; guardián del frío que representa el cielo nocturno. Es un protector que tiene el don de la ubicuidad.

TEZONTecomatl. Primer general chichimeca que fue *Huei-Tlatoani* del Acolhua. Su campaña la inició conquistando Coatlinchan.

TEZOZÓMOC. *Tlatoani* de los tepanecas de Azcapotzalco, enemigo de Ixtlixóchitl. Murió el año “doce conejo” (1426).

TILCOATL. Culebra negra.

TOMATL. Tomate fresadilla, es de color verde y cubierto.

TONALLATL. “Agua de Sol” de *tonalli* sol o día y *Atl* Agua.

TONALTZINTLI. El Sol nombrado como dios.

TOTOCAHUAN. “Árbol de Pájaros” de *Totol* pavo *Huei* grande y *Aguapizilli* encino, roble. Con **Cozamat** fueron los generales principal de Ixtlixóchitl el padre de Netzahualcóyotl, murieron asesinados juntos. En el libro hijo del padre con el mismo nombre.

TOTONACA. Los totonacas son un pueblo indígena mesoamericana de la zona de Veracruz, Puebla y Tabasco en México. Formaban una confederación de ciudades; pero hacia principios del Siglo XVI se encontraban bajo el dominio de la triple alianza.

TULUN o TULUUM. Fue una ciudad amurallada del Imperio Maya ubicada en el Estado de Quintana Roo, al sureste de México, en la costa del Mar Caribe.

TUXTLA, San Andrés. Es un municipio del Estado mexicano de Veracruz, en la región conocida como Los Tuxtlas.

TLACATLZEPAN. El autor dio nombre literario a la antigua población conocida actualmente como La Venta. Fue habitada en el primer milenio antes de Cristo, presenta una serie de rasgos culturales que por excelencia definen dicha civilización. No es mera coincidencia que en los años cuarenta, en la primera reunión donde se trató de definir lo que ahora conocemos como olmeca, se propusiera que se le llamara a dicha civilización “cultura de La Venta”, ya que es esta antigua ciudad la que ha producido el mayor número de esculturas en estilo olmeca; un impresionante acervo de ofrendas de piedra verde que varían desde pequeños objetos y esculturas portátiles hasta las sin igual ofrendas masivas, todo esto, sin mencionar su excepcional traza arquitectónica.

TLACATLQUEN. Hombres.

TLACUILOLÁN. Ciudad de la región norte del estado de Veracruz, en México.

TLAHCUILOHQUI. “El que escribe”, nombre literario del personaje encargado de elaborar códices.

TLAIMAITE. La clase social más baja, usualmente individuos que cumplían alguna pena judicial.

TLAIXPAN, “Tierra donde Amanece”, San Miguel. Poblado al norte de Texcoco.

TLALCOYOTL-NECAZ. “Orejas de zorro cenizo” de *tlalcoyotl* “zorro” y *necaz* “oreja”,

TLAMANTLICALI. Casa de los maestros o casa de la cultura de *Tlamachriani* “maestro” y *calli* “casa”.

TLAMINCA “Pueblo de Arqueros” San Nicolás. Pueblo de Texcoco cerca de donde Netzahualcáyotl edificó sus famosos jardines.

TLANEXTLI. Luz del Alba.

TLAPAHTI. Curandero o médico,

TLAPALLAN. Poblado de Veracruz en Coatzacoalcos en donde se inmoló el héroe Tolteca Quetzalcóatl.

TLASCALLI. Tortilla.

TLAYOLLI. Grano de maíz.

TLILCOAT-ICTUALCO. “En el patio de la culebra negra” de *tlilcoa* “culebra negra” e *ictual* “patio” con el sufijo *co* que implica dentro del. Santo y seña del grupo.

TZAPOTLIYEPAN. Nombre que el autor dio a la zona conocida como Tres Zapotes, un sitio arqueológico en Mesoamérica, situado en las tierras bajas del golfo de México en el llano del río Papaloapan. Tres Zapotes se refiere a la tercer capital principal de los olmecas. Su ocupación fue aproximadamente al mismo tiempo que en la Venta, pero tuvo incluso población después de los olmecas.

TZICUIHTLI. “Aire que corre” de *tzicuini* corre e *Iihtli* “aire”. Nombre creado por el autor para el libro.

TZOMPAMITL. Árbol de Colorín y nombre literario del número 4 de la patrulla.

XALAPAN. Xalapa, de Enríquez, conocida comúnmente sólo como Xalapa, es una ciudad mexicana, cabecera del municipio del mismo nombre y capital del Estado de Veracruz localizada en la Zona Montañosa Central del Estado de Veracruz.

XALPANTEPEC. Pueblo del estado de Puebla, México.

XALTIPAN, de Morelos. Del náhuatl *Xalti-ipak*, “Lugar sobre la arena”. Poblado del Estado de Veracruz, México.

XAMAPA, RÍO DE. Llamado El Jamada, es un río que se ubica en el Estado de Veracruz, México, nace en el estado de Puebla gracias a los deshielos del Citlaltépetl o Pico de Orizaba y desemboca en el Golfo de México en el Municipio de Boca del Río, Veracruz.

XAYAC-YECAHTZOLL. “Cara roja” o “de nariz de colorín”.

XEL-HÁ. La palabra Xel Há es una combinación de palabras mayas que significan “entrada de agua” o “donde nacen las aguas” haciendo referencia a la geografía hidrológica del lugar. Durante los siglos VII al XII fue un importante puerto mercantil maya, empleado como punto principal de intercambio comercial entre los navegantes de estas costas y las comunidades mayas de la región. Una de las leyendas cuenta que este sitio fue creado por los dioses mayas, quienes complacidos con creación más perfecta, la nombraron Xel-Há

XICALANGO. Poblado del estado de Campeche en México. Después de la caída de Mayapán, en la península de Yucatán se formaron varias provincias, pequeñas unidades políticas, que sumaban 19 en el momento de la llegada de los españoles. Entre ellas, Ah-Canul, Ah-kin-pech, Champotón, Acalán y parte de Xicalango estaban incluidas dentro del actual estado de Campeche.

XIPE-TÓTEC. Xipe Tótec es una deidad de la mitología azteca. Es así mismo el Tezcatlipoca Rojo, su región es el este donde nace el sol. Es la parte masculina del universo, la región de la juventud y de la aurora, del maíz tierno, la abundancia, la riqueza y el amor. Representa la fertilidad. Era también el patrono de los orfebres. Su nombre significa Nuestro Señor, el Desollado y se debe a que se quitó la piel para alimentar a la humanidad, símbolo de la semilla de maíz que pierde la capa externa antes de la germinación. El autor ubica la fiesta a la mitad del equinoccio de verano y solsticio de invierno.

XITOMATL. Jitomate, o tomate rojo.

XITLE. En la sierra del Ajusco (náhuatl: *atl, xochitl, co*, “agua, florecer, el donde” “floresta de aguas”). Es un volcán situado en el sur del Distrito Federal, México, en la delegación Tlalpan. Forma parte del Eje Neovolcánico que atraviesa el Altiplano Central Mexicano y es también el punto más alto en territorio del Distrito Federal con 3,930 msnm.

XITZICUINTLI. “El niño corredor” de *xitzicuini* “corredor” *pitzintli* “niño”. Nombre que dio el autor a un personaje del libro.

XOCHINECTLI. “Flor de miel” del náhuatl *xochitl* “flor” y *nectli* “miel” nombre dado por el autor a la primera hija de Cuauhtliuil.

XOCOYUCAN, San Diego. Está situado en el Municipio de Ixtacuixtla de Mariano Matamoros en el Estado de Tlaxcala.

XOTLICUICA. “Flor que canta” de *xitlacuica* “canta” y *xochitl* “flor” nombre creado por el autor para la esposa de Totocahuan.

YEI. Número 3.

YOHUALLI CACALOTE. “noche oscura como cuervo” de *Yohualli* “noche u oscuridad” y *cacalote* “cuervo”.

YOLOICNIN. Amigo, palabra que une las raíces *yolo* “corazón” e *icnin* “hermano”.

YOYOLI. Corazón.

YOYOLIN. Nombre literario de *Yoyolilin* abejita.

ZAPOTECAPAN. Pueblo de la zona Mixteca en México.

ZAZIL HÁ. Siglo XVI Princesa maya del cacicazgo de Chactemal (hoy Chetumal) que era gobernado por Nachán Can, su padre. Cuando Gonzalo Guerrero se ganó la simpatía de su padre al demostrar sus grandes habilidades como sirviente y estratega militar, fue entregada por su padre a éste. Con Guerrero, procreó tres hijos, que son considerados los primeros mexicanos. Los hijos que nacieron del fruto del matrimonio entre el español Gonzalo Guerrero y la princesa maya Zazil Há, son sin duda los primeros mexicanos, hijos del mestizaje entre nativos y conquistadores.

ZEMPOALAC Hoy Zempoala o Cempoala. Del náhuatl *Cempohuallan* es una zona arqueológica mesoamericana ubicada en el Estado de Veracruz, México. Su nombre *Cempoalli* proviene de las raíces nahuas *Cempoal* “veinte” y *Atl* “agua”. “veinte aguas” tal vez por que dicha ciudad contaba con una gran cantidad de canales de riego y acueductos que proporcionaban el vital líquido a los numerosos jardines y campos de labranza circundante.

ZIHTZIN. Abuela; *zihtzin-zihtzin*, bisabuela.

ZOHUATL. Mujer.

ZOHUANI. Señora como tratamiento de señorío para una mujer equivalente a *Tlatoani*.

ZOHUATLQUEN. Mujeres.

ZOHUATZINTLI. Mujer muy Importante.

ZOHUAXITLATLI. “Mujer que habla” de *zohuatl* “mujer” y *xitlahto* “habla” nombre compuesto por el autor.

ZOQUE. Lengua que se hablan algunas etnias en la región de Tabasco, Veracruz y Chiapas.

ESTA OBRA SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN:

LOAISA Impresión digital.

Tel: 551-6580. Fax: 552-3844

Cartago Costa Rica.

Correo electrónico: loaizaimpresion@gmail.com

SEPTIEMBRE DE 2009.